

**El libro de las maravillas**

**Nathaniel Hawthorne**

# El porche de Tanglewood

## Introducción a «La cabeza de la gorgona»

Bajo el porche de la finca llamada Tanglewood, en una hermosa mañana otoñal, había un alegre grupo de chiquillos haciendo corro en torno a un joven alto. Habían planeado una excursión para ir a coger nueces y esperaban con impaciencia que se desvaneciesen las nieblas en las laderas de las montañas y el sol derramase el calor del veranillo de san Martín sobre campos y praderas y en los escondrijos de los bosques. El día prometía ser de los más agradables que han alegrado este mundo risueño y hermoso; pero la niebla de la mañana aún cubría todo el valle, sobre el cual, en una suave pendiente, se levantaba la finca.

La masa de vapor blanco se extendía hasta unos cien metros de la casa. Escondía por completo todo lo que hubiera más lejos, excepto unas cuantas copas de árboles, rojizas o amarillas, que surgían aquí y allí y estaban glorificadas por el sol madrugador, que también hacía brillar la ancha superficie de la niebla. Siete u ocho kilómetros hacia el sur se alzaba la cima de Monument Mountain. Veinticuatro kilómetros más lejos, en la misma dirección, se levantaba la cumbre más alta de los montes Taconic, tan azul y etérea que apenas parecía más sólida que el vaporoso mar de niebla que se extendía sobre ella. Las montañas más próximas, que bordeaban el valle, estaban medio sumergidas y salpicadas de pequeñas guirnalda de nubes hasta en las mismas cimas. En resumen, había tanta nube y tan poca tierra sólida que todo ello hacía el efecto de una visión.

Los niños que he mencionado, llenos de vida, se escapaban del porche y correteaban por la senda enarenada o por la hierba húmeda de la pradera. No puedo decir con seguridad cuántos eran: había más de nueve y menos de una docena, de todas clases, tamaños y edades, muchachos y chiquillas. Eran hermanos, hermanas y primos junto con unos cuantos amiguitos que habían sido invitados por el señor y la señora Pringle a pasar unos cuantos días de la deliciosa estación en Tanglewood. No me gusta decir sus nombres ni llamarles con nombres que algún niño haya llevado antes que ellos, porque sé de cierto que muchos autores se ponen en grandísimos compromisos por haber dado a los personajes de sus libros nombres de personas reales y verdaderas. Por esta razón quiero llamarles Siempreviva, Pimpinela, Arándano, Zanahoria, Ojos Azules, Trébol, Pensamiento, Mimosa, Flor de Limón, Junquillo, Vainilla y Campanilla, aunque, a decir verdad, estos nombres serían mucho más propios de un grupo de hadas que de una reunión de niños de este mundo.

No hay que suponer que a estos niños les permitían sus cuidadosos padres y

madres, tíos, tías o abuelos, andar vagando por bosques y campos sin la vigilancia de alguna persona mayor y muy seria. ¡De ningún modo! En el primer párrafo de mi libro recordaréis que he hablado de un joven alto, en torno al cual los niños hacían corro. Su nombre (y os diré el verdadero, porque considera grandísimo honor haber contado los cuentos que van aquí impresos), su nombre era Eustace Bright. Era estudiante en el Williams College y había alcanzado en aquella época la respetable edad de dieciocho años. Por aquel entonces le parecía casi ser el abuelo de Pimpinela, Zanahoria, Pensamiento, Flor de Limón, Junquillo y los demás, que eran la mitad o la tercera parte de venerables que él. Una molestia en la vista (como creen necesario tenerla muchos estudiantes de hoy día, para demostrar su aplicación) le había hecho abandonar las clases dos semanas antes de terminar el curso. Pero, por mi parte, pocas veces he visto un par de ojos con pinta de ver mejor o más lejos que los de Eustace Bright.

El aplicado estudiante era delgado y un poco pálido, como lo son todos los estudiantes yanquis, pero de aspecto muy saludable, y tan ligero y activo como si tuviese alas en los zapatos. Como le gustaba mucho cruzar arroyos y pisar la hierba de las praderas, se había calzado para la expedición fuertes botas de becerro. Llevaba una blusa de lienzo, una gorra de paño y un par de gafas verdes que probablemente se había puesto no tanto para protegerse los ojos como por la dignidad que le daban. Sin embargo, podía habérselas dejado en casa, porque Pensamiento, diablejo travieso, se subió a los hombros de Eustace cuando se sentó en uno de los escalones del porche, le arrancó las gafas de la nariz y se las puso en la suya, y como al estudiante se le olvidó volver a cogerlas, cayeron en la hierba y allí se quedaron hasta la primavera siguiente.

Ahora bien: debéis saber que Eustace Bright había alcanzado entre los niños gran fama como narrador de cuentos maravillosos y, aunque algunas veces fingía que le molestaba que le pidiesen contar más y más, y siempre más, yo tengo mis dudas y pienso que no había cosa en el mundo que más le agradase. Había que ver cómo le brillaban los ojos aquella mañana cuando Trébol, Arándano, Mimosa, Campanilla y la mayor parte de sus compañeros le pidieron que les contase uno de sus cuentos, mientras esperaban que la niebla se desvaneciese por completo.

—Sí, primo Eustace —dijo Siempreviva, que era una alegre chiquilla de unos doce años con los ojos risueños y la naricilla un poco respingona—: la mañana es la mejor hora para oír los cuentos con que tan a menudo pruebas nuestra paciencia. Correremos menos peligro de herir tu susceptibilidad durmiéndonos en el momento más interesante... como nos pasó anoche a Mimosa y a mí.

—¡Qué mala eres! —exclamó Mimosa, niña de seis años—. No me dormí: es que cerré los ojos para ver por dentro lo que Eustace nos estaba contando. Sus cuentos son buenos para oírlos de noche porque se puede soñar con ellos dormida; pero

también son buenos por la mañana, porque se puede soñar con ellos despierta. Así que espero que nos cuenten uno ahora mismo.

—¡Gracias, Mimosa! —dijo Eustace—. Tendrás el mejor de los cuentos que yo sea capaz de inventar, aunque solo sea por haberme defendido tan bien de esta perversa Siempreviva. Pero, niños, os he contado ya tantos cuentos de hadas que me parece que no queda ninguno que no me hayáis oído por lo menos dos veces. Y temo que, si repito alguno de ellos, os vais a quedar dormidos de veras.

—¡No, no, no! —exclamaron Ojos Azules, Pimpinela, Vainilla y otra media docena de niños—. Los cuentos que más nos gustan son los que hemos oído dos o tres veces.

Y la verdad es que los cuentos parecen aumentar de interés para los niños, no con una o dos, sino con innumerables repeticiones. Pero Eustace Bright, en la exuberancia de sus recursos, desdeñaba aprovecharse de una ventaja que hubiese agradecido un narrador más viejo.

—Sería lástima —dijo— que un hombre de mis conocimientos (pasando por alto mi original fantasía) no pudiese encontrar cada día del año un cuento nuevo para unos niños como vosotros. Os contaré uno de los que se inventaron para distracción de nuestra vieja abuela la Tierra, cuando era una chiquilla con refajito y delantal. Hay lo menos cien, y me maravilla que no se hayan puesto hace ya mucho tiempo en libros ilustrados para niñas y niños. En cambio, muchos sabios viejos, con largas barbas grises, se queman las pestañas leyéndolos en librotos llenos de polvo, escritos en griego, y se rompen los cascos queriendo adivinar cuándo y cómo y para qué se inventaron.

—Bueno, bueno, bueno, bueno, primo Eustace —exclamaron a una todos los chiquillos—: no hables más de tus cuentos y empieza a contar.

—Sentaos todos —dijo Eustace— y callad, porque a la primera interrupción, sea de la malvada Siempreviva, del buen Zanahoria o de cualquier otro, daré un mordisco al cuento y me tragaré el pedazo que falte por contar. Pero, en primer lugar, ¿alguno de vosotros sabe lo que es una gorgona?

—Yo sí —dijo Siempreviva.

—Pues ¡cállatelo! —replicó Eustace, que habría preferido que la chiquilla no hubiese sabido nada sobre el asunto—. Callad todos y os contaré un cuento preciosísimo sobre la cabeza de una gorgona.

Y así lo hizo, como podéis empezar a leer en las páginas siguientes.

## La cabeza de la gorgona

Perseo era hijo de Dánae, que a su vez era hija de un rey. Cuando Perseo era muy pequeño, unos malvados lo metieron con su madre en un arca y los tiraron al mar. Sopló el viento fuertemente y alejó el arca de la costa. Las olas la sacudieron como si fuera una cáscara de nuez. Dánae abrazó a su hijito temiendo por momentos que una ola mayor que las demás los sepultara para siempre en el fondo del océano. Pero el arca siguió navegando, y no se hundió ni zozobró, hasta que, al llegar la noche, navegaba tan cerca de una isla que se enredó entre las redes de un pescador y la sacaron con ellas a la costa. La isla se llamaba Serifo y en ella reinaba el rey Polidectes, que era hermano del pescador que había recogido por casualidad en sus redes a los pobres náufragos.

Este pescador, felizmente, era hombre justo y compasivo. Trató con gran bondad a Dánae y su hijo, y siguió protegiéndolos hasta que Perseo llegó a ser un hermoso mancebo, fuerte y activo, y habilísimo en el manejo de las armas. Pero, mucho antes de que esto sucediera, el rey Polidectes había visto a los dos extranjeros, madre e hijo, que habían llegado en un arca frágil a sus playas. No era Polidectes bueno y amable como su hermano el pescador, sino en extremo malvado, y decidió enviar a Perseo a una empresa peligrosa, en la cual probablemente perdería la vida, y así, quedándose la madre sin defensa, podría él causarle algún daño grande. Con este fin, aquel rey de mal corazón pasó tiempo y tiempo pensando cuál sería la hazaña de más peligro que un joven pudiera emprender. Cuando, por fin, halló una empresa que prometía tener el fatal resultado que deseaba, mandó llamar a Perseo.

El muchacho fue a palacio y encontró al rey sentado en su trono.

—Perseo —dijo el rey Polidectes, sonriendo hipócritamente—, eres un buen mozo. Tú y tu excelente madre habéis recibido muchos favores, tanto míos como de mi hermano el pescador, y supongo que sentirás no poder devolver algunos de ellos.

—Con permiso de vuestra majestad —respondió Perseo—, con gusto arriesgaría mi vida por lograrlo.

—Muy bien; entonces —prosiguió el rey, siempre con la sonrisa en los labios—, tengo una aventura de poca monta que proponerte; y, como eres un joven valiente y emprendedor, estoy seguro de que te alegrarás de tener tan buena ocasión de distinguirte. Debes saber, mi buen Perseo, que estoy en tratos para casarme con la bella princesa Hipodamia y, es costumbre, en ocasiones como esta, regalar a la novia algo elegante y extraño, que haya tenido que irse a buscar muy lejos. Debo confesar que estaba bastante perplejo, sin saber dónde encontrar algo capaz de agradar a princesa de gusto tan exquisito. Pero esta mañana me parece que he encontrado

precisamente lo que necesitaba.

—¿Y yo puedo ayudar a vuestra majestad a conseguirlo? —exclamó Perseo con vehemencia.

—Puedes, si eres tan valiente como yo me figuro —repuso el rey Polidectes con la mayor astucia—. El regalo de boda que quiero ofrecer a la hermosa Hipodamia es la cabeza de la gorgona Medusa, con sus cabellos de serpiente; y de ti depende el traerla, querido Perseo. Y, como estoy deseando terminar los tratos para mi casamiento con la princesa, cuanto antes vayas en busca de la gorgona más me complacerás.

—Saldré mañana por la mañana —respondió Perseo.

—Te ruego que lo hagas así, valiente joven —aseguró el rey—. Y, al cortar la cabeza de la gorgona, Perseo, ten cuidado de dar el golpe limpio para no estropearla. La traerás aquí lo mejor conservada que sea posible, porque la princesa Hipodamia es muy delicada de gusto.

Perseo salió del palacio y, apenas había pasado la puerta, el rey Polidectes se echó a reír; le divertía mucho, tan malvado era, que el pobre muchacho hubiese caído en la trampa. Pronto corrió la noticia de que Perseo había decidido cortar la cabeza de Medusa con su cabellera de serpientes. Todo el mundo se alegró al saberlo, pues casi todos los habitantes de la isla eran tan malvados como el mismo rey, y se habrían alegrado muchísimo de que les sucediese algún mal muy grande a Dánae y a su hijo. Al parecer, el único hombre bueno de aquella desdichada isla de Serifo era el pescador. Cuando Perseo iba por la calle, las gentes le señalaban con el dedo y le hacían muecas de desprecio y le ridiculizaban, levantando la voz cuanto se atrevían.

—¡Ay, ay! —exclamaban—. Las serpientes de Medusa lo van a morder descaradamente.

Ahora bien; en aquel tiempo vivían tres gorgonas, y eran los monstruos más extraños y terribles que habían existido desde que el mundo es mundo, y después no se ha visto ni se volverá a ver cosa más terrible. La verdad es que no sé con qué nombre de monstruo nombrarlas. Eran tres hermanas, y parece que tenían cierta semejanza remota con las mujeres; pero en realidad eran una temerosa y dañina especie de dragones. Es realmente difícil imaginar qué espantosos seres eran las tres hermanas. Porque en vez de cabellos, tenía cada una en la cabeza cien serpientes enormes, vivas todas, que se retorcían, se enredaban, se enroscaban, sacando sus lenguas venenosas y ahorquilladas en la punta. Los dientes de las gorgonas eran terriblemente largos. Las manos las tenían de bronce. Y el cuerpo, cubierto de escamas, que, si no eran de hierro, eran por lo menos tan duras e impenetrables como él. También tenían alas, y hermosísimas, os lo aseguro, porque todas las plumas eran de oro purísimo, brillante, centelleante, bruñido; podéis imaginaros cómo resplandecía cuando las gorgonas iban volando a la luz del sol.

Pero, cuando alguien llegaba a atisbar un reflejo de aquel resplandor, pocas veces se detenía a mirarlo, sino que corría y se escondía a toda prisa. Quizá creáis que tenía miedo de que lo mordiesen las serpientes que servían de cabello a las gorgonas, o de que lo destrozasen los terribles colmillos, o las garras de bronce. Todos esos peligros, aunque grandísimos, no eran los más difíciles de evitar. ¡Lo peor de aquellas abominables gorgonas era que, si un pobre mortal miraba de frente a una de aquellas caras, estaba seguro de que en el mismo instante su carne y sangre caliente se convertirían en piedra inanimada y fría!

Así es que, como comprenderéis perfectamente, la aventura que el malvado rey Polidectes había buscado para el pobre muchacho era peligrosísima. El mismo Perseo, cuando se detuvo a pensar, comprendió que tenía pocas probabilidades de salir con éxito y que tenía más posibilidades de convertirse en estatua de piedra que de volver con la cabeza de Medusa con su cabellera de serpientes. Dejando a un lado otras dificultades, había una que habría puesto en un apuro a cualquier hombre de mucha más edad que Perseo. No solo tenía que luchar con un monstruo de alas de oro, escamas de hierro, larguísimos dientes y garras de bronce con serpientes por cabellos, y cortarle la cabeza, sino que mientras estuviese luchando contra él no podría mirar a su enemigo. Porque, si lo miraba, al levantar el brazo para herirle se convertiría en piedra y se quedaría con el brazo en el aire siglos y siglos, hasta que el tiempo, el viento y el agua lo destruyesen por completo. Y sería bien triste que le ocurriese esto a un joven que tantas cosas grandes tenía por hacer y tanta felicidad que gozar en este hermoso mundo.

Tanto desconsolaron a Perseo todos estos pensamientos que no tuvo valor para explicar a su madre lo que se había comprometido a hacer. Por consiguiente, cogió su escudo, se ciñó la espada, atravesó la isla y acabó sentándose en un lugar solitario; apenas podía contener las lágrimas.

Pero, cuando estaba más pensativo y triste, oyó una voz junto a él.

—Perseo —dijo la voz—, ¿por qué estás triste?

Levantó la cabeza de entre las manos, en las cuales la había escondido, y, ¡oh, asombro!, aunque creía estar completamente solo, vio a su lado a un desconocido. Era un joven de aspecto animoso y extraordinariamente despierto, cubierto con una capa, y que llevaba en la cabeza un gorro muy extraño y en la mano un bastón trenzado, también de modo sorprendente, y colgada al costado una espada corta y muy retorcida. Tenía aspecto de gran ligereza y soltura de movimientos, como hombre acostumbrado a ejercicios gimnásticos, a correr y a saltar. Y, sobre todo, tenía una expresión tan alegre, tan inteligente y tan servicial —aunque, por supuesto, un poco maliciosa— que Perseo se animó en cuanto le miró a la cara. Además, como en realidad era valiente, le dio muchísima vergüenza que alguien le hubiese encontrado con lágrimas en los ojos, como a un chiquillo de la escuela, cuando, al fin y al cabo, a

lo mejor no había motivo para desesperarse. Se enjugó los ojos y respondió al desconocido prontamente, poniendo la cara más alegre que pudo.

—No estoy triste —dijo—, sino que pienso en una aventura que he emprendido.

—¡Oh! —respondió el desconocido—. Cuéntame en qué consiste y a lo mejor yo te sirvo de algo. He ayudado a muchos jóvenes en aventuras que al principio parecían bastante difíciles. Acaso hayas oído hablar de mí. Tengo varios nombres; pero el de Azogue me cae tan bien como otro cualquiera. Dime en qué consiste la dificultad, y hablaremos del asunto y veremos lo que se puede hacer.

Las palabras del desconocido animaron mucho a Perseo. Decidió exponer a Azogue todas sus dificultades, ya que las cosas no podían ponerse peor de lo que estaban, y acaso su nuevo amigo pudiera darle algún consejo que le sirviese de algo. Así que en pocas palabras le explicó el caso: el rey Polidectes necesitaba la cabeza de Medusa, con su cabellera de serpientes, para dársela como regalo de boda a la hermosa princesa Hipodamia, y se había comprometido a ir a buscarla, pero le daba miedo verse convertido en piedra.

—Y sería lástima —dijo Azogue con su maliciosa sonrisa—. La verdad es que serías una estatua de mármol de muy buen ver, y que pasarían unos cuantos siglos antes de que el tiempo pudiera destruirte del todo; pero más vale ser joven unos pocos años que estatua de piedra muchos.

—¡Oh, mucho más! —exclamó Perseo con los ojos húmedos otra vez—. Y además, ¿qué sería de mi madre, si su querido hijo se convirtiese en piedra?

—Esperemos que el asunto no tenga tan mal fin —respondió Azogue en tono animoso—. Precisamente soy la persona que tal vez pueda ayudarte más eficazmente. Mi hermana y yo haremos todo lo que podamos para que salgas bien de esta aventura, que ahora te parece tan desagradable.

—¿Tu hermana? —repitió Perseo.

—Sí, mi hermana —replicó el desconocido—. Es muy sabia, te lo aseguro; y yo, por mi parte, también suelo tener todo el talento que me hace falta. Si tú eres valiente y a la vez prudente y haces caso de nuestros consejos, no tienes que temer por ahora convertirte en estatua de piedra. Lo primero que has de hacer es pulir el escudo, hasta que puedas verte en él como en un espejo.

Esto le pareció a Perseo un principio de aventura más bien extravagante, pues pensó que más importante sería que el escudo fuera lo bastante fuerte para defenderle de las garras de bronce de la gorgona, que el que estuviese lustroso para poder verse la cara en él. Pero pensando que Azogue sabía más que él, inmediatamente puso manos a la obra y frotó el escudo con tal diligencia y buen deseo que pronto brilló como la luna en el mes de diciembre. Azogue lo miró y sonrió, en señal de aprobación. Entonces, quitándose la espada corta y retorcida, se la colgó a Perseo del cinto, en vez de la que llevaba.

—No hay espada en el mundo más apropiada al propósito que llevas —observó—. La hoja tiene un temple excelente y corta el hierro y el acero como tallos tiernos. Y, ahora, en marcha: lo primero que tenemos que hacer es buscar a las tres mujeres grises, que nos dirán dónde podemos encontrar a las ninfas.

—¡Las tres mujeres grises! —exclamó Perseo, a quien esto parecía únicamente una dificultad más en la aventura—. ¿Quiénes son esas tres mujeres grises? En mi vida he oído hablar de ellas.

—Son tres viejecitas muy raras —dijo Azogue riendo—. No tienen más que un ojo para las tres, y un diente. Tendrás que buscarlas a la luz de las estrellas o en las sombras de la noche, porque nunca se dejan ver cuando brillan el sol o la luna.

—Pero —dijo Perseo— ¿a qué perder el tiempo con esas tres mujeres grises? ¿No sería mejor ir inmediatamente en busca de las terribles gorgonas?

—No, no —respondió su amigo—. Hay bastantes cosas que hacer antes de encontrar el camino que te lleve a las gorgonas. No hay más remedio que ir en busca de esas tres señoras. Y cuando las hayamos encontrado, puedes estar seguro de que las gorgonas no andarán muy lejos. De modo que vamos rápido.

Perseo ya tenía tanta confianza en la sagacidad de su acompañante que no hizo más objeciones y aseguró que estaba listo para emprender inmediatamente la aventura. Empezaron a andar a buen paso, tanto que a Perseo le costaba trabajo seguir a su amigo Azogue. A decir verdad, se le ocurrió la peregrina idea de que Azogue llevaba un par de zapatos con alas, lo cual, naturalmente, lo ayudaba a las mil maravillas. Además, al mirarlo de reojo, porque no se atrevía a volver del todo la cabeza, le pareció que también tenía alas a los lados de la cabeza, aunque, si lo miraba de frente no se veían las alas, sino un gorro muy raro. Lo que sí era cierto es que el bastón trenzado ayudaba muchísimo a Azogue para caminar y lo hacía andar tan deprisa que, aunque Perseo era un muchacho fuerte, ya empezaba a perder el aliento.

—¡Vamos! —exclamó al fin Azogue, que de sobra sabía, pues era listo, el trabajo que al muchacho le costaba seguirle a su paso—. Toma este bastoncito, que me parece que lo necesitas bastante más que yo. ¿No hay en la isla de Serifo mejores andarines que tú?

—Mejor podría andar —dijo Perseo mirando atrevidamente los pies de su compañero— si tuviese un par de zapatos con alas.

—Buscaremos un par para ti —respondió Azogue.

Pero el bastón ayudaba tanto a Perseo que no volvió a sentir el menor cansancio. Parecía estar vivo en su mano y comunicarle algo de su vida. El joven y Azogue andaban ahora al mismo paso, con la mayor facilidad, hablando amistosamente; Azogue contaba historias tan divertidas sobre sus aventuras anteriores, y sobre lo bien que su ingenio le había servido en muchas ocasiones, que Perseo empezó a considerar

que era una persona maravillosa. Evidentemente conocía el mundo, y nada es tan encantador para un joven como un amigo con esta clase de conocimiento. Perseo lo escuchaba con avidez, esperando aumentar su propio ingenio con todo lo que oía.

Por fin recordó que Azogue había hablado de una hermana suya, que había de prestar ayuda en la aventura que acababan de emprender.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿La encontraremos pronto?

—En cuanto la necesitemos —dijo su compañero—. Pero debo advertirte de que esta hermana mía es completamente distinta de mí. Es muy seria y muy prudente; no sonrío casi nunca; no se ríe jamás, y tiene por regla no pronunciar ni una palabra cuando no tiene algo muy importante que decir. Tampoco escucha conversación alguna que no sea totalmente razonable.

—¡Pobre de mí! —exclamaba Perseo—. No me atreveré a pronunciar ni una sílaba delante de ella.

—Es una persona instruidísima, te lo aseguro —continuó Azogue—, y domina todas las artes y las ciencias. En una palabra: es tan extraordinariamente sabia que muchas gentes la llaman la sabiduría personificada. Pero, para decirte la verdad, para mi gusto le falta viveza, y no creo que a ti te pareciese tan agradable como yo para compañera de viaje. Tiene cosas buenas, desde luego, y ya verás de cuánto te sirve para tu encuentro con las gorgonas.

Ya había anochecido casi por completo. Llegaron entonces a un sitio completamente desierto, silvestre, cubierto de malezas y zarzas y tan solitario y silencioso que parecía que nunca nadie hubiese vivido en él ni hubiese pasado por allí. Todo estaba vacío y desolado en el crepúsculo gris, que se iba haciendo cada vez más oscuro. Perseo miró a su alrededor más bien con desconsuelo y preguntó si tenían que ir mucho más lejos.

—Chiss, chiss... —susurró su compañero—. No hagas ruido. Precisamente es la hora y el lugar propicios para encontrar a las tres mujeres grises. Ten cuidado, que no te vean antes de que las hayas visto tú, pues, aunque no tienen más que un ojo para las tres, este ve tan bien como media docena de ojos vulgares.

—Pero ¿qué tengo que hacer —preguntó Perseo— cuando las encontremos?

Azogue explicó a Perseo cómo se las arreglaban las tres mujeres grises con su único ojo. Al parecer tenían la costumbre de usarlo por turno, como si fueran unas gafas o —cosa que les hubiese convenido más— un monóculo. Cuando una de las tres lo había disfrutado algún tiempo, se lo sacaba de la órbita y se lo daba a otra, la cual inmediatamente se lo ajustaba en la frente y gozaba un ratito de la vista del mundo. Fácilmente se comprende que solo una de las mujeres veía, mientras las otras dos permanecían en la oscuridad; además, en el instante en que el ojo pasaba de mano en mano, ninguna de las pobres señoras veía nada. He oído contar muchas cosas extrañas en mi vida y he visto bastantes; pero ninguna, a mi parecer, puede

compararse con la rareza de estas tres mujeres grises, todas mirando con un solo ojo.

Esto mismo pensó Perseo, y tan asombrado estaba que llegó a figurarse que su compañero se estaba burlando de él y que no existían en el mundo semejantes mujeres.

—Pronto te convencerás de que es verdad —observó Azogue—. Chiss, chiss, chiss... ¡Ya vienen!

Perseo miró ansiosamente en la oscuridad de la noche, y con seguridad, a poca distancia, vio a las tres mujeres grises. Como la luz era escasa, no pudo ver exactamente qué cara tenían; solo vislumbró que sus cabellos eran largos y grises; y cuando se acercaron, vio cómo dos de ellas no tenían más que una órbita vacía en medio de la frente. Pero en medio de la frente de su hermana había un ojo brillante que centelleaba como un diamante en una sortija, y tan penetrante parecía ser que Perseo pensó que poseía el don de ver en la medianoche más oscura lo mismo que a mediodía. La vista de tres pares de ojos estaba concentrada en aquel ojo único.

De este modo las tres ancianas se las arreglaban, a fin de cuentas, casi tan cómodamente como si pudiesen ver todas a un tiempo. La que tenía el ojo en la frente llevaba a las otras dos de la mano, mirando intensamente a uno y otro lado; tanto que Perseo temía que pudiese atravesar con la vista la espesa zarza tras la cual él se había escondido con Azogue. Decididamente, ¡era terrible encontrarse a la vista de un ojo tan penetrante!

Pero, antes de llegar a la zarza, una de las tres mujeres grises exclamó:

—¡Hermana, hermana Espanto, ya hace mucho tiempo que tienes puesto el ojo! Ahora me toca a mí.

—Déjame un momento más, hermana Pesadilla —respondió Espanto—. Me parece que estoy viendo algo detrás de aquella zarza.

—Bueno, ¿y qué? —respondió Pesadilla con malos modos—. ¿No puedo yo ver tan bien como tú lo que haya detrás de la zarza? El ojo es tan mío como tuyo, y creo que sé usarlo tan bien como tú, por no decir mejor. Quiero que me lo des inmediatamente.

Pero al llegar aquí, la tercera hermana, cuyo nombre era Quebrantahuesos, empezó a quejarse y dijo que era a ella a quien le tocaba tener el ojo, y que Pesadilla y Espanto siempre lo querían solo para ellas. Para terminar la disputa, Espanto se quitó el ojo de la frente y sosteniéndolo en la mano dijo:

—Pues tomadlo vosotras, y sea de quien quiera, y acabemos con esta disputa necia. Por mi parte, me alegraré mucho de estar un rato en la oscuridad. Cogedlo pronto o me lo vuelvo a poner en la frente.

Pesadilla y Quebrantahuesos extendieron las manos procurando ansiosamente arrebatarse el ojo a Espanto. Pero como ambas estaban ciegas, no conseguían llegar a la mano de su hermana; y, como en aquel momento Espanto estaba tan ciega como

ellas, tampoco acertaba a poner el ojo en sus manos. Así, como fácilmente comprenderéis, las tres viejas estaban en grandísimo apuro. Porque, aunque el ojo brillaba y refulgía como una estrella, a ninguna de las tres mujeres alcanzaba una sola chispa de su luz, y estaban todas en la más completa oscuridad por su demasiada impaciencia por ver.

A Azogue le divertía tanto ver a Pesadilla y a Quebrantahuesos esforzándose en vano por encontrar a su hermana Espanto que apenas podía contener la risa.

—Ha llegado el momento —dijo en voz muy baja a Perseo—. ¡Rápido, rápido, antes de que alguna pueda pescar el ojo! ¡Quítaselo de la mano!

Y en un instante, mientras las tres mujeres grises seguían disputando, Perseo saltó de detrás de la zarza y se apoderó de la presa. El ojo maravilloso, al pasar a su mano, lució más brillante que nunca y pareció mirarle a la cara con aire de inteligencia, con la misma expresión que si hubiese tenido párpados para hacer un guiño. Las tres mujeres grises no sabían nada de lo que había sucedido y, suponiendo cada una de ellas que el ojo estaba en poder de una de las otras, empezaron de nuevo a discutir. Por fin, Perseo no quiso que las pobres viejas se insultasen más de lo necesario y creyó que había llegado el momento de las explicaciones.

—Señoras mías —dijo—, tengan ustedes la bondad de no enfadarse unas con otras. Si hay algún culpable, ese soy yo, porque tengo el honor de llevar en la mano vuestro brillante y maravilloso ojo.

—¡Tú, tú tienes nuestro ojo! ¿Y quién eres tú? —chillaron a un tiempo las tres mujeres grises. Porque, naturalmente, se asustaron muchísimo al oír una voz extraña y comprender que su vista había caído en manos de no sabían quién—. ¡Ay, hermanas, hermanas! ¿Qué vamos a hacer? ¡Ninguna de las tres ve nada! ¡Danos nuestro ojo precioso y único! ¡Tú tienes dos para ti solo!

—Diles —apuntó Azogue a Perseo— que se lo darás en cuanto te hayan dicho dónde puedes encontrar a las ninfas que tienen unas sandalias que vuelan, el saco encantado y el yelmo de la invisibilidad.

—Mis queridas, buenas y admirables señoras —dijo Perseo dirigiéndose a las tres mujeres grises—: no hay razón para que se asusten ustedes de ese modo. No soy un malvado, ni mucho menos. Devolveré el ojo sano y salvo, brillante como nunca, en cuanto me digan dónde puedo encontrar a las ninfas.

—¿A las ninfas? ¡Pobres de nosotras, hermanas! ¿Qué dice este hombre? —gritó Espanto—. La gente afirma que hay muchísimas ninfas: unas que se pasan la vida cazando en los bosques, otras que viven entre los árboles, otras que tienen cómoda morada en el agua de las fuentes. De ninguna sabemos nada nosotras. Somos tres ancianas desdichadas que vamos caminando en la oscuridad, que nunca hemos tenido más que un ojo para las tres, y ahora nos lo han robado. ¡Devuélvenoslo, buen desconocido! Quienquiera que seas, ¡devuélvenoslo!

Y las tres mujeres extendían la mano, intentando coger a Perseo. Pero él tenía buen cuidado de no acercarse.

—Respetables señoras mías —dijo, porque su madre le había enseñado a comportarse siempre con la mayor cortesía—: tengo el ojo en la mano, y lo conservaré con el mayor cuidado hasta que tengan ustedes la bondad de decirme dónde están las ninfas. Las que yo voy buscando son las que tienen el saco encantado, las sandalias que vuelan y... ¿cómo se llama?... ¡ah, sí!, el yelmo de la invisibilidad.

—¡Desgraciadas de nosotras, hermanas! ¿De qué habla este joven? —exclamaron Espanto, Pesadilla y Quebrantahuesos dirigiéndose unas a otras con gran apariencia de asombro—. ¡Un par de sandalias que vuelan! Pero ¿no comprende que si cometiera la locura de ponerse semejante calzado, los pies le echarían a volar por encima de la cabeza? ¡Y un yelmo de invisibilidad! ¿Cómo puede un yelmo hacer invisible a un hombre, a no ser que le cubra de pies a cabeza? ¡Y, por si fuera poco, un saco encantado! ¿Qué clase de bolso será ese? No, no, buen amigo; no podemos decirte nada de esas maravillas. Tú tienes tus dos ojos y nosotras uno para las tres; mejor podrás tú que nosotras, pobres mujeres ciegas, encontrar todo lo que buscas.

Perseo, oyéndolas hablar de aquel modo, empezó a creer que, en realidad, las tres mujeres grises no sabían nada de lo que les preguntaba, y le daba pena haberlas puesto en apuro tan grande; tanto que ya estaba a punto de devolverles el ojo pidiéndoles perdón por las molestias que les había causado; pero Azogue le sujetó la mano.

—No consientas que se burlen de ti —dijo—. Estas tres mujeres grises son las únicas en el mundo que pueden decirte dónde encontrarás a las ninfas y, si no consigues saberlo, nunca lograrás cortar la cabeza de Medusa con sus cabellos de serpientes. No te ablandes y todo saldrá bien.

Y sucedió como Azogue decía. Hay pocas cosas que la gente quiera más que la vista de sus ojos. Y las tres mujeres grises querían al suyo como si hubiese sido media docena. Viendo que no había otro medio de recuperarlo, acabaron por decirle a Perseo lo que este necesitaba saber. Y en cuanto se lo hubieron dicho, él, con el mayor respeto, puso el ojo en la órbita vacía de una de sus frentes, les dio las gracias por su amabilidad y se despidió de ellas. Antes de que el joven se hubiese alejado lo bastante para dejar de oírlas ya habían empezado otra disputa, pues dio la casualidad de que había entregado el ojo a Espanto, que ya había disfrutado de él antes de que empezase la cuestión con Perseo.

Es muy posible que las tres mujeres grises tuvieran demasiada costumbre de turbar su armonía con peleas de esta clase; lo cual era muy lamentable, ya que no podían vivir unas sin otras y estaban, evidentemente, destinadas a ser compañeras inseparables. Como regla general aconsejo a todos, hermanos o hermanas, jóvenes o viejos, que no tengan más que un ojo para disfrutarlo entre varios, que cultiven la tolerancia y no se empeñen en gozarlo todos a un mismo tiempo.

Azogue y Perseo iban, mientras, lo más deprisa que podían en busca de las ninfas. Las viejas les habían dado indicaciones tan detalladas que no tardaron mucho en encontrarlas. Eran muy distintas de Pesadilla, Quebrantahuesos y Espanto pues, en vez de ser viejas, eran jóvenes y hermosas; en vez de un ojo para tres, cada ninfa tenía un par de ojos muy brillantes, que miraban a Perseo con la mayor amabilidad. Parecían muy amigas de Azogue y, cuando este les contó la aventura que Perseo había emprendido, no pusieron dificultad alguna para entregarle los valiosos objetos que estaban confiados a su custodia. Primero trajeron lo que parecía ser una bolsa pequeña, hecha de piel de ciervo y primorosamente bordada, y le encargaron mucho que cuidase de ella, para no perderla. Este era el saco encantado. Las ninfas sacaron después un par de zapatos o sandalias con un lindo par de alas sujetas al talón de cada una.

—Póntelas, Perseo —dijo Azogue—. Con ellas te sentirás tan ligero de pies como puedes desear todo el resto del viaje.

Perseo empezó a ponerse una y dejó la otra en el suelo, a su lado. De repente la

sandalia que había dejado abrió las alas y dio un salto, y probablemente habría echado a volar si Azogue no hubiese dado un brinco y la hubiese atrapado al vuelo.

—Ten más cuidado —dijo a Perseo—. Los pájaros se asustarían si vieses una sandalia volando a su lado.

Cuando Perseo se hubo calzado las dos sandalias maravillosas, se sintió demasiado ligero para andar por la tierra. Dio un paso o dos y —¡oh, maravilla!— se levantó en el aire muy por encima de la cabeza de Azogue y de las ninfas, y le costó mucho trabajo bajar de nuevo. Las sandalias con alas y todas las cosas así resultan muy difíciles de manejar hasta que uno se acostumbra a ellas. Azogue se echó a reír de la involuntaria ligereza de su compañero y le dijo que no cabía apresurarse tanto, porque aún tenían que aguardar a que les trajesen el yelmo de la invisibilidad.

Las amables ninfas sostenían el yelmo con su hermoso penacho de plumas ondulantes dispuestas a ponérselo a Perseo en la cabeza. Y entonces sucedió el incidente más maravilloso de todos los que os vengo contando. Un momento antes de que le pusieran el yelmo, ahí teníamos a Perseo, joven, de buena presencia, con su ensortijada cabellera rubia y sus mejillas sonrosadas, con la retorcida espada en el cinto y el bien pulido escudo al brazo: figura que parecía hecha de valor, fuego y luz gloriosa. Pero, en cuanto el yelmo se apoyó en su frente blanca, ¡nada se vio ya de Perseo! ¡Nada, sino el aire vacío! ¡Hasta el yelmo que lo cubría haciéndole invisible se había desvanecido!

—¿Dónde estás, Perseo? —preguntó Azogue.

—Aquí —respondió Perseo tranquilamente, aunque su voz parecía salir de la transparente atmósfera—. Donde estaba ahora mismo. ¿No me ves?

—No te veo, no —respondió su amigo—. Estás oculto por el yelmo. Y, si yo no te veo, tampoco te verán las gorgonas. Sígueme y probaremos tu destreza con las sandalias con alas.

Con estas palabras, el gorro de Azogue abrió las alas, como si la cabeza fuese a salir volando separándose de los hombros; pero todo su cuerpo se levantó en el aire y Perseo lo siguió. Cuando hubieron subido unos cuantos metros, el joven empezó a sentir lo delicioso que era dejar abajo la tierra dura y poder volar como un pájaro.

Era ya completamente de noche. Perseo miró al cielo y vio la redonda, brillante y plateada luna, y pensó que le gustaría más que nada levantar el vuelo, llegar a ella y pasarse allí la vida. Entonces miró de nuevo hacia abajo y vio la Tierra con sus mares y sus lagos, el curso de plata de los ríos, los nevados picos de sus montañas, lo ancho de sus campos, la mancha oscura de sus bosques, sus ciudades de mármol blanco.

Y, con la luz de la luna cayendo sobre ella, la Tierra era tan hermosa como pudiera serlo la luna misma o cualquier otra estrella. Y, sobre todo, vio la isla de Serifo, donde estaría su querida madre. Algunas veces, se acercaba con Azogue a una nube que, de lejos, parecía estar hecha de vellones de plata, aunque cuando entraban en ella se mojaban y tenían frío por la niebla gris. Pero su vuelo era tan veloz que en un instante salían de la nube otra vez a la luz de la luna. Una vez pasó casi rozando a Perseo un águila que volaba muy alto. Lo más hermoso de todo lo que vieron fueron los meteoros, que resplandecían repentinamente como si en los aires estallaran fuegos artificiales y hacían palidecer la luz de la luna en muchos kilómetros a la redonda.

Mientras los dos compañeros volaban uno junto a otro, Perseo creyó oír a su lado —el lado contrario a aquel en que veía a Azogue— un ligero rumor como el roce de un vestido. Miró con atención, pero no vio nada.

—¿De quién es este vestido —preguntó—, que parece moverse a mi lado con la brisa?

—¡Oh! ¡Es el de mi hermana...! —respondió Azogue—. Viene con nosotros,

como ya te había anunciado. Nada podríamos hacer si mi hermana no nos ayudase. No puedes imaginarte lo sabia que es. Y ¡tiene unos ojos...! En este momento te ve como si no fuera invisible, y apuesto cualquier cosa a que ella es la primera que divisa a las gorgonas.

En su rápido viaje por los aires ya habían llegado a la vista del gran océano, y pronto volaron sobre él. A lo lejos, las olas se amontonaban tumultuosamente en medio del mar o se rompían formando una ancha franja de espuma sobre los peñascos de la orilla, con un fragor que en el bajo mundo parecía el del trueno, pero que en lo alto llegaba a oídos de Perseo como un murmullo suave, como la voz de un niño medio dormido. Precisamente en aquel momento una voz habló a su lado. Parecía de mujer y era melodiosa, aunque no precisamente dulce, sino grave y serena.

—Perseo —dijo la voz—, ahí están las gorgonas.

—¿Dónde? —exclamó Perseo—. ¡No las veo!

—En la costa de esa isla, debajo de ti —replicó la voz—. Si soltases una piedra, caería entre ellas.

—Ya te dije que sería ella la primera en verlas —dijo Azogue a Perseo—. Y ahí están.

Abajo, en línea recta a unos mil metros de distancia, Perseo alcanzó a ver un islote y el cinturón de espuma del mar alrededor de su costa, toda de rocas menos por un lado, donde había una playa de arena blanca como la nieve. Descendió y, mirando con atención hacia algo que brillaba, a los pies de un precipicio de roca negra vio a las terribles gorgonas. Estaban echadas en el suelo, profundamente dormidas, arrulladas por el ruido atronador del mar; porque hacía falta un estruendo que hubiese dejado sordo a cualquier mortal para conseguir que se durmiesen aquellas criaturas terribles. La luz de la luna centelleaba sobre sus escamas de acero y sobre sus alas de oro, que caían perezosamente sobre la arena. Las garras de bronce, horribles, se agarraban a los fragmentos de la roca castigada por las olas, mientras las dormidas gorgonas soñaban que estaban despedazando a algún pobre mortal. Las serpientes que tenían por cabellos también parecían estar dormidas, aunque de cuando en cuando alguna se retorció o alzaba la cabeza y sacaba su lengua ahorquillada, con un silbido adormilado y luego volvía con sus hermanas serpientes.

Las gorgonas se parecían más a alguna tremenda gigantesca especie de insecto —inmensas abejas con alas de oro o moscas-dragones o cosa por el estilo— que a ningún otro ser vivo; solo que eran como un millón de veces más grandes que cualquier insecto. A pesar de todo, había en ellas algo humano. Afortunadamente para Perseo, tenían la cara escondida por la postura en que se encontraban; porque, si las hubiese mirado un solo instante, habría caído del aire con todo su peso, convertido en imagen de piedra.

—Este —susurró Azogue, que seguía al lado de Perseo—, este es el momento que

debes aprovechar para tu hazaña. ¡Apresúrate, porque, si una de las gorgonas despierta, será demasiado tarde!

—¿A cuál debo herir? —preguntó Perseo sacando la espada y bajando un poco más—. Las tres parecen iguales. Las tres tienen cabellera de serpientes. ¿Cuál de las tres es Medusa?

Hay que saber que Medusa era la única de aquellos tres monstruos a quien Perseo podía cortar la cabeza, porque a las otras dos era imposible hacerles el menor daño, ni aunque hubiese tenido la espada mejor templada del mundo y la hubiese afilado una hora seguida.

—Sé prudente —le dijo la misma voz tranquila que antes le había hablado—. Una de las gorgonas empieza a moverse todavía en sueños y precisamente se va a volver. ¡Esta es Medusa! ¡No la mires! ¡Su vista te convertiría en piedra! Mira el reflejo de su rostro y de su cuerpo en el brillante espejo de tu escudo.

Perseo comprendió entonces por qué motivo Azogue le había aconsejado que puliese su escudo con tanto afán. En aquella superficie podía mirar con tranquilidad el reflejo del rostro de la gorgona. Y allí tenía el rostro terrible, reflejado en el lustre del escudo, con la luz de la luna de plano sobre él, revelando todo su horror. Las serpientes, cuya naturaleza venenosa no les permitía dormirse del todo, se le enroscaban por la frente. Era el rostro más fiero y más horrible que nunca se haya visto ni imaginado y, sin embargo, había en él una extraña, terrible y salvaje belleza. Los ojos estaban cerrados porque la gorgona dormía aún profundamente; pero sus facciones estaban conturbadas por una expresión inquieta, como si el monstruo sufriese algún mal sueño. Le rechinaban los dientes y arañaba la arena con sus garras de bronce.

Las serpientes también parecían sentir el sueño de Medusa e inquietarse con él cada vez más. Se trenzaban unas con otras en nudos tumultuosos, se retorcían furiosamente y levantaban cien sibilantes cabezas sin abrir los ojos.

—¡Ahora, ahora! —murmuró Azogue, que se iba impacientando—. ¡Hiere al monstruo!

—Pero con calma —dijo la voz, grave y melodiosa, al lado del joven—. Mira tu escudo mientras vas volando hacia abajo, y ten cuidado de no errar el primer golpe.

Perseo bajó, volando siempre cuidadosamente y sin apartar la vista del rostro de Medusa, reflejado en su escudo. Cuanto más se acercaba, más terrible se iba volviendo el rostro, rodeado de serpientes, y el cuerpo metálico del monstruo. Por fin, cuando estaba por encima de ella tan cerca que podía alcanzarla con el brazo, Perseo levantó la espada. En el mismo instante todas las serpientes que formaban la cabellera de la gorgona se alzaron amenazadoras y Medusa abrió los ojos. Pero cuando despertó ya era demasiado tarde. La espada estaba muy afilada: el golpe cayó como un rayo y la cabeza de la horrible Medusa rodó separada del cuerpo.

—¡Admirable...! —dijo Azogue—. Date prisa y mete la cabeza en el saco mágico.

Con gran asombro de Perseo la bolsita bordada que se había colgado del cuello aumentó lo bastante de tamaño para que cupiera en ella la cabeza de Medusa. Rápido como el pensamiento la levantó cuando aún las serpientes se retorcían en torno a ella y la metió en el saco.

—Tu misión está cumplida —dijo la voz serena—. Ahora vuela, porque las otras gorgonas harán todo lo posible para vengar la muerte de Medusa.

Era verdaderamente necesario alzar el vuelo, porque Perseo no había realizado su hazaña tan silenciosamente que el ruido de la espada, el silbar de las sierpes y el golpe de la cabeza de Medusa, al caer sobre la arena batida por el mar, no hubiesen despertado a los demás monstruos. Se incorporaron un instante frotándose los ojos adormilados con los dedos de bronce mientras todas las serpientes de sus cabezas se revolvían con sorpresa y venenosa malicia, no sabiendo contra quién. Pero cuando las gorgonas vieron el escamoso cuerpo de Medusa sin cabeza, con las alas de oro erizadas y caídas sobre la arena, fue realmente terrible oír sus alaridos. ¡Y las serpientes! Lanzaron mil silbidos todas a un tiempo, y las serpientes de Medusa contestaron desde el saco mágico.

Apenas estuvieron las gorgonas completamente despiertas, se levantaron en el

aire blandiendo sus garras de bronce, sus horribles dientes rechinaban y movían las alas tan furiosamente que se les desprendieron algunas plumas de oro y cayeron a la playa. Y puede que aún estén allí desparramadas. Las gorgonas se levantaron mirando horriblemente de un lado a otro con la esperanza de convertir a alguien en piedra. Si Perseo las hubiese mirado o hubiese caído en sus garras, su pobre madre nunca habría vuelto a besarlo. Pero tuvo buen cuidado de volver la vista a otro lado y, como llevaba el yelmo de la invisibilidad, las gorgonas no supieron hacia dónde seguirlo; además él hizo el mejor uso posible de las sandalias con alas, subiendo más o menos una legua. A aquella altura, cuando los gritos de las abominables criaturas ya llegaban hasta él muy débiles, se dirigió en línea recta hacia la isla de Serifo para entregar la cabeza de Medusa al rey Polidectes.

No tengo tiempo de contaros varias cosas maravillosas que le sucedieron a Perseo al volver a su casa, tales como matar a un horrible monstruo marino que estaba a punto de devorar a una hermosa doncella; ni cómo convirtió a un enorme gigante en una montaña de piedra con solo enseñarle la cabeza de la gorgona. Si dudáis de esta última historia, podéis hacer un viaje a África, cualquier día de estos, y veréis la montaña que todavía lleva el antiguo nombre del gigante.

Por último, nuestro valiente Perseo llegó a la isla, donde esperaba ver a su querida madre. Pero en su ausencia el malvado rey había tratado tan mal a Dánae, que esta se había visto obligada a huir y a refugiarse en un templo donde unos sacerdotes ancianos y buenos la habían recogido. Estos sacerdotes dignos de alabanza y el pescador de buen corazón, que fue el primero en dar hospitalidad a Dánae y a Perseo cuando los encontró flotando en el arca, al parecer eran las únicas personas de la isla que se preocupaban por hacer el bien. El resto del pueblo, lo mismo que el rey Polidectes, eran notablemente malos y no merecían mejor destino que el que cayó sobre ellos, como ahora sabréis.

Al no hallar a su madre en casa, Perseo se fue derecho a palacio, e inmediatamente le llevaron a presencia del rey. Polidectes no se alegró gran cosa de volver a verlo, porque casi estaba seguro, con regocijo de su mal corazón, de que las gorgonas habrían hecho pedazos al pobre muchacho y se lo habrían comido de inmediato. Pero al verlo volver sano y salvo, puso la mejor cara que pudo y le preguntó qué había hecho.

—¿Has cumplido tu promesa? —preguntó—. ¿Me traes la cabeza de Medusa con su cabellera de serpientes? Si no, hijo mío, te va a costar caro, porque necesito un regalo de boda para la princesa Hipodamia y sé que no hay nada en el mundo que pueda ser tan de su gusto.

—Sí, majestad —respondió Perseo tranquilamente y como si no hubiera por qué asombrarse de que un joven como él hubiese llevado a cabo tal hazaña—. Traigo la cabeza de la gorgona con su cabellera de serpientes.

—¡Vaya! Pues haz el favor de enseñármela —dijo el rey Polidectes—. Debe de ser un espectáculo curioso, si todos los viajeros que me han hablado de ella han dicho la verdad.

—Vuestra majestad está en lo cierto —replicó Perseo—. Realmente es un objeto capaz de atraer la mirada de todo el que lo vea. Y si vuestra majestad quiere, me permitiré recomendar que se declare el día de hoy fiesta nacional y que se llame a todos los súbditos de vuestra majestad para que vengan a contemplar esta curiosidad maravillosa. ¡Me parece que pocos serán los que hayan visto una cabeza de gorgona, y quizá nunca puedan volver a verla!

Bien sabía el rey que todos sus súbditos eran haraganes rematados y aficionadísimos a espectáculos, como suelen serlo todas las gentes perezosas; así que siguió el consejo del joven y envió por todas partes heraldos y mensajeros para que tocasen la trompeta en las esquinas, plazas y mercados, y dondequiera se encontrasen dos caminos, y llamasen a todo el mundo a la corte. Acudió, pues, gran multitud de personas inútiles y vagabundas que, por puro amor al mal, se hubieran alegrado muchísimo de que Perseo hubiese sufrido algún daño en la lucha con la gorgona. Si algunas buenas personas había en la isla (yo quiero creer que las hubo, aunque la

historia no dice nada de ellas), seguro que se quedaron tranquilamente en casa atendiendo a sus quehaceres y cuidando a sus hijos. Muchos de los habitantes, de todos modos, corrieron a palacio a toda prisa y gritaron, se empujaron y se dieron codazos por afán de estar cerca de un balcón donde se veía a Perseo con el saco mágico y bordado en la mano.

En una tribuna colocada frente al balcón estaba sentado el rey Polidectes, rodeado por sus malvados consejeros y sus aduladores cortesanos. Monarca, consejeros, cortesanos y pueblo, todos miraban ansiosamente a Perseo.

—¡Enseñanos la cabeza de la gorgona...! ¡Enseñanosla! —gritaba el pueblo. Y había en sus gritos tal fiereza que parecían querer hacer pedazos a Perseo si lo que había de enseñarles no los satisfacía—. ¡Enseñanos la cabeza de Medusa con la cabellera de serpientes!

Un sentimiento de pena y de lástima sobrecogió a Perseo.

—¡Oh, rey Polidectes —exclamó—, y vosotros, pueblo: no quisiera mostraros la cabeza de la gorgona!

—¡Ah, canalla, cobarde! —gritó el pueblo, más furioso que nunca—. Se está burlando de nosotros. No tiene la cabeza de la gorgona. Enseñanosla si la has traído, y si no te cortaremos la tuya para jugar a la pelota.

Los malos consejeros hablaron al rey al oído; los cortesanos murmuraron todos a una que Perseo estaba faltando al respeto a su rey y señor, y el gran rey Polidectes levantó la mano y le ordenó, con la voz austera y grave de la autoridad, que enseñase la cabeza al pueblo si no quería perder la suya.

—Muéstranos la cabeza de Medusa o mando cortar la tuya.

Perseo suspiró.

—¡Ahora mismo! —repitió Polidectes—, o mueres.

—¡Miradla, pues! —exclamó Perseo con voz que resonó como un clarín.

Y alzó de repente la terrible cabeza. Ni un solo párpado tuvo tiempo de entornarse, y el rey Polidectes, sus malvados consejeros y sus feroces súbditos quedaron al punto convertidos en imágenes de un monarca y su pueblo. Todos quedaron inmóviles para siempre en la postura que tenían en aquel instante. ¡La vista de la cabeza de Medusa los había transformado en blanco mármol!

Perseo volvió a meter la cabeza en el saco y fue a decir a su querida madre que ya no había por qué tener miedo al malvado rey Polidectes.

# El porche de Tanglewood

## Después del cuento

—Qué, ¿no ha sido un cuento bonito? —preguntó Eustace.

—¡Ay, sí, sí! —exclamó Mimosa aplaudiendo—. ¡Y esas viejas tan raras, que no tenían más que un ojo para las tres! ¡Nunca he oído cosa más extraña!

—Y eso que has dicho de que solo tenían un diente —observó Siempreviva— no es ningún prodigio. Supongo que sería postizo. Pero ¿qué es eso de haber convertido a Mercurio en Azogue y de hablar de su hermana? ¡Es una ridiculez!

—¡Ah! ¿No era hermana suya? —preguntó Eustace—. Si se me hubiese ocurrido antes, la habría descrito como una solterona que tenía un búho favorito.

—Bueno —dijo Siempreviva—; al final, con el cuento se ha desvanecido la niebla.

En efecto, mientras iba contando el cuento, los vapores habían desaparecido del paisaje casi del todo. Ahora se descubría un panorama que los espectadores casi podían figurarse que había sido creado desde la última vez que habían dirigido sus ojos hacia donde ahora se extendía. A medio kilómetro de distancia, en el regazo del valle, aparecía ahora un hermoso lago que reflejaba una imagen perfecta de sus propias orillas cubiertas de bosque y de las cimas de las colinas más lejanas. Brillaba en cristalina quietud, sin huella de la más ligera brisa en parte alguna de su superficie. Al otro lado de su orilla más lejana Monument Mountain parecía tumbarse en el valle. Eustace la comparó a una inmensa esfinge sin cabeza, envuelta en un chal acolchado; verdaderamente, era tan rico y tan diverso el follaje otoñal de sus bosques que la imagen del chal no era en modo alguno demasiado exagerada teniendo en cuenta la realidad. En el terreno bajo, entre la casa de campo y el lago, los grupos de árboles y los linderos del bosque estaban llenos de hojas amarillas o castaño oscuras, pues allí habían sufrido más con las heladas que el follaje de las faldas de las montañas.

Sobre todo el paisaje brillaba alegre el sol mezclado con una ligerísima neblina que hacía la luz imponderablemente suave y tierna. ¡Oh, qué día de veranillo de san Martín tan hermoso! Los niños cogieron apresuradamente sus cestillos y se pusieron en marcha saltando, corriendo y dando volteretas mientras el primo Eustace demostraba lo digno que era de presidir la reunión, corriendo mucho mejor que ellos y dando algunos saltos tan perfectos que ninguno de ellos podía ni imitarlos. Iba con ellos también un perro cuyo nombre era Ben. Era uno de los cuadrúpedos más respetables y de mejor corazón del mundo, y probablemente estaba convencido de

que era su deber no dejar alejarse a los niños si llevaban por guardián al insensato Eustace Bright.

# **El toque de oro**

# Arroyo Umbrío

## Introducción a «El toque de oro»

A mediodía, nuestro grupo juvenil se reunió en una cañada en lo hondo de la cual corría un arroyuelo. La cañada era angosta y sus vertientes escarpadas; las riberas del arroyo estaban cubiertas de espesos árboles, principalmente nogales y castaños, y entre ellos crecían también unas cuantas encinas y unos cuantos arces. En verano, la sombra de tanto ramaje, que se juntaba y se enredaba por encima del arroyo, bastaba para crear un crepúsculo en pleno mediodía. De ahí venía el nombre de Arroyo Umbrío. Pero ahora, desde que el otoño había llegado a aquel lugar oculto, todo el oscuro verdor se había convertido en oro, así que el ramaje incendiaba la cañada en vez de darle sombra. Aunque el día hubiese sido nublado, las brillantes hojas amarillas parecían conservar entre ellas la luz del sol; y tantas habían caído que el cauce y la orilla del arroyo también estaban sembrados de luz de sol. Así, el rincón umbrío, donde el verano se había refrescado, era ahora el sitio más lleno de sol que pudiera encontrarse.

El arroyuelo seguía su camino dorado, deteniéndose para formar un remanso, en el cual pasaban como flechas los pececillos nadando de un lado a otro; corría luego cuesta abajo, como si tuviese mucha prisa por llegar al lago; olvidándose de mirar por dónde iba, tropezaba con la raíz de un árbol que se atravesaba en su corriente. Os habríais reído si le hubierais oído hacer ruido y echar espuma contra el inesperado obstáculo. Y aun después de haberlo superado seguía el agua hablándose a sí misma, como si estuviera perpleja. Supongo que estaba maravilladísima al ver su cañada umbría tan iluminada y oír la charla y la alegría de tantos chiquillos. Así que corría lo más deprisa que podía para esconderse en el lago.

En la cañada de Arroyo Umbrío, Eustace Bright y sus amiguitos se habían detenido para comer. Habían traído muchas cosas ricas de Tanglewood dentro de sus cestillos y las habían dispuesto sobre troncos caídos y cubiertos de musgo, y con los exquisitos manjares y mucha alegría habían hecho una comida deliciosa. Al terminar, ninguno quería moverse.

—Aquí descansaremos —dijeron algunos niños— mientras el primo Eustace nos cuenta otros de sus hermosos cuentos.

El primo Eustace tenía tanto derecho a estar cansado como cualquiera de los chiquillos, porque había llevado a cabo grandes hazañas en aquella mañana memorable. Trébol, Zanahoria, Mimosa y Campanilla estaban casi convencidos de que tenía unas zapatillas con alas como las que las ninfas dieron a Perseo, pues

muchas veces lo habían visto en lo alto de la copa de un nogal casi en el mismo instante en que acababan de verlo en pie en el suelo. ¡Y entonces, qué chaparrones de nueces había hecho llover sobre sus cabezas, para que las atareadas manecitas las recogiesen en los cestos! En una palabra, se había mostrado tan ligero como una ardilla o un mono y ahora, tumbado sobre las hojas amarillas, parecía dispuesto a descansar un poco.

Pero los niños no tienen piedad ni consideración para el cansancio ajeno y, aunque no os quedase más que un poco de aliento, os pedirían que lo gastaseis en contarles un cuento.

—Primo Eustace —dijo Mimosa—, ¡qué cuento tan bonito el de la cabeza de la gorgona! ¿Crees que serías capaz de contarnos otro tan bonito como ese?

—Sí, hija mía —dijo Eustace, tapándose los ojos con la visera de la gorra, como si se preparase a echar una siesta—. Podría contaros una docena, tan bonitos o más, si me diese la gana.

—¡Oh, Siempreviva y Pimpinela! ¿Oís lo que dice? —exclamó Mimosa bailando de contenta—. ¡El primo Eustace nos va a contar una docena de cuentos más bonitos que la cabeza de la gorgona!

—No he prometido contar ni uno, Mimosa loca —dijo Eustace casi enfadado—. Sin embargo, temo que no haya más remedio. ¡Esta es la consecuencia de haberme creado una reputación! ¿Por qué no seré un poco más tonto de lo que soy, por qué se me habrá ocurrido mostrar las brillantes cualidades con que me ha dotado la Naturaleza? Habría podido dormir la siesta en paz y tranquilamente.

Pero el primo Eustace, como creo haber indicado antes, era tan aficionado a contar cuentos como los chiquillos a oírlos. Su entendimiento libre y feliz se deleitaba en su propia actividad, y apenas requería impulso exterior para ponerse en movimiento.

¡Cuán diferente este espontáneo juego de la inteligencia, de la educada diligencia de los años maduros, cuando la tarea se ha hecho fácil a fuerza de costumbre y el trabajo del día es indispensable para la felicidad del día, aunque todo lo demás se haya desvanecido como una pompa de jabón! Pero esta observación no hace falta que la oigan los niños.

Sin hacerse rogar más, Eustace Bright empezó a contar el cuento siguiente, realmente espléndido. Se le había ocurrido mientras estaba tumbado en el suelo mirando la copa de un árbol, observando cómo el toque del otoño había convertido cada una de sus hojas verdes en oro finísimo. Y ese cambio, que todos hemos presenciado, es tan maravilloso como cualquiera de los prodigios que Eustace relató al contar la historia de Midas.

## El toque de oro

Érase una vez un hombre muy rico, que además era rey. Se llamaba Midas. Tenía una hija, de la cual nadie más que yo ha oído hablar y cuyo nombre nunca he sabido, o mejor dicho, he olvidado. Así es que, como me gustan los nombres extraños para las niñas, me parece bien llamarla Doradina.

Al rey Midas le gustaba el oro más que cualquier otra cosa del mundo. Apreciaba su corona real principalmente porque estaba compuesta de tan precioso metal. Poseer oro, mucho oro, era la ambición más grande del rey Midas. Si algo había en la Tierra que quisiese más que el oro, era la preciosa niña, su hija, que jugaba alegremente junto a su trono. Pero, cuanto más la quería, más ansia le entraba de adquirir, buscar y amontonar riquezas. Pensaba tontamente que lo mejor que podía hacer por aquella niña a quien tanto quería era amontonar para ella inmensas cantidades de monedas amarillas y brillantes. Así que jamás pensaba en otra cosa. Si por casualidad miraba por un momento las nubes doradas que se forman al ponerse el sol, solo deseaba que fuesen de oro verdadero para poder guardarlas en su cofre. Cuando venía Doradina saltando y riendo a buscarle con un ramo de flores amarillas del campo en la mano, lo único que le decía era:

—¡Bah! ¡Bah, hijita! Si esas flores fueran de oro, como parecen, entonces sí que valdría la pena recogerlas.

Y, sin embargo, el rey Midas, cuando era joven y no estaba completamente dominado por el enfermizo deseo de riquezas, había sido muy aficionado a las flores. Había plantado un jardín donde crecían las rosas más grandes y hermosas que haya visto u olido ningún mortal.

Las rosas seguían creciendo en el jardín, tan bellas, tan grandes y tan fragantes como cuando Midas solía pasarse horas enteras mirándolas y gozando de su perfume. Pero ahora, si las miraba, era solo para calcular cuánto más valdría el jardín si cada uno de los innumerables pétalos de las rosas fuese una lámina de oro fino. Y, aunque también en otros tiempos fue muy aficionado a la música (a pesar de la historia que cuenta que sus orejas se parecían a las de los burros), la única música agradable ahora para el pobre rey Midas era el tintineo de las monedas.

Por fin (porque la gente se vuelve cada día más tonta, a no ser que tenga buen cuidado de hacerse cada día más y más cuerda), el rey Midas llegó a ser tan poco razonable que no podía ver ni tocar cosa que no fuese de oro. Y adoptó la costumbre de pasar gran parte del día en una habitación oscura y subterránea, en los sótanos de su palacio. Allí guardaba sus riquezas. En aquel agujero feísimo, que apenas podía servir de calabozo, se encerraba el rey Midas cuando quería ser completamente feliz.

Después de cerrar cuidadosamente la puerta, cogía un saco lleno de monedas de oro, o una copa de oro, grande como una palangana; o una barra de oro pesadísima, o un celemín lleno de polvo de oro, y los llevaba desde los rincones oscuros del cuarto hasta el único sitio donde caía un rayo de sol, brillante y estrecho, desde un tragaluz. Le deleitaba aquel rayo de sol, únicamente porque sin su ayuda no podía ver el brillo de su tesoro. Luego removía con las manos las monedas del saco, o tiraba la barra a lo alto y la recogía al caer, o hacía que se deslizara entre sus dedos el polvo de oro, o miraba la imagen extraña de su cara reflejada en la bruñida circunferencia de la copa, y se decía: «¡Oh, Midas, riquísimo rey Midas, qué hombre tan feliz eres!». Pero era muy gracioso ver cómo la imagen de su rostro le hacía muecas desde la pulida superficie de la copa. Se diría que aquella imagen comprendía cuán necia era su conducta y se burlaba de él.

Midas decía que era un hombre feliz, pero por dentro sentía que no lo era del todo. No podría llegar a la felicidad completa hasta que el mundo entero se convirtiese en un inmenso guardatesoros y estuviese lleno de amarillo metal, que fuese todo suyo.

No necesito recordar a niños tan instruidos como vosotros que allá en los tiempos antiguos, muy antiguos, cuando vivía el rey Midas, pasaban cosas que en nuestros tiempos y en nuestro país nos parecerían maravillosas. Por otra parte, ahora suceden muchísimas cosas que no solo nos parecen maravillosas a nosotros, sino que a las personas de los tiempos antiguos las habrían dejado ciegas de asombro. Yo, por mi parte, creo que nuestros tiempos son mucho más extraños que los antiguos; pero, sea esto como sea, sigamos el cuento.

Un día estaba Midas gozando de la contemplación de sus tesoros en el oscuro subterráneo cuando vio que una sombra caía sobre los montones de oro, y mirando de repente hacia arriba se encontró la figura de un desconocido erguido precisamente en el brillante y estrecho rayo de sol. Era un joven de cara alegre y sonrosada. Quizá porque la imaginación del rey Midas ponía un tinte amarillo sobre todas las cosas, o por cualquier otro motivo, no pudo evitar pensar que la sonrisa con que el desconocido lo miraba tenía una especie de radiación dorada. Lo seguro es que, aunque la figura interceptaba el rayo de sol, los tesoros amontonados brillaban más que nunca. Hasta los más remotos rincones del cuarto participaban del misterioso resplandor y parecían iluminados cuando el desconocido sonreía, como si hubiese en ellos llamas o chispas.

Como Midas sabía que había cerrado cuidadosamente la puerta con llave y que no había mortal capaz de penetrar en la estancia donde guardaba sus tesoros, sacó en consecuencia que el visitante era algo más que un mortal. No hace falta decir su nombre. En aquellos días, cuando la Tierra era relativamente nueva, se suponía que debían venir a visitarla de cuando en cuando seres dotados de poderes sobrenaturales,

que solían interesarse por las alegrías y las penas de los hombres, las mujeres y los niños, medio en broma y medio en serio. Midas ya había tropezado antes con seres de esa índole, y no le disgustaba encontrarse con ellos. El aspecto del forastero era tan regocijado, tan amable, casi demasiado bondadoso, que habría sido poco razonable sospechar que venía con malas intenciones. Era más que probable que viniese a hacer un favor al rey Midas. Y ¡qué favor podría ser, sino aumentar sus montones de tesoros!

El desconocido contempló toda la estancia. Y, cuando su brillante sonrisa hubo resplandecido sobre todos los objetos de oro que allí había, se volvió hacia Midas.

—Eres un hombre rico, amigo Midas —observó—. Me parece que no habrá en la Tierra otras cuatro paredes en las que se guarde tanto oro como el que tú has conseguido amontonar aquí.

—He hecho lo que he podido... lo que he podido... —respondió Midas en tono descontento—. Pero, al fin y al cabo, esto no es nada si se considera que he dedicado la vida entera a reunirlo. Si pudiera vivir mil años, tendría tiempo para llegar a ser rico de veras.

—¡Cómo! —exclamó el desconocido—. ¿Todavía no estás satisfecho?

Midas movió la cabeza.

—¿Y con qué te contentarías? —preguntó el forastero—. Solo por curiosidad me gustaría saberlo.

Midas se puso a meditar. Tuvo el presentimiento de que aquel desconocido, con su lustre dorado en la cara y su sonrisa de buen humor, había venido con poder y con intención de satisfacer sus mayores deseos. Por consiguiente, había llegado el feliz momento y no tenía más que hablar para obtener todo lo posible, o al parecer imposible, que se le ocurriese pedir. Así es que pensó, pensó y pensó, y amontonó en su imaginación montañas y montañas de oro sin llegar a figurarse una lo bastante grande para satisfacerle por completo.

Por último, se le ocurrió una idea luminosa. Le parecía tan brillante como el esplendoroso metal que tanto amaba.

Levantando la cabeza, miró al desconocido a la cara.

—Vamos, Midas —observó el visitante—; veo que por fin has pensado algo en que pueda satisfacerte por completo. Dime lo que deseas.

—Solo esto —respondió Midas—. Estoy harto de que me cueste tanto trabajo reunir mis tesoros y de ver que después de tanto cansarme aumentan tan despacio. ¡Deseo que todo lo que toque se convierta en oro!

La sonrisa del desconocido se hizo tan amplia que pareció llenar el subterráneo, como un sol que brillara en un sombrío y hondo valle donde las amarillas hojas del otoño (porque esto parecían los pedazos de oro) estuviesen esparcidas por el suelo, reflejando su luz.

—¡El toque de oro! —exclamó—. Verdaderamente, amigo Midas, eres hombre de imaginación. Pero ¿estás completamente seguro de que con eso te quedarás satisfecho?

—¡Completamente...! —dijo Midas.

—¿Y nunca te arrepentirás de poseer ese don?

—¿Por qué había de arrepentirme? —preguntó Midas—. Es lo único que pido para ser completamente feliz.

—Entonces, hágase como deseas —respondió el forastero moviendo la mano en señal de despedida—. Mañana al salir el sol te encontrarás dotado con el toque de oro.

El rostro del desconocido se puso entonces extraordinariamente brillante y Midas, a su pesar, tuvo que cerrar los ojos. Al volver a abrirlos no vio más que el único rayo de sol en el subterráneo, y a su alrededor el fulgor del precioso metal que había dedicado toda su vida a reunir.

La historia no dice si Midas durmió aquella noche tan bien como de costumbre. Dormido o despierto, su espíritu estaba probablemente en el mismo estado que el de un niño a quien se ha prometido por la mañana un juguete nuevo. Apenas acababa de asomar el día por encima de los montes y el rey ya estaba completamente despierto; extendió los brazos fuera de la cama y empezó a tocar cuanto se encontraba a su alcance. Estaba impaciente por probar si realmente le había llegado el toque de oro,

según la promesa del desconocido. Para convencerse pasó el dedo por la silla que estaba a la cabecera de la cama y sobre otros varios objetos; pero tuvo una triste desilusión al ver que continuaban siendo de la misma sustancia que antes. Entonces temió que la visita del brillante desconocido hubiese sido un sueño o que, aunque hubiese venido de veras a visitarlo, solo lo hubiera hecho para reírse de él. ¡Qué cosa tan triste, si después de tantas esperanzas el rey Midas hubiese tenido que contentarse con el poco oro que pudiese juntar por medios ordinarios, en lugar de crearlo con solo tocar las cosas!

Mientras pensaba esto, aún estaba la mañana gris, con un solo rayo brillante a lo largo de una nube, que Midas no alcanzaba a ver. Volvió a echarse en la cama, muy desconsolado por la decepción de sus esperanzas, y se fue poniendo cada vez más triste, hasta que el primer rayo de sol pasó a través de la ventana y vino a dorar el techo. A Midas le pareció que aquel brillante y amarillo rayo de sol se reflejaba de modo extraño sobre la colcha blanca de su cama. Mirando más de cerca, ¡cuál no sería su asombro y su alegría al ver que el tejido de hilo se había transformado en otro que parecía ser del oro más puro y brillante! ¡El toque de oro le había llegado con el primer rayo de sol!

Midas se incorporó en una especie de gozoso frenesí y echó a correr por la habitación, tocando cuanto encontraba a su paso. Tocó uno de los barrotes de la cama e inmediatamente se convirtió en estriado lingote de oro. Descorrió una cortina para ver mejor todas las maravillas que estaba obrando y la borla se le convirtió entre las manos en un montón de oro. Cogió un libro de encima de la mesa. Al primer contacto se convirtió en el volumen más ricamente encuadernado y dorado que se haya visto nunca; pero, al pasar los dedos sobre las hojas, ¡ay!, se convirtieron estas en un montón de delgadas placas de oro, en las cuales eran ilegibles todas las sabias letras del libro. Se apresuró a vestirse y se quedó encantado al verse con un magnífico traje de tela de oro que conservaba su flexibilidad y su suavidad, aunque le pesaba un poco más que de costumbre. Sacó el pañuelo que su hijita había bordado para regalárselo. También se transformó: las puntadas primorosas que había hecho la niña con tanto cuidado eran ahora de hilo de oro.

A pesar de todo, esta última transformación no dejó del todo satisfecho al rey Midas. Habría preferido que el regalo de su hija se hubiese conservado siempre como cuando, subida en sus rodillas, se lo dio con un beso.

Pero no era cosa de afligirse por una pequeñez. Midas sacó sus gafas del bolsillo y se las puso en la nariz para ver mejor cuanto le rodeaba. En aquellos tiempos aún no se habían inventado las gafas para el común de los mortales, pero los reyes, sin duda, ya las usaban; porque, si no, ¿de dónde iba a haberlas sacado Midas? Con gran asombro, notó que aunque los cristales eran excelentes no veía nada a través de ellos. Era la cosa más natural del mundo, porque, al tocarlos, los transparentes cristales se

habían convertido en discos de amarillo metal, y por lo tanto eran inútiles como lentes, aunque como oro valiesen bastante.

A Midas le molestó pensar que, con toda su riqueza, ya nunca podría conseguir un par de lentes que le sirvieran para algo.

«Pero, al fin y al cabo, qué más da —se dijo con mucha filosofía—. No podemos tener un gran beneficio que no vaya acompañado de algún ligero inconveniente. El toque de oro bien vale el sacrificio de un par de lentes, ya que no de los ojos. Los míos me servirán para los usos ordinarios de la vida, y mi hijita Doradina pronto será lo suficientemente mayor para leerme todos los libros que necesite».

El sabio rey Midas estaba tan contento de su buena suerte que el palacio le parecía pequeño para contenerla. Por consiguiente, bajó las escaleras y sonreía al observar cómo la balaustrada y el pasamanos se iban convirtiendo en oro bruñido, según los tocaba. Levantó el picaporte de la puerta —era de bronce un momento antes, pero fue de oro en cuanto sus dedos lo tocaron— y salió al jardín. Encontró en él, como de costumbre, muchísimas rosas: unas completamente abiertas, otras en capullo. Su fragancia en el aire matutino era exquisita. Su color delicado era una de las más bellas cosas que se pudieran ver; tan amables, tan modestas, tan llenas de tranquilidad parecían aquellas flores.

Pero Midas sabía el modo de hacerlas mucho más preciosas, según su modo de pensar, que ninguna otra rosa que hubiese en el mundo. Para conseguirlo se tomó la molestia de ir de rosal en rosal y ejercitó su toque de oro infatigablemente, hasta que todas las flores y todos los capullos, y hasta los gusanillos que había en el corazón de algunas de ellas, se convirtieron en oro. Cuando estaba terminando esta faena, llamaron al rey Midas a desayunar; y, como el aire de la mañana le había despertado el apetito, se apresuró a volver a palacio.

En qué consistía generalmente el desayuno de un rey en los tiempos de Midas es cosa que no sé, y no puedo detenerme ahora a investigarlo. Supongo, sin embargo, que aquella mañana el desayuno consistía en panecillos calientes, una hermosa trucha, patatas asadas, huevos frescos pasados por agua y café para el rey Midas, y un tazón de sopas de leche para su hija Doradina. Creo que este desayuno es bastante para un rey, y a mí me parece que fuese este o no el que el rey Midas solía tomar, ciertamente era exquisito.

Doradina no había llegado todavía. Su padre mandó que la llamasen y sentándose a la mesa esperó a que la niña llegara para empezar a desayunar. Para hacer justicia al rey Midas, hay que decir que quería de veras a su hijita, y mucho más aquella mañana, pues estaba muy contento por la buena suerte que le había sobrevenido. Poco después la oyó llegar; pero Doradina venía llorando amargamente. Esta circunstancia le sorprendió mucho, porque su hijita era una de las niñas más alegres que se hayan visto nunca en un día de verano, y con las lágrimas que solía llorar en

doce meses no se hubiese podido llenar un dedal.

Cuando Midas oyó sus sollozos, decidió consolarla dándole una sorpresa agradable, e inclinándose sobre la mesa, tocó el tazón de su hija (que era de porcelana con figuritas muy lindas) y lo convirtió en oro reluciente.

Doradina, muy desconsolada, abrió la puerta y se presentó ante su padre limpiándose las lágrimas con el delantal y sollozando como si se le rompiese el corazón.

—¿Qué es eso, hija mía? —exclamó Midas—. ¿Qué te pasa, hoy que la mañana es tan hermosa?

Doradina, sin quitarse el delantal de los ojos, alargó una mano, en la cual tenía una de las rosas que su padre acababa de transformar.

—¡Muy bonita! —exclamó su padre—. ¿Qué hay en esa magnífica rosa que pueda hacerte llorar?

—Papá —respondió la chiquilla, llorando a mares—, no es bonita: es la flor más fea del mundo. En cuanto me he vestido, he bajado al jardín a cortar rosas para ti, porque sé que te gustan, y que te gustan más cuando te las corta tu hijita. Pero ¿a que no sabes lo que ha sucedido? Una desgracia muy grande, muy grande. ¡Todas las rosas tan bonitas, que olían tan bien y tenían tantos colores, se han echado a perder! Se han puesto amarillas como esta, y no huelen a nada. ¿Qué les habrá pasado?

—Bueno, hijita, no llores por eso —dijo Midas, a quien le dio vergüenza confesar que había sido él el responsable del cambio que tanto afligía a la niña—. Siéntate y cómete las sopas de leche. Ya verás qué fácil es cambiar una rosa de oro como esa, que dura por lo menos cientos de años, por una vulgar, que se deshoja en un día.

—No quiero rosas como esta —dijo Doradina, tirándola despectivamente—. No huele a nada, y con estos pétalos tan duros me araña la nariz.

La niña se sentó a la mesa; pero estaba tan apurada por las rosas marchitas que no reparó en la transformación maravillosa del tazón de porcelana. Y más valió así. Porque Doradina estaba acostumbrada a divertirse mirando las figurillas raras y las casas y los árboles tan extraños que estaban pintados en la superficie del tazón, y todos aquellos adornos habían desaparecido en el tono amarillo del metal.

Midas se había servido mientras tanto una taza de café; naturalmente la cafetera, que no sé de qué metal era cuando la cogió, se había convertido en oro cuando volvió a dejarla sobre la mesa. Pensó un momento que era demasiado lujo para un rey de costumbres modestas como las suyas tener vajilla de oro para el desayuno, y empezó a pensar en el mucho trabajo que iba a costarle guardar y conservar todos sus tesoros. El aparador y la cocina no le parecían sitios bastante seguros para guardar cosas de tanto valor como tazones y cafeteras de oro.

Con estos pensamientos se llevó a los labios una cucharada de café, y al sorberla se quedó atónito; en el instante en que sus labios tocaron el líquido, este se convirtió

en oro derretido, y un instante después se solidificó, formando un terrón dorado.

—¡Ah! —exclamó Midas casi con horror.

—¿Qué te pasa, papá? —preguntó Doradina, mirándole, aún con lágrimas en los ojos.

—¡Nada, mi niña, nada! —dijo Midas—. Toma la leche antes de que se enfríe.

Se sirvió una de las truchas, y para probar tocó la cola con el dedo. Con gran espanto vio que se convertía, de trucha admirablemente frita, en un pez dorado, pero no como esos que se suelen ver en las peceras y estanques. No, porque era un pez de metal y parecía hecho con todo primor por el mejor joyero del mundo. Las espinas eran ahora alambritos de oro; las aletas y la cola eran delgadísimas placas de oro; conservaba hasta las marcas del tenedor, y tenía toda la apariencia delicada y ligera de un pez bien frito, exactamente imitado en oro. Cosa muy bonita, como podéis suponer, pero el rey Midas en aquel momento habría preferido tener en el plato una trucha de veras, y no aquella primorosa y valiosa imitación.

«No comprendo —se dijo— cómo voy a arreglármelas para desayunar».

Cogió uno de los panecillos calientes y, apenas lo partió, con gran mortificación suya, se puso amarillo (aunque era de la harina de trigo más blanca), mucho más amarillo que si hubiese sido pan de maíz. En realidad, si hubiera sido pan de maíz le habría gustado a Midas mucho más que entonces, pues el brillo y el peso le hicieron comprender, sin género de duda, que era de oro. Casi desesperado, se sirvió un huevo pasado por agua, que inmediatamente sufrió un cambio análogo a los de la trucha y el panecillo. Lo cierto era el huevo parecía uno de los que solía poner la gallina de la fábula.

«¡Vaya dilema! —pensó, recostándose en el respaldo del sillón y mirando casi con envidia a su hijita, que estaba tomando sus sopas de leche con gran satisfacción—. ¡Un desayuno tan rico sobre la mesa y no poder probar ni un bocado!».

Esperando que a fuerza de darse prisa podría evitar el grave inconveniente, el rey Midas se echó sobre una patata caliente e intentó tragársela a toda prisa sin tocarla con la boca. Pero el toque de oro era más rápido que él. Y se encontró con la boca llena, no por una patata harinosa, sino por un pedazo de metal sólido que le quemó la lengua de un modo tan horroroso que empezó a dar alaridos y a saltar y patear por toda la sala, tanto le quemaba y dolía.

—¡Papá! ¡Papá! —exclamó Doradina, que era una niña muy cariñosa—. ¿Qué te pasa, papá? ¿Te has quemado la lengua?

—¡Ay, hija mía! —murmuró Midas tristemente—. ¡No sé qué va a ser de tu pobre padre!

Y, en verdad, ¿habéis oído caso más lamentable en toda vuestra vida? Tenía delante el desayuno más rico que pueda servirse en mesa de rey, y su misma riqueza lo volvía totalmente inservible. El labrador más pobre, sentado delante de un pedazo

de pan y un vaso de agua, estaba mucho mejor servido que el rey Midas, cuyos delicados manjares valían literalmente tanto oro como pesaban. Y ¿qué iba a hacer él? Ya a la hora del desayuno Midas tenía muchísimo apetito. ¿Acaso tendría menos a la hora de comer? Y figuraos qué hambre de lobo tendría a la hora de la cena, que consistiría, sin duda, en manjares tan indigestos como los que entonces tenía delante. ¿Cuántos días podría sobrevivir a un régimen tan sustancioso?

Estas reflexiones turbaron de tal manera al atribulado rey que empezó a poner en duda si, después de todo, eran las riquezas lo único deseable de este mundo, o lo más deseable de todo. Pero esto no fue más que un pensamiento pasajero. Tan fascinado estaba con el brillo del metal amarillo que no hubiese querido renunciar al toque de oro por consideración tan mezquina como la de un desayuno. ¡Qué precio por unos cuantos comestibles! ¡Y, además, perder tantos millones! ¡Es decir, cambiarlos por una trucha frita y un huevo, una patata, un panecillo caliente y una taza de café!

«¡Sería demasiado caro!», pensó Midas.

Sin embargo, tales eran su hambre y la perplejidad de la situación que volvió a quejarse en voz alta y con gran tristeza. Nuestra lindísima Doradina no podía soportarlo más. Observaba a su padre, intentando con todo el poder de su entendimiento comprender qué le pasaba. Luego sintió un deseo suave y triste de consolarle, saltó de su silla y corriendo hacia el rey, su padre, le rodeó las piernas con los brazos. Él se inclinó a dar un beso a la niña y entonces comprendió que el amor de su hija valía mil veces más que todo lo que había ganado con el toque de oro.

—¡Doradina, hijita, preciosa mía! —exclamó.

Pero Doradina no respondió.

¡Ay, qué había hecho! ¡Cuán fatal era el don que el desconocido le había otorgado! En el momento en que los labios de Midas tocaron la frente de su hija se obró en ella un cambio terrible. Su suave y sonrosado rostro, tan lleno de cariño, se puso amarillento, y lágrimas amarillas se habían pegado a sus mejillas. Sus hermosos rizos oscuros tomaron el mismo color. Todas sus tiernas y blandas formas se volvieron duras e inflexibles entre los brazos de su padre, que la rodeaban. ¡Oh, terrible desdicha! Víctima de su insaciable deseo de riqueza, había convertido a su propia hija en una estatua de oro...

Pues una estatua era ya aquella bellísima niña, y su última y atónita mirada de cariño, de pena y de lástima, endurecida y como tallada en su rostro, era la cosa más bonita y triste que ojos mortales hubieran visto nunca. Todas las facciones y todos los detalles y peculiares gracias de Doradina estaban en su estatua; hasta un encantador hoyito que tenía en la barbilla y que embellecía delicadamente sus rasgos fisonómicos. Pero, cuanto más perfecto era el parecido, mayores eran la agonía y desesperación del rey Midas al contemplar aquella imagen de oro que era lo único que quedaba de su hijita. Siempre que Midas acariciaba a su hijita, solía decirle:

«¡Vales más oro que pesas!». La frase, desgraciadamente, era ahora literalmente cierta, y el dolorido monarca comprendía, aunque demasiado tarde, cuán infinitamente más vale un corazón amante y compasivo, que le tenga a uno cariño, que todas las riquezas que puedan amontonarse entre el cielo y la tierra.

Sería demasiado triste contaros cómo Midas, ahora que tenía todo lo que había deseado, empezó a retorcerse las manos y a maldecirse a sí mismo. Y, como no podía mirar a Doradina ni apartar los ojos de ella, no podía creer que se hubiera convertido en oro. Pero, volviendo a mirar, veía la preciosa figurita con una lágrima amarilla en sus mejillas de oro, y con una mirada tan compasiva y tan cariñosa que parecía que la misma expresión tuviese que ablandar el oro y convertirlo en carne otra vez. Eso, desde luego, no podía ser. Así que Midas volvió a retorcerse las manos y a desear ser el hombre más pobre del mundo, si la pérdida de todas sus riquezas pudiera devolver al rostro de la niña el desaparecido color de rosa.

Cuando estaba en lo más tremendo de la desesperación, de pronto vio a un desconocido en la puerta. Midas inclinó la cabeza sin pronunciar palabra, porque reconoció la misma figura que se le había aparecido el día antes en el subterráneo para otorgarle la desastrosa facultad del toque de oro. El rostro del desconocido aún tenía la misma sonrisa, que parecía derramar amarillo lustre sobre la estancia, sobre la imagen de Doradina y sobre los demás objetos que habían sido transformados por el tacto de Midas.

—¡Eh, amigo Midas! —dijo el desconocido—. ¿Qué tal te va con el toque de oro?

Midas movió la cabeza.

—Soy muy desgraciado —dijo.

—¿Muy desgraciado, de veras? —exclamó el desconocido—. ¿Y cómo es eso? ¿No he cumplido fielmente la promesa que te hice? ¿No has tenido todo lo que tu corazón deseaba?

—El oro no lo es todo en este mundo —respondió Midas—, y he perdido lo que mi corazón quería más que nada.

—¡Ah! ¿De modo que de ayer a hoy has hecho un descubrimiento? —observó el desconocido—. A ver, a ver. ¿Cuál de estas dos cosas te parece que vale más: el don del toque de oro o una copa de agua clara?

—¡Oh, bendita agua! —exclamó Midas—. ¡Ya nunca volverás a humedecer mi seca garganta!

—¿El toque de oro —prosiguió el desconocido— o un pedazo de pan?

—Un pedazo de pan —respondió Midas— vale por todo el oro del mundo.

—¿El toque de oro —preguntó el desconocido— o tu hija palpitante, viva, suave y cariñosa como era hace una hora?

—¡Oh! ¡Mi hijita, mi hijita! —exclamó el pobre Midas retorciéndose las manos—. ¡No hubiera dado yo el hoyito que tenía en la barbilla por el poder de convertir toda la Tierra en una inmensa bola de oro!

—Eres más sensato que antes, rey Midas —dijo el desconocido—. Ya veo que en tu corazón aún hay carne y no se ha convertido totalmente en oro. Si así fuera, tu caso

sería desesperado. Pero aún pareces capaz de comprender que las cosas sencillas, las que están al alcance de todo el mundo, valen mucho más que las riquezas por las cuales se afanan y luchan tantos mortales. Dime ahora sinceramente: ¿deseas verte libre del toque de oro?

—¡Lo odio! —respondió Midas.

Una mosca se le posó en la nariz; pero inmediatamente cayó al suelo; también ella se había convertido en oro. Midas se estremeció.

—Entonces —dijo el desconocido—, ve y báñate en el río que pasa por detrás de tu jardín. Toma un cántaro de agua y ve rociando con ella cada uno de los objetos que desees que vuelvan a su antigua sustancia. Si haces esto con buen deseo y sinceridad, puede que repares el daño que has causado con tu avaricia.

El rey Midas se inclinó profundamente y, cuando levantó la cabeza, el reluciente desconocido había desaparecido.

Comprenderéis fácilmente que Midas no perdió el tiempo y fue a buscar un gran cántaro de barro; pero ¡ay de mí!, en cuanto lo tocó dejó de ser barro. De todos modos corrió hasta la orilla del río. Según iba cruzando el huerto, que estaba plantado de grosellas y frambuesas, era maravilloso ver cómo el follaje se ponía amarillo, como si hubiese pasado por allí el otoño. Al llegar al río se tiró de cabeza sin detenerse siquiera a quitarse los zapatos.

—¡Puf, puf, puf! —resopló el rey Midas al sacar la cabeza del agua—. Está bien. Este es un baño refrescante y supongo que me habrá lavado por completo y quitado el toque de oro. Ahora, a llenar el cántaro.

Metió el cántaro en el agua y se le alegró el corazón al verlo convertirse, de oro que era, en el mismo honrado cántaro de barro que había sido antes de que lo tocara. También notaba un cambio dentro de sí mismo. Era como si le hubiera quitado del pecho un peso grande, duro y frío. Sin duda su corazón había ido perdiendo poco a poco su sustancia humana transmutándose en metal insensible; pero ahora iba ablandándose, era de carne de nuevo. Viendo una violeta que crecía a la orilla del río, Midas la tocó, y no cupo en sí de gozo al ver que la delicada flor conservaba su color característico, en vez de tornarse amarilla brillante. La maldición del toque de oro, por lo tanto, se había apartado de él.

El rey Midas se apresuró a volver a palacio, y supongo que algunos criados no entenderían lo que pasaba al ver a su real dueño llevando tan cuidadosamente un cántaro de agua. Pero aquella agua que iba a deshacer todo el daño que había causado su locura era más preciosa para Midas que un océano de oro líquido. Lo primero que hizo, casi no hace falta decirlo, fue echar agua a manos llenas sobre la dorada figura de su hija.

Apenas cayó el agua sobre ella, os hubieseis reído al ver cómo volvía el color de rosa a sus mejillas. ¡Y cómo empezó a estornudar y a sacudirse! ¡Y qué asombrada se quedó al encontrarse toda mojada y ver a su padre que seguía echándole agua encima!

—¡Basta, papá! ¡Por favor, no más! —exclamó—. Mira lo que has hecho con mi vestido nuevo, tan bonito. ¡Y lo estreno hoy!

Doradina no sabía que había sido durante un rato estatua de oro; no podía acordarse de lo que había sucedido desde ese momento en que corrió con los brazos abiertos a consolar al pobre rey Midas, su padre.

A este no le pareció necesario contar a su querida hija cuán loco había sido, pero decidió demostrar que ahora era mucho más cuerdo. Para esto llevó a Doradina al jardín, donde echó el agua que quedaba sobre los rosales, con tan buena suerte que más de cinco mil rosas recobraron su hermoso color. Hubo dos circunstancias, sin embargo, que mientras vivió conservaron para el rey Midas el recuerdo del toque de

oro. Una fue que las arenas del río brillaban como el oro, y la otra que el cabello de Doradina tenía ahora un reflejo dorado que nunca había observado en él antes de que se hubiese transformado por efecto de su beso. Este cambio era, en realidad, para mejor, y el cabello de Doradina era mucho más bonito que antes.

Cuando el rey Midas se hizo ya muy viejo y tenía a los hijos de Doradina sobre sus rodillas jugando a los caballitos, le gustaba contarles este cuento maravilloso, casi como ahora os lo cuento yo. Y, cuando acariciaba sus rizos de seda, les decía que su cabello también tenía un bonito reflejo de oro, que habían heredado de su madre.

—Y para deciros la verdad, queridos niños míos —comentaba el rey Midas, haciendo cabalgar vivamente a sus nietecitos—, desde aquella mañana detesto ver oro, excepto en el cabello de vuestra madre.

# Arroyo Umbrío

## Después del cuento

—¿Qué, niños? —preguntó Eustace, que era muy aficionado a recabar la opinión de sus oyentes—. ¿Habíais oído en toda vuestra vida cuento mejor que este del toque de oro?

—La historia del rey Midas —dijo la burlona Siempreviva— era famosa miles de años antes de que el señor Eustace Bright viniese a este mundo, y continuará siéndolo después de que él lo abandone. Pero algunas personas tienen lo que pudiéramos llamar el «toque de plomo», y convierten en pesado y árido todo lo que tocan sus manos.

—Eres una niña muy lista, para no haber cumplido aún los quince —dijo Eustace, desconcertado por lo agudo de la crítica—. Pero dentro de tu malvado corazoncillo sabrás que he pulido el oro viejo de la historia de Midas y le he dado más brillo que nunca. ¿Y la figura de Doradina? ¿No está maravillosamente dibujada? Y la moraleja, ¿no es profunda, clara y bien traída? ¿Qué decís, Arándano, Zanahoria, Trébol, Pimpinela? Después de oír este cuento, ¿alguno de vosotros desearía poseer la facultad de convertir las cosas en oro?

—A mí me gustaría —dijo Pimpinela, chiquilla de diez años— tener el poder de convertirlo todo en oro con el dedo índice de la mano derecha, pero con tal de tener en el de la mano izquierda el poder de dejarlo como antes si el cambio no fuera de mi gusto. ¡Ay, si lo tuviera, ya sé lo que haría esta misma tarde!

—¿Qué harías? —preguntó Eustace.

—Tocaría —respondió Pimpinela— cada una de las hojas de estos árboles con el dedo índice de la mano izquierda y las pondría verdes otra vez; y así volveríamos a empezar el verano, sin tener que pasar por el feo invierno.

—¡Oh, Pimpinela! —exclamó Eustace Bright—. Estás equivocada, y harías una cosa muy mal hecha. Si yo fuera Midas, no haría más que días de oro, como este de hoy, durante todo el año. Las mejores ideas siempre se me ocurren un poco tarde. ¿Por qué no os habré contado que el viejo rey Midas vino a América y convirtió el sombrío otoño que hay en otros países en la deslumbrante belleza con que aquí se viste? Doró todas las hojas del gran libro de la Naturaleza.

—Primo Eustace —dijo Arándano, chiquillo bueno, que siempre estaba haciendo preguntas sobre la altura exacta de los gigantes y la pequeñez de las hadas—, ¿qué altura justa tenía Doradina y cuánto pesaría después de haberse convertido en oro?

—Era casi tan alta como tú —replicó Eustace—, y como el oro es muy pesado,

pesaría lo menos ochocientos kilos y, si se hubiera hecho moneda con ella, se hubieran sacado de treinta a cuarenta mil dólares de oro. ¡Ojalá Siempreviva valiese tanto! Vamos, niños, saldremos de la cañada subiendo a lo alto del peñón y echaremos un vistazo al panorama.

Así lo hicieron. El sol había ya andado dos horas más de la mitad de su camino y llenaba el gran hueco del valle con su radiación occidental, de modo que parecía estar lleno hasta el borde de una luz suave que se desbordaba sobre las montañas, como vino dorado en una copa. Era un día tan maravillosamente lleno de luz de oro que se habría podido decir de él: ¡nunca ha existido día semejante, aunque ayer tal vez fuera, y mañana pueda ser, tan luminosamente radiante! ¡Ah! Pero hay pocos días así en doce meses. Es peculiaridad notable de estos días de octubre que cada uno de ellos parece ocupar muchísimo espacio, aunque el sol se levanta más bien tarde en esta estación del año y se va a la cama como debieran irse los niños, bien pronto, a las seis de la tarde o un poco antes. No podemos, por lo tanto, decir que estos días son largos; pero parecen, de un modo u otro, compensar su brevedad con su amplitud, y cuando llega la noche fresca tenemos conciencia de haber gozado una inmensa brazada de vida desde la mañana.

—¡Venid, niños, venid...! —exclamó Eustace—. ¡Más nueces, más nueces, más nueces! ¡Llenad todos los cestos, y cuando llegue la Navidad las partiré para vosotros y os contaré bonitos cuentos!

Y así se fueron, todos contentísimos, excepto el pequeño Zanahoria que, siento decíroslo, se había sentado sobre un erizo de castaña y se había quedado como un alfiletero. ¡Caramba, qué incómodo debía ir el pobre!

# **El paraíso de los niños**

# El cuarto de jugar de Tanglewood

## Introducción a «El paraíso de los niños»

Pasaron los días de oro de octubre, como tantos otros octubres han pasado, y pasó el oscuro noviembre y la mayor parte del frío diciembre también. Por fin llegó la alegre Navidad y Eustace Bright llegó con ella, haciéndola aún más alegre con su presencia. Al día siguiente de su llegada cayó una gran nevada. Hasta entonces el invierno parecía haberse retrasado y nos había dado muchos días tibios, que eran como sonrisas en su rostro arrugado. La hierba seguía siendo verde en los sitios resguardados, como los escondrijos de las laderas que miraban al sur y a lo largo de las cercas de piedra que no dejaban pasar el frío viento. Aún no hacía un par de semanas que los niños habían encontrado un diente de león en flor en la orilla de Arroyo Umbrío, precisamente a la salida de la cañada.

Pero ya no había hierba ni flores. ¡Qué nevada! Si la vista alcanzara tanto, entre las ventanas de Tanglewood y los montes Taconic, entre los remolinos de copos se habrían podido ver treinta kilómetros de tierra nevada. Las montañas parecían gigantes que se entretuvieron tirándose unos a otros monstruosos puñados de nieve. Tan espesos caían los copos que hasta los árboles que estaban a mitad de camino, valle abajo, quedaban ocultos por ellos casi todo el tiempo. Algunas veces, cierto es, los pequeños prisioneros de Tanglewood podían divisar el confuso contorno de Monument Mountain y la lisa blancura del lago helado que había al pie de ella, así como las manchas negras o grises de los bosques en la parte más cercana del paisaje. Pero esto eran, sencillamente, claros en la tormenta.

Sin embargo, los niños disfrutaban con la nevada. Ya habían trabado conocimiento con la nieve: saltaban fuera cuando caía más espesa y se la lanzaban unos a otros a puñados, como hace un momento nos figurábamos que hacían las montañas de Berkshire. Y ahora habían vuelto al espacioso cuarto de jugar, que era tan grande como el gran salón y estaba lleno de toda clase de juguetes, grandes y pequeños. El mayor de todos era un caballo de balancín que parecía de verdad, y había una familia entera de muñecas de madera, de cera, de cartón y chinas, además de unos cuantos bebés de trapo; y muchísimos cubos de construcción, suficientes para levantar el monumento a la batalla de Bunker Hill<sup>[1]</sup>, y bolos, pelotas, peonzas, aros, volantes, combas y muchísimos más objetos valiosos de los que caben en una página. Pero los niños preferían la nevada a todos los juguetes. ¡Prometía tantas animadas diversiones para mañana y para todo lo que quedaba de invierno! Los trineos, las bajadas desde la colina hasta el valle, las estatuas de nieve que había que esculpir, las

fortalezas de nieve que había que edificar y la batalla de bolas de nieve que había que celebrar.

Los niños bendecían la nevada y se alegraban de ver que caía cada vez más espesa y miraban con esperanza el montón que se estaba formando en la avenida, que ya era más alto que el más alto de ellos.

—¡Vamos a estar bloqueados hasta la primavera! —exclamaron con el mayor entusiasmo—. ¡Qué lástima que la casa sea demasiado alta y que no pueda cubrirla la nieve! La casita colorada que hay allá abajo va a quedar enterrada hasta el tejado.

—Pero, chiquillos locos, ¿aún queréis más nieve? —preguntó Eustace, que, cansado de alguna novela que estaba leyendo, había entrado en el cuarto de jugar—. Ya ha hecho bastante daño echando a perder la mejor sesión de patinaje que hubiera podido disfrutar en todo el invierno. ¡No volveremos a ver el lago hasta el mes de abril, y hoy iba a ser el primer día que yo iba a patinar! ¿No me compadeces, Siempreviva?

—¡Claro que sí! —respondió Siempreviva, riendo—. Pero, para que te consueles, escucharemos uno de tus cuentos rancios, de los que nos contabas en el porche o en Arroyo Umbrío. A lo mejor, ahora que no tengo nada que hacer me gustan más que cuando había nueces que buscar o buen tiempo que disfrutar.

Inmediatamente, Pimpinela, Trébol, Arándano y todos los chiquillos que aún estaban en Tanglewood se reunieron en torno a Eustace pidiéndole con afán que contase un cuento. El estudiante bostezó, se desperezó y, después, con gran admiración de la gente menuda, dio tres saltos hacia delante y tres hacia atrás por encima del respaldo de una silla, con el fin, según les explicó, de poner en marcha su inteligencia.

—Bueno, bueno, chiquillos —dijo después de estos preliminares—, puesto que insistís, y puesto que Siempreviva se empeña, veremos si puedo complaceros. Y, para que sepáis qué días tan felices existieron antes de que se pusieran de moda las nevadas, os contaré una historia del más viejo de todos los tiempos, cuando el mundo era tan nuevo como la peonza nueva de Arándano. Entonces no existía en la Tierra más que una estación: el delicioso verano, y una sola edad para los mortales: la infancia.

—Nunca he oído hablar de eso —dijo Siempreviva.

—Claro que no —respondió Eustace—. Será un cuento que nadie ha soñado antes que yo, un paraíso de los niños, que se desvaneció por culpa de una chiquilla tan mala como Siempreviva.

Y Eustace Bright se sentó en la silla que antes había saltado, puso a Mimosa sobre sus rodillas, mandó callar al auditorio y empezó el cuento sobre la niña mala, cuyo nombre era Pandora, y su compañero de juegos, que se llamaba Epimeteo. Podéis leerlo palabra por palabra, pues empieza en las páginas siguientes.

## El paraíso de los niños

Hace mucho, mucho tiempo, cuando el mundo era joven, hubo un niño llamado Epimeteo que no había tenido padre ni madre, y para que no estuviese tan solo le enviaron desde un país lejano a una niña, también sin padre y sin madre, para que viviese con él y fuese su compañera de juegos y su ayuda. La niña se llamaba Pandora.

Lo primero que vio Pandora, cuando entró en la casita donde vivía Epimeteo, fue una caja grande. Y casi lo primero que le preguntó en cuanto cruzó el umbral fue esto:

—Epimeteo, ¿qué guardas en esa caja?

—Querida Pandora —respondió Epimeteo—, es un secreto y debes tener la amabilidad de no preguntarme nada sobre él. Han dejado aquí la caja para que esté bien guardada y yo mismo no sé lo que tiene dentro.

—Pero ¿quién te la ha dado a guardar? —preguntó Pandora—. ¿Y de dónde proviene?

—También eso es un secreto —respondió Epimeteo.

—¡Qué fastidio! —exclamó Pandora haciendo una mueca—. ¡Me gustaría que la dichosa caja estuviese a cien leguas de aquí!

—¡No pienses más en ella! —exclamó Epimeteo—. Vamos fuera, a jugar con los demás niños.

Hace miles de años que vivieron Pandora y Epimeteo. Y el mundo ahora es muy diferente de como era en su tiempo. Entonces todo el mundo era niño. No hacían falta padres ni madres para cuidar de las criaturas, pues no había peligros ni males de ninguna clase, no había ropa que coser, y siempre se encontraba de comer y beber en abundancia. Siempre que un niño necesitaba alimento, lo encontraba colgado de algún árbol. Y, si observaba el árbol por la mañana, veía en flor la comida que se le estaba preparando para la noche, y al anocheecer veía el tierno capullo de su almuerzo del día siguiente. Era una vida muy agradable. No había deberes que hacer ni lecciones que estudiar; no había más que juegos y danzas, y agradables voces de niños que hablaban o cantaban como pájaros, o saltaban como fuentes de alegre risa todo el largo día.

Y lo mejor de todo es que los niños no reñían ni tenían rabietas ni se recordaba, desde que empezó el tiempo, que ninguno se hubiese ido a un rincón refunfuñando.

¡Qué tiempo más bueno para vivir en él! La verdad es que esos horribles y diminutos monstruos con alas que se llaman molestias, y que ahora abundan tanto

como los mosquitos, no se habían visto nunca en la Tierra. Y es posible que la inquietud más grande que hubiese experimentado un niño fuese la mortificación de Pandora por no poder descubrir el secreto de la caja misteriosa.

Esto fue al principio la ligera sombra de una contrariedad; pero cada día se hizo más y más real hasta que, pasado algún tiempo, la casita de Epimeteo fue menos alegre que la de los demás niños.

—¿De dónde puede haber venido esa caja? —se decía Pandora a todas horas—. ¿Y qué tendrá dentro?

—¡Siempre hablando de la dichosa caja! —dijo por fin Epimeteo, que había llegado a cansarse de oír siempre lo mismo—. Me gustaría, querida Pandora, hablar de otra cosa. Anda, vamos a coger unos cuantos higos bien maduros y nos los comeremos debajo de un árbol, que ya es hora de merendar. Y también sé dónde hay una viña que tiene las uvas más dulces que has probado nunca.

—¡Siempre hablando de uvas y de higos! —dijo Pandora de mal humor.

—Bueno, entonces —dijo Epimeteo, que no tenía mal genio, como muchísimos niños de aquellos tiempos—, vamos a correr y a jugar con nuestros compañeros.

—Estoy cansada de tanto juego y no jugaré más —respondió Pandora—. No tengo humor para juegos. ¡Esa caja tan horrible! No puedo dejar de pensar en ella. Me tienes que decir, por fuerza, lo que hay dentro.

—Ya te he dicho cincuenta veces que no lo sé —respondió Epimeteo, ya un poco

molesto—. ¿Cómo quieres que te diga lo que hay dentro, si no lo he visto?

—Puedes abrirla —dijo Pandora, mirando de reojo a Epimeteo—, y así lo veremos.

—Pandora, ¿en qué estás pensando? —exclamó Epimeteo.

Y su rostro expresó tal horror ante la idea de abrir la caja que se le había confiado con la condición de no abrirla nunca que Pandora comprendió que más valía no insistir. Pero le resultaba imposible no seguir pensando en la caja y hablando de ella.

—Por lo menos —dijo—, podrías contarme cómo ha venido a parar aquí.

—La dejó en la puerta —respondió Epimeteo—, un momento antes de que llegases tú, una persona muy sonriente y muy inteligente, al parecer, y cuando la dejó en el suelo apenas podía contener la risa. Iba envuelto en una capa muy extraña y llevaba un gorrito que parecía estar hecho, en parte, de plumas; tanto, que yo llegué a creer que tenía alas.

—¿Y qué bastón llevaba? —preguntó Pandora.

—El más curioso que he visto en mi vida —explicó Epimeteo—. Era como dos serpientes retorcidas alrededor de una vara, y estaba tan bien tallado que al principio creí que las serpientes eran de verdad.

—Lo conozco —respondió Pandora, quedándose pensativa—. ¡Solo él tiene un bastón así! Es Azogue, y él es quien la trajo para mí, y probablemente hay en ella trajes bonitos para que yo me los ponga, o juguetes para que juguemos tú y yo, o alguna golosina muy rica.

—Puede que sí —respondió Epimeteo dando media vuelta—; pero hasta que Azogue vuelva y nos lo diga, ni tú ni yo levantaremos la tapa.

—¡Qué chico más tonto! —murmuró Pandora cuando Epimeteo salió de la casita—. Me gustaría que fuese un poco más atrevido, que tuviese un poco más de valor.

Por primera vez desde que había llegado Pandora, Epimeteo se marchó sin pedirle que lo acompañase. Se fue solo, a coger higos y uvas y luego a divertirse como pudo en compañía de otros niños. Estaba harto de oír hablar de la caja y deseaba con todo su corazón que Azogue, o como se llamase el mensajero que la trajo, la hubiese dejado en la casita de cualquier otro niño, donde Pandora nunca la hubiese visto. ¡La caja, la caja, siempre la caja! Parecía que estuviese embrujada y que apenas cupiese en la casa, con lo grande que era, y Pandora tropezaba a todas horas con ella y hacía que Epimeteo tropezase también.

Sí que era triste para el pobre niño estar a vueltas con la caja de la mañana a la noche; sobre todo, porque, como los niños en aquel tiempo no estaban acostumbrados a tener preocupaciones, no sabían qué hacer para sobrellevarlas. Por eso una preocupación pequeña les daba entonces mucho más que hacer que en nuestros tiempos una muy grande.

Cuando Epimeteo se marchó, Pandora se quedó mirando la caja. La había

llamado fea lo menos cien veces; pero, a pesar de cuanto había dicho contra ella, era realmente un mueble muy bonito y habría adornado perfectamente cualquier habitación en que se hubiese colocado. Estaba hecha de una hermosa madera con vetas oscuras y brillantes, y la superficie era tan pulida que Pandora podía verse la cara en ella. Como la niña no tenía otro espejo, no comprendo cómo no le gustaba más, solo por ese motivo.

Los ángulos de la caja estaban maravillosamente esculpidos. Alrededor de la tapa había graciosas figuras de hombres y de mujeres y los niños más lindos que se han visto jamás, echados o jugando entre flores y follaje; y todo estaba tan exquisitamente representado, y agrupado con tal armonía, que flores, follaje y seres humanos parecían combinarse en una guirnalda de belleza única. Pero aquí y allí, asomando tras el esculpido follaje, a Pandora le pareció una o dos veces que veía una cara no tan amable, y alguna otra claramente desagradable, que deslucían por completo la belleza del conjunto. Sin embargo, mirando más de cerca y tocando con la punta del dedo, no encontraba nada. Sin duda, al mirar de lado alguna cara verdaderamente bonita, le había parecido fea.

La más bella de todas estaba esculpida en relieve, en el centro de la tapa. No había nada más en toda ella; la madera bien pulida y oscura, y en el centro aquella cara, con una guirnalda de flores en la frente. Pandora había mirado aquella cara muchísimas veces y le parecía que podía sonreír o ponerse seria como si estuviera viva. Las facciones, en realidad, tenían una expresión viva y casi maliciosa, y parecía que en algunos momentos quisiera hablar, y que los esculpidos labios fuesen a romper en palabras.

Si la boca hubiese hablado, probablemente habría dicho algo muy parecido a esto:

—¡No temas, Pandora! ¿Qué mal puede haber en que abras la caja? ¡No hagas caso a ese infeliz Epimeteo! Tú sabes mucho más que él y tienes cien veces más talento. ¡Abre la caja y verás qué cosas más bonitas encuentras dentro!

La caja, he olvidado decíroslo, estaba cerrada; no con cerradura ni nada parecido, sino con un nudo intrincadísimo de cuerda de oro. Parecía un nudo sin principio ni fin. Nunca se ha visto nudo más ingeniosamente enredado, ni con tantas lazadas y vueltas; y parecía desafiar maliciosamente a los dedos más hábiles a desatarla. Y, cuanto más dificultad parecía haber en él, más tentación le entraba a Pandora de examinarlo, solo para ver cómo estaba hecho.

Ya se había detenido dos o tres veces junto a la caja, cogiendo el nudo entre el índice y el pulgar, pero sin intentar desatarlo de veras.

«Creo —se dijo— que empiezo a comprender cómo está hecho. Me parece que si lo deshago podré volver a hacerlo como estaba. En eso sí que no habrá mal ninguno. Ni a Epimeteo se le ocurriría regañarme por eso. No quiero abrir la caja y no lo haré nunca, si ese terco chico no consiente, aunque desate el nudo».

Más habría valido que Pandora hubiese tenido algo que hacer o algo en que pensar, pues así no habría pensado siempre en el mismo asunto. Pero los niños llevaban tan buena vida antes de que las penas apareciesen en el mundo que en realidad tenían muchísimo tiempo de sobra. No siempre podían estar jugando al escondite entre las zarzas floridas, o a la gallina ciega con guirnaldas de flores sobre los ojos, o a otros juegos que ya se habían inventado cuando la madre Tierra era niña. Cuando la vida es todo juego, el trabajo en realidad es un juego. No había absolutamente nada que hacer. Barrer un poco y quitar el polvo de la casita, supongo, cortar flores frescas (que abundaban por todas partes) y ponerlas en los floreros, y ya estaba hecho todo el trabajo del día de la pobre Pandora, y, para todo el resto del tiempo, ¡allí estaba la caja!

A fin de cuentas, no estoy seguro de que en este aspecto la caja no fuese para ella una suerte. ¡Porque le proporcionaba muchas ideas en que pensar y sobre que hablar, cuando encontraba a alguien que la escuchase! Cuando estaba de buen humor, podía divertirse admirando el brillo de sus caras y la rica orla de hermosos rostros y follaje que la rodeaba. O, si estaba de mal humor, por casualidad, podía darle un empujón o un puntapié. Y muchos recibió la caja (era una caja malévola, como hemos de ver, y bien los merecía). Pero lo cierto es que, de no haber sido por la caja, Pandora, que tenía una inteligencia tan viva, no habría sabido en qué pasar el tiempo.

Porque era, realmente, ocupación sin fin calcular qué habría dentro de la caja. ¿Qué podría ser? Figuraos, queridos niños, qué ocupado tendríais el entendimiento si en vuestra casa hubiese una caja muy grande y sospechaseis que estaba llena de un montón de cosas bonitas que os iban a regalar el día de vuestro cumpleaños. ¿Creéis que hubieseis sido menos curiosos que Pandora? Si os hubiesen dejado solos con la caja, ¿no habríais tenido siquiera una tentación chiquitita de levantar la tapa? ¡Ay, no, no! ¡Qué cosa tan fea! Pero, si hubierais creído que había juguetes dentro, ya os habría costado trabajo renunciar a la ocasión de echar una miradita. En realidad, no sé si Pandora esperaba encontrar juguetes, porque aún no se habían empezado a hacer en aquellos días, cuando el mundo mismo era un juguete grande para los niños que vivían en él. Pero ella estaba convencida de que en la caja había algo muy bueno y muy bonito. Y, por lo tanto, estaba impaciente por verlo, como lo estaría cualquiera de las niñas que me rodean. Y a lo mejor un poco más, pero de eso no estoy completamente seguro.

Aquel día del que estamos hablando, su curiosidad aumentó tanto, tanto, que por fin se acercó a la caja. Casi estaba decidida a abrirla, si podía. ¡Ay, Pandora curiosa!

Primero intentó levantarla. Pesaba mucho para las pocas fuerzas de una niña como ella. Levantó uno de los lados unos cuantos centímetros del suelo y lo soltó de nuevo: la caja dio un buen golpe. Un momento después le pareció que había oído algo dentro. Acercó el oído lo más que pudo y escuchó: ¡sí, sí: dentro se oía una

especie de murmullo! ¿Sería el ruido de los oídos de Pandora o el latido de su corazón? La niña no estaba segura del todo de haber oído algo, pero su curiosidad era más fuerte que nunca.

Cuando volvió la cabeza, su mirada cayó sobre el nudo de cordón de oro.

«Sí que debe de ser persona habilidosa la que ha hecho este nudo —pensó—. Pero creo que, a pesar de todo, soy capaz de desatarlo. Por lo menos, quiero encontrar los dos cabos de la cuerda».

Cogió el nudo de oro entre las manos y se puso a observarlo con la mayor atención. Casi sin intentarlo se encontró con que estaba empezando a desatarse. Mientras, el sol entraba por la ventana abierta, y con él las voces de los niños que jugaban lejos, y acaso entre ellas la voz de Epimeteo. Pandora se detuvo a escuchar. ¡Qué hermoso día! ¿No sería mejor dejar en paz aquel molesto nudo, no volver a pensar en la caja, ir con sus compañeros y jugar y ser feliz?

En todo este tiempo, sin embargo, sus dedos, medio inconscientemente, estaban ocupados con el nudo y, al mirar la cabeza ceñida con una guirnalda de flores representada en la tapa de la caja encantada, le pareció que le hacía una mueca.

«Esta cara parece que me mira con malicia —pensó Pandora—. Quizá se ría porque estoy haciendo una cosa mala. ¡Me dan ganas de echar a correr...!».

Pero precisamente entonces, por casualidad, dio al nudo una vuelta, y el efecto fue maravilloso. La cuerda de oro se desató sola, como por arte de magia, y dejó la caja sin cierre de ninguna clase.

—¡Qué cosa más extraña! —dijo Pandora—. ¿Qué va a decir Epimeteo? ¿Y cómo me las arreglaré para hacer otra vez el nudo?

Intentó una o dos veces volver a atarlo, pero pronto comprendió que no tenía habilidad para tanto. Se había desatado tan repentinamente que no podía recordar su forma y aspecto primitivos, parecían escapársele por completo de la memoria. No podía hacer otra cosa que dejar la caja como estaba, hasta que Epimeteo volviese.

«Pero —pensó Pandora— cuando se encuentre el nudo desatado, querrá saber quién lo ha hecho. ¿Cómo voy a hacerle creer que no he mirado lo que hay dentro de la caja?».

Entonces, en su perverso corazoncillo nació la idea de que, puesto que de todos modos había de sospechar que había mirado dentro de la caja, más valía mirar de verdad. ¡Oh, loca y curiosa Pandora! Podrías haberte dedicado a hacer lo que tenías que hacer y dejar como estaba lo que ya habías hecho, y no preocuparte de lo que tu compañero Epimeteo fuera a decir o a pensar. Y así hubiera sucedido, tal vez, si la cara encantada que había en la tapa de la caja no la hubiese mirado de un modo tan incitante y persuasivo, y si no le hubiese parecido oír más claramente que nunca el murmullo de vocecitas dentro. No podía saber si era imaginación suya, pero en sus oídos resonaba como un pequeño tumulto de murmullos... Acaso era su curiosidad misma la que murmuraba:

—¡Déjanos salir, querida Pandora, por favor, déjanos salir! ¡Si vieras qué buenos compañeros vamos a ser para ti! ¡Déjanos salir y verás!

«¿Qué será? —pensó Pandora—. ¿Habrá algo vivo en la caja? ¡Sea lo que sea, estoy decidida a verlo! ¡Solo una miradita y luego vuelvo a cerrarla! ¿Qué mal puede haber en que mire un poquito?».

Pero ya es hora de que sepamos a qué se dedicaba Epimeteo.

Aquella era la primera vez, desde que había llegado su compañera, que había

intentado divertirse sin su compañía. Pero nada le salía a su gusto, ni era tan feliz como los demás días.

No podía encontrar frutas maduras y dulces, y si las encontraba le empalagaban. No había contento para su corazón ni su voz surgía alegre como otras veces, al unirse a la de sus compañeros en sus bulliciosos juegos. En una palabra: estaba tan enfadado y tan disgustado que los otros niños no podían comprender lo que le pasaba. Tampoco él lo comprendía del todo. Porque debéis recordar que en aquel tiempo todo el mundo solía ser constantemente feliz. El mundo aún no había aprendido a ser de otra manera. Ni un solo cuerpo había estado enfermo, ni una sola alma había estado triste, desde que aquellos niños fueron enviados a la hermosa Tierra para divertirse y gozar en ella.

Por fin, viendo que algo le ocurría, fuese lo que fuese, dejó de jugar y le pareció lo mejor ir a buscar a Pandora, que por lo menos estaba de humor parecido al suyo. Con la esperanza de darle una alegría, cogió unas cuantas flores e hizo con ellas una guirnalda para ponérsela en la cabeza. Las flores eran muy bonitas, rosas, azucenas, flores de azahar y otras muchas que iban dejando a su paso un rastro de fragancia. La guirnalda estaba muy bien hecha, lo mejor que podía salir de las manos de un niño. Los dedos de las niñas, al menos a mí me lo ha parecido siempre, tienen más habilidad para hacer guirnaldas de flores; pero los niños de aquellos tiempos eran más hábiles que los de ahora.

Y este es el momento de decir que hacía ya algún tiempo que una gran nube negra corría por el cielo, aunque todavía no había ocultado la luz del sol. Pero, cuando Epimeteo entró en su casita, la nube cerró el paso a la luz y se produjo una repentina y triste oscuridad.

Epimeteo entró despacito, porque quería, a ser posible, llegar sin que le oyese Pandora y ponerle en la cabeza la guirnalda de flores antes de que ella reparara en su presencia. Pero no había necesidad de entrar tan despacio. Aunque hubiese dado pasos fuertes y ruidosos, tan ruidosos como los de un hombre, casi iba a decir como los de un elefante, seguramente Pandora no lo habría oído llegar.

Estaba demasiado absorta en sus malos propósitos. En el momento en que Epimeteo entró en la casita, la chiquilla acababa de poner la mano en la tapa y estaba a punto de abrir la caja. Epimeteo la miró. Si hubiese dado un grito, Pandora probablemente habría retirado la mano y el tremendo misterio de la caja no se habría sabido nunca.

Pero Epimeteo, aunque nunca hablaba de ello, tenía también su poquito de curiosidad por saber lo que había en el interior. Comprendiendo que Pandora estaba decidida a descubrir el secreto, decidió que su compañera no había de ser la única en enterarse. Y, si dentro de la caja había algo bonito o que valiese la pena, también él quería su parte. Así que, después de tantos prudentes consejos a Pandora para que frenase su curiosidad, Epimeteo se volvió casi tan insensato como ella y casi tan culpable como su compañera. De modo que, si echamos la culpa a Pandora de lo que sucedió, hemos de echársela también a Epimeteo.

Cuando Pandora levantó la tapa, la casita se quedó muy oscura y muy triste porque la nube negra había ocultado del todo el sol y parecía haberlo enterrado vivo. Desde hacía un rato venían oyéndose truenos lejanos, que de repente se hicieron terribles. Pero Pandora, sin oírlos, levantó la tapa y miró dentro de la caja. Le pareció que un enjambre de criaturitas aladas salía volando de ella, y en el mismo instante oyó la voz de Epimeteo quejándose, como si le doliese algo.

—¡Ay, me han picado! —exclamó—. ¡Me han picado! Pandora, ¿por qué has abierto esa caja maldita?

Pandora soltó la tapa y, volviéndose rápidamente, quiso ver qué le había sucedido a Epimeteo. La tormenta había oscurecido de tal modo la habitación que no podía ver bien dónde estaba. Pero oyó un zumbido desagradable, como si muchas moscas muy grandes o muchos mosquitos gigantescos volaran a su alrededor. Y, cuando se le acostumbraron los ojos a la escasa luz, vio multitud de feísimas y diminutas formas

con alas de murciélago, que parecían furiosas y armadas de terribles agujones en la cola. Una de ellas era la que había picado a Epimeteo.

Al poco tiempo Pandora empezó a llorar con no menos dolor y susto que su compañero, y haciendo muchísimo más ruido que él. Uno de aquellos odiosos monstruos diminutos se le había posado en la frente y no sé hasta cuándo habría seguido picándole si Epimeteo no hubiese corrido a espantarlo.

Y ahora, si queréis saber quiénes podían ser aquellos feísimos animalejos que habían escapado de la caja, os diré que eran la familia entera de los males del mundo. Eran todas las malas pasiones. Eran las muchísimas especies de preocupaciones. Eran más de ciento cincuenta penas distintas; eran las enfermedades, en gran número, de terribles y dolorosas formas; eran muchas más clases de calamidades de las que yo puedo deciros.

En resumen: todo cuanto desde entonces ha afligido los cuerpos y las almas de la Humanidad estaba encerrado en la misteriosa caja que habían entregado a Epimeteo y a Pandora para que la custodiasen cuidadosamente, a fin de que los felices niños del mundo no tuviesen nunca la menor inquietud. Si hubieran cumplido fielmente el encargo, todo habría ido bien. Ninguna persona mayor habría estado triste nunca; ninguna niña habría tenido nunca motivo para derramar una sola lágrima, desde aquella hora hasta este momento.

Pero —y por esto podéis comprender cómo una mala acción de un solo mortal es una calamidad para el mundo entero—, al haber levantado Pandora la tapa de la caja y al no habérselo impedido Epimeteo, aquellos males se han instalado entre nosotros, y me parece que no tienen prisa por volver a marcharse. Porque era imposible, como comprenderéis, que los dos niños tuvieran encerrado el feísimo enjambre dentro de su casita. Por el contrario, lo primero que hicieron fue abrir de par en par las ventanas, a ver si podían librarse de ellos, y por allí salieron volando los males; y tanto atormentaron y afligieron a toda la gente menuda que fueron encontrando a su paso que en mucho tiempo ningún niño volvió a sonreír. Y, lo que es más extraño, todas aquellas flores llenas de rocío de la Tierra, ninguna de las cuales se había marchitado hasta entonces, ahora empezaron a marchitarse y a deshojarse, y ninguna dura más de un día o dos. También los niños, que parecían inmortales en su infancia, empezaron desde entonces a crecer día a día, y pronto se hicieron jóvenes, y luego hombres y mujeres, y ancianos, antes de poder darse cuenta del triste cambio.

Entretanto la malvada Pandora y el no menos malvado Epimeteo se quedaron en su casita. Los dos tenían terribles picaduras y sufrían gran dolor, que les parecía más intolerable porque era el primero que sentían desde que empezó el mundo. Como no tenían costumbre de sufrir, no podían comprender lo que el sufrimiento significaba. Además, estaban de muy mal humor uno contra otro, y cada uno contra sí mismo. Epimeteo se sentó en un rincón de espaldas a Pandora y Pandora se tiró al suelo y

apoyó la cabeza en la caja fatal y abominable. Lloraba y sollozaba como si fuera a rompersele el corazón.

De repente oyó un ruidito suave dentro de la caja.

—¿Qué será? —preguntó Pandora levantando la cabeza.

Pero Epimeteo no había oído el ruido, o estaba de demasiado mal humor para darse por enterado; el caso es que no respondió.

—¡Qué poco amable eres! —dijo Pandora volviendo a sollozar—. Ya no quieres hablar conmigo.

¡Otra vez el ruido! Sonaba como si los nudillos de una manecita de hada golpearan ligeramente, como jugando, el interior de la caja.

—¿Quién eres? —preguntó Pandora con un poco de su antigua curiosidad—. ¿Quién eres tú, que aún estás dentro de esta maldita caja?

Una vocecilla dulce respondió desde dentro:

—Levanta la tapa y lo verás.

—No, no —respondió Pandora echándose a llorar de nuevo—. No quiero volver a levantar la tapa. Dentro de la caja estás, maligna criatura, y dentro te quedarás. Muchos de tus feísimos hermanos y hermanas andan ya volando por el mundo. No pienses que voy a ser tan loca como para dejarte salir a ti también.

Miró a Epimeteo al decir esto, acaso esperando que alabase su prudencia. Pero el niño, enojado, dijo que a buenas horas se acordaba de tener prudencia.

—¡Ah! —dijo la dulce voz—, más os valdría dejarme salir. Yo no soy de esas malignas criaturas que tienen agujones en la cola. No eran hermanos ni hermanas míos los que han salido, como veréis si queréis mirarme. Ven, ven, Pandora mía. Estoy segura de que me dejarás salir.

Había una especie de amable hechicería en el tono de la voz, que hacía imposible negar nada de lo que pidiera. El corazón de Pandora insensiblemente se había ido aliviando a cada palabra que salía de la caja. También Epimeteo, aunque sin salir de su rincón, se había vuelto un poco y parecía estar de mejor humor que antes.

—Querido Epimeteo —exclamó Pandora—, ¿has oído esa vocecita?

—Sí, la he oído, sí —respondió Epimeteo con malos modos—. ¿Y qué?

—¿Quieres que vuelva a levantar la tapa? —preguntó Pandora.

—Haz lo que te parezca —dijo Epimeteo—. Ya has hecho tanto daño que a lo mejor lo mismo da que hagas un poco más. Un mal, añadido al enjambre que has echado a volar por el mundo, no significa nada.

—Podías hablarme con mejores modos —murmuró Pandora limpiándose los ojos.

—¡Ah, niño, niño! —exclamó la voz dentro de la caja en tono medio serio, medio de burla—. De sobra sabes tú que estás deseando verme. Ven, Pandora, ven; levanta la tapa. Tengo prisa por consolaros. Déjame que respire un poco el aire libre, y ya veréis que las cosas no son tan tristes como parecen.

—Epimeteo —exclamó Pandora—, pase lo que pase, estoy decidida a abrir la caja.

—Y, como me parece que la tapa pesa mucho —exclamó Epimeteo corriendo—, te ayudaré.

Así, de común acuerdo, los dos niños levantaron de nuevo la tapa. Salió volando una radiante y sonriente mujercita que revoloteó por toda la habitación arrojando luz por dondequiera que pasaba. ¿No habéis hecho bailar nunca un rayo de sol con un pedazo de espejo? Pues eso parecía el alado regocijo de aquella mujercita como un hada en la triste oscuridad de la estancia. Voló hacia Epimeteo y puso ligeramente el dedo en el sitio en que el mal le había picado, e inmediatamente cesó el dolor. Luego besó a Pandora en la frente, y también curó el daño.

Después de esta buena obra, la alegre desconocida revoloteó juguetonamente sobre la cabeza de los dos niños y los miró tan dulcemente que a los dos empezó a parecerles que no era realmente tan malo haber abierto la caja, puesto que, de no hacerlo, su gozosa huésped se habría quedado prisionera para siempre entre aquellos malvados duendes con sus agujones en la cola.

—¿Quién eres, hermosa criatura? —preguntó Pandora.

—¡Me llamo Esperanza! —respondió la mujercita—. Y porque soy tan alegre y sé dar tanto ánimo, aunque soy tan pequeña, me encerraron en la caja para consolar al género humano de todo el enjambre de males que estaba destinado a caer sobre él. ¡No temáis! Ya veréis cómo lo pasamos muy bien, a pesar de todo.

—Tus alas tienen muchos colores, como el arco iris —exclamó Pandora—. ¡Qué bonitas son!

—Sí, son como el arco iris —dijo Esperanza—, porque, aunque soy alegre por naturaleza, estoy hecha tanto de lágrimas como de sonrisas.

—¿Y te quedarás con nosotros? —preguntó Epimeteo—. ¿Siempre, para siempre?

—Siempre que me necesitéis, me tendréis —dijo Esperanza con su agradable sonrisa—, y me necesitaréis mientras estéis en el mundo. Prometo no abandonaros nunca. Vendrán tiempos y ocasiones, de cuando en cuando, en que me habré desvanecido por completo. Pero otra vez, y otra vez, y otra y otra, cuando menos lo penséis, veréis el resplandor de mis alas en el techo de vuestra cabaña. Sí, hijos míos, y sé que luego os darán una cosa muy buena y muy bonita.

—¡Oh, dinos qué es! —exclamaron los niños—. ¡Dinos qué es!

—No me preguntéis —respondió la Esperanza, poniéndose un dedo en los labios de rosa—. Pero no desesperéis de alcanzarlo, aunque no os llegue mientras viváis en la Tierra. ¡Creed en mi promesa, porque es verdad!

—¡Te creemos! —exclamaron a un tiempo Pandora y Epimeteo.

Y así lo hicieron. Y no solo ellos, sino todo el que ha vivido, ha creído en la

Esperanza. Y, para decirlo la verdad, no puedo menos de alegrarme (aunque desde luego fue cosa muy mal hecha), no puedo menos de alegrarme, digo, de que nuestra alocada Pandora levantase la tapa de la caja. Sin duda... sin duda... los males siguen revoloteando por el mundo y han aumentado en vez de disminuir, son una serie de duendes feísimos y llevan en la cola los aguijones más envenenados. Yo he tropezado con ellos y me han picado, y espero que me piquen mucho más, según vaya siendo más viejo. Pero ¿y la amable y luminosa figura de la Esperanza? ¿Qué haríamos en el mundo sin ella? La Esperanza espiritualiza la Tierra. La hace siempre nueva; y aunque miremos el mundo en su aspecto mejor y más brillante, la Esperanza nos dice que toda esa luz no es sino la sombra de una bienaventuranza infinita que hemos de encontrar después.

# El cuarto de jugar de Tanglewood

## Después del cuento

—Siempre viva —preguntó Eustace tirándole de una oreja—, ¿te gusta mi pequeña Pandora? ¿No piensas que es tu vivo retrato? Pero tú no habrías vacilado tanto antes de abrir la caja.

—Bien castigada hubiese estado por mi maldad —replicó la chiquilla agudamente—, porque lo primero que habría salido de ella al levantar la tapa habría sido el señor Eustace Bright en forma de Calamidad.

—Primo Eustace —dijo Arándano—, ¿guardaba la caja todo el mal que ha sucedido en el mundo?

—¡No faltaba ni una miga! —respondió Eustace—. Esta misma nevada, que ha echado a perder mi sesión de patinaje, estaba allí encerrada.

—¿Y qué tamaño tenía la caja? —preguntó Arándano.

—Como un metro de largo —dijo Eustace—, medio de ancho y medio de alto.

—¡Ah —dijo el niño—, te estás burlando de mí, primo Eustace! No hay males en el mundo para llenar una caja tan grande. Además la nevada no es un mal, es una diversión; no estaba en la caja, eso seguro.

—¡Vaya con el chiquillo! —exclamó Siempre viva con aire de superioridad—. ¡Qué poco sabe de los males del mundo! ¡Pobrecillo! ¡Ya hablará de otro modo cuando tenga tanta experiencia de la vida como yo!

Y, diciendo esto, empezó a saltar a la comba.

Entretanto, el día iba llegando a su fin. Fuera, el paisaje tenía un aspecto tenebroso. Había a lo lejos, en el crepúsculo que se acercaba, como un rebaño de nubes grises que avanzaban corriendo; en la tierra se habían borrado todos los caminos y la nieve amontonada sobre los escalones del porche demostraba que nadie había entrado ni salido en muchas horas. Si un niño hubiese estado a solas en la ventana mirando el paisaje invernal, se habría puesto triste. Pero media docena de niños juntos, aunque no puedan convertir el mundo en un paraíso, pueden desafiar el invierno y todas sus tormentas, que no serán capaces de entristecerlos. Eustace Bright, además, animado por las circunstancias, inventó varios juegos nuevos, gracias a los cuales la alegría no se perdió hasta la hora de irse a la cama y que sirvieron para pasar con felicidad la tormenta del día siguiente.

# **Las tres manzanas de oro**

# Al calor del hogar de Tanglewood.

## Introducción a «Las tres manzanas de oro»

La nevada duró un día más; qué pasó con ella después, no puedo figurármelo. Fuere donde fuere, durante la noche desapareció por completo, y cuando salió el sol a la mañana siguiente, brilló sobre esa árida tierra montañosa de Berkshire con la mayor alegría del mundo. La escarcha había cubierto de tal modo los cristales de las ventanas que era casi imposible lanzar una mirada al paisaje exterior. Pero, mientras esperaban el desayuno, los niños de Tanglewood habían hecho agujeros en la escarcha con las uñas y habían conseguido ver con gran deleite que, excepto en dos o tres pendientes de la montaña, o sobre los bosques cuyo negro ramaje, mezclado con la nieve, formaba una mancha gris, todo el resto del mundo que se alcanzaba a divisar estaba blanco como una sábana. ¡Qué precioso! Y, para colmo de felicidad, hacía un frío capaz de helarle a uno las narices en un segundo. Si una persona tiene dentro del cuerpo vida suficiente, no hay nada como una buena helada para ponerle de tan buen humor y hacerle bailar y correr la sangre más vivamente que un arroyo que baja de la montaña.

En cuanto desapareció el desayuno, toda la chiquillería, bien arropada en pieles y paños, se dispersó por la nieve. ¡Vaya un día de diversión! Se deslizaron por la colina y resbalaron hasta el valle unas cien veces y, para divertirse más, volcaban los trineos y daban volteretas, acabando cabeza abajo la mayor parte de las veces. Y una vez, para mayor seguridad, Eustace Bright se subió en el mismo trineo que Pimpinela, Arándano y Flor de Limón, y echaron a correr cuesta abajo deprisa, deprisa; pero a mitad de camino el trineo tropezó con un tronco escondido bajo la nieve, ¡y allí cayeron en un solo montón los cuatro pasajeros! Al levantarse no encontraron al más pequeño, que era Flor de Limón. ¿Qué había sido del pobre muchacho? Y mientras se lo preguntaban y lo buscaban, Flor de Limón asomó la cabeza entre un montón de nieve con la cara colorada como una inmensa flor escarlata que hubiese brotado de repente en medio del invierno. ¡Había que oírles reír a todos!

Cuando se cansaron de lanzarse por la colina, Eustace puso a los niños a cavar para hacer una buena cueva en el montón de nieve más alto que encontraron. Desgraciadamente, cuando estuvo terminada y toda la chiquillería se metió en el hueco, el techo se hundió y los enterró vivos a todos. Un minuto después, sacaban las cabecitas de las ruinas, y la del estudiante aparecía en medio y encima de todas, canosa y venerable con el polvo de nieve que se había enredado entre sus rizos oscuros. Y entonces, para castigar al primo Eustace por haberles aconsejado que

cavasen una cueva tan ruinoso, los niños lo atacaron en masa y lo apedrearon con bolas de nieve, de tal modo que tuvo que salir corriendo. Huyó a los bosques, y desde allí a la orilla de Arroyo Umbrío, donde pudo oír el rumor del agua que corría bajo grandes montones de nieve y hielo, que apenas le dejaban ver la luz del día. Había témpanos diamantinos que brillaban alrededor de sus pequeñas cascadas. De allí llegó corriendo a la orilla del lago y se encontró con una llanura blanca e intacta, que llegaba hasta el pie de Monument Mountain. Y, como ya casi estaba poniéndose el sol, Eustace pensó que nunca había visto espectáculo más hermoso. Se alegró de que los niños no estuviesen con él, porque su animación y su actividad desahogada habrían disipado su estado de ánimo, elevado y grave; así que solo habría estado alegre (como, en efecto, lo había estado el día entero) pero no habría disfrutado de la suavidad de la puesta de sol invernal entre las montañas.

Cuando el sol estaba ya bastante bajo, nuestro amigo Eustace volvió a casa a cenar. Después de la cena se encerró en el despacho, con el propósito, me figuro, de escribir una oda, dos o tres sonetos o versos de una u otra índole en alabanza a las nubes púrpura y oro que había visto en torno al sol poniente. Pero, antes de haber decidido la primera rima, se abrió la puerta y aparecieron Siempreviva y Pimpinela.

—¡Marchaos, chiquillas! ¡Ahora no puedo perder el tiempo con vosotras! —exclamó el estudiante mirándolas por encima del hombro con la pluma en la mano—. ¿Qué diablos queréis? ¡Creía que estabais todas en la cama!

—Óyelo, Pimpinela —dijo Siempreviva, hablando como si fuera una persona mayor—. Parece olvidar que yo ya tengo trece años y que puedo irme a la cama todo lo tarde que quiera. Primo Eustace, puedes abandonar tu aire de importancia y venir con nosotras al salón. Los niños han hablado tanto de tus cuentos que mi padre quiere escuchar uno de ellos para saber si puede hacernos algún daño oírlos.

—¡Bah, bah, Siempreviva! —exclamó el estudiante un poco molesto—. No me creo capaz de contar ninguno de mis cuentos en presencia de personas mayores. Además, tu padre es un erudito y un humanista; no es que me dé miedo su erudición, que estará tan oxidada como un cuchillo viejo, pero estoy seguro de que discutirá la admirable tontería que he puesto en estas maravillosas historias, sacada de mi propia cabeza, que constituye su mayor encanto para chiquillos como vosotros. Ningún hombre de cincuenta años que haya leído los mitos clásicos en su juventud puede comprender mi mérito al reinventarlos y mejorarlos.

—Puede que todo eso sea verdad —dijo Siempreviva—, pero no tienes más remedio que venir. Mi padre no abrirá su libro ni mamá el piano hasta que nos hayas ofrecido algunas de tus tonterías, como tú mismo las llamas muy acertadamente. Así que sé bueno y ven.

Por muchas objeciones que pusiera, el estudiante se alegraba muchísimo de aprovechar la oportunidad de demostrar al señor Pringle sus excelentes facultades

para modernizar los mitos de los tiempos antiguos. Hasta que cumple los veinte años, un joven debe sentir cierta timidez al enseñar su prosa y sus versos; pero, a pesar de toda su timidez, tiene cierta tendencia a pensar que, si sus obras fuesen conocidas, lo pondrían en la más alta cumbre de la literatura. Por lo cual, sin hacerse de rogar demasiado, Eustace consintió en que Siempreviva y Pimpinela lo arrastrasen al salón.

Era una habitación amplia y cómoda, con una ventana semicircular en uno de los extremos, en cuyo hueco había una copia en mármol de *El ángel y el niño*, de Greenough. A un lado de la chimenea había muchos estantes con libros encuadernados con gravedad pero también con riqueza. La luz blanca de la lámpara que colgaba del techo y el rojo reflejo del fuego volvían la sala brillante y alegre; junto a la lumbre, en un gran sillón, estaba sentado el señor Pringle. Era un caballero alto y simpático, con una gran calva, y siempre iba tan bien vestido que Eustace Bright no se atrevía nunca a presentarse ante él sin pararse un momento en la puerta para arreglarse el cuello de la camisa. Pero ahora, como Siempreviva lo llevaba cogido de una mano y Pimpinela de la otra, se vio obligado a entrar con una pinta bastante desaliñada, como si hubiese pasado el día rodando entre la nieve, lo cual era verdad.

El señor Pringle se volvió hacia el estudiante con gesto benévolo, desde luego, pero de un modo que le hizo sentir lo despeinado y mal cepillado que iba y lo mal peinados y mal cepillados que estaban también sus pensamientos.

—Eustace —dijo el señor Pringle con una sonrisa—, me he enterado de que estás causando grandísima sensación entre el pequeño público de Tanglewood con el ejercicio de tus facultades de narrador. Siempreviva, como la llaman los pequeños, y los demás niños, han elogiado de tal modo tus cuentos que mi mujer y yo quisiéramos oír una muestra. Y a mí me agrada especialmente, porque parece que tus cuentos son un intento de trasladar las fábulas de la antigüedad clásica al idioma del sentimiento y la fantasía modernos. Al menos, a esa conclusión he llegado por unos cuantos detalles que conozco de oídas.

—No es usted precisamente el oyente que yo hubiese elegido, señor —observó el estudiante—, para fantasías de esta naturaleza.

—Puede que no —replicó el señor Pringle—. Sospecho, sin embargo, que el crítico más útil para un autor joven es precisamente aquel que menos querría elegir.

—Creo que la comprensión debe tener influencia en la opinión de un crítico —murmuró Eustace—. En fin, señor, si usted encuentra paciencia, yo encontraré historias que contar. Pero tenga la bondad de recordar que me dirijo a la imaginación y a la comprensión de los niños, no a las de usted.

E inmediatamente el estudiante aprovechó el primer tema que se le presentó. Se le ocurrió al ver un plato de manzanas sobre la chimenea.

## Las tres manzanas de oro

¿Nunca habéis oído hablar de las manzanas de oro que se criaban en el jardín de las Hespérides? ¡Oh, aquellas sí que eran manzanas! Si las hubiera iguales en los huertos de ahora, ¡ya valdrían dinero! Pero no hay en todo el mundo, supongo, ni un solo árbol como aquel frutal maravilloso ni queda pepita alguna de aquellas manzanas.

Incluso en los tiempos antiguos, muy antiguos, ya casi olvidados, en que el jardín de las Hespérides no había sido invadido aún por las malas hierbas, dudaba mucha gente de que pudiera haber verdaderos árboles cuyas ramas tuvieran manzanas de oro macizo. Todos habían oído hablar de ellas pero nadie recordaba haber visto ninguna. De todos modos, los niños escuchaban, boquiabiertos, los cuentos del árbol de las manzanas de oro, y se proponían descubrirlo cuando llegasen a ser mayores. En busca del maravilloso fruto iban los jóvenes valerosos que deseaban emprender hazañas más señaladas que sus compañeros. Muchos de ellos no volvieron jamás, y ninguno trajo las manzanas. ¿No es maravilloso que les fuera imposible cogerlas? Se contaba que bajo el árbol había un dragón de cien terribles cabezas: cincuenta de ellas vigilaban siempre, mientras las otras cincuenta dormían.

Me parece a mí que apenas valía la pena correr tanto peligro por una manzana de oro macizo. Si hubieran sido manzanas dulces, jugosas, en su punto, ya habría sido otra cosa. Entonces podría tener algún sentido tratar de cogerlas a pesar del dragón de las cien cabezas.

Pero, como os he dicho, era cosa muy corriente entre los jóvenes, cuando se cansaban del exceso de paz y descanso, ir en busca del jardín de las Hespérides. Y una vez emprendió la aventura un héroe que había disfrutado de poca paz y descanso desde que vino al mundo. En el tiempo de que os voy a hablar, vagaba por la tierra apacible de Italia con una enorme maza en la mano y un arco y una aljaba colgados del hombro. Iba envuelto en la piel del león más grande y más fiero de aquellos bosques, que él mismo había matado, y aunque en el fondo era bueno, generoso y noble, tenía en su corazón mucho de la fiereza del león. Mientras caminaba, iba constantemente preguntando cuál era el camino más directo para llegar al famoso jardín; pero nadie sabía ni palabra y muchos se habrían reído de la pregunta si el forastero no hubiera llevado una maza tan imponente.

Así, fue andando, andando, preguntando siempre lo mismo, hasta que al fin llegó a la orilla de un río donde unas jóvenes hermosísimas estaban tejiendo guirnaldas de flores.

—Hermosas doncellas —preguntó el forastero—, ¿podéis decirme si este es el

camino para ir al jardín de las Hespérides?

Las jóvenes se divertían haciendo guirnaldas y coronándose con ellas unas a otras. Parecía que en sus dedos hubiese algún poder mágico, pues al tocarlas se volvían las rosas más frescas y se cuajaban de rocío, se avivaban sus colores y exhalaban más suave fragancia que cuando estaban en la planta; pero al oír la pregunta del forastero dejaron todas las flores en el césped y se miraron unas a otras con asombro.

—¡El jardín de las Hespérides! —exclamó una—. Creíamos que, después de tanta decepción, los mortales se habrían cansado de buscarlo. Y dime, intrépido viajero, ¿para qué deseas ir allí?

—Cierta rey, primo mío —replicó el viajero—, me ha mandado que le lleve tres manzanas de oro.

—Casi todos los jóvenes que van en busca de esas manzanas —advirtió otra de las damiselas— las buscan para sí mismos o para regalarlas a alguna hermosa doncella de quien están enamorados. ¿Tanto quieres tú a ese rey, primo tuyo?

—Tal vez no —replicó el forastero suspirando—. Ha sido severo y cruel conmigo muchas veces, pero es mi destino obedecerle.

—¿Y no sabes —preguntó la que había hablado primero— que hay un terrible dragón de cien cabezas bajo el árbol de las manzanas de oro, vigilándolo?

—Claro que lo sé —respondió el forastero—; pero desde la cuna ha sido mi ocupación y casi mi entretenimiento vérmelas con serpientes y dragones.

Las jóvenes miraron la gran maza y la peluda piel de león que llevaba, y también sus heroicos miembros y presencia física, y unas a otras se dijeron en voz baja que el forastero parecía ser persona de quien razonablemente cabía esperar hazañas fuera del alcance de los demás hombres.

Pero ¡el dragón de las cien cabezas! ¿Qué mortal, aunque tuviera cien vidas, podría abrigar esperanza de escapar a los colmillos de semejante monstruo? Tan compasivas eran las doncellas que no podían ver con tranquilidad que aquel valiente y bien parecido viajero intentara cosa tan arriesgada y se condenara a ser, muy probablemente, pasto de las cien voraces bocas del dragón.

—¡Vuelve atrás —exclamaron todas—, vuelve a tu casa! Tu madre llorará de alegría al verte sano y salvo. ¿Qué más podría hacer si lograras tan gran victoria? No hagas caso de las manzanas de oro. No hagas caso del rey, tu cruel primo. Nosotras no queremos que te devore el dragón de las cien cabezas.

El forastero pareció impacientarse con estas advertencias. Levantó negligentemente su poderosa maza y, al bajarla, dio contra una roca que había allí cerca, medio enterrada en el suelo. Con la fuerza de aquel golpe indolente, la roca saltó hecha pedazos. Tal muestra de fortaleza gigantesca no costó al extranjero más esfuerzo que a una de las doncellas tocar con una flor la sonrosada mejilla de su hermana.

—¿No creéis —dijo mirándolas y sonriendo— que un golpe como este aplastaría una de las cien cabezas del dragón?

Se sentó después en la hierba y les contó la historia de su vida, o por lo menos todo lo que de ella podía recordar desde el día en que tuvo por cuna el escudo de bronce de un guerrero. Estando echado en él, llegaron, reptando por el suelo, dos serpientes enormes que abrieron sus horribles mandíbulas para devorarlo; pero él, un niño de pocos meses, agarró una de las fieras culebras en cada uno de sus puñitos y las estranguló.

Cuando era un chiquillo mató a un león enorme, casi tan grande como aquel cuya piel amplia y peluda llevaba entonces sobre los hombros. Lo primero que hizo a continuación fue luchar con una especie de monstruo feísimo, al cual llamaban Hidra, y que tenía nueve cabezas nada menos, y con dientes afiladísimos en todas ellas.

—Pero el dragón de las Hespérides, ya lo sabes —observó una de las doncellas—, ¡tiene cien cabezas!

—Sin embargo —replicó el forastero—, más habría yo querido pelear con dos dragones así que con una sola Hidra; porque en cuanto cortaba una cabeza, nacían otras dos en su lugar y, además, entre las cabezas había una que no era posible matar de ningún modo, y seguía mordiendo tan fieramente como antes mucho después de

haber sido cortada. Así que me vi obligado a enterrarla bajo una gran piedra, donde, sin duda, hoy mismo estará viva todavía; pero el cuerpo de la Hidra, con sus otras ocho cabezas, ya no volverá a hacer daño a nadie.

Las jóvenes, calculando que su relato iba a durar un buen rato, habían preparado una merienda de pan y uvas para que el forastero pudiera refrescarse en los intervalos de su charla. Lo animaban a tomar tan frugal alimento y de cuando en cuando una de ellas se ponía un dulce grano de uva entre los labios rojos, para que él no se avergonzara de comer solo.

El viajero pasó a contar cómo había dado caza a un velocísimo ciervo corriendo detrás de él un año entero, sin pararse ni a tomar aliento, y cómo lo cogió por fin por los cuernos, llevándoselo vivo a casa. Y cómo había peleado con una raza extrañísima, mitad caballos y mitad hombres, y los había matado a todos, creyéndolo su deber, para que nunca volvieran a verse tan horribles figuras. Y, además de todo esto, se dio mucho tono por haber limpiado un establo.

—¿Y a eso lo llamas hazaña maravillosa? —preguntó sonriendo una de las doncellas—. Cualquiera trabajador del campo podría hacerlo.

—Si hubiera sido un establo ordinario —replicó el forastero— no lo habría mencionado; pero fue una tarea tan gigantesca que habría tardado la vida entera en acabarla si no se me hubiera ocurrido la feliz idea de meter un río por la puerta, desviándolo de su cauce. ¡Eso concluyó el trabajo en muy poco tiempo!

Viendo con qué atención lo escuchaban sus hermosas oyentes, les contó luego que había matado unas aves monstruosas y había cogido vivo a un toro bravo y lo había soltado otra vez, y que había domado muchísimos caballos salvajes y vencido a Hipólita, la belicosa reina de las amazonas. Contó también que había cogido el cinturón encantado que tenía Hipólita y se lo había regalado a la hija de su primo, el rey.

—¿Era el cinturón de Venus —preguntó la más bonita de las doncellas—, que hace a las mujeres hermosas?

—No —respondió el forastero—. Había sido en tiempos el tahalí de Marte, y a quien lo lleva puesto lo hace valiente y animoso.

—¡Un tahalí viejo! —exclamó la damisela levantando la cabeza con desdén—. ¡No daría un comino por él!

—Harías muy bien —dijo el forastero.

Siguiendo su maravilloso relato, contó a las doncellas la más extraña aventura que se les había presentado: su pelea con Gerión, el hombre de seis piernas. Podéis imaginar que sería una figura rarísima y temerosa. Quien mirara sus huellas en la arena o en la nieve, creería que habían sido tres buenos compañeros los que habían pasado caminando. Al oír sus pasos a corta distancia, nada más razonable que pensar que se acercaban varias personas. ¡Y era solamente el extraño Gerión, que caminaba

con sus seis pies!

¡Seis piernas y un cuerpo gigantesco! Desde luego, sería un monstruo de aspecto sorprendente. Y, amiguitos, ¡qué gasto de piel para botas!

Cuando el forastero acabó la narración de sus aventuras, miró los atentos rostros de las doncellas.

—Tal vez hayáis oído hablar de mí antes de ahora —dijo modestamente—. Me llamo Hércules.

—Ya lo habíamos sospechado —replicaron—, porque la noticia de tus maravillosas hazañas ha corrido por todo el mundo. Ahora ya no es extraño que vayas en busca de las manzanas de oro de las Hespérides. Venid, hermanas, y coronemos de flores al héroe.

Entonces pusieron hermosas guirnaldas sobre su augusta cabeza y sus poderosos hombros, de manera que la piel de león quedó casi enteramente cubierta de rosas. Cogieron la enorme maza y entretejieron a su alrededor los más brillantes, los más delicados, los más olorosos capullos, sin dejar al descubierto ni el ancho de un dedo de su leñoso material; parecía un enorme ramo de flores.

Finalmente, se cogieron de la mano y danzaron en torno a él, cantando palabras que, casi sin quererlo, eran poesía y formaban una composición coral en honor del ilustre Hércules.

Y Hércules se puso contento, como le hubiera ocurrido a cualquier otro héroe, al ver que aquellas hermosas jóvenes ya habían oído hablar de los valerosos hechos que tanto trabajo le había costado llevar a cabo, y con tanto peligro; pero no estaba aún satisfecho. No podía creer que sus acciones merecieran tanto honor, mientras quedase alguna aventura temeraria o difícil de emprender.

—Queridas doncellas —dijo, cuando se detuvieron para tomar aliento—, ahora que ya sabéis mi nombre, ¿me diréis cómo puedo llegar al jardín de las Hespérides?

—¡Ah! ¿Te vas tan pronto? —exclamaron—. Tú, que has hecho tantas maravillas y que has llevado una vida tan trabajosa, ¿no puedes permitirte un descanso a la orilla de este manso río?

Hércules movió la cabeza.

—Tengo que irme ahora mismo —dijo.

—Entonces te indicaremos el camino lo mejor que podamos —replicaron las jóvenes—. Tienes que ir a la orilla del mar, encontrar al Viejo y obligarle a decirte dónde se encuentran las manzanas de oro.

—¡El Viejo! —repitió Hércules riéndose de ese nombre—. ¿Y quién es el Viejo?

—¿Quién ha de ser? ¡El Viejo del Mar! —contestó una de las muchachas—. Tiene cincuenta hijas y hay quien dice que son muy hermosas; pero no nos ha parecido bien relacionarnos con ellas, porque tienen el pelo de color verde mar y su cuerpo acaba en cola, como el de los peces. Tienes que hablar con ese Viejo del Mar.

Siempre está cruzando mares. Lo sabe todo del jardín de las Hespérides, porque está en una isla que él suele visitar.

Hércules preguntó entonces dónde se podría encontrar más fácilmente al Viejo y, cuando las jóvenes le hubieron informado, les dio las gracias por todas sus bondades —por el pan y las uvas que le habían ofrecido, las flores exquisitas con que le habían coronado y los cánticos y danzas con que le habían honrado— y, sobre todo, por haberle indicado el camino; a continuación se puso en marcha.

Pero, antes de que se hubiera alejado mucho, lo llamó una de las doncellas.

—¡Agarra bien fuerte al Viejo cuando lo cojas! —le gritó, sonriendo y levantando un dedo para dar más fuerza a la recomendación—. Y no te asombres de nada que pueda ocurrir. Sujétalo bien, y él te dirá lo que deseas saber.

Hércules dio las gracias de nuevo y siguió su camino, mientras las jóvenes volvían a su agradable tarea de trenzar guirnaldas de flores. Siguieron hablando del héroe mucho después de que este se alejara.

—Tenemos que coronarle con nuestras más hermosas guirnaldas —dijeron— cuando vuelva por aquí con las tres manzanas de oro, después de haber matado al dragón de las cien cabezas.

Mientras tanto, Hércules seguía avanzando, salvando montes y valles y cruzando bosques solitarios. A veces alzaba su maza, y al descargar el golpe hacía astillas un poderoso roble. Tenía la imaginación tan poblada por los gigantes y monstruos que había pasado la vida combatiendo, que a lo mejor tomaba al robusto árbol por uno de ellos. Tan ansioso estaba Hércules de dar cima a la empresa acometida que sentía haber perdido tanto tiempo con las doncellas, malgastando aliento en el relato de sus aventuras. Esto siempre les ocurre a las personas destinadas a llevar a cabo grandes cosas. Lo que ya han hecho les parece que no vale nada, y lo que se traen entre manos les parece digno de dedicarle esfuerzos, correr peligros e incluso arriesgar la vida.

Las personas que pasaban por el bosque se asustaban al verlo derribar los árboles con su gran maza. De un solo golpe se rajaba el tronco, como herido por un rayo, y las ramas gruesas caían crujiendo y tronchándose.

Apresurando la marcha, sin entretenerse ni mirar hacia atrás, no tardó en oír a lo lejos el rugido del mar. Esto le hizo aumentar la velocidad aún más, y pronto llegó a una playa donde las olas, muy grandes, se deshacían sobre la arena dura, formando una larga faja de espuma blanca como la nieve. Sin embargo, en un extremo de la playa había un sitio agradable, donde unos cuantos arbustos verdes trepaban sobre un peñasco, volviendo su superficie de roca blanda y bella. Una alfombra de hierba verde profusamente mezclada con trébol oloroso cubría el estrecho espacio comprendido entre la base del peñasco y el mar. ¿Y qué divisó Hércules allí? Pues a un hombre viejo, profundamente dormido.

Pero ¿era real y verdaderamente un hombre viejo? A primera vista lo parecía

pero, después de un examen detenido, semejaba más bien alguna especie de criatura marina. Sus piernas y brazos tenían escamas como los peces; tenía las manos y los pies membranosos, como los patos, y su lengua barba, de tinte verdoso, más parecía un puñado de algas que una barba ordinaria. ¿No habéis visto nunca un leño que ha sido azotado por las olas mucho tiempo y se ha cubierto enteramente de conchas y algas, y que al fin, cuando se saca a tierra, parece provenir de los más profundos senos del mar? Bueno; pues a aquel hombre anciano lo habríais tomado ni más ni menos que por un leño así. Pero Hércules, en cuanto puso los ojos sobre aquella extraña figura, se convenció de que no podía ser más que el Viejo, el que había de indicarle su camino.

Sí: era el mismísimo Viejo del Mar, de quien le habían hablado las hospitalarias jovencitas. Dando gracias a su estrella por la buena suerte de encontrarlo dormido, Hércules fue hacia él de puntillas y lo cogió de un brazo y de una pierna.

—Dime —exclamó, antes de que el Viejo estuviera despabilado del todo—, ¿por dónde se va al jardín de las Hespérides?

Como fácilmente podréis suponer, el Viejo del Mar se despertó asustado. Pero su asombro apenas fue mayor que el que tuvo Hércules un momento después. Porque, de pronto, pareció que el Viejo se le deshacía entre los dedos, y en su lugar se encontró sujetando a un ciervo por una pata trasera y otra delantera. Pero siguió apretando. Entonces desapareció el ciervo, y en su lugar apareció una ave marina que chillaba y aleteaba, mientras él le apretaba un ala y una pata. Pero el ave no pudo escaparse. Inmediatamente después surgió un horroroso perro de tres cabezas que le gruñó y ladró, mordiendo con fiereza las manos que lo sujetaban. Pero Hércules no lo soltó. Al cabo de un minuto, en vez del perro de las tres cabezas apareció nada menos que Gerión, el hombre-monstruo de las seis piernas, y le daba puntapiés con cinco de ellas para intentar liberar la otra. Pero Hércules siguió sujetando fuerte. Al momento ya no estaba Gerión, sino una serpiente inmensa, como aquellas que había estrangulado en su niñez, solo que cien veces más grande; se retorció y se enlazó alrededor del cuello y del cuerpo del héroe, sacudió su cola erguida y abrió sus espantosas fauces como para devorarlo de un bocado. El espectáculo era de lo más terrible. Pero Hércules no se desanimó en modo alguno y estrujó la grandísima sierpe con tanta fuerza que la hizo silbar de dolor.

Habéis de saber que el Viejo del Mar, aunque generalmente se parecía muchísimo al mascarón de proa de un barco azotado por las olas, tenía el poder de tomar cualquier forma que se le antojase. Cuando se vio tan fuertemente sujeto por Hércules, tuvo la esperanza de causarle tanto asombro y tanto terror con sus transformaciones mágicas que acabaría soltándolo. Si Hércules hubiera aflojado un poco, el Viejo habría ido a hundirse en el fondo del mar, de donde no se hubiera molestado en salir para contestar preguntas impertinentes. Supongo yo que noventa y nueve personas de cada cien se habrían asustado hasta perder la cabeza con la primera de sus horribles transformaciones, y habrían echado a correr. Porque una de las cosas más difíciles en este mundo es comprender la diferencia que hay entre los peligros reales y los imaginarios.

Pero, como Hércules lo sujetaba tan tercamente y no hacía sino estrujarlo más a cada cambio de forma, haciéndole, en realidad, bastante daño, acabó por pensar que lo mejor sería reaparecer en su propia figura. Y, así, de nuevo se mostró aquel personaje que parecía un pez escamoso, con membranas en pies y manos y con una especie de mechón de algas en la barba.

—Haz el favor de decirme qué quieres de mí —exclamó el Viejo en cuanto pudo tomar aliento, porque cambiar tantas veces de apariencia era tarea muy fatigosa—. ¿Por qué me aprietas tan fuerte? Déjame ahora mismo o me harás pensar que eres una persona sumamente incivil.

—¡Me llamo Hércules —dijo con voz bronca el poderoso forastero—, y no te soltaré si no me dices cuál es el camino más derecho para ir al jardín de las Hespérides!

Cuando el Viejo oyó quién era el que lo había sujetado de tal manera, comprendió al instante que no tenía otro remedio que decirle todo lo que necesitaba saber. Tened presente que el Viejo era habitante del mar y correteaba por todas partes, como toda la gente marina. Desde luego, había oído hablar muchas veces de la fama de Hércules, de las hazañas maravillosas que realizaba a cada paso y de lo decidido que estaba siempre a llevar a término cualquier cosa que emprendiera. Por tanto, ya no hizo más esfuerzos por escapar, y le dijo al héroe cómo podía encontrar el jardín de las Hespérides, y le advirtió, además, de las muchas dificultades que habría de vencer antes de llegar a él.

—Tienes que ir por aquí y por allá —dijo el Viejo del Mar después de marcar los rumbos— hasta que llegues a la vista de un gigante muy alto que sostiene los cielos sobre sus hombros. Y el gigante, si está de buen humor, te dirá exactamente dónde se encuentra el jardín de las Hespérides.

—Y si por casualidad el gigante no está de buen humor —observó Hércules balanceando su maza en la punta de un dedo— es muy posible que yo encuentre la manera de convencerlo.

Dando las gracias al Viejo del Mar y pidiéndole perdón por haberle estrujado tan rudamente, nuestro héroe emprendió de nuevo la marcha. Le ocurrieron muchas y extrañas aventuras, que valdría muy bien la pena que las escucharais si yo tuviera tiempo de narrarlas tan detalladamente como merecen.

Fue en este viaje, si no me equivoco, donde encontró a aquel prodigioso gigante, dispuesto por la Naturaleza de tan admirable manera que cada vez que caía y tocaba la tierra se hacía diez veces más fuerte que antes de caer. Se llamaba Anteo. Comprenderéis fácilmente que era cosa muy difícil pelear con él, pues, en cuanto se le derribaba de un golpe, se levantaba de nuevo más fuerte, más fiero, más diestro para manejar sus armas, que si el enemigo lo hubiera dejado en paz. Así, cuanto más fuerte golpeaba Hércules al gigante con su maza, más lejos parecía alcanzar la victoria. Yo he discutido algunas veces con personas así, pero nunca me he peleado con ninguna. El único medio que encontró Hércules para poner fin al combate fue levantar a Anteo sosteniéndole con los pies separados del suelo y estrujarlo, estrujarlo y estrujarlo hasta sacar toda la resistencia de su enorme cuerpo.

Terminado este asunto, prosiguió Hércules su viaje y llegó a tierras de Egipto, en donde lo tomaron preso; y le habrían quitado la vida de no haber matado al rey del país, lo que le permitió escapar. Cruzó luego los desiertos de África y, marchando lo más deprisa que pudo, llegó por fin a la orilla del gran océano. Y allí, a menos que pudiera andar sobre las crestas de las olas, pareció que su viaje tenía que darse por

concluido.

Nada había delante de él: solo el océano espumeante, impetuoso e inmenso; pero de pronto, al mirar al horizonte, vio a mucha distancia algo que no se veía un momento antes. Relucía con gran brillo, casi como el redondo y dorado disco del sol cuando se alza o se pone tras el confín del mundo. Se iba acercando de forma evidente, porque a cada momento aquel objeto maravilloso se hacía más grande y más brillante. Al cabo se acercó tanto que Hércules reconoció que era una inmensa copa o tazón de oro de bronce pulido. Cómo flotaba sobre el mar es cosa que yo no sé explicaros; de todos modos, allí estaba balanceándose sobre las olas tumultuosas que la mecían a un lado y a otro levantando sus crestas espumeantes contra las paredes, pero sin que la espuma pasara nunca por encima del borde.

«He visto muchos gigantes en mi vida —pensó Hércules—, pero ninguno que para beber necesitara semejante copa».

Y, en verdad, ¡vaya una copa hubiera sido! Era tan grande... tan grande... ¡Me asusta decirlo lo inmensamente grande que era! Para compararla con algo, os diré que era diez veces mayor que una gran piedra de molino y, siendo toda de metal, flotaba sobre el mar embravecido más ligera que una cáscara de nuez en las aguas de un arroyo. Las olas la empujaron hasta que rozó la orilla, a corta distancia del sitio en donde estaba Hércules.

Tan pronto como sucedió esto, comprendió el héroe lo que tenía que hacer: le habían ocurrido tantas aventuras notables que sabía perfectísimamente cómo había de comportarse cuando sucediera algo que se apartaba de lo acostumbrado. Estaba claro como la luz del día que aquella copa maravillosa había sido enviada al mar por algún poder oculto y guiada hasta allí a fin de llevar a Hércules a través de las olas, en su ruta hacia el jardín de las Hespérides. Así pues, sin perder un momento saltó por encima del borde y se deslizó hasta el fondo, en donde, extendiendo su piel de león, se dispuso a reposar un rato. Hasta entonces casi no había descansado desde que se despidió de las jovencitas a la orilla del río. Las olas se estrellaban, con agradable y metálico sonido, contra la superficie de la cóncava copa; la bamboleaban ligeramente de un lado a otro, y el movimiento era tan suave que Hércules, suavemente mecido, cayó pronto en un sueño delicioso.

Llevaba ya mucho tiempo durmiendo, probablemente, cuando la copa tropezó contra una roca y, de este modo, resonó y repercutió a través de su sustancia de oro o bronce, cien veces más fuerte que la mayor campana de iglesia que hayáis oído. El ruido despertó a Hércules, que inmediatamente se levantó y examinó el lugar en que se hallaba. No tardó mucho en darse cuenta de que la copa había flotado a través de gran parte del mar y estaba acercándose a la costa de lo que le pareció ser una isla. Y, en aquella isla, ¿qué creéis que vio?

No, no lograréis jamás adivinarlo, aunque lo intentéis cincuenta mil veces.

Indudablemente aquel fue el más admirable espectáculo de cuantos había visto Hércules en todo el curso de sus maravillosos viajes y aventuras. Era una maravilla más grande que la Hidra de las nueve cabezas, que se duplicaban a medida que las iban cortando; más grande que Anteo; más grande que todo lo que haya podido ver nadie antes o después de los tiempos de Hércules y que cualquier cosa que puedan ver los viajeros de los tiempos futuros. ¡Era un gigante!

Pero ¡qué gigante más intolerablemente enorme! Un gigante alto como una montaña, tan grande que las nubes rodeaban su talle como un cinturón y pendían de sus mejillas como una barba blanca. Volaban además por delante de sus ojos inmensos, por lo que no le dejaban ver a Hércules ni la copa de oro en que viajaba. Y lo más maravilloso era que el gigante tenía levantadas sus grandes manos y parecía sostener el cielo, que según pudo entrever Hércules a través de las nubes, se apoyaba sobre su cabeza. Realmente, esto parece excesivo e increíble.

Mientras tanto, la resplandeciente copa seguía flotando y avanzando hasta tocar la orilla. En aquel momento la brisa barrió las nubes que ocultaban la cara del gigante y Hércules contempló sus enormes facciones: ojos que parecían lagos, nariz de un kilómetro de largo y boca de igual anchura. Con su inmenso tamaño tenía un aspecto terrible, pero desconsolado y fatigado, como el que se aprecia en muchas personas obligadas a sobrellevar cargas excesivas para sus fuerzas. Lo que era el cielo para el gigante son las preocupaciones de la Tierra para los que se dejan aplastar por ellas.

¡Cuántas veces acometen los hombres más de lo que permiten sus facultades, encontrando así su perdición, como al pobre gigante le había ocurrido!

¡Pobre hombre! Evidentemente llevaba allí muchísimo tiempo. Una selva espesa había crecido y envejecido alrededor de sus pies, y encinas de seis o siete siglos habían brotado y arraigado entre sus dedos.

El gigante miró entonces hacia abajo desde la remota altura de sus enormes ojos y, al ver a Hércules, gritó con voz que parecía un trueno salido de la nube que acababa de quitarse de delante de la cara:

—¿Quién anda ahí entre mis pies? ¿De dónde vienes en esa tacita?

—¡Soy Hércules! —gritó el héroe con voz casi tan fuerte como la del gigante—. Voy en busca del jardín de las Hespérides.

—¡Oh! ¡Oh! —rugió el gigante en un acceso de risa inmenso—. Sí que es una aventura prudente.

—¿Y por qué no? —exclamó Hércules, algo molesto por la hilaridad del gigante—. ¿Piensas que tengo miedo al dragón de las cien cabezas?

Mientras estaban hablando, se juntaron unas cuantas nubes negras alrededor de la cintura del gigante y estalló una tormenta de truenos y relámpagos, causando tal estrépito que Hércules no pudo entender ni palabra. Solo se veían las piernas inmensas del gigante bajo la negrura de la tempestad, y de cuando en cuando aparecía momentáneamente su figura entera envuelta en la niebla. Parecía estar hablando la mayor parte del tiempo; pero su enorme, profunda y ronca voz se confundía con el retumbar de los truenos y se esparcía, como ellos, sobre las montañas. De este modo, hablando sin ton ni son, el aturdido gigante malgastó inútilmente una cantidad incalculable de aliento, pues el trueno hablaba tan alto como él.

Al fin cesó la tempestad tan súbitamente como había empezado. De nuevo pudo verse el cielo sereno y al gigante fatigado sosteniéndolo, y los rayos del sol sobre su colosal altura, iluminándolo y destacándolo sobre el fondo negro de las nubes tempestuosas ya lejanas. Su cabeza había quedado tan por encima del chaparrón que ni un solo cabello se le había mojado con la lluvia.

Cuando el gigante pudo ver a Hércules, en pie todavía a la orilla del mar, le gritó de nuevo:

—Soy Atlas, el gigante más fuerte del mundo, y sostengo el cielo sobre mi cabeza.

—Ya lo veo —contestó Hércules—. ¿Puedes enseñarme el camino del jardín de las Hespérides?

—¿Qué buscas allí? —preguntó el gigante.

—Quiero tres manzanas de oro —gritó Hércules— para mi primo, el rey.

—Nadie más que yo —afirmó el gigante— puede ir al jardín de las Hespérides y coger las manzanas de oro. Si no fuera por este encarguito de sostener el cielo, daría

media docena de zancadas por el mar y te las traería.

—Eres muy amable —replicó Hércules—. ¿Y no puedes dejar el cielo apoyado sobre una montaña?

—No hay ninguna que tenga la altura suficiente —dijo Atlas moviendo la cabeza—; pero, si te pusieras en la cima de esa que está más cerca, tu cabeza quedaría casi a la altura de la mía. Pareces un muchacho forzudo. ¿Por qué no tomas mi carga sobre tus hombros, mientras yo hago ese recado por ti?

Hércules, como recordaréis, era un hombre notablemente vigoroso; y, aunque sostener el cielo requiere una gran fuerza muscular, si había algún mortal a quien pudiera tenerse capaz de semejante hazaña, era él. Sin embargo, aquello parecía tan difícil que vaciló por primera vez en su vida.

—¿Pesa mucho el cielo? —preguntó.

—¡Bah! No gran cosa, al principio —respondió el gigante encogiendo los hombros—; pero al cabo de un millar de años se hace un poquito pesado.

—¿Y cuánto tiempo tardarás en traerme las manzanas de oro? —preguntó el héroe.

—¡Oh! Es cosa de un momento —exclamó Atlas—; recorreré doce o quince leguas de cada paso, e iré y volveré antes de que empiecen a dolerte los hombros.

—Entonces, bueno —respondió Hércules—. Subiré a la montaña que hay detrás de ti y te libraré de tu carga.

La verdad es que Hércules era muy compasivo y consideró que haría un gran favor al gigante dándole aquella oportunidad de hacer una escapatoria. Además, pensó que, si conseguía sostener el cielo, alcanzaría más gloria que con hazaña tan corriente como vencer a un dragón de cien cabezas. Así pues, sin decir palabra, Hércules levantó el cielo de las espaldas de Atlas y lo puso sobre las suyas.

Cuando se cerró el trueque sin novedad, lo primero que hizo el gigante fue desperezarse, y os podéis imaginar qué prodigioso espectáculo sería. Primero, con mucho cuidado, sacó un pie de la selva que había crecido a su alrededor; luego, el otro. Después, de pronto, comenzó a brincar, a saltar y a bailar de alegría por verse libre. Se lanzaba al aire, no se sabe hasta qué altura, y, al dar de nuevo en el suelo, era tan grande el golpe que toda la Tierra temblaba. Después se echó a reír con tal estruendo que su carcajada repercutió de montaña en montaña, cerca y lejos, como si el gigante y ellas fueran hermanos que se regocijaban. Cuando se calmó un poco su alegría, echó a andar por el mar; al primer paso avanzó diez leguas, con el agua a media pierna; diez leguas del segundo, con el agua a las rodillas, y otras diez leguas con el tercero, iba sumergido hasta cerca de la cintura.

Hércules miraba cómo iba avanzando el gigante. Realmente era extraordinario ver aquella inmensa forma humana a más de treinta leguas, medio sumergida en el océano, con su mitad superior tan alta, brumosa y azulada como una montaña lejana.

Por fin la forma gigantesca se perdió enteramente de vista y entonces Hércules se puso a considerar qué haría en el caso de que Atlas se ahogara en el mar o lo matara a dentelladas el dragón de las cien cabezas que guardaba las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Si ocurría tal desgracia, ¿cómo podría llegar a desembarazarse del cielo? Porque, entre paréntesis, ya empezaba su peso a ser un poco molesto para su cabeza y sus hombros.

«Compadezco al pobre gigante —pensó Hércules—. Si el cielo me pesa tanto en diez minutos, ¡cuánto no le habrá pesado a él en mil años!».

¡Oh, hijitos...! No tenéis idea de lo que pesaba ese cielo azul que tan aéreo y tenue parece cuando lo miramos. Y hay que tener en cuenta, además, el viento impetuoso, las frías y húmedas nubes y el sol abrasador, todo lo cual contribuía a que Hércules se encontrara incómodo. Comenzó a temer que el gigante no volviera nunca. Miró atentamente el mundo que tenía debajo y reconoció que se era mucho más feliz siendo pastor al aire de una montaña que estando en su cumbre vertiginosa y sosteniendo el firmamento con cuerpo y alma. Porque, como comprenderéis, Hércules tenía sobre su conciencia una responsabilidad tan inmensa como el peso que llevaba sobre la cabeza y los hombros; pues, como se moviera él, el cielo se movería también, y podría ocurrir que el sol se saliera de su sitio o que, después de anochecer, lo hicieran las estrellas y cayeran como lluvia de fuego sobre la cabeza de la gente. Y ¡qué vergüenza para el héroe si, por no aguantar firmemente el peso, crujía el cielo y se rajaba de punta a punta!

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que, con alegría indecible, vio de nuevo la inmensa forma del gigante, como una nube, en el remoto límite del mar. Cuando se acercó Atlas alzó la mano y Hércules pudo distinguir tres magníficas manzanas de oro, grandes como calabazas, pendientes de una rama.

—Me alegro de volver a verte —gritó Hércules cuando el gigante estuvo suficientemente cerca para oírle—. ¿De modo que traes las manzanas de oro?

—Claro, claro —respondió Atlas—. ¡Y qué hermosas son! He cogido las mejores que había en el árbol; puedes estar seguro, y el dragón de las cien cabezas es cosa digna de verse. Al final más te habría valido ir tú mismo a buscarlas.

—No te preocupes —replicó Hércules—. Has hecho una excursión agradable y has arreglado el asunto tan bien como hubiera podido hacerlo yo. Te doy las gracias muy de veras por el trabajo que te has tomado. Y ahora, como debo ir lejos y tengo prisa, porque el rey, mi primo, está impaciente por recibir las manzanas de oro, ¿tendrás la amabilidad de volver a coger el cielo quitándolo de encima de mis hombros?

—En eso —dijo el gigante tirando al aire las manzanas a veinte leguas de altura o algo así y cogiéndolas cuando caían—, en eso me parece, mi buen amigo, que eres poco razonable. ¿No podría llevar yo las manzanas de oro al rey, tu primo, mucho

más deprisa que tú? Ya que su majestad tiene tanto afán por recibirlas, yo te prometo dar las zancadas más largas que pueda. Además, no me apetece cargar ahora mismo con el cielo otra vez.

Al oír esto Hércules se impacientó e hizo un gran movimiento de hombros. Era durante el crepúsculo, y habríais podido ver caer de su sitio dos o tres estrellas. Todo el mundo, en la Tierra, miró hacia arriba asustado, pensando que el cielo caería inmediatamente después.

—¿Qué es esto? —gritó el gigante Atlas riendo estrepitosamente—. En los últimos cinco siglos no he dejado yo caer tantas estrellas. Cuando lleves ahí tanto tiempo como yo, aprenderás a tener calma.

—¡Cómo! —gritó Hércules enfurecido—. ¿Te propones hacerme sostener esta carga toda la vida?

—Eso lo veremos un día de estos —respondió el gigante—. Y, en todo caso, no debes quejarte si tienes que aguantarla cien años o mil. Mucho más tiempo la he sostenido yo, a pesar del dolor de espalda. Si de aquí a mil años me da la humorada, puede que venga a relevarte. Eres un hombre muy fuerte, y nunca tendrás mejor ocasión de demostrarlo. La posteridad hablará de ti, te lo aseguro.

—¡Me importa un rábano que hable o no hable! —exclamó Hércules con otra sacudida de hombros—. Sostén el cielo un instante con la cabeza, ¿quieres? Voy a hacerme una almohadilla con mi piel de león para apoyar el peso encima. La verdad es que me está despellejando, y me causaría una molestia innecesaria en tantos siglos como he de estar aquí.

—Eso sí lo haré —dijo el gigante, que no quería mal a Hércules y, si se portaba de tal manera, lo hacía solo por buscar, con demasiado egoísmo, su propia conveniencia—. Estoy dispuesto a sostener otra vez el cielo, cinco minutos justos; pero cinco minutos nada más, acuérdate bien. No tengo ganas de pasar otros mil años como estos últimos. La variedad es la sal de la vida.

¡Ah, qué torpe era aquel gigante! Echó a rodar las áureas manzanas y recibió otra vez el cielo de la cabeza y las espaldas de Hércules sobre las suyas, que eran las que debían sostenerlo. Hércules recogió las tres manzanas de oro, grandes como calabazas o más, y se fue sin prestar la menor atención a las desafortunadas voces que daba el gigante gritándole que volviera. Alrededor de sus pies creció una nueva selva, y se hizo vieja allí, y otra vez pudieron verse robles de cinco o seis siglos, que se habían hecho añicos entre sus enormes dedos.

Allí está aún el gigante, y por lo menos allí hay una montaña tan alta como él y que lleva su nombre. Y, cuando el trueno retumba en la cima, podemos imaginar que es la voz del gigante Atlas, que llama a Hércules en vano.

# Al calor del hogar de Tanglewood

## Después del cuento

—Primo Eustace —preguntó Arándano, que durante todo el cuento había estado sentado a los pies del narrador con la boca abierta—, ¿qué altura exacta tenía el gigante?

—¡Oh, Arándano, Arándano! —exclamó el estudiante—. ¿Crees que estaba yo allí con la vara en la mano para tomarle las medidas? En fin, si quieres saberlo, poco más o menos, supongo que debía tener de cinco mil a veinticuatro mil metros de alto, y que habría podido sentarse en los montes Taconic y tener Monument Mountain como reposapiés.

—¡Dios mío! —dijo el niño con un gruñido de satisfacción—. ¡Eso es ser gigante de veras! ¿Y cómo de largo tenía el dedo meñique?

—Desde esta casa al lago —dijo Eustace.

—¡Eso es ser gigante de veras! —repitió Arándano, extasiado ante la precisión de las medidas—. ¿Y qué anchura tenían los hombros de Hércules?

—Eso no he podido averiguarlo nunca —respondió el estudiante—. Pero supongo que debían de ser un poco más anchos que los míos o que los de tu padre, y en general un poco más que los de cualquier hombre de ahora.

—Me gustaría —murmuró Arándano, acercando sus labios al oído del estudiante— que me dijeras qué tamaño tenían las encinas que brotaron entre los dedos del gigante.

—Eran tan grandes —dijo Eustace— como el castaño que hay delante de la casa del capitán Smith.

—Eustace —observó el señor Pringle, después de un momento de meditación—, me es imposible expresar sobre este cuento una opinión que halague tu amor propio de autor. Te aconsejo que no vuelvas a meterte con los mitos clásicos. Tu imaginación es completamente gótica, e inevitablemente dará un carácter gótico a todo lo que toques. Lo cual es de tan mal efecto como embadurnar con pintura una estatua de mármol. ¡Ese gigante! ¿Cómo te has atrevido a intercalar esa masa inmensa y desproporcionada entre los correctos perfiles de la fábula griega, que tiende a reducir y dominar lo extravagante a fuerza de elegancia?

—He descrito al gigante como me ha parecido —respondió Eustace un poco molesto—, y si usted, señor, quiere tomarse la molestia de poner su entendimiento a nivel de esas fábulas, como es imprescindible si ha de modelarlas de nuevo, verá, sin duda, que un griego antiguo no tenía más derecho sobre ellas que un yanqui moderno.

Son propiedad común del mundo y de todos los tiempos. Los antiguos poetas las moldearon a su gusto y tomaron forma entre sus manos con una plasticidad maravillosa. ¿Por qué no han de tener forma también entre las mías?

El señor Pringle no pudo contener una sonrisa.

—Y además —continuó Eustace—, en el momento en que pone usted en un molde clásico cierto palpito del corazón, cierta pasión o afecto, cierta moralidad divina o humana, lo convierte en algo completamente distinto de lo que era antes. Mi opinión es que los griegos, al tomar posesión de estas leyendas, que eran patrimonio inmemorial de la humanidad, y darles una forma de belleza indestructible, es cierto, pero fría y sin corazón, han hecho a todos los siglos siguientes un daño irreparable.

—Que tú, sin duda, has nacido para remediar —dijo el señor Pringle echándose a reír—. Está bien; sigue, sigue, pero sigue también mi consejo y no imprimas nunca ninguna de tus historias enmascaradas. Y, para tu próximo esfuerzo, ¿por qué no intentas renovar alguna de las leyendas de Apolo?

—¡Ah, señor mío! Me lo propone usted como si fuera algo imposible —observó el estudiante después de un momento de reflexión—. Y a decir verdad, a simple vista, la idea de un Apolo gótico parece un tanto descabellada; pero aprovecharé la indicación, y no desespero de hacer algo que valga la pena.

En el curso de la discusión precedente, los niños, que no entendieron nada, se habían ido quedando dormidos, y ahora los mandaron a la cama. Se oían sus vocecillas soñolientas mientras iban subiendo la escalera y un viento del noroeste rugía ásperamente entre las copas de los árboles y cantaba antífonas en torno a la casa. Eustace Bright se volvió al despacho e intentó de nuevo forjar unos cuantos versos pero se quedó dormido entre dos rimas.

# **El cántaro milagroso**

# La ladera de la colina

## Introducción a «El cántaro milagroso»

¿Dónde y cómo creéis que volvemos a encontrar a los niños? No ya en invierno, sino en el alegre mes de mayo. No ya en el cuarto de jugar de Tanglewood, ni junto a la lumbre, sino a media ladera de una enorme colina, o más bien montaña, pues casi podemos atrevernos a llamarla así. Habían salido de casa con el valeroso propósito de subir esta alta colina hasta la Cumbre Pelada. Claro que no era tan alta como el Chimborazo o el Mont Blanc. De todos modos, era más alta que miles de collados o que millones de toperas. Y, si pensamos en los cortos pasos de los niños pequeños, se la podía considerar una montaña verdaderamente respetable.

¿Iba con ellos el primo Eustace? De eso podéis estar seguros; porque, de no ser así, ¿cómo iba el libro a adelantar un solo paso? Estaba ahora en sus vacaciones de primavera y tenía más o menos el mismo aspecto que cuando le vimos hace cuatro o cinco meses, solo que, si se le miraba muy de cerca, se podía advertir sobre el labio superior un asomo de bigote muy cómico. Dejando aparte esta señal de madura virilidad, pueden seguir considerando a Eustace tan chiquillo como cuando lo conocieron por vez primera. Seguía tan alegre, tan divertido, tan de buen humor, tan ligero de pies y de ingenio como antes, y continuaba siendo el favorito de los niños como lo había sido siempre. Esta expedición a la montaña había sido idea suya. Durante todo el camino cuesta arriba había ido animando a los mayores con su alegre voz; y cuando los pequeños se cansaban, los llevaba a cuestras por turno. De este modo habían pasado ya los huertos y los prados de la parte baja de la colina, y habían llegado al bosque que trepa hacia la Cumbre Pelada.

El mes de mayo había sido esta vez mejor que de costumbre, y era el día más agradable que pudiera desear un corazón de hombre o de niño. Monte arriba, los niños iban encontrando infinidad de violetas azules, blancas y algunas tan doradas como si las hubiese tocado el mismo Midas. Las margaritas blancas cubrían las praderas. En la linde del bosque había campanillas rojo pálido, tan modestas que a toda costa querían esconderse del sol, geranios silvestres y las mil flores blancas del fresal silvestre...

Pero no malgastemos nuestras valiosas páginas hablando tontamente de la primavera y de sus flores. Hay algo, me parece, más interesante que tratar. Si observáis al grupo de niños, veréis que están todos reunidos en torno a Eustace, que, sentado en un árbol caído, parece estar a punto de empezar un cuento. El caso es que los más jóvenes de la tropa han considerado que hay demasiados pasos para medir la

altura de la colina y, por lo tanto, el primo Eustace ha decidido dejarlos en este mismo sitio, a mitad de camino, esperando que el grupo de mayores termine la ascensión y vuelva a buscarlos. Y, como se quejan un poco, porque no les gusta que los dejen atrás, les reparte unas cuantas manzanas que saca del bolsillo y les propone contarles un cuento muy bonito. Con lo cual vuelven a alegrarse y transformar sus miradas ofendidas en la más radiante de las sonrisas.

En cuanto al cuento, yo, que estaba escondido detrás de unas matas, lo pude oír y os lo contaré en las páginas siguientes.

## El cántaro milagroso

Una tarde, hace ya mucho tiempo, el anciano Filemón y su mujer, Baucis, también anciana, estaban sentados a la puerta de su cabaña gozando de la tranquila y hermosa puesta de sol. Habían cenado frugalmente y querían pasar una o dos horas tranquilas antes de acostarse. Hablaban de su huerto, de su vaca, de las abejas y de la parra que trepaba por la pared de la choza, y cuyos racimos empezaban ya a ponerse color púrpura. Pero del pueblo cercano llegaban hasta ellos gritos de niños y ladridos de perros, que cada vez iban siendo más fuertes; tanto, que Filemón y Baucis apenas podían entenderse.

—Mujer —dijo Filemón—, me parece que algún pobre viajero viene buscando hospitalidad y que nuestros vecinos, en vez de darle alimento y posada, han soltado contra él los perros, como suelen hacer.

—Sí —respondió Baucis—. Ya podían nuestros vecinos tener un poco más de bondad con sus semejantes y no educar a sus hijos con tan malos sentimientos, animándolos a tirar piedras a los forasteros.

—Estos niños no harán nunca nada bueno —dijo Filemón moviendo la cabeza ya blanca—. A decir verdad, esposa mía, no me sorprenderá que el día menos pensado le suceda algo terrible a toda la gente del pueblo, si no se enmienda. Pero tú y yo, mientras la Providencia nos dé un pedazo de pan, estaremos dispuestos a compartirlo con cualquier pobre forastero que lo necesite.

—Es verdad —dijo Baucis—. Así lo haremos.

Estos dos viejos eran muy pobres y tenían que trabajar mucho para vivir. Filemón cultivaba cuidadosamente su huerto, mientras Baucis estaba siempre hilando en su rueca o haciendo manteca y queso con la leche de su vaca, o arreglando la casa. Su alimento consistía casi siempre en pan, leche y verduras, y algunas veces un poco de miel de su colmena o un racimo de uvas de la parra. Pero eran dos personas de las mejores del mundo, y con alegría se habrían quedado alguna vez sin comer con tal de no negar un pedazo de su pan moreno, una taza de leche recién ordeñada y una cucharada de miel al caminante cansado que pasase ante su puerta. Les parecía que tales huéspedes tenían una especie de santidad y que, por lo tanto, estaban obligados a tratarlos mejor que a sí mismos.

La cabaña estaba en un lugar alto a alguna distancia del pueblo, que yacía en un valle hondo de medio kilómetro de ancho. Aquel valle, en tiempos pasados, cuando el mundo era nuevo, probablemente había sido el lecho de un lago. Allí habían vivido peces y en las orillas habían crecido juncos; los árboles y las colinas habían visto

reflejada su imagen en el ancho y pacífico espejo. Pero, cuando las aguas bajaron, los hombres cultivaron el suelo y edificaron casas sobre él; de modo que era un terreno fértil y no quedaban más huellas del antiguo lago que un arroyo que iba haciendo curvas por en medio del pueblo y ofreciendo agua a los habitantes... Tanto tiempo hacía que el valle era terreno seco que habían nacido en él árboles, habían crecido robustos, se habían muerto de viejos y habían sido sustituidos por otros que ya eran tan altos y majestuosos como los primeros. Jamás hubo valle más hermoso ni más fértil. Ver únicamente la abundancia que lo rodeaba habría tenido que volver a sus habitantes buenos y compasivos, dispuestos a demostrar su gratitud a la Providencia haciendo el bien a sus semejantes.

Pero, es triste decirlo, los moradores de aquel hermoso valle no eran dignos de vivir en un lugar al que había sonreído el cielo con tal benevolencia. Eran egoístas y duros de corazón, no tenían lástima de los pobres ni compasión con los desvalidos. Si les hubiese dicho alguien que todo ser humano tiene una deuda de amor con los demás hombres, porque ese es el único modo de pagar el amor que a todos nos tiene la Providencia, se habrían echado a reír. Trabajo os costará creer lo que voy a contaros. Aquellas gentes malvadas enseñaban a sus hijos a ser peores que ellos y aplaudían, para animarlos, cuando veían a los niños y niñas correr detrás de algún forastero pobre, dando gritos y tirándole piedras. Criaban perros grandes y feroces y,

cuando un viajero se atrevía a pasar por las calles del pueblo, aquellos animales lo seguían enseñando los dientes y ladrando. Luego, si podían, le mordían una pierna o la ropa y, si el infeliz ya iba andrajoso antes de entrar en el pueblo, cuando salía de él era una pura lástima. Era terrible para los pobres caminantes, como podréis suponer, especialmente cuando estaban enfermos o débiles, o eran cojos o viejos. Estos infelices (si conocían previamente el modo de portarse que tenían aquellos niños y aquellos perros) eran capaces de rodear leguas enteras por no volver a pasar por el pueblo.

Y lo peor de todo era que cuando pasaba por allí algún viajero que llevaba coche con buenos caballos y sirvientes con ricas libreas acompañándolo, no había gente más amable y obsequiosa que los habitantes de aquel pueblo. Se quitaban todos el sombrero y hacían profundas reverencias. Y, si los niños chillaban por tener costumbre de hacerlo, se ganaban un buen pellizco; y, si un solo perro se atrevía a ladrar, su amo le daba una paliza y lo ataba sin darle de cenar; todo lo cual habría estado muy bien, de no haber sido porque demostraba que los aldeanos se preocupaban mucho del dinero que los forasteros pudieran llevar en el bolsillo, y no se preocupaban nada del alma humana, que lo mismo vive en el mendigo que en el príncipe.

Ahora podéis comprobar por qué el anciano Filemón y su mujer, Baucis, hablaban con tanta tristeza al oír los gritos y ladridos que les llegaban desde el extremo de la calle del pueblo.

—Nunca he oído a los perros ladrar con tanta furia —observó el buen anciano.

—Ni a los chiquillos gritar tanto —respondió su mujer.

Se miraban cabeceando, y el ruido se acercaba cada vez más hasta que, al pie mismo del montículo sobre el que estaba edificada su casita, vieron a dos caminantes que se aproximaban. Los perros los seguían de cerca, ladrando. Un poco más atrás venían corriendo multitud de chiquillos que chillaban y tiraban piedras a los dos forasteros. Una o dos veces, el más joven de los dos (era delgado y de aspecto muy vivo) se volvió y golpeó a los perros con un bastón que llevaba en la mano. Su compañero, que era muy alto, andaba despacio, como si no se dignase reparar en los chiquillos ni en los perros.

Los dos viajeros iban pobremente vestidos y parecían no tener dinero bastante en el bolsillo para pagar el alojamiento de una noche. Por eso, sin duda, los del pueblo habían permitido a sus hijos y a sus perros que los trataran tan mal.

—Vamos, mujer —dijo Filemón—, salgamos al encuentro de esa pobre gente. Sin duda les falta valor para subir hasta aquí.

—Anda tú —dijo la mujer—, mientras yo voy dentro y veo si encuentro algo para darles de comer. Una buena taza de sopas de leche me parece que les sentará muy bien.

Diciendo esto, entró en la casa. Filemón, por su parte, se adelantó y alargó la mano con aire tan hospitalario que casi no hacía falta decir lo que, sin embargo, dijo con el tono más amable que podáis figuraros.

—¡Bienvenidos, señores forasteros, bienvenidos!

—Gracias —respondió el más joven con tono jovial, a pesar de su cansancio y su incomodidad—. Este es un recibimiento muy distinto del que hemos encontrado en el pueblo. ¿Cómo vives rodeado de vecinos tan malos?

—¡Ah! —observó Filemón con tranquila y bondadosa sonrisa—, creo que la Providencia me ha puesto aquí, entre otras razones, para que pueda desagraviaros por la falta de hospitalidad de mis vecinos.

—¡Bien dicho, viejo! —exclamó el viajero echándose a reír—. Y, a decir verdad, mi compañero y yo necesitamos desagravios. Esos chiquillos, ¡grandísimos tunantes!, nos han puesto perdidos de barro, y uno de los perros me ha rasgado la capa, que ya estaba la pobre bastante andrajosa. Pero le he dado en el hocico con el bastón. Imagino que lo habréis oído aullar desde aquí.

Filemón se alegró al verlo tan contento. En realidad, nadie habría dicho, por su risueño aspecto y por sus modales, que venía cansado por todo un largo día de viaje, ni que estaba descorazonado por el mal trato recibido al final de la jornada. Iba vestido de un modo más bien extraño y tocado con una especie de gorro con alas que

sobresalían a los lados. Aunque era una tarde de verano, llevaba capa y se envolvía estrechamente en ella, quizá porque la ropa que llevaba debajo estaba demasiado rota. A Filemón le sorprendió también la forma extraña de sus zapatos; pero estaba anocheciendo y, como el anciano ya tenía la vista cansada, no pudo apreciar bien en qué consistía la rareza. Una cosa le intrigaba sobre todo: el viajero era tan extraordinariamente ligero y activo que parecía como si los pies se le levantasen del suelo por sí mismos y tuviese que sujetarlos a la fuerza.

—En mi juventud tenía yo también los pies ligeros —dijo Filemón al caminante—, pero recuerdo que al llegar la noche solía sentirlos un poco cansados.

—No hay nada como un buen bastón para aligerar el camino —replicó el forastero—, y el mío es excelente, como puedes ver.

El bastón, en efecto, era el más extraño que Filemón había visto en su vida. Estaba hecho de madera de olivo y tenía en el puño como un par de alitas. Dos serpientes, talladas en la madera, se retorcían alrededor del palo. Estaban tan bien esculpidas que al anciano Filemón (cuyos ojos, como ya he dicho, eran un poco débiles) casi le parecieron vivas.

—Curioso trabajo, en verdad —dijo—. ¡Un bastón con alas! No sería un mal caballito de palo para un niño.

Filemón y sus huéspedes ya habían llegado a la puerta de la casa.

—Amigos —dijo el viejo—, sentaos y descansad en este banco. Mi mujer, Baucis, ha ido a ver qué puede daros de comer. Somos pobres, pero vuestro es todo lo que haya en la despensa.

El más joven de los viajeros se tendió descuidadamente en el banco y dejó el bastón. Y sucedió una cosa maravillosa. El bastón pareció levantarse del suelo con movimiento propio y, extendiendo su par de alas diminutas, fue medio volando, medio saltando, a apoyarse en la pared. Allí se estuvo quieto, pero las serpientes se retorcían. Esto vio Filemón; pero yo creo que los ojos cansados le hacían ver visiones.

Antes de que pudiesen preguntar nada, el viajero de más edad desvió su atención del bastón diciendo:

—¿No había aquí, en tiempos muy antiguos, un lago que cubría el lugar donde ahora está la aldea?

La voz del forastero era extraordinariamente grave.

—No en estos tiempos, amigo —respondió Filemón—, y eso que, como ves, soy ya viejo. Siempre hubo, como ahora, los mismos campos y las mismas praderas, y los árboles viejos, y el arroyo que murmura en medio del valle. Ni mi padre ni el padre de mi padre vieron cosa distinta, y sin duda todo seguirá igual cuando el viejo Filemón esté ya muerto y olvidado.

—Eso ya no se puede asegurar —observó el forastero, y en su voz había una

severidad extraordinaria. Movi6 la cabeza, sacudiendo con el movimiento su cabello negro y rizado—. Puesto que los habitantes de este valle han olvidado los afectos y simpatías de su naturaleza, más valdría que el lago cayese de nuevo sobre sus moradas.

El viajero parecía tan serio que Filem6n casi se asust6; adem6s, al fruncir 6l el ceño, el crepúsculo pareció oscurecer de pronto, y cuando movió la cabeza son6 un trueno en el aire.

Pero un momento despu6s, el rostro del viajero volvi6 a ser tan amable y bondadoso que el anciano olvid6 su terror casi por completo. Sin embargo, no pudo menos de pensar que aquel caminante no era un ser vulgar, aunque fuera vestido tan modestamente y viajara a pie. No es que Filem6n le tomase por alg6n príncipe disfrazado ni nada por el estilo; más bien crey6 que sería alg6n hombre muy sabio que andaba por el mundo con atavío tan pobre despreciando la riqueza y los bienes terrenos y buscando por todas partes algo que pudiese aumentar su sabiduría. Esta idea parecía más probable, porque, cuando Filem6n levant6 la vista para mirar el rostro del viajero, le pareció ver más pensamiento en una sola mirada de las suyas que todo el que hubiese podido dar una vida entera consagrada al estudio.

Mientras Baucis preparaba la comida, los viajeros empezaron a charlar con Filem6n muy amablemente. El más joven era extraordinariamente locuaz y hacía observaciones tan agudas e ingeniosas que el buen hombre no podía por menos de echarse a reír, y pensaba que nunca había encontrado persona más divertida.

—Amigo —le pregunt6, cuando ya fue tomando más confianza—, ¿cómo te llamas?

—Soy bastante vivo, como ves —respondió el viajero—; así puedes llamarme Azogue; creo que el nombre no me cae mal.

—¿Azogue? —repiti6 Filem6n, mirando cara a cara al viajero, por ver si se estaba burlando de 6l—. Sí que es un nombre raro. Y tu compañoero, ¿tiene también uno por el estilo?

—Pregunta al trueno y te lo dirá —respondió Azogue misteriosamente—. No hay voz bastante fuerte para pronunciarlo.

Esta observación, fuese en serio o en broma, habría asustado un tanto a Filem6n si al mirar al forastero de más edad no hubiese reparado en la expresión extraordinariamente bondadosa de su rostro. Sin duda era la figura más grandiosa que había visto nunca.

Cuando hablaba, lo hacía con gravedad y de tal modo que Filem6n se sentía irresistiblemente impulsado a decirle todo lo que tenía en el corazón. Esto es lo que la gente siente siempre cuando se encuentran con una persona lo suficientemente sabia y prudente para comprender todo el bien y el mal y no despreciar ni lo uno ni lo otro.

Pero Filem6n, hombre sencillo y bondadoso, no tenía muchos secretos que

descubrir. Habló a su manera de los acontecimientos de su vida pasada, en cuyo transcurso nunca se había alejado una cuantas leguas de aquel lugar. Como Baucis, su mujer, había vivido desde su juventud en aquella casita, ganando el pan con su trabajo honrado, los dos siempre pobres pero siempre contentos. Dijo que eran excelentes el queso y la manteca que hacía Baucis, y muy sabrosas las verduras que cultivaba él en el huerto. También dijo que, por lo mucho que se querían, su único deseo era que la muerte no los separase y que anhelaban morir juntos, como habían vivido. Al oír esto el forastero, una sonrisa iluminó su rostro y su expresión se hizo tan suave como grandiosa.

—Eres un buen hombre —dijo a Filemón— y tienes una excelente mujer por compañera. Justo es que se logre vuestro deseo.

Y a Filemón le pareció entonces que las nubes de la puesta de sol se encendían repentinamente hacia poniente, iluminando en fugitiva llama todo el cielo.

Baucis había preparado ya la comida, y saliendo a la puerta empezó a disculparse por la pobreza de los manjares que podía ofrecer a sus huéspedes.

—Si hubiéramos sabido que veníais —dijo—, mi marido y yo no habríamos probado bocado para que pudieseis encontrar mejor cena. Pero he gastado casi toda la leche para hacer queso y el pan casi nos lo hemos comido. ¡Ay de mí!, nunca lamento ser pobre, más que cuando un necesitado llama a mi puerta.

—Todo se arreglará; no te apures, mujer —repuso bondadosamente el forastero de más edad—. Un recibimiento honrado y cordial hace maravillas y es capaz de convertir los manjares más humildes en néctar y ambrosía.

—Recibimiento cordial sí que tendréis —exclamó Baucis—, y además un poco de miel, que por casualidad me queda, y un racimo de uvas color de púrpura.

—Pero ¡madre Baucis, eso es un festín! —exclamó Azogue riéndose—. ¡Un festín completo! Y ya verás qué bien represento yo mi papel de invitado. ¡Creo que en mi vida he tenido más hambre!

—¡Los dioses nos ayuden! —dijo en voz baja Baucis a su marido—. ¡Si este joven trae el hambre que dice, temo que va a quedarse a medio cenar!

Todos entraron en la cabaña.

Y ahora, oyentes míos, ¿queréis que os cuente algo que os hará abrir los ojos de par en par? Ciertamente es una de las cosas más extrañas de toda esta historia. Recordaréis que el bastón de Azogue se había quedado apoyado en la pared de la casa. Bueno; pues cuando su dueño entró y lo olvidó, ¿qué hizo el bastón? Abrir inmediatamente las alas y subir, dando saltos, los escalones de la puerta. Tap, tap, tap, iba haciendo por el suelo de la cocina y no se quedó quieto hasta que llegó a colocarse, con gran seriedad y decoro, junto a la silla de su amo. El anciano Filemón y su mujer estaban tan atareados atendiendo a sus huéspedes que no se dieron cuenta de lo que estaba haciendo el bastón.

Como Baucis había dicho, la comida era escasa para dos caminantes hambrientos. En medio de la mesa había un trozo de pan negro con un pedacito de queso y en un plato un panal con miel. Sacaron un gran racimo de uvas para cada uno de los huéspedes. Y un cantarillo de barro, casi lleno de leche, estaba en un extremo de la mesa; pero, cuando Baucis sirvió dos tazones y los colocó ante los dos forasteros, en el fondo del cantarillo solo quedaba un poco de leche. ¡Ay, es triste cosa cuando un corazón generoso se encuentra apretado por la escasez! A la pobre Baucis le habría gustado pasar hambre toda una semana con tal de poder hacer el milagro de dar a los hambrientos viajeros cena más abundante.

Y, como la cena era tan escasa, habría preferido que tuvieran un poco menos de apetito. En cuanto se sentaron, los viajeros se bebieron del primer sorbo casi toda la leche de los tazones.

—Un poco más de leche, madre —dijo Azogue—. El día ha sido caluroso y estoy sediento.

—¡Ay de mí! —respondió Baucis, confusa—. ¡Me da tanta pena y tanta vergüenza! Pero la verdad es que apenas queda en el cántaro una sola gota. ¡Ay, marido, marido!, ¿por qué no nos habremos pasado sin cenar?

—Me parece —dijo Azogue, levantándose y cogiendo el cantarillo por el asa—, me parece que no andan las cosas tan mal como dices. Seguro que hay más leche en

el cántaro.

Diciendo esto, ¿cuál fue el asombro de Baucis al ver que el viajero llenaba no solo su tazón, sino el de su compañero, con leche del cántaro que ella creía casi vacío! La buena mujer apenas podía creer lo que estaba viendo. Sin duda, había echado en los tazones casi toda la leche y había visto la poca que quedaba en el fondo del cántaro, antes de volver a dejarlo encima de la mesa.

«Como soy vieja —pensó Baucis—, ya no veo tan bien como antes. Me habré equivocado. De todos modos, ahora sí que estará vacío, después de haber llenado dos veces los tazones».

—¡Qué leche tan rica! —observó Azogue después de beberse el segundo tazón—. Perdón, magnífica anfitriona, si te pido un poquito más.

Baucis había visto claro como la luz que Azogue, al servirse, había vuelto el cántaro completamente boca abajo, echando hasta la última gota de leche al llenar el segundo tazón. Por lo tanto, era imposible que quedase más. Y, para que lo comprendiera, levantó el cántaro e hizo el movimiento de echar leche en el tazón de Azogue, sin la más remota esperanza de que cayese nada. ¡Qué grande fue su sorpresa cuando cayó tan abundante cascada que el tazón se llenó inmediatamente y la leche empezó a correr por la mesa! Las dos serpientes que estaban enroscadas en el bastón de Azogue alargaron la cabeza y empezaron a lamer la leche que se había vertido. Pero ni Filemón ni Baucis repararon en este detalle.

Y ¡qué deliciosa fragancia tenía! Parecía que las vacas de Filemón hubiesen pastado aquel día la hierba más rica del mundo. ¡Cómo me alegraría que pudieseis tomar vosotros un tazón de leche como aquella a la hora de cenar!

—Y ahora, un poco de pan moreno, madre Baucis —dijo Azogue— y un poco de miel.

Baucis cortó una rebanada y, aunque el pan, cuando ella y su marido lo comieron, estaba ya duro y seco, ahora estaba tierno como si acabase de salir del horno. Probando una miga que se había caído en la mesa, le pareció el pan más delicioso que había comido en su vida; casi no podía creer que ella misma lo hubiese amasado y cocido. Y, sin embargo, ¿de qué otra hogaza podía ser?

¡Y la miel! Más vale que no intente describiros el color y el olor exquisitos que tenía; su color era el del oro más puro y transparente, y olía a mil flores, pero flores como nunca han crecido en ningún jardín de la Tierra; para buscarlas, las abejas tenían que haber volado muy por encima de las nubes. Y lo maravilloso era que, después de revolotear sobre jardines de tan deliciosa fragancia e inmortal floración, se hubiesen resignado a bajar otra vez a la humilde colmena del huerto de Filemón. Nunca miel de este mundo ha tenido el color, el sabor y el perfume de aquella. El aroma flotaba en la cocina y era tan delicioso que, cerrando los ojos, al momento habríais creído estar bajo una glorieta de madreselvas. Aunque la pobre Baucis era

una mujer sencilla, no pudo menos de pensar que allí estaba pasando algo extraordinario. Así que, después de servir a sus huéspedes el pan y la miel, se sentó al lado de Filemón y le dijo en voz baja lo que había visto.

—¿Has oído cosa parecida? —le preguntó.

—No, nunca —respondió Filemón sonriendo—. Y creo más bien, querida mía, que has estado soñando despierta. Si yo hubiese servido la leche, habría visto lo que en realidad pasaba. A lo mejor había en el cántaro un poco más de la que tú creías, nada más.

—¡Ay, marido! —dijo Baucis—, di lo que quieras, pero estas son gentes muy extrañas.

—Bien, bien —respondió Filemón sin dejar de sonreír—, puede que lo sean. Desde luego, parece que en otros tiempos estuvieron en mejor posición que ahora, y me alegro en el alma de ver que cenan con tanto gusto.

Cada uno de los huéspedes había cogido su racimo de uvas. A Baucis, que se restregaba los ojos para ver más claro, le pareció que los racimos habían crecido y que cada uno de los granos estaba a punto de estallar, maduros y jugosos. Y era completamente incomprensible para ella que tales uvas hubieran podido salir de la parra vieja que trepaba por las paredes de su casa.

—¡Admirables uvas! —observó Azogue, que las iba tragando una tras otra sin que, al parecer, el racimo disminuyese—. ¿De dónde las coges, amable viejo?

—De mi parra —respondió Filemón—. Desde aquí se pueden ver las ramas retorciéndose detrás de la ventana; pero mi mujer y yo nunca hemos creído que sean muy buenas.

—Nunca las he comido mejores —respondió el huésped—. Otra tacita de esa leche deliciosa y podré decir que he cenado mejor que un príncipe.

Esta vez fue Filemón quien se levantó y cogió el cántaro, porque tenía curiosidad por saber si eran ciertas las maravillas que Baucis le había contado. Bien sabía que su buena mujer era incapaz de mentir y que pocas veces se equivocaba en lo que creía cierto. Pero el caso era tan peregrino que quería verlo con sus propios ojos. Al coger el cántaro, miró dentro y se convenció de que apenas contenía unas cuantas gotas. De pronto, sin embargo, del fondo brotó un chorrillo blanco que lo llenó hasta la boca de leche espumosa y fragante. Suerte fue, y grande, que a Filemón, en su sorpresa, no se le cayese el cántaro milagroso.

—¿Quiénes sois, maravillosos viajeros? —exclamó, mucho más asombrado que su mujer.

—Tus huéspedes, buen Filemón, y tus amigos —contestó el viajero de más edad con su voz grave y profunda, que al mismo tiempo sonaba suave y melodiosa—. Dame a mí también otra taza de leche, y ojalá tu cántaro no se vacíe nunca para la buena Baucis, para ti y para los caminantes necesitados.

Habiendo terminado la comida, los forasteros pidieron que les indicaran un lugar para descansar. Los viejecillos habrían querido estar un rato más hablando con ellos para expresar la admiración que sentían y su alegría al ver que la cena, pobre y escasa, había resultado mucho mejor y más abundante de lo que esperaban. Pero el forastero de más edad les había inspirado tal respeto que no se atrevieron a preguntarle nada; cuando Filemón se llevó aparte a Azogue y le preguntó cómo era posible que hubiese brotado una fuente de leche dentro de un cántaro, el viajero señaló su bastón.

—Ahí está todo el misterio —dijo Azogue—. Y, si lo puedes descifrar tú, me alegraré muchísimo de que me comuniques lo que descubras. No puedo contarte todo lo que hace ese bastón; siempre me hace bromas así. Unas veces me trae la cena, otras me la roba. Si creyese yo en semejantes tonterías, diría que está embrujado.

No dijo más; pero los miró de un modo tan extraño que los viejos pensaron que se burlaba de ellos. El bastón mágico fue tras su amo dando saltos cuando Azogue salió. Una vez a solas, los dos viejos hablaron un rato de los acontecimientos de la noche y luego se echaron a dormir en el suelo, porque habían dejado su cama a los huéspedes y no tenían más que aquellas tablas, que ojalá hubieran sido tan blandas como sus corazones.

El anciano y su mujer se levantaron temprano por la mañana, y los viajeros también se levantaron con el sol y se prepararon para seguir su camino.

Filemón, hospitalario, les pidió que se quedaran un poco más, hasta que Baucis ordeñase la vaca y cociese un panecillo en el horno; a lo mejor hasta les encontraba algunos huevos para el desayuno. Pero los viajeros querían andar buena parte del camino antes de que apretase demasiado el sol. Por lo tanto, insistieron en marcharse inmediatamente, pero pidieron a Filemón y a Baucis que los acompañasen un rato para enseñarles el camino que debían tomar.

Así salieron los cuatro juntos de la casa, charlando como antiguos amigos. Era extraordinaria la rapidez con que los dos ancianos tomaron confianza con el viajero de más edad, y cómo sus almas honradas y sencillas se perdían en la suya como dos gotas de agua se perderían en el océano sin límites. Y Azogue, con su ingenio agudo y alegre, parecía descubrir hasta el más pequeño pensamiento que apuntaba en su cabeza antes de que ellos mismos lo hubiesen sospechado. A veces les habría gustado, es verdad, que no fuese tan listo, y casi casi que tirase a cien leguas su bastón, que tenía un aire endemoniadamente maligno con esas serpientes que no dejaban de retorcerse. Pero, pensándolo bien, Azogue mostraba tan buen humor que al fin y al cabo se habrían alegrado de tenerle en casa a él, su bastón y sus serpientes toda la vida.

—¡Ay de mí! —exclamó Filemón cuando ya se habían alejado un poco de la puerta—. Si nuestros vecinos supiesen lo bueno que es ofrecer hospitalidad a los

forasteros, atarían sus perros y no volverían a permitir a sus hijos que tirasen una sola piedra.

—Es un pecado y una vergüenza para ellos comportarse así —exclamó con vehemencia Baucis— y hoy mismo bajaré al pueblo y les diré cuatro verdades a esos desalmados.

—Temo —observó Azogue, sonriendo maliciosamente— que no vas a encontrar en casa a ninguno de ellos.

El entrecejo de su compañero adquirió precisamente entonces tan grave, austera y terrible grandeza, sin perder su serenidad por ello, que ni Filemón ni Baucis se atrevieron a pronunciar palabra. Lo miraron a la cara con reverencia, como si mirasen al cielo.

—Cuando los hombres no quieren portarse con el más humilde de los extraños como si fuese hermano suyo —dijo el viajero en un tono tan profundo que su voz sonaba como la música de un órgano—, no son dignos de existir sobre la Tierra, que fue creada para morada de la gran hermandad humana.

—Y, ahora que hablamos de eso, viejos de mi alma —dijo Azogue con la mirada más alegre del mundo—, ¿dónde está el pueblo del que hablábamos? ¿A la derecha o a la izquierda? Me parece que no lo veo por ninguna parte.

Filemón y su mujer se volvieron hacia el valle, donde, al ponerse el sol el día antes, habían visto las praderas, las casas, los huertos, los macizos de árboles, la calle ancha, los niños jugando y todas las señales del trabajo, la alegría y la prosperidad. Pero ¡cuál fue su asombro! ¡No había allí ni asomo de aldea! Hasta el fértil valle, en cuyo hueco yacía, había dejado de existir. En su lugar se veía la superficie amplia y azul de un lago que llenaba la inmensa cuenca del valle de orilla a orilla y reflejaba las colinas circundantes con una imagen tan tranquila como si estuviera allí desde el principio del mundo. Por un momento el lago permaneció completamente quieto. Luego una brisa pasó sobre él e hizo bailar el agua, que brilló a los tempranos rayos del sol, chocando con agradable murmullo contra la orilla.

El lago parecía tan familiar en aquel sitio que los dos ancianos se quedaron asombrados, como si pensaran que habían estado soñando con un pueblo que nunca hubiera existido. Pero enseguida recordaron las casas desaparecidas, la cara y el carácter de los habitantes, y comprendieron que no soñaban. ¡El pueblo que ayer estaba allí ya no estaba!

—¡Ay! —exclamaron los dos ancianos bondadosos—. ¿Qué ha sido de nuestros pobres vecinos?

—Ya no existen como hombres y mujeres —dijo el viajero de más edad con su voz profunda, y un trueno pareció hacerle eco en la lejanía—. No había en sus vidas utilidad ni belleza, pues nunca suavizaron ni dulcificaron el duro destino de la Humanidad prodigando afectos bondadosos entre los hombres. No conservaron en su

pecho la imagen de una vida mejor, y por eso el lago, que estaba aquí hace siglos, se ha tendido de nuevo para reflejar el cielo.

—Y aquellas gentes necias —dijo Azogue con su maliciosa sonrisa—, todas se han convertido en peces. Poco han tenido que cambiar, porque ya eran un puñado de pillos con escamas en el corazón y sangre completamente fría. Así que, madre Baucis, si tú o tu marido tenéis capricho de comer una trucha a la parrilla, podéis echar un anzuelo y pescar a media docena de vuestros antiguos vecinos.

—¡Ah! —exclamó Baucis estremeciéndose—. ¡Por todo el oro del mundo no pondría ni una en la sartén!

—No —añadió Filemón con un gesto de desagrado—; ¡no las podríamos tragar!

—En cuanto a ti, buen Filemón —prosiguió el viajero de más edad—, y a ti, amable Baucis, con vuestros escasos medios habéis puesto tanta cordialidad para recibir a unos pobres caminantes que la leche se ha convertido en inextinguible fuente de néctar, y el pan y la miel en ambrosía. Así, las divinidades han tenido en vuestra casa los mismos manjares que toman en sus banquetes del Olimpo. Habéis hecho bien, queridos amigos. Por lo tanto, pedid lo que más deseéis, y está concedido.

Filemón y Baucis se miraron, y luego no sé cuál de los dos habló; pero lo que uno dijo era el deseo de sus dos corazones.

—Nos gustaría vivir juntos hasta el último día y salir de este mundo en el mismo instante, cuando muramos. Porque ¡siempre nos hemos amado!

—¡Así sea! —repuso el viajero con majestuosa bondad—. Y ahora, mirad vuestra casa.

Así lo hicieron; pero ¡cuál fue su sorpresa al encontrarse con un gran edificio de mármol blanco, con grandioso pórtico, que ocupaba el sitio donde hasta hace un momento estaba su humilde morada!

—Esa es vuestra casa —dijo el viajero, sonriendo benévola—mente—. Practicad la hospitalidad en este palacio tan cordialmente como en la pobre choza donde ayer tarde nos recibisteis.

Los ancianos se arrodillaron para darle las gracias; pero ya ni él ni Azogue estaban allí.

Así, Filemón y Baucis se instalaron en el palacio de mármol y pasaron días y días con gran satisfacción, recibiendo e invitando a cuantos viajeros pasaban por aquel camino. No debo olvidar que el cántaro conservó su virtud maravillosa de no estar nunca vacío cuando hacía falta que estuviese lleno. Cada vez que un huésped honrado, de buen talante y de buen corazón, bebía un trago de aquel cántaro, comprendía que era el líquido más agradable y nutritivo que hubiese bebido nunca. Pero, si un pillo de mal carácter, terco o malintencionado, acertaba a beber de él, siempre hacía una mueca de desagrado y decía que la leche estaba cortada.

De este modo vivió el matrimonio, ya tan viejo, en su palacio y envejeció más y

más. Por fin llegó una mañana de verano en que Filemón y Baucis no aparecieron sonrientes, como de costumbre, para llamar a sus huéspedes de la noche anterior al desayuno. Los huéspedes los buscaron por todas partes en el espacioso palacio, pero fue inútil.

Por fin, después de mucha perplejidad, vieron frente al pórtico dos árboles venerables que nadie pudo recordar haber visto en ese sitio el día anterior. Allí estaban, con las raíces fuertemente hundidas en tierra, y anchas copas, y un follaje que daba sombra a toda la fachada del edificio: uno era un tilo, otro un roble. Sus ramas —y era extraño y hermoso verlo— estaban mezcladas y se enlazaban unas con otras; así que cada uno de los árboles parecía vivir en el seno de su compañero mucho más que en el suyo propio.

Mientras los huéspedes se maravillaban viendo cómo aquellos árboles, que hubiesen necesitado casi un siglo para crecer así, se habían hecho tan altos y venerables en una sola noche, se levantó un poco de viento que movió las ramas entrelazadas. Y entonces se oyó en el aire un profundo murmullo, como si los dos misteriosos árboles estuviesen hablando.

—Yo soy el viejo Filemón —musitó el roble.

—Y yo Baucis —murmuró el tilo.

Y como el viento se hizo más fuerte, los dos árboles hablaron a un tiempo: «¡Filemón! ¡Baucis! ¡Baucis! ¡Filemón!», como si ambos fuesen uno solo y hablasen a la vez desde lo más hondo de su corazón. Era fácil comprender que la anciana pareja había renovado su vida e iba a pasar lo menos cien años tranquilos y deleitosos: Filemón transformado en roble y Baucis en tilo. ¡Oh, qué hospitalaria la sombra que daban! Siempre que un caminante se detenía bajo ella, oía el placentero murmullo de las hojas sobre su cabeza y se maravillaba al ver cómo el rumor aquel parecía una cadencia de palabras que dijese:

—¡Bienvenido, bienvenido, viajero!

Y algún alma buena, que sabía lo que habría agradado a Filemón y a Baucis, construyó un banco circular alrededor de su tronco donde, mucho tiempo después, los cansados, los hambrientos y los sedientos solían descansar y beber leche abundante del cántaro milagroso.

¡Ojalá lo tuviéramos nosotros aquí ahora!

# La ladera de la colina

## Después del cuento

—¿Cuánto cabía en el cántaro? —preguntó Arándano.

—Dos cuartillos escasos —respondió el estudiante—; pero podías sacar leche de él hasta llenar una artesa. La verdad es que manaba sin cesar y no se secaba ni en pleno verano, lo cual no le sucede a ese arroyito que ahora corre haciendo tanto ruido por el valle.

—Y ¿dónde está ahora el cántaro? —preguntó el niño.

—Se rompió, siento decirlo, pero es verdad, hace unos veinticinco mil años —respondió el primo Eustace—. Lo arreglaron lo mejor posible; pero, aunque siguió sirviendo para la leche, ya nunca volvió a llenarse solo. Así que ya no tenía más mérito que cualquier otro cántaro viejo y rajado.

—¡Qué lástima! —exclamaron al mismo tiempo todos los chiquillos.

El respetable perro Ben había acompañado a los excursionistas; así como también un perrillo pequeño de Terranova que respondía al nombre de Bruin y que era negro como un oso. Como Ben era el de más edad y el de costumbres más serias, el primo Eustace le rogó respetuosamente que se quedase con los pequeños para guardarlos de todo mal. En cuanto al negro Bruin, que era un cachorrillo, el estudiante juzgó más prudente llevarlo consigo, por temor a que en sus turbulentos juegos con los otros chiquillos los echase a rodar colina abajo; aconsejó, pues, a Mimosa, Arándano, Zanahoria y Flor de Limón que se estuviesen quietos y sentaditos en el sitio donde los dejaba; el estudiante, con Siempreviva y los demás niños algo mayores, empezó a subir y pronto se perdieron todos de vista entre los árboles.

# La Quimera

# Cumbre Pelada

## Introducción a «La Quimera»

Monte arriba, por la ladera cubierta de bosque, iban Eustace Bright y sus compañeros. Los árboles no estaban aún completamente cubiertos de hojas, pero ya tenían bastantes para dar una sombra ligera, mientras que el sol los inundaba de luz verde. Había rocas cubiertas de musgo, medio escondidas entre las pardas hojas secas; había troncos de árbol casi podridos, tumbados a lo largo, en el mismo sitio en que se habían derrumbado; había arbustos secos arrancados de raíz por los vientos de invierno y que estaban desparramados por el suelo. Pero, aunque todas esas cosas parecían viejas, el aspecto del bosque era de vida nueva; por allí donde se mirase se encontraba algo fresco y verde que estaba brotando, preparándose rápidamente para el verano.

Por fin la gente joven alcanzó el límite superior del bosque y los excursionistas llegaron casi a la misma cumbre de la montaña. No era un pico ni una gran cima redondeada, sino una planicie; o mejor dicho, una meseta bastante ancha; en ella había una casa y un cobertizo a cierta distancia. La casa era el hogar de una familia solitaria, y a veces las nubes, de las cuales caía la lluvia o la nieve sobre el valle, estaban por debajo de aquella casa sola y desamparada.

En el punto más alto había un montón de piedras y en medio de ellas estaba clavado un gran mástil con una banderita. Eustace condujo allí a los niños y les dijo que mirasen el panorama y viesen la gran extensión de hermoso mundo que podían abarcar de una ojeada. Y, a medida que miraban, parecía que se les iban agrandando los ojos.

Al sur, Monument Mountain era aún el centro del paisaje, pero parecía haberse hundido y ahora no era sino un miembro indiferenciado de una gran familia montañosa. Detrás de ella, la cordillera de los Taconic, que desde la casa parecía lejana y no muy alta, había crecido y se había elevado. El hermoso lago se veía con todas sus pequeñas ensenadas y no estaba solo: había más allá otros tres que abrían al sol sus ojos azules. Varias aldeas blancas, cada una con su campanario, se diseminaban en la lejanía. Había tantas granjas, con sus parcelas de bosque, pastos y tierras de labranza, que los niños apenas podían hacer sitio en su cerebro para recibir tantos objetos distintos. Allí estaba también Tanglewood, que hasta entonces les había parecido lo más importante del mundo.

Ahora ocupaba tan poco terreno que buscándolo no lo encontraban, y su vista iba mucho más allá de donde en realidad estaba.

Blancas y algodonosas nubes se suspendían en el aire y proyectaban oscuras y movedizas sombras aquí y allá sobre el paisaje. Pero a cada instante la luz del sol brillaba precisamente donde acababa de estar la sombra y la sombra se marchaba a otra parte.

Al oeste había otra serie de montañas azules.

—En aquella colina —dijo Eustace a los niños— había un lugar donde unos cuantos holandeses viejos jugaban eternamente a los bolos y donde un individuo muy vago, llamado Rip Van Winkle, se había quedado dormido y había pasado durmiendo veinte años de un tirón.

Los niños pidieron con afán a Eustace que les contase todo lo que supiera de caso tan maravilloso.

Pero el estudiante replicó que ese cuento ya estaba contado hacía mucho tiempo, y mucho mejor de lo que pudiera contarle él, y que nadie en el mundo tenía derecho a cambiar una sola palabra de él hasta que fuera tan antiguo como «La cabeza de la gorgona», «Las tres manzanas de oro» y las otras leyendas milagrosas.

—Pero, al menos, mientras estamos descansando aquí —dijo Pimpinela mirando a su alrededor—, bien puedes contarnos una de las historias que tú inventas.

—Sí, primo Eustace —exclamó Siempreviva—: te aconsejo que nos cuentes aquí un cuento. Elige un asunto muy elevado, y a ver si tu imaginación se pone a la altura necesaria. A lo mejor el aire de la montaña te pone poético aunque solo sea por una vez. Y no importa que la historia sea extraña y maravillosa. Ahora que nos encontramos entre nubes, estamos dispuestos a creerlo todo.

—¿Serás capaz de creer —preguntó Eustace— que hubo una vez un caballo con alas?

—Sí —dijo la maliciosa Siempreviva—; pero temo que tú no conseguirás atraparlo nunca.

—Bueno, Siempreviva —dijo el estudiante—, eso no me parece muy difícil. Creo que puedo atrapar a Pegaso y cabalgar sobre su lomo por lo menos tan bien como una docena de individuos que conozco. Ahora os contaré un cuento que se refiere a él, y el lugar más a propósito del mundo para contarle es, sin duda, la cumbre de un monte.

Y así, sentándose en el montón de piedras, mientras los niños se acomodaban en torno a él, Eustace fijó la vista en una blanca nube que iba flotando y empezó como sigue.

# La Quimera

Una vez, en los tiempos antiguos, muy antiguos (porque todas las cosas extrañas que os estoy contando sucedieron mucho antes de lo que nadie pueda recordar), había en la maravillosa tierra de Grecia una fuente que surgía en la falda de una montaña. Y supongo que debe de estar manando aún, al cabo de tantos miles de años, en el mismísimo sitio. Sea como sea, el caso es que allí estaba la apacible fuente derramando frescura por la montaña y chispeando a la dorada luz de la puesta del sol, cuando se acercó a ella un hermoso joven llamado Belerofonte. Llevaba en la mano una brida con incrustaciones de piedras preciosas y con bocado de oro. Viendo junto a la fuente a un anciano, un hombre de mediana edad y un niño, y también a una jovencita que estaba llenando un cántaro, se detuvo y preguntó si podía refrescarse y tomar un trago.

—Es un agua riquísima —le dijo a la joven mientras enjuagaba y llenaba su cántaro, después de haber bebido en él—. ¿Tendrías la amabilidad de decirme si tiene algún nombre esta fuente?

—Sí, la llaman la fuente de Pirene —respondió la doncella; y añadió luego—: mi abuela me ha contado que esta clara fuente era antes una mujer hermosísima; pero, cuando su hijo murió bajo las flechas de Diana cazadora, se deshizo toda en lágrimas. Y así el agua que has encontrado tan fresca y tan rica, es el dolor del corazón de aquella pobre madre.

—¡Nunca habría ni soñado —dijo el joven forastero— que tan clara fuente, con su alegre fluir y brotar de la sombra a la luz, tuviera lágrimas en su seno! ¿Y esta es Pirene? Gracias, linda doncella, por haberme dicho su nombre. Precisamente vengo de muy lejanas tierras buscando este sitio.

Un campesino de mediana edad (que llevaba una vaca a beber de la fuente) miró fijamente al joven Belerofonte y la magnífica brida que llevaba en la mano.

—Sí que las fuentes andan escasas en tu país —observó—, si vienes de tan lejos en busca de la fuente de Pirene; pero dime, ¿has perdido tu caballo? Veo que llevas la brida en la mano, y bien bonita es con esa doble hilera de piedras relucientes. Si el caballo es tan hermoso como la brida, es para compadecerte por haberte quedado sin él.

—No he perdido ningún caballo —dijo Belerofonte sonriendo—, pero voy buscando uno muy famoso, que según me han informado los sabios, solo por aquí puede encontrarse. ¿Sabéis si Pegaso, el caballo con alas, sigue viniendo a la fuente de Pirene, como hacía en tiempos de vuestros antepasados?

El campesino se echó a reír.

Alguno de vosotros, amigos míos, habrá oído decir probablemente que este Pegaso era un caballo blanco como la nieve y con hermosas alas plateadas, que

pasaba la mayor parte del tiempo en la cúspide del monte Helicón. Jamás águila alguna atravesó las nubes tan veloz, tan impetuosa en su vuelo como él por los aires. No había nada igual en el mundo. No tenía compañero; jamás había sido montado ni guiado por un amo y en muchos y dilatados años vivió solo y feliz.

¡Oh, qué hermoso es ser caballo con alas! Al dormir de noche, como él hacía, en la cima de una alta montaña, y pasar la mayor parte del día en el aire, Pegaso apenas parecía criatura de la Tierra. Cuando se veía a gran altura, sobre la cabeza de los hombres, el reflejo de sus alas plateadas se diría que pertenecía al cielo y que, habiendo descendido demasiado bajo, se había extraviado entre nieblas y vapores y buscaba el camino para volver. Era muy bonito ver cómo se hundía en el seno lanoso de una brillante nube, perdiéndose en ella por un momento y atravesándola para salir al otro lado. En medio de un sombrío aguacero, cuando todo el cielo estaba pavimentado de nubes grises, sucedía a veces que el caballo alado bajaba a plomo a través de ellas y la luz alegre de las regiones superiores brillaba tras él. Cierto es que un instante después, tanto Pegaso como la gozosa luz habían desaparecido; pero el que había tenido la fortuna de ver aquel maravilloso espectáculo estaba animado todo el día, y más aún si la tormenta se prolongaba.

En verano, en lo más hermoso de la estación, Pegaso solía bajar a la tierra y, cerrando sus alas de plata, se entretenía en galopar por valles y colinas con la rapidez del viento. Más a menudo que en ningún otro sitio se le solía ver junto a la fuente de Pirene, bebiendo su agua deliciosa o revolcándose por la blanda hierba de la orilla. También algunas veces (pues Pegaso era muy delicado para la comida) pacía unos cuantos brotes de trébol de los más tiernos.

Así pues, los tatarabuelos de la gente que entonces vivía habían tenido costumbre de ir a la fuente de Pirene (mientras eran jóvenes y seguían creyendo en caballos con alas) con la esperanza de ver un instante al hermoso Pegaso; pero en los últimos años muy rara vez se le había visto. Tanto era así que muchos aldeanos cuya casa estaba a menos de media hora de paseo de la fuente no habían visto nunca a Pegaso ni creían en la existencia de semejante criatura. Y el campesino a quien se dirigió Belerofonte era precisamente una de esas personas incrédulas.

Y esta fue la razón de que se riese.

—¿Pegaso? ¡Sí, sí! —exclamó dilatando las narices todo lo que pueden dilatarse unas narices chatas—: ¡Sí, sí, Pegaso! ¡Un caballo con alas, eh! Pero, amigo, ¿estás en tus cabales? ¿Para qué le servirán las alas a un caballo? ¿Crees que tirarías bien de un carro? Lo que sí es cierto es que alguna economía podría hacerse en el gasto de herraduras; pero ¿cómo había de gustarle a un hombre ver salir volando a su caballo por la ventana de la cuadra, o encontrarse con que le llevaba disparado por encima de las nubes, cuando solo quisiera ir al molino? No, no, yo no creo en Pegaso. Estos caballos-pájaro nunca han existido.

—Yo tengo mis razones para pensar de otro modo —dijo Belerofonte con toda calma.

Entonces se volvió hacia un viejo canoso que, apoyándose en una cayada, escuchaba atentamente con el cuello estirado y la mano en la oreja, porque hacía ya veinte años que se había quedado un poco sordo.

—¿Qué dices tú, venerable anciano? —le preguntó—. Supongo que cuando eras más joven verías con frecuencia al caballo alado.

—¡Ah, joven forastero! Tengo muy mala memoria —dijo el viejo—. Si no recuerdo mal, cuando era muchacho creía que existía ese caballo, y lo mismo que yo lo creía todo el mundo; pero ahora casi no sé qué creer y muy pocas veces pienso en el caballo con alas. Si alguna vez he visto a ese animal, hará mucho, muchísimo tiempo. Y de hecho, no estoy seguro de haber llegado a verlo. Cierto que, cuando era muy joven, recuerdo haber visto un día muchas pisadas de caballo alrededor de la fuente. A lo mejor eran de Pegaso, pero también podían ser de cualquier otro caballo.

—¿Y tú, hermosa joven, no lo has visto nunca? —preguntó Belerofonte a la muchacha, que allí estaba con el cántaro en la cabeza mientras tenían esta conversación—. Seguro que si alguien puede ver a Pegaso eres tú, porque tienes unos ojos muy vivos.

—Creo que lo he visto una vez —replicó la doncella sonriendo y sonrojándose—.

O era Pegaso o un pájaro blanco grandísimo que iba muy alto por el aire. Y otra vez, cuando venía a la fuente con mi cántaro, oí un relincho, pero ¡qué relincho más fuerte y melodioso! Con la delicia de aquel son me dio un salto el corazón; pero me asusté, sin embargo, y eché a correr a la casa sin llenar el cántaro.

—¡Fue una lástima, en fin! —dijo Belerofonte y se volvió hacia el niño que mencioné al principio del cuento y que estaba mirándole fijo, fijo, como suelen los niños mirar a los forasteros, con su rosada boquita abierta de par en par.

—¡Eh, amiguito! —exclamó Belerofonte tirándole cariñosamente de uno de los rizos—. Supongo que tú habrás visto a menudo el caballo con alas.

—Sí que lo he visto —respondió el niño vivamente—. Lo vi ayer, y muchas veces antes.

—¡Eres un hombrecito! —dijo Belerofonte acercándose a él—. Ven y cuéntame todo lo que sepas.

—Pues —replicó el niño— yo vengo aquí a menudo para echar barquitos en la fuente y coger piedrecitas del fondo y, a veces, cuando miro en el agua, veo la imagen del caballo con alas en el pedazo del cielo que allí se refleja. Yo quisiera que bajara, me dejara montar en él y me llevara volando hasta la luna; pero no baja. Como si le molestase que lo miraran, vuela muy lejos, perdiéndose de vista.

Y Belerofonte tuvo más fe en el niño que había visto la imagen de Pegaso en el agua y en la joven que lo había oído relinchar tan melodiosamente que en el aldeano de mediana edad que solo creía en los caballos de carro, o que en el viejo, que había olvidado ya las cosas hermosas de su juventud.

Por eso fue muchos días a la fuente de Pirene y, observando continuamente, mirando unas veces hacia arriba, a los cielos, y otras a la superficie del agua, no perdía la esperanza de ver la imagen reflejada del caballo con alas, o la maravillosa realidad. Llevaba siempre dispuestas en la mano las riendas doradas, con sus piedras brillantes y su bocado de oro. Los campesinos que vivían allí cerca y llevaban su ganado a beber en la fuente se reían a menudo del pobre Belerofonte y en ocasiones se burlaban de él con dureza. Le decían que un hombre robusto como él debía hacer algo más útil que perder el tiempo en tan ocioso asunto. Le ofrecían venderle un caballo, si lo necesitaba, y como Belerofonte se negó a la compra, quisieron comprarle a él la hermosa brida.

Hasta los niños la tomaron con él y jugaban allí cerca sin que Belerofonte les hiciera caso alguno, aunque naturalmente los oía y los veía. Uno de esos chiquillos hacía de Pegaso, por ejemplo, y daba los saltos más extravagantes, haciendo como que volaba; mientras tanto, uno de sus compañeros iba tras él, llevando en la mano un par de juncos que representaban la lujosísima brida de Belerofonte. Pero el niño bondadoso que había visto la imagen de Pegaso en el agua alentaba al joven forastero más que todos los chiquillos malvados que intentaban atormentarlo. Aquel buen

amiguito iba en sus horas libres a sentarse a su lado y, sin decir palabra, miraba abajo en la fuente, o arriba en el cielo, con fe tan inocente que Belerofonte no podía por menos que sentirse animado.

Ahora querréis, probablemente, que os diga por qué se había puesto Belerofonte a esperar al caballo alado. Será muy oportuno hablar de ello mientras esperamos que aparezca Pegaso.

Si fuera a contaros todas las aventuras anteriores de Belerofonte, me saldría un cuento sumamente largo. Baste decir que un terrible monstruo, llamado Quimera, había aparecido en cierto país de Asia y estaba haciendo más daño del que puede explicarse en un día. Esta Quimera era una de las más horribles y ponzoñosas criaturas, la más rara e inexplicable y la más difícil de combatir y de escapar de ella, salida de las entrañas de la Tierra. Tenía la cola como una serpiente boa; su cuerpo era desmesurado y tenía tres cabezas distintas, una de ellas era de león, la segunda de cabra y la tercera de serpiente, horrorosamente grande. Y ¡qué chorro de fuego salía flameando de cada una de sus tres bocas! Como era un monstruo terrestre, supongo que no tendría alas; pero, las tuviera o no, el caso es que corría como una cabra y un león y se arrastraba lo mismo que una serpiente, y entre una cosa y otra alcanzaba tanta velocidad como los tres juntos.

¡Oh! ¡Cuánto, cuánto daño hacía esa malévola criatura! Con su aliento de llamas podía incendiar un bosque o quemar un trigal o un pueblo entero, con todas sus casas y cercados. Devastaba grandes extensiones de terreno y se comía a las personas y los animales vivos, cociéndolos después en el ardiente horno de su estómago. ¡Quiera Dios, hijitos, que ni vosotros ni yo tropecemos jamás con semejante monstruo!

Mientras la odiosa bestia (si bestia puede llamársela) estaba haciendo todas estas cosas terribles, llegó Belerofonte a aquella parte del mundo para visitar al rey. Este se llamaba Iobates, y el país que regía era Licia. Belerofonte era uno de los jóvenes más valientes del mundo y nada le gustaba tanto como acometer alguna empresa valerosa y benéfica para que toda la Humanidad lo admirase y lo amase. En aquellos tiempos un joven que quisiera distinguirse no tenía más remedio que librar grandes combates, fuera con los enemigos de su patria, con malvados gigantes y molestos dragones o con bestias feroces, cuando no podía encontrar cosa más peligrosa con que enfrentarse. El rey Iobates, conociendo el valor de su joven visitante, le propuso que fuese a luchar con la Quimera, que aterraba a todo el mundo; y, si alguien no la mataba pronto, llevaba trazas de convertir toda Licia en un desierto. Belerofonte no vaciló un instante y aseguró al rey que mataría a la temida Quimera o moriría en el empeño.

Reflexionó, sin embargo, que, siendo el monstruo tan prodigiosamente veloz, no podría nunca vencerlo si luchaba con él a pie. Lo prudente sería, por tanto, hacerse con el mejor y más rápido caballo que pudiera encontrarse. Y no había otro en el

mundo que fuera ni la mitad de rápido que Pegaso, el caballo maravilloso que tenía alas y patas y se movía en el aire con más facilidad que en tierra. Cierto que muchísima gente negaba la existencia de semejante caballo con alas y decía que solo era cosa de cuentos y puro disparate. Mas, por maravilloso que pareciese, Belerofonte creía que Pegaso era un caballo auténtico y esperaba tener la fortuna de encontrarlo. Una vez montado sobre sus lomos, estaría en condiciones de luchar ventajosamente con la Quimera.

Y este era el motivo de haber viajado de Licia a Grecia llevando en la mano la brida hermosamente adornada. Era una brida encantada. Si lograba poner el bocado de oro en la boca de Pegaso, el caballo alado se mostraría sumiso, reconocería por amo a Belerofonte y volaría a donde este lo guiara.

Pero, mientras tanto, el tiempo que estuvo esperando que Pegaso fuera a beber a la fuente de Pirene fatigó extraordinariamente a Belerofonte y lo llenó de inquietud. Temía que el rey Iobates imaginara que había huido de la Quimera. Le causaba dolor también pensar cuánto daño estaría haciendo el monstruo mientras él, en lugar de combatirlo, se veía obligado a sentarse ocioso, mirando cómo brotaban las claras aguas de la fuente. Y, como Pegaso había ido por allí con tan poca frecuencia aquellos últimos años y apenas bajaba una vez durante la vida de un hombre, Belerofonte temía hacerse viejo y perder la fuerza de su brazo y el valor de su corazón antes de que apareciese el caballo con alas. ¡Oh! ¡Qué lentamente pasa el tiempo cuando un joven arrojado ansía tomar parte en la vida y cosechar fama! ¡Qué difícil es esperar! Nuestra vida es corta, y ¡qué parte más grande de ella se pierde en aprender esta verdad!

Fue una suerte para Belerofonte que el niño le hubiese tomado tanto cariño y no se cansase de su compañía. Todas las mañanas le infundía una nueva esperanza que reemplazaba la que había perdido el día anterior.

—Querido Belerofonte —exclamaba, mirándole animosamente—, creo que hoy vamos a ver a Pegaso.

Y, si no hubiera sido por la inagotable fe del muchachito, Belerofonte habría acabado perdiendo toda esperanza y habría vuelto a Licia e intentado matar a la Quimera sin ayuda del caballo con alas. Entonces, el pobre Belerofonte habría sido, como mínimo, terriblemente chamuscado por el aliento del monstruo y, probablemente, habría muerto devorado. Nadie podía ni intentar combatir con una Quimera terrestre sin ir montado en algún animal aéreo.

Una mañana habló el niño a Belerofonte con más fe todavía que de costumbre.

—Mi querido Belerofonte —exclamó—, no sé por qué, pero me parece que hoy, seguramente, vamos a ver a Pegaso.

En todo aquel día no quiso apartarse ni un momento de su lado. Juntos comieron un pedazo de pan y bebieron agua de la fuente. Por la tarde se sentaron uno junto al

otro y el niño colocó una de sus menudas manos entre las de Belerofonte. Este se hallaba sumido en sus pensamientos y miraba distraído los troncos de los árboles que daban sombra a la fuente y las vides que trepaban por sus ramas. Pero el niño no dejaba de observar el agua; por su cariño a Belerofonte, le afligía pensar que la esperanza de aquel día fallase, como la de tantos otros, y de sus ojos corrieron algunas lágrimas silenciosas, yendo a mezclarse con las muchas que, según decían, había vertido Pirene por su hijo muerto.

Cuando menos lo pensaba, sintió Belerofonte la presión de la manecita del niño y oyó un susurro casi imperceptible:

—¡Mira ahí, querido Belerofonte! Hay una imagen en el agua.

El joven miró en el movedizo espejo de la fuente y vio algo como la imagen de un pájaro que parecía volar a grandísima altura, reflejándose el sol en sus níveas o argentadas alas.

—¡Qué pájaro más espléndido debe de ser —dijo—, y qué grande parece, a pesar de estar volando más alto que las nubes!

—Me hace temblar —murmuró el niño—. Me da miedo mirar hacia arriba, en el aire. Es muy hermoso, pero yo solo me atrevo a mirar su imagen en el agua. Querido Belerofonte, ¿no ves que no es un pájaro? Es el caballo con alas, es Pegaso.

El corazón empezó a saltarle del pecho. Miró con atención a lo alto; pero no pudo ver a la alada criatura, fuese pájaro o caballo, porque precisamente entonces se había hundido en un nubarrón; sin embargo, un momento después reapareció atravesando la nube por la parte inferior, aunque todavía a gran distancia de tierra. Belerofonte cogió al niño en brazos y se apartó con él, hasta que ambos quedaron ocultos entre el espeso bosquecillo de arbustos que crecía alrededor de la fuente. No porque tuviese miedo de ningún daño, sino porque, si Pegaso llegaba a verlos, podía irse volando y posarse en alguna montaña inaccesible. Porque era, realmente, el caballo alado. Después de esperarlo tanto tiempo, llegaba, al fin, a apagar su sed con el agua de Pirene.

Se acercaba la aérea maravilla describiendo grandes círculos, como habréis visto hacer a las palomas cuando van a bajar a tierra. Hacia abajo iba también Pegaso, y los amplios y majestuosos círculos eran cada vez más y más estrechos a medida que se aproximaba a tierra. Cuanto más cerca se le veía, más hermoso parecía y más maravillaba el batir de sus alas plateadas. Finalmente, con tan ligera presión que apenas aplastó la hierba que crecía alrededor de la fuente, pues ni dejó huella de sus cascos en la arena de la orilla, se posó en tierra y, bajando la indómita cabeza, comenzó a beber. Sorbía el agua con grandes suspiros de satisfacción y tranquilas pausas de contento; luego daba otro sorbo, y otro y otro; ni en toda la tierra ni en las nubes había agua que agradara a Pegaso tanto como aquella de Pirene. Cuando hubo saciado la sed, tronchó con los dientes unos cuantos brotes de trébol y los saboreó delicadamente, pero sin comer muchos porque las hierbas nacidas entre las nubes, en

las altas laderas del monte Helicón, convenían a su paladar mejor que aquel pasto ordinario.

Después de haber bebido así hasta satisfacerse y de haberse dignado comer un poquito por cumplir, el caballo alado se puso a brincar de un lado a otro y a danzar, como entregado por completo a la holganza y al juego. Nunca hubo criatura más juguetona que aquel Pegaso. Sacudía sus grandes alas como un pajarillo, daba carreritas medio por tierra, medio por aire, que no sé si llamar vuelos o galopes. Cuando una criatura es capaz de volar perfectamente, prefiere en ocasiones correr por puro entretenimiento, y eso hizo Pegaso, aunque le costaba algo más tener los cascos tan cerca del suelo. Mientras, Belerofonte, sin soltar de la mano al niño, se asomó fuera del bosque y pensó que no había visto cosa más hermosa ni ojos de caballo tan vivos e inteligentes como los de Pegaso. Parecía un pecado pensar en ponerle una brida y cabalgarlo.

Una o dos veces se paró Pegaso, aspirando fuertemente el aire, levantando las orejas, estirando el cuello y volviéndose a todos lados, como recelando algún mal. Como no vio ni oyó nada, pronto volvió a sus juegos.

Por fin, y no porque estuviera cansado, sino de puro satisfecho y desocupado, plegó las alas y se tumbó sobre la verde pradera; pero, como rebosaba de vida aérea y no podía estarse quieto mucho tiempo, comenzó pronto a revolcarse sobre el lomo, alzando al aire sus finas patas. Era hermoso ver a aquella criatura única y solitaria, cuyo compañero no había sido creado, pues no lo necesitaba, y que, viviendo muchos siglos, era siempre feliz. Cuantas más cosas hacía de las que los caballos mortales suelen hacer, menos terrenal y más maravilloso parecía. Belerofonte y el niño casi no respiraban, en parte por su emoción deliciosa, pero principalmente porque temían que el más ligero ruido o murmullo lo hiciera lanzarse, con la velocidad de la flecha, al más lejano azul del cielo.

Por fin, cuando ya se había revolcado bastante, Pegaso se dio la vuelta e indolentemente, como otro caballo cualquiera, afirmó los cascos delanteros como para levantarse del suelo. Belerofonte adivinó que iba a hacerlo así y, saliendo súbitamente del bosque, se montó de un salto sobre sus lomos.

¡Sí, se montó sobre los lomos del caballo con alas!

Pero ¡qué salto dio Pegaso cuando, por primera vez en su vida, sintió sobre sí el peso de un mortal! ¡Aquello era un salto! Antes de tener tiempo para respirar, Belerofonte se encontró levantado a una altura de sesenta metros, y aún más mientras el caballo con alas resoplaba y se estremecía de terror y de cólera. Hacia arriba fue, arriba, arriba, arriba, hasta hundirse en el húmedo seno de una nube, que Belerofonte había contemplado un poquito antes, imaginándosela como un lugar muy agradable. Después, fuera ya de la nube, Pegaso se dejó caer como un rayo, como si quisiera estrellarse con su jinete contra una roca. Luego hizo un millar de las cabriolas más

salvajes que jamás hayan podido hacer pájaro ni caballo alguno.

No podría contaros ni la mitad de lo que hizo. Se deslizó rápidamente hacia delante, a los lados y hacia atrás. Se paró con las patas delanteras en un jirón de neblina y las de atrás en nada absolutamente. Coceó furiosamente y bajó la cabeza, metiéndola entre las manos, con las alas apuntando derechas al cielo. A un par de leguas de altura sobre la tierra dio un salto mortal, de manera que los pies de Belerofonte quedaron donde debía estar la cabeza y parecía que miraba al cielo hacia abajo, en vez de mirarlo hacia arriba. Pegaso volvió la cabeza violentamente y, mirando a Belerofonte a la cara, como si echara fuego por los ojos, hizo un terrible esfuerzo por morderle. Sacudió las alas con tal violencia que una de las plumas de plata se desprendió y cayó a tierra, donde la cogió el niño, que la guardó toda su vida como recuerdo de Pegaso y Belerofonte.

Este último (que según podéis apreciar, era tan buen jinete como el mejor domador de potros) estuvo acechando la oportunidad favorable, y al fin encajó el bocado de oro de la brida encantada entre las quijadas del caballo alado. Apenas lo hubo hecho, Pegaso se volvió tan manejable como si toda su vida hubiera comido de la mano de Belerofonte. A mí, casi me da pena ver tan súbitamente domada a una criatura tan salvaje. Pena debía sentir Pegaso también. Miró a Belerofonte con lágrimas en los hermosos ojos, en vez del fuego que poco antes despedían; sin embargo, cuando Belerofonte le acarició la cabeza y le dijo unas cuantas palabras con tono de autoridad, pero con cariño, vio en los ojos de Pegaso una mirada distinta, como si le placiera haber encontrado, al cabo de tantos siglos, un amo y compañero.

Esto ocurre siempre con los caballos alados y con las criaturas indómitas y solitarias como ellos. Si podéis atraparlas y dominarlas, es el mejor camino para lograr su cariño.

Mientras Pegaso hizo todo lo posible por sacudirse de encima a Belerofonte, había recorrido una distancia muy grande, y ahora, ya con la brida puesta, estaban llegando ante una montaña altísima. Belerofonte ya había visto antes esa montaña y supo que era el Helicón, en cuya cima vivía el caballo alado. Allí voló Pegaso (después de mirar dócilmente a su jinete, como preguntándole si lo permitía) y, al posarse, esperó pacientemente a que Belerofonte quisiera apearse. El joven saltó de los lomos de su caballo, sin dejar de sujetarlo por la brida; pero al mirarle a los ojos le conmovieron tanto su docilidad, su hermosura y la idea de la libre vida que había llevado, hasta entonces, que no se sintió capaz de convertirlo en prisionero, si realmente deseaba la libertad.

Dejándose llevar de tan generoso impulso, dejó caer la brida encantada de la cabeza de Pegaso y le quitó el bocado.

—¡Déjame, Pegaso! —le dijo—. ¡Déjame o quiéreme!

En un instante, el caballo alado salió disparado hasta perderse casi de vista,

remontándose sobre la cima del monte Helicón. El sol se había puesto hacía ya tiempo, la cima de la montaña estaba aún en el crepúsculo y en la comarca que rodeaba era noche oscura; pero Pegaso voló tan alto que alcanzó el día que se iba y se bañó en la luz que irradiaba el sol por las alturas. Subiendo cada vez más alto, parecía una mancha brillante y al fin se perdió en la inmensidad del cielo. Temió Belerofonte no volver a verlo; pero, cuando estaba deplorando su locura, reapareció la mancha brillante y se fue acercando cada vez más hasta descender bajo la luz del sol, y ¡allí estaba Pegaso de nuevo! Después de tal prueba ya no había peligro de que el caballo con alas se escapase. Los dos fueron amigos y se quisieron fielmente.

Aquella noche se echaron y durmieron juntos; Belerofonte pasó su brazo sobre el cuello de Pegaso; no por preocupación, sino por cariño. Ambos se despertaron al despuntar la mañana y se dieron los buenos días, cada cual en su lengua.

De este modo pasaron varios días Belerofonte y el maravilloso caballo, conociéndose y aficionándose el uno al otro. Hacían largos viajes aéreos y alguna vez subían tan altos, que la Tierra apenas parecía mayor que la luna. Visitaron países remotos y asombraron a sus habitantes, quienes pensaron que aquel hermoso joven, montado en un caballo con alas, tenía que haber bajado del cielo. Recorrer mil kilómetros al día era cosa muy fácil para el veloz Pegaso. Aquel género de vida encantaba a Belerofonte y muy a gusto habría vivido siempre así, en la clara atmósfera de las alturas, en donde siempre hacía buen tiempo por muy desapacible y lluvioso que fuera abajo; pero no podía olvidar la horrible Quimera y la promesa hecha al rey Iobates de matarla. Por eso, cuando hubo aprendido bien la equitación aérea y sabía manejar a Pegaso con un ligero movimiento de la mano, le enseñó a obedecer su voz y se dispuso a emprender la peligrosa aventura.

Así pues, al romper el día y en cuanto abrió los ojos, dio un tironcito de orejas al caballo alado para despertarlo. Inmediatamente se alzó Pegaso del suelo subiendo hasta media legua de altura y dio, velocísimo, una gran vuelta a la cima de la montaña, como para mostrar que estaba bien despabilado y listo para cualquier excursión. Mientras duró ese vuelo daba fuertes, alegres y melodiosos relinchos, y al fin descendió junto a Belerofonte tan levemente como habréis visto que se posan los pájaros sobre los arbustos.

—¡Muy bien, querido Pegaso! ¡Bravo! —exclamó Belerofonte, dando unas palmaditas en el cuello del caballo—. Y ahora, mi raudo y hermoso amigo, tenemos que desayunar. Hoy vamos a luchar con la terrible Quimera.

En cuanto acabaron su comida matinal y bebieron agua fresca de la fuente llamada de Hipocrene, Pegaso ofreció espontáneamente la cabeza para que su amo pudiera ponerle la brida. Luego dio muchos brincos y cabriolas aéreas, mostrando su impaciencia por emprender la marcha, mientras Belerofonte se ceñía la espada, disponía el escudo y se preparaba para la batalla. Cuando estuvo todo listo, montó el

jinete y (según solía hacer cuando iba lejos) subió cuatro leguas verticalmente, para orientarse mejor. Después volvió la cabeza de Pegaso hacia el este, dirigiéndose a Licia. En su vuelo alcanzaron a un águila y pasaron tan cerca de ella que antes de que pudiera apartarse de su camino le habría sido fácil a Belerofonte cogerla por una pata. Avanzando a este paso, antes del mediodía divisaron las altas montañas de Licia, con sus profundos y agrestes valles. Si era verdad lo que le habían contado a Belerofonte, en uno de esos valles horribles tenía su guarida la espantosa Quimera.

Estando ya tan cerca del término de su viaje, descendieron poco a poco y aprovecharon para ocultarse unas nubes que flotaban sobre aquellas ingentes cimas. Dando la vuelta por la parte superior de una nube y asomándose al borde, Belerofonte pudo ver claramente la parte montañosa de Licia, y mirar a la vez todos sus umbríos valles. Nada extraordinario encontró a primera vista. Era aquella una zona desierta, pedregosa, con altas y escarpadas montañas; en la parte baja y más llana del país había ruinas de casas quemadas y esqueletos de animales esparcidos por los prados que les sirvieron de alimento.

«Ha de ser obra de la Quimera todo esto —pensó Belerofonte—; pero ¿dónde está el monstruo?».

Como ya he dicho antes, nada extraordinario se observaba, a simple vista, en ninguno de los valles y barrancos que se habrían entre las imponentes montañas. Nada absolutamente, salvo tres espirales de humo negro que salían de una especie de caverna y subían lentamente por la atmósfera, confundándose en una sola columna antes de llegar a la cumbre de la montaña. La caverna estaba justamente debajo del caballo alado y su jinete, a unos trescientos metros. El humo tenía un color hediondo, sulfuroso y asfixiante, que hizo resoplar a Pegaso y estornudar a Belerofonte. Tanto desagradaba al maravilloso caballo (acostumbrado a respirar únicamente el aire más puro) que agitó las alas y se lanzó como dos leguas lejos de aquellos molestos vapores.

Pero al mirar hacia atrás Belerofonte vio algo que le indujo a tirar de las riendas primero y a dar la vuelta después. Hizo una seña, que el caballo alado entendió, y este bajó por el aire lentamente hasta que sus cascos estuvieron a poco más de la altura de un hombre sobre el suelo rocoso del valle. Enfrente, y a tiro de piedra, estaba la boca de la caverna con las tres espirales de humo que de ella brotaban.

Dentro de la caverna parecía haber un montón de extrañas y terribles criaturas enroscadas unas con otras. Sus cuerpos estaban tan juntos que Belerofonte no acertó a distinguirlos; pero, a juzgar por sus cabezas, uno de los animales era una serpiente enorme, el segundo un fiero león y el tercero una cabra repulsiva. El león y la cabra estaban dormidos; la serpiente estaba despierta y lo miraba fijamente con sus grandes y feroces ojos. Lo más asombroso del caso es que las tres columnas de humo salían evidentemente de las narices de aquellas tres cabezas. Tan extraño era el espectáculo

que, aunque llevaba tanto tiempo esperando verlo, no se le ocurrió pensar que aquella era la terrible Quimera de las tres cabezas. Había encontrado la caverna de la Quimera. La serpiente, el león y la cabra no eran tres criaturas distintas, como había supuesto, sino un monstruo solo.

¡Qué cosa más horrible y más odiosa! Aun dormitando, como dormitaban sus dos terceras partes, tenía entre sus abominables mandíbulas los restos de un infortunado cordero, o tal vez (pero me resisto a pensarlo) de algún pobre niño que las tres bocazas habían estado mordisqueando antes de quedarse dormidas dos de ellas.

De pronto, como si saliese de un sueño, Belerofonte cayó en la cuenta de que aquella era la Quimera. Pegaso pareció también comprenderlo y dio un relincho, que sonó como un clarín de guerra. Al oírlo se alzaron las tres cabezas y vomitaron grandes llamaradas. Antes de que Belerofonte pudiera pensar lo que debía hacer, se lanzó el monstruo fuera de la caverna y fue contra él, con las inmensas fauces abiertas y arrastrando su cola de serpiente horriblemente. Si Pegaso no hubiera sido tan ágil como un pájaro, tanto él como su jinete se habrían visto arrollados por la acometida de la Quimera y habría acabado el combate antes de comenzar en realidad. Pero el caballo alado no se dejaba atrapar tan fácilmente. En un abrir y cerrar de ojos se elevó casi hasta las nubes, relinchando con furia. También temblaba, pero no de miedo, sino del asco que le daba aquel ser aborrecible y ponzoñoso con sus tres cabezas.

La Quimera, por su parte, se irguió hasta sostenerse únicamente sobre el extremo de la cola: pateaba con furia en el aire y escupía fuego a Pegaso y al jinete con sus tres bocas. ¡Cómo rugía, silbaba y bramaba! Belerofonte, entretanto, se ponía el escudo al brazo y sacaba la espada.

—Ahora, mi querido Pegaso —murmuró al oído del caballo alado—, tienes que ayudarme a matar a este monstruo; si no, habrás de volver a tu solitaria cumbre sin tu amigo Belerofonte; porque, o muere la Quimera, o sus tres bocas se comerán esta cabeza mía, que tantas veces ha dormitado sobre tu cuello.

Pegaso relinchó y, volviendo la cabeza, frotó cariñosamente el hocico contra la cara de su jinete. Así decía, a su manera, que aún tenía alas y era caballo inmortal; antes perecer, si lo inmortal pudiera perecer, que abandonar a Belerofonte.

—Gracias, Pegaso —respondió Belerofonte—. Y ahora, vamos a pelear con el monstruo.

Diciendo estas palabras, sacudió las riendas; Pegaso descendió oblicuamente, rápido como una flecha, hacia la triple cabeza de la Quimera, que se erguía en el aire cuanto podía. Cuando lo tuvo al alcance de su brazo, dio Belerofonte un gran tajo al monstruo; pero su caballo siguió adelante sin dejarle ver si había aprovechado el golpe. Pegaso continuó a su carrera; pero pronto viró en redondo, aproximándose a la Quimera a la misma distancia que antes. Belerofonte vio entonces que había cortado al monstruo, casi del todo, la cabeza de cabra, que colgaba de la piel y parecía enteramente muerta.

Pero, en compensación, la cabeza de león y de la serpiente habían adquirido toda la fiera de la otra y escupían llamas, silbaban y rugían con mucha más furia que antes.

—No te preocupes, mi bravo Pegaso —exclamó Belerofonte—; con otro golpe como ese haremos que deje de rugir y silbar.

De nuevo sacudió las riendas. El caballo alado se lanzó oblicuamente y veloz, como antes, hacia la Quimera; Belerofonte, al pasar, asestó un golpe recto a una de las dos cabezas que le quedaban. Pero esta vez ni él ni Pegaso escaparon tan bien como la primera. Con una de sus garras hizo el monstruo al joven un profundo arañazo en un hombro y con la otra estropeó un poco el ala izquierda del caballo volador. Belerofonte, por su parte, había herido mortalmente la cabeza de león, que

caía colgando, con el fuego casi extinguido y lanzando bocanadas de humo negro y espeso. Sin embargo, la cabeza de serpiente (la única que quedaba ya) era entonces dos veces más fiera y más venenosa que nunca. Vomitaba chorros de fuego de quinientos pasos de largo y lanzaba silbidos tan altos, tan ásperos, tan penetrantes, que el rey Iobates los oyó a setenta y cinco kilómetros de distancia y se estremeció tanto que hasta tembló el trono en que se sentaba.

«¡Ay de mí! —pensó el pobre rey—. Esto es que la Quimera viene a devorarme».

Pegaso, mientras tanto, se había parado otra vez en el aire y relinchaba colérico, echando por sus ojos chispas de un fuego puro como el cristal. ¡Qué diferente del fuego oscuro de la Quimera! Ni el espíritu del caballo aéreo ni el de Belerofonte decayeron.

—¿Sangras, mi caballo inmortal? —exclamó el joven, cuidándose menos del mal propio que del de aquella criatura que no debía haber conocido nunca el dolor—. ¡La maldita Quimera pagará este daño con su última cabeza!

Luego sacudió las riendas y dando grandes voces guio a Pegaso, no oblicuamente como antes, sino directamente contra la repugnante cabeza del monstruo. Tan rápida fue la embestida que en lo que dura un relámpago se puso Belerofonte al alcance de su enemigo.

Mientras, con la pérdida de su segunda cabeza, la Quimera había caído en una pasión de dolor y rabia. Se revolcaba, mitad en tierra y mitad en el aire: era imposible decir en qué elemento descansaba. Abrió su boca de serpiente con tan horrorosa anchura que me atrevería a decir que podía haber pasado Pegaso derecho a su garganta, con las alas desplegadas y con jinete y todo. Cuando se acercaron, lanzó un chorro tremendo de su encendido aliento y envolvió a Belerofonte y a su caballo en una nube de llamas, chamuscando las alas de Pegaso, quemando al joven los dorados rizos de todo un lado y calentando a los dos, de la cabeza a los pies, mucho más de lo que resulta prudente.

Pero esto no es nada comparado con lo que sucedió después. Cuando el caballo alado llegó en su primera acometida a la distancia de unos cien pasos, la Quimera dio un salto y proyectó su enorme, horrible, ponzoñoso y detestable cuerpo contra el pobre Pegaso; se le enroscó con gran fuerza y retorció su cola de serpiente hasta formar un nudo. El caballo aéreo no dejaba de volar más alto, más alto, más alto, por encima de las nubes, casi hasta perder de vista la tierra sólida; pero el monstruo terrestre no soltó su presa y siguió en su vuelo a la criatura del aire y la luz. Belerofonte, mientras tanto, se encontró al volverse con la horrible fealdad de la Quimera frente a frente, y solo protegiéndose bien con el escudo pudo librarse de morir abrasado o de que un mordisco lo partiera por la mitad.

Desde el borde del escudo miró fieramente los salvajes ojos del monstruo. La Quimera estaba tan enloquecida por el dolor que no se resguardaba, como en otro

caso habría hecho. A fin de cuentas, para luchar con una Quimera tal vez lo mejor sea acercarse a ella todo lo posible. En sus esfuerzos por clavar a su enemigo los horribles garfios, el monstruo dejó su pecho enteramente al descubierto. Al verlo, Belerofonte clavó hasta el puño la espada en su cruel corazón. La cola de la serpiente desató enseguida su nudo. El monstruo se desprendió de Pegaso y cayó desde aquella enorme altura. El fuego que llevaba en su pecho ardió, en vez de extinguirse, más vivo que nunca, y pronto empezó a consumir aquel cuerpo muerto.

Cayó del cielo enteramente inflamado. Como se hizo de noche antes de llegar a tierra, lo confundieron con una estrella errante o con un cometa; pero al despuntar el día salieron unos aldeanos a su labor y vieron, con gran asombro, que una gran extensión de terreno estaba salpicada de cenizas negras. En medio de un campo había un montón de huesos calcinados más alto que un gran montón de heno. ¡Nada más volvió a verse de la horrorosa Quimera!

Cuando Belerofonte logró la victoria, se inclinó hacia delante y besó a Pegaso con lágrimas en los ojos.

—¡Vuelve ahora, mi querido caballo —le dijo—, vuelve a la fuente de Pirene!

Pegaso hendió el aire más rápido que nunca y llegó a la fuente en muy poco tiempo. Allí encontró al viejo apoyado en su bastón, al campesino dando agua a la vaca y a la hermosa doncellita llenando su cántaro.

—Ahora me acuerdo —advirtió el viejo—. Cuando yo era un chiquillo, vi una vez este caballo con alas. Pero en mis tiempos era diez veces más hermoso.

—Tengo un caballo de tiro que vale el triple que él —dijo el campesino—. Si este penco fuera mío, lo primero que haría sería cortarle las alas.

La pobre muchachita no dijo nada porque tenía la mala suerte de asustarse en el momento menos oportuno. Echó a correr, se le cayó el cántaro y lo rompió.

—¿Dónde está —preguntó Belerofonte— el simpático niño que me acompañaba, que nunca perdió la fe y que nunca se cansaba de mirar en la fuente?

—Aquí estoy, querido Belerofonte —dijo el niño tiernamente.

El muchachito había pasado los días a la orilla de Pirene, esperando la vuelta de su amigo; pero, cuando lo vio bajando a través de las nubes, montado en su caballo alado, se internó en el bosque. Era un niño muy delicado, de gran ternura, y temía que el viejo y el campesino vieran brotar lágrimas de sus ojos.

—Has logrado la victoria —dijo, muy contento, abrazándose a una pierna de Belerofonte, que aún estaba montado sobre Pegaso—. Sé que lo has conseguido.

—Sí, querido niño —replicó Belerofonte bajándose del caballo alado—; pero, si no me hubiese ayudado tu fe, nunca habría esperado a Pegaso, ni volado jamás por encima de las nubes ni vencido a la terrible Quimera. Todo lo hiciste tú, mi querido amigo, y ahora devolveremos a Pegaso su libertad.

Y, diciendo esto, quitó la brida encantada de la cabeza de aquel caballo

maravilloso.

—¡Sé libre para siempre, Pegaso! —exclamó con cierta tristeza en la voz—. ¡Sé tan libre como rápido eres!

Pero Pegaso apoyó la cabeza en el hombro de Belerofonte y no hubo manera de inducirle a emprender el vuelo.

—Bien —dijo Belerofonte acariciando al aéreo caballo—; estarás conmigo mientras quieras. Ahora vayamos a decir al rey Iobates que la Quimera ha sido destruida.

Belerofonte abrazó a aquel niño tan bueno, le prometió volver a verlo y se puso en marcha; pero años después aquel niño voló sobre el corcel aéreo a mucha más altura que lo hiciera Belerofonte, e hizo cosas mucho más honrosas que la victoria de su amigo sobre la Quimera. Porque, siendo tan tierno y delicado, llegó a ser un poderoso poeta.

# Cumbre Pelada

## Después del cuento

Eustace Bright contó la leyenda de Belerofonte con tanto fervor y animación como si realmente hubiese ido a galope sobre un caballo alado.

Al terminar se alegró mucho, pues comprendió, por el rostro radiante de sus oyentes, lo mucho que les había interesado.

Todos los ojos brillaban, excepto los de Siempreviva: de los ojos de la chiquilla brotaban lágrimas porque se daba cuenta de que en la leyenda había algo que los demás aún no tenían edad para comprender.

Era un cuento para niños, pero el estudiante había logrado infundirle el ardor, la generosa esperanza y la imaginación emprendedora de la juventud.

—Ahora te perdono, Siempreviva —dijo—, todas las burlas que has pretendiendo hacer a costa de mis cuentos. Una lágrima por muchas risas.

—¡Ay, primo Eustace! —respondió Siempreviva limpiándose los ojos y con otra sonrisa maliciosa—: esto de ir por encima de las nubes eleva el pensamiento. Te aconsejo que no vuelvas a contar más cuentos si no estás, como ahora, en la cumbre de una montaña.

—O cabalgando sobre Pegaso —replicó Eustace, sonriente—. ¿No te parece que he conseguido a las mil maravillas mi propósito de atrapar al corcel maravilloso?

—¡Sí, ha sido un bonito salto mortal! —exclamó aplaudiendo—. ¡Me parece que te veo montado sobre él, a tres leguas de altura, por los aires y cabeza abajo!

—¡Ojalá tuviese aquí a Pegaso en este instante! —dijo el estudiante—. Lo montaría inmediatamente y recorrería al galope la región y, en un radio de unos pocos kilómetros, visitaría a mis colegas, los hombres de letras. El doctor Dewey estaría a un tiro de piedra, a los pies de los montes Taconic. Un poco más allá, en Stockbridge, vive el señor James, conocido en todo el mundo por sus innumerables obras de historia y aventuras. Longfellow, creo, ya no está en la granja de Oxbow: de otro modo, el caballo alado relincharía nada más verlo. Pero aquí, en Lenox, encontraría a nuestro novelista más genuino, que ha hecho suyos el paisaje y la vida de Berkshire. En la parte más cercana de Pittsfield vive Herman Melville, dando forma a su gigantesca idea de la *Ballena blanca*, mientras las formas gigantes del monte Greylock se asoman a la ventana de su estudio. Un nuevo brinco de mi corcel volador me llevaría hasta la puerta de Holmes, a quien dejo para lo último porque Pegaso, sin duda, me descabalaría en un momento y reclamaría al poeta para que fuera su jinete.

—¿No tenemos a un escritor de vecino? —preguntó Siempreviva—. Ese hombre

callado que vive en esa vieja casa de ladrillo, cerca de la avenida Tanglewood, y que a veces nos encontramos, acompañado por dos niños, en el bosque o en el lago. Me parece haber oído decir que ha escrito un poema, o una novela romántica, o un tratado de aritmética, o de historia, o algún otro libro.

—¡Cállate, Siempreviva, cállate! —susurró Eustace, con un estremecimiento, llevándose un dedo a los labios—. ¡Ni una palabra sobre ese hombre, ni siquiera en la cima de una montaña! Si nuestra cháchara llega a sus oídos, y por casualidad no le gusta, no tiene más que arrojar unas ristas de papel al horno y tú, Siempreviva, y yo, y Pimpinela, Arándano, Zanahoria, Ojos Azules, Trébol, Pensamiento, Mimosa, Flor de Limón, Junquillo, Vainilla y Campanilla... y, sí, el sabio señor Pringle, con sus críticas desfavorables de mis leyendas, y el pobre señor Pringle también... ¡iremos a parar al fuego y nos convertiremos todos en humo! Nuestro vecino de la casa de ladrillo es una de esas personas inofensivas, por lo que sé, en lo que respecta al resto del mundo; pero algo me dice al oído que tiene un terrible poder sobre nosotros, un poder cercano al de la total aniquilación.

—¿Y también Tanglewood se convertiría en humo, como nosotros? —preguntó Pimpinela, bajo el tremendo efecto de la amenaza de destrucción—. Y ¿qué sería de Ben y Bruin?

—Tanglewood seguiría existiendo —contestó el estudiante—, tal como es ahora, pero con una familia completamente distinta. Y Ben y Bruin estarían aún vivos y darían buena cuenta de los huesos de la comida, sin pensar siquiera en lo bien que se lo pasaban con nosotros.

—Pero ¿qué tonterías dices? —exclamó Siempreviva.

Entretenida en esta charla ociosa, la comitiva había empezado ya a bajar la montaña y se encontraba ahora a la sombra del bosque. Siempreviva recogió algunas hojas de laurel que, aunque habían crecido el año anterior, eran aún verdes y elásticas, como si la escarcha y las heladas no se hubieran impuesto a su textura. Con las ramitas de laurel hizo una corona, le quitó el gorro al estudiante y se la puso en la frente.

—Como nadie va a coronarte por tus cuentos —observó con malicia—, acepta esto de mí.

—No estés tan segura —replicó Eustace, que parecía en verdad un joven poeta, con el laurel entre sus brillantes rizos— de que no voy a ganar otras coronas con estos cuentos admirables y maravillosos. Tengo intención de dedicar todo mi tiempo libre, en estas vacaciones, y en el período de verano de la universidad, a escribirlos y prepararlos para la imprenta. El señor J. T. Fields (a quien conocí el pasado verano mientras estaba en Berkshire y que es poeta además de editor) reconocerá de una simple ojeada sus méritos poco comunes. Y les pondrá ilustraciones, espero, que encargará a Billings, y los ofrecerá al mundo con los mejores auspicios, a través de su

editorial Ticknor & Co. Dentro de unos cinco meses, ¡el mundo me tendrá sin duda por una de las luminarias de nuestra época!

—¡Pobrecito! —dijo Siempreviva, medio para sí misma—. ¡Qué decepción le aguarda!

Bajaron un poco más. Bruin empezó a ladrar y le respondió el grave guau, guau del respetable Ben. No tardaron en ver al buen perro velando por Mimosa, Arándano, Zanahoria y Flor de Limón. Estos pequeñuelos, ya repuestos de la fatiga, se habían puesto a buscar frutos de gaulteria y ahora corrían por la cuesta para recibir a sus compañeros. Finalmente reunidos, pasaron por el huerto de Luther Butler y volvieron a Tanglewood.

# **Cuentos de Tanglewood**

## Introducción: The Wayside

No hace mucho tiempo, tuve el placer de recibir una rápida visita de mi amigo Eustace Bright, al que no había vuelto a ver desde que abandoné las montañas de Berkshire, siempre tan azotadas por el viento. Aprovechando las vacaciones invernales de su universidad, Eustace había cogido unos días de descanso, pues, según me comunicó, su salud se había resentido de tantas horas de estudio. Al comprobar su excelente estado físico, llegué a la feliz conclusión de que el remedio había constituido todo un éxito. Eustace había salido de Boston hacia el norte en el tren del mediodía, no solo empujado por la amistad con que me honra, sino también, como pronto pude comprobar, por un asunto literario.

Sentí una gran alegría al recibir por primera vez en mi humilde casa la visita del señor Bright. El pobre muchacho se vio obligado a recorrer la media docena de acres que poseo, pues, como cualquier terrateniente en cualquier lugar del mundo, insistí en que así lo hiciera. Sin embargo, me alegré secretamente de que el mal tiempo y los quince centímetros de nieve que cubrían el suelo le impidieran ver el abandono en que se encontraban tanto la tierra como los arbustos. Pero era absurdo imaginar que alguien que ha conocido Monument Mountain, Cumbre Pelada y el monte Greylock, con sus ancestrales y frondosos bosques, pudiera encontrar algo que admirar en aquella humilde ladera, con sus frágiles acacias plagadas de insectos. Eustace, con toda franqueza, afirmó encontrar bastante monótona la vista desde la colina; y no cabe duda de que esto era cierto, sobre todo después de haber contemplado las salvajes y escarpadas montañas de Berkshire, especialmente en el norte de la región, y que el joven estudiante conocía muy bien por ser el lugar donde se hallaba su universidad. Sin embargo, existe un encanto reposado en las extensas praderas de suaves pendientes, que, en mi opinión, hace preferible este tipo de paisaje a otras imágenes más agrestes; pues, al causar una impresión mucho menos intensa en nuestro cerebro, su repetición nunca llega a cansarnos. Lo ideal para mí sería pasar alguna semana de verano en las montañas y el resto del tiempo entre verdes praderas y apacibles colinas, cuyos contornos parecen siempre nuevos, pues su recuerdo se desvanece continuamente en nuestra memoria.

Supongo que a Eustace todo aquel paseo le parecería bastante aburrido, hasta que le conduje a la rústica y destartalada cabaña de verano, que había pertenecido al anterior propietario de la finca y que estaba situada en la mitad de la ladera. No es más que un simple esqueleto de delgados troncos podridos, sin paredes ni techo; tan solo una combinación geométrica de ramas que el próximo vendaval muy

posiblemente deshaga, esparciendo sus restos por el porche. Parece a punto de desvanecerse como un sueño; y sin embargo, no hay duda de que encierra una singular y espiritual belleza, que la convierte en el verdadero símbolo de la mente sutil y etérea de su creador. Pedí a Eustace Bright que se sentara sobre un banco de nieve, bajo el que se escondía un asiento de piedra cubierto de musgo, y, mirando a través de las ventanas en forma de arco que tenía justo enfrente, el joven reconoció que aquel escenario era sin duda pintoresco.

—A pesar de su sencillez —afirmó—, este pequeño edificio parece lleno de magia. Resulta de lo más sugerente y, a su manera, no tiene nada que envidiar a una catedral. ¡Sería un lugar ideal para sentarse las tardes de verano y contar a los niños nuevas y emocionantes historias sobre los mitos clásicos!

—Así es —respondí—. Esta cabaña de verano, tan destartada y poco protegida de los vientos, es como una de esas viejas historias que siempre evocamos de forma imperfecta; y las fuertes ramas del manzano Baldwin, introduciéndose con descaro en su interior, recuerdan a sus injustificadas interpolaciones. Pero, ya que hablamos del tema, ¿ha añadido más leyendas a la serie, desde la publicación de *El libro de las maravillas*?

—Muchas más —repuso Eustace—; si no les cuento una historia cada uno o dos días, Siempreviva, Pimpinela y toda la tropa me vuelven loco. En parte he huido de casa por culpa de esos diablillos. Sin embargo, he escrito seis cuentos nuevos, que he traído para que les eche un vistazo.

—¿Son tan buenos como los primeros? —le pregunté.

—Mejor escogidos y mejor redactados —dijo Eustace Bright—. Estará de acuerdo cuando los haya leído.

—Es posible que no sea así —añadí—. Sé por propia experiencia que un autor casi siempre está convencido de que su último trabajo es el mejor, hasta que la pasión creadora se apaga. Y es entonces cuando la obra encuentra su verdadero lugar. Pero vayamos a mi estudio y leamos sus nuevas historias. Difícilmente podría hacerles justicia sentado en este banco de nieve.

Así pues, bajamos por la colina hacia mi vieja y pequeña casa, y nos encerramos en la sala orientada al sudeste, que el sol ilumina la mayor parte del día. Eustace me entregó su manuscrito y yo lo hojeé con rapidez, intentando adivinar sus aciertos y sus fallos con el simple roce de mis dedos, tal como debería saber hacer un veterano cuentista.

Debo recordar que el señor Bright, confiando en mi experiencia literaria, me había nombrado redactor de *El libro de las maravillas*. Al no tener ninguna queja de la acogida que tuvo esa erudita obra por parte del público, venía con la intención de encargarme su nuevo volumen, que había titulado *Cuentos de Tanglewood*. Como Eustace insinuó, no necesitaba emplear mis servicios para presentar aquella obra,

pues su nombre ya gozaba de cierto prestigio en el mundo literario. Sin embargo, tuvo la amabilidad de decirme que su colaboración conmigo le había resultado sumamente grata; además, no parecía sentir ningún deseo de dar una patada a la escalera que quizá le había ayudado a alcanzar su presente situación, como suelen hacer la mayoría de los hombres. Mi joven amigo, en definitiva, estaba dispuesto a que el fresco verdor de su creciente fama continuara trepando por mis extendidas y desnudas ramas; del mismo modo que a veces ha pasado por mi imaginación guiar una parra, con sus grandes hojas y morados frutos, alrededor de los carcomidos postes y vigas de la rústica cabaña de madera. Consciente de las ventajas de su propuesta, le aseguré que aceptaría con enorme placer.

En cuanto vi los títulos de aquellas historias, tuve la certeza de que se trataba de unos relatos de tanta riqueza como los del anterior volumen; tampoco dudé de la audacia (en el buen sentido de la palabra) del señor Bright a la hora de aprovechar al máximo todas las posibilidades que ofrecían. Y, sin embargo, a pesar de conocer la libertad con que desarrollaba sus temas, confieso que escapaba a mi comprensión su capacidad para superar todas las dificultades que supone adaptar esos relatos para los niños. Pues esas viejas leyendas en las que se inspiraron los trágicos griegos, repletas de todo aquello que más horroriza a nuestra moral cristiana, unas tan terribles y otras tan tristes y melancólicas, terminaron convirtiéndose en sus manos en las historias más despiadadas y dolorosas que haya conocido el mundo. ¿Y cómo transformar su contenido en objeto de diversión para niños? ¿Cómo purificarlo? ¿Cómo lograr iluminarlo con la hermosa luz del sol?

Pero Eustace señaló que aquellos mitos eran lo más singular del mundo, pues cada vez que iniciaba el relato de uno de ellos, se sorprendía al ver la rapidez con que este se adaptaba a la infantil pureza de sus oyentes. Los detalles más escabrosos, en manos de los griegos, parecían haber proliferado cual parásitos, cuando en la leyenda original apenas tenían importancia. Quizá por ello, desaparecían por completo en cuanto el joven estudiante ponía la imaginación al servicio de aquel inocente círculo de pequeños, que no dejaban de mirarle con los ojos bien abiertos, impacientes por escuchar sus palabras. Así pues, estos relatos (de forma natural, sin exigir ningún esfuerzo al narrador) se transformaban y recobraban la forma que probablemente tuvieron en la infancia del mundo. Según afirma Eustace Bright, el primer poeta que contó esas maravillosas leyendas vivía aún en la Edad de Oro. El mal no existía; y el dolor, la desgracia y el crimen eran simples sombras creadas por la propia imaginación, como si sirvieran de refugio de una realidad demasiado luminosa. Es posible que se limitaran a ser sueños proféticos, que el hombre ignoraba al despertar. Actualmente, los niños son los únicos representantes de aquella época feliz, por lo que debemos elevar nuestro intelecto e imaginación al nivel de la infancia, con el fin de recrear aquellos mitos originales.

Dejé al joven autor decir cuantas extravagancias quisiera, alegrándome de verle entrar en la vida tan seguro de sí mismo y de sus acciones; el paso de los años se encargará de ponerle en su sitio. Entretanto, es justo decir que parece haber superado con éxito las objeciones morales que suelen formularse contra este tipo de fábulas, aunque haya sido a costa de tomarse ciertas libertades en su estructura, que debemos dejar al joven justificar sin mi ayuda. La única defensa posible es que estas eran necesarias, y que la esencia de las leyendas no puede conservarse si alguien las considera de su propiedad.

Eustace afirmó haber relatado aquellas historias a los niños en situaciones muy diferentes: en los bosques, a la orilla del lago, en la cañada de Arroyo Umbrío, en el cuarto de jugar, junto a la chimenea de Tanglewood y en un magnífico palacio de nieve con ventanas de hielo, que él personalmente había construido con sus pequeños amigos. Los niños estaban aún más entusiasmados con los relatos del presente volumen que con los del que ya había sido publicado. Asimismo, el señor Pringle, auténtico experto en temas clásicos, había escuchado dos o tres de esos cuentos, censurándolos todavía con mayor severidad que «Las tres manzanas de oro»; por todo ello, habiendo recibido una de cal y otra de arena, Eustace Bright está convencido de que existen bastantes posibilidades de obtener el mismo éxito de público con esta obra que con *El libro de las maravillas*.

Pregunté a Eustace por todos sus pequeños amigos, pues sé que todos esos niños buenos que me escriben para pedir un nuevo libro sobre mitos clásicos estarán impacientes por tener noticias de ellos. Y me alegra poder decirlos que todos se hallan (excepto Trébol) en un excelente estado de salud y de ánimo. Siempreviva es casi una señorita y, según Eustace, continúa tan descarada como siempre. Pretende ser demasiado mayor para perder el tiempo con estas historias; y, sin embargo, las escucha siempre con enorme atención, riéndose de ellas en cuanto acaban. Pimpinela ha crecido mucho, y es de esperar que en un mes o dos cierre su casita de muñecas. Arándano ha aprendido a leer y a escribir, y va vestido con americana y pantalones largos, algo de lo que no puedo alegrarme. Flor de Limón, Ojos Azules, Vainilla y Campanilla han tenido la escarlatina, pero se recuperaron pronto. Pensamiento, Junquillo y Zanahoria cogieron la tosferina, y se enfrentaron valientemente a ella, saliendo al aire libre cada vez que brillaba el sol. Mimosa, en otoño, cogió el sarampión o una erupción muy parecida, aunque no pareció estar enferma ni un solo día. A la pobre Trébol le ha empezado a salir su segundo diente, por lo que anda un poco malhumorada; y su aspecto no mejora ni siquiera cuando sonrío, pues justo detrás de los labios deja entrever un hueco casi tan grande como la puerta de un granero.

El señor Bright, por su parte, cursa su último año en el Williams College, y tiene la esperanza de obtener la licenciatura con ciertos honores. Me ha dado a entender

que, en el discurso que pronunciará en la ceremonia de graduación, tratará el tema de los mitos clásicos desde el punto de vista de la literatura infantil; asimismo, hablará de la conveniencia de utilizar la historia antigua con idénticos fines. No sé a lo que piensa dedicarse cuando termine la universidad; solo espero que, al haber conocido tan pronto lo peligroso y seductor que resulta el mundo de la literatura, no decida convertirse en un escritor profesional. De lo contrario, lamentaré mi pequeña parte de culpa en el asunto, pues fui yo quien animó sus primeros pasos.

Me encantaría tener la posibilidad de volver a encontrarme muy pronto con Siempreviva, Pimpinela, Zanahoria, Arándano, Trébol, Vainilla, Pensamiento, Junquillo, Mimosa, Campanilla, Ojos Azules y Flor de Limón. Pero, como no sé cuándo podré ir nuevamente de visita a Tanglewood, y no creo que Eustace Bright tenga intención de encargarme un tercer volumen de *El libro de las maravillas*, es probable que no vuelva a presentármese la oportunidad de hablar a mis queridos lectores de nuestros pequeños amigos. Que Dios los bendiga, a ellos y a todos los demás, tanto niños como adultos.

The Wayside, Concord (Massachusetts), 13 de marzo de 1853

## El Minotauro

En la antigua ciudad de Trecén, a los pies de una gran montaña, vivió hace mucho, mucho tiempo, un niño llamado Teseo. Su abuelo, el rey Piteo, era el monarca de aquel país, y todos lo tenían por un hombre de gran sabiduría; por ello no es de extrañar que un niño inteligente como Teseo, viviendo en el palacio real, sacara buen provecho de las enseñanzas del viejo rey. Su madre se llamaba Etra, pero Teseo no conocía a su padre. Desde muy pequeño, Etra solía llevarle a pasear por un bosque, y tenían la costumbre de sentarse a descansar sobre una gran roca cubierta de musgo, profundamente asentada en la tierra. Allí, le hablaba de su padre, un gran rey llamado Egeo, que gobernaba sobre el Ática y vivía en Atenas, una de las ciudades más famosas del mundo. A Teseo le gustaba oír hablar del rey Egeo, y a menudo preguntaba a su bondadosa madre por qué motivo este no venía a vivir con ellos en Trecén.

—¡Ay, hijo mío! —respondía Etra con un suspiro—. Un soberano tiene el deber de cuidar de sus súbditos. Los hombres y las mujeres sobre quienes reina ocupan el lugar de la familia en su corazón, y apenas le queda tiempo para sus propios hijos. El rey Egeo nunca podrá abandonar su reino para estar contigo.

—Sí, querida madre, pero ¿por qué no puedo ir yo a la famosa ciudad de Atenas y decirle al rey Egeo que soy su hijo? —insistía el niño.

—Es muy posible que lo hagas más adelante —decía Etra—. Ten paciencia y ya veremos. Todavía no eres lo suficientemente grande y fuerte para emprender semejante viaje.

—¿Y cuándo estaré preparado para partir? —preguntaba Teseo.

—Aún eres muy pequeño —contestaba Etra—. ¡A ver si puedes levantar la roca sobre la que estamos sentados!

Teseo estaba muy orgulloso de su fuerza, por lo que, asiendo con ambas manos los ásperos salientes, forcejeaba y tiraba de la pesada roca hasta perder el aliento, sin conseguir que esta se moviera; realmente, parecía estar clavada en la tierra. Pero era natural que sus intentos fracasaran, pues habría sido necesaria toda la fuerza de un hombre muy vigoroso para levantar semejante mole.

Al contemplar aquellos impetuosos, al tiempo que inútiles, esfuerzos del niño, Etra sonreía con la tristeza reflejada en los ojos. Pues no podía sino apenarse al verle tan impaciente por iniciar sus aventuras en el mundo.

—¿Lo ves, querido Teseo? —decía—. Necesitas ser más fuerte para poder ir a Atenas y decirle al rey Egeo que eres su hijo. Cuando seas capaz de levantar esta roca y mostrarme lo que hay debajo de ella, prometo dejarte emprender el viaje.

A partir de entonces, cada vez que Teseo preguntaba a su madre si había llegado el momento de poder partir, ella le señalaba la roca y respondía que todavía tardaría años en ser lo bastante fuerte para moverla. El niño, de mejillas sonrosadas y rizados cabellos, intentaba una y otra vez arrastrar la enorme masa de piedra, luchando por conseguir lo que solo hubiera logrado un gigante con sus dos manos. Y, entretanto, la roca parecía hundirse cada vez más en la tierra. El musgo crecía con tanta fuerza a su alrededor que terminó convirtiéndose en un asiento verde y mullido por el que asomaban algunas protuberancias grises del viejo granito. En cuanto llegaba el otoño, los árboles la cubrían de hojas secas, y a su alrededor crecían helechos y flores silvestres, que trepaban a gran altura por sus paredes. La roca estaba tan firmemente asentada en la tierra como si formara parte de su propio substrato.

Y Teseo crecía fuerte y sano, convencido de que pronto llegaría el día en que sería capaz de mover aquella voluminosa piedra.

—¡Creo que estoy a punto de conseguirlo, madre! —gritó un día tras un nuevo intento—. ¡La tierra de alrededor parece haberse agrietado!

—¡No puede ser, hijo mío! —se apresuró a responder Etra—. Aún eres demasiado joven.

Y Teseo no pudo convencerla de lo contrario, a pesar de señalar el lugar donde, según imaginaba, el movimiento de la enorme piedra había arrancado el tallo de una flor. Etra se limitó a suspirar y pareció preocupada, pues sin duda empezaba a darse

cuenta de que su hijo había dejado de ser un niño y pronto se vería obligada a enviarlo a correr peligrosas aventuras.

Apenas había transcurrido un año desde entonces cuando volvieron a sentarse en la roca cubierta de musgo. Etra le habló nuevamente de su padre y de la dicha que este sentiría al recibirle en su majestuoso palacio. Lo presentaría ante sus súbditos y cortesanos, anunciando a todos que aquel joven era su legítimo heredero. Al oír estas palabras, los ojos del joven brillaron de entusiasmo, mientras hacía un gran esfuerzo para no ponerse a dar saltos de alegría.

—Querida madre —señaló—, me siento más fuerte que nunca. Creo que ya he dejado de ser un niño o un simple muchacho. Me he convertido en un hombre y, por fin, ha llegado el momento de levantar la roca.

—¡Mi muy amado Teseo —le respondió Etra—, todavía no! ¡Todavía no!

—Sí, madre —afirmó el joven sin vacilar—, ¡ha llegado el momento!

Y Teseo se dirigió a la inmensa mole con determinación, tensando hasta el último de sus músculos y poniendo todo su valeroso corazón en el empeño. Luchó contra la enorme y pesada roca, como si de un enemigo vivo se tratara. Empujó con todas sus fuerzas e intentó levantarla, decidido a triunfar o a morir en aquel mismo lugar, convirtiendo así la piedra en su lápida eterna. Etra le contemplaba con las manos enlazadas, sintiendo un gran orgullo y, al mismo tiempo, una gran pena. ¡Y la roca se movió! Poco a poco, fue separándose de su lecho de tierra y musgo, arrancando matorrales y flores, hasta quedar apoyada en un costado. ¡Teseo lo había conseguido!

Mientras recuperaba el aliento, miró rebotante de alegría a su madre, que le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ha llegado el momento de separarnos, Teseo! —exclamó—. Y ahora debes coger lo que tu padre, el rey Egeo, dejó para ti debajo de esa enorme piedra, tras levantarla él solo con sus poderosos brazos.

El joven advirtió que la roca había sido colocada sobre una losa de piedra, en la que había un hueco semejante a un cofre toscamente fabricado; y en su interior encontró una espada de empuñadura dorada y unas sandalias.

—Pertenece a tu padre —señaló Etra—. Antes de partir hacia Atenas, me pidió que te tratara como a un niño hasta el día en que lograras levantar esta enorme piedra. Ahora debes calzar las sandalias de tu padre para seguir sus pasos, y ceñirte esa espada, pues tendrás que combatir contra gigantes y leones, igual que el rey Egeo en su juventud.

—¡Saldré para Atenas hoy mismo! —declaró Teseo.

Sin embargo, Etra logró convencerle para que se quedara uno o dos días más (con ella), mientras preparaba todo lo necesario para tan largo viaje. Cuando su abuelo, el sabio rey Piteo, conoció la noticia, le aconsejó que emprendiera el viaje a bordo de un navío, pues así podría desembarcar a unos veinte kilómetros de Atenas sin fatigarse

ni correr riesgos.

—El camino por tierra está infestado de monstruos y de malhechores —afirmó el venerable anciano—. Un simple muchacho como Teseo no debería viajar solo y exponerse a tantos peligros. ¡No! ¡De ningún modo! ¡Debe hacer la ruta por mar!

Sin embargo, cuando Teseo oyó hablar de monstruos y de malhechores, aguzó el oído y aún más ganas tuvo de hacer el viaje por tierra para enfrentarse a ellos. Tres días más tarde, se despidió respetuosamente del rey Piteo, al que agradeció sus bondadosos cuidados, y, tras abrazar con gran cariño a Etra, partió para Atenas. Y hemos de decir, en honor a la verdad, que no todas las lágrimas que brillaban en las mejillas del joven habían sido derramadas por su madre, pues también él lloraba al alejarse de quienes amaba. Pero dejó que el viento y el sol secaran su rostro y continuó avanzando con decisión, jugando con la empuñadura dorada de su espada y dando poderosas zancadas con las sandalias de su padre.

No puedo detenerme a contaros todas las aventuras que le ocurrieron mientras se dirigía hacia Atenas. Solo os diré que, en aquella parte del reino, acabó con todos los bandidos que tanto inquietaban al rey Piteo. Uno de aquellos malhechores se llamaba Procusto y acostumbraba a divertirse de forma macabra con los pobres viajeros que caían en sus garras. Fingiendo una gran hospitalidad, les invitaba a entrar en su caverna y a descansar en un cómodo lecho. Si sus huéspedes resultaban ser más pequeños que la cama, los estiraba y estiraba con una fuerza bestial; por el contrario, si eran demasiado altos, les cortaba de un tajo la cabeza o los pies, riéndose como si se tratara de una divertida broma. Por esta razón, ningún viajero deseaba acostarse en el lecho de Procusto, por muy cansado que estuviera. Otro de aquellos terribles bandidos, Sinis, tenía la costumbre de arrojar a sus víctimas al mar desde un acantilado, por lo que Teseo decidió darle su merecido y hacerle correr la misma suerte. Pero el mar no quiso contaminar sus aguas con tan odioso ser ni la tierra estuvo dispuesta a volver a sentir el peso de semejante monstruo, y Sinis quedó suspendido para siempre en el aire, que se vio obligado a cargar con todo el peso de su maldad.

Tras estas memorables hazañas, Teseo oyó hablar de una gigantesca cerda salvaje que aterrorizaba a los granjeros de la región y, como estaba dispuesto a realizar cualquier buena acción que se le presentara, por insignificante que pudiera parecer, mató a la monstruosa criatura y regaló sus restos a los pobres para que les sirviera de alimento. Sin duda había sido una terrible bestia mientras vagaba por campos y bosques pero, una vez cocinada, supo hacer las delicias de muchos comensales.

Así, cuando Teseo llegó al final de su viaje, habían sido innumerables sus proezas con la espada paterna y había alcanzado fama de ser uno de los jóvenes más valientes de su tiempo. Su celebridad llegó a Atenas mucho antes que él; por ello, al entrar en la ciudad, oyó comentar a sus habitantes lo valientes que eran Hércules, Jasón, Cástor

y Pólux, pero que el joven Teseo, hijo de su propio rey, estaba llamado a convertirse en un héroe tan grande como el mejor de ellos. Sus zancadas se hicieron más largas al oír estas palabras y, puesto que sus hazañas parecían haber llegado antes que él, empezó a imaginar el magnífico recibimiento que le esperaba en la corte de su padre cuando se dirigiera a este diciendo: «¡He aquí a tu hijo!».

Poco podía sospechar el inocente joven que era precisamente allí, en la ciudad de su padre, donde le acechaba el mayor peligro de todos cuantos había corrido hasta entonces. Y, sin embargo, así era. Debéis comprender que el padre de Teseo, aunque no era un hombre anciano, se hallaba extenuado por su ardua tarea como rey, y sus sobrinos, convencidos de que no le quedaba mucho tiempo de vida, pretendían arrebatarse el poder. Mas cuando oyeron que Teseo había llegado a Atenas, convertido en un auténtico héroe, comprendieron que este les impediría usurpar una corona y un cetro que legítimamente le pertenecían. Por este motivo, los malvados sobrinos del rey Egeo, que eran los únicos primos de Teseo, se convirtieron en sus adversarios. Pero la enemiga más peligrosa del joven era Medea, la diabólica hechicera; pues era la esposa del rey y deseaba que el trono fuera heredado por su hijo Medo y no por el hijo de Etra, a quien odiaba con toda el alma.

Cuando Teseo llegó a la entrada del palacio, fue reconocido por sus primos. A pesar de todo el odio que sentían, y fingiendo ser simples amigos de la familia real, manifestaron gran alegría al conocer al príncipe. Y, entonces, le propusieron presentarse ante el monarca como si fuera un desconocido, con el fin de comprobar si este descubría en las facciones del joven algún parecido con sus progenitores. Teseo se mostró de acuerdo, pues había imaginado que su padre le reconocería de inmediato, a causa del amor que albergaba en su corazón. Sin embargo, mientras esperaba en la puerta, los sobrinos se apresuraron a comunicar al soberano que acababa de llegar a la ciudad un joven que tenía intención de asesinarle y usurpar su corona.

—Y en este mismo momento espera ser admitido ante vuestra presencia —añadieron.

—¡Ay! —gritó el anciano rey al escuchar sus palabras—. ¡Debe de ser un joven realmente malvado! Os ruego que me aconsejéis qué hacer con él.

Pero fue la perversa Medea quien respondió a su pregunta. Ya sabéis que era una conocida hechicera. Según afirman ciertas historias, tenía la costumbre de hervir a los ancianos en un enorme caldero, haciéndoles creer que, de este modo, les devolvería la juventud; pero supongo que el rey Egeo no creía en un método tan incómodo para rejuvenecer, o quizá se contentaba con seguir siendo un anciano, por lo que no estaba dispuesto a dejarse introducir en el caldero. Si nos sobrara tiempo y no tuviéramos que tratar asuntos más importantes, me alegraría poder hablaros del fogoso carruaje de Medea, arrastrado por unos enormes dragones alados, que paseaban a la hechicera

entre las nubes. Y en aquel vehículo había llegado por primera vez a Atenas, donde solo causaba desgracias desde entonces. Pero debemos dejar sin relatar esta y otras maravillas, y nos contentaremos con decir que una de las muchas cosas terribles que Medea sabía hacer era preparar un veneno que mataba en el acto a todo aquel que simplemente lo rozara con los labios.

Por esta razón, cuando el rey preguntó qué hacer con Teseo, su malvada esposa ya tenía una respuesta preparada.

—Deja ese asunto en mis manos, majestad —replicó—. Límitate a admitir a ese joven tan ruin en tu presencia, trátalo con cortesía e invítalo a beber una copa de vino. Sabes que a veces me entretengo destilando medicinas muy potentes. En este pequeño filtro tengo una de ellas. Pero no te diré cuál es su composición, pues es uno de mis secretos. Permíteme poner una gota en su copa; puedo asegurarte que de este modo el joven forastero renunciará a todos los malvados propósitos que le han traído hasta aquí.

Y Medea sonreía mientras pronunciaba estas palabras; pero su semblante risueño no escondía sino el deseo de envenenar al pobre e inocente Teseo ante los ojos de su padre. Por su parte, este, como la mayoría de los monarcas, consideraba que no había castigo excesivamente duro para aquel que osaba conspirar contra la vida de un soberano. De este modo, se mostró de acuerdo con los planes de Medea y, tan pronto como el vino venenoso estuvo preparado, ordenó que el joven desconocido fuera llevado a su presencia.

La copa fue colocada sobre una mesa junto al trono; una pequeña mosca, que apenas pretendía libar una minúscula gota de su borde, cayó fulminada en el interior. Al verlo, Medea miró a sus sobrinos y volvió a sonreír.

Cuando Teseo fue conducido a los aposentos reales solo tuvo ojos para contemplar al anciano rey de blancas barbas. Allí lo tenía, sentado en su magnífico trono, ciñendo una brillante corona y empuñando su cetro. Su aspecto era imponente y majestuoso, a pesar de que los años y las enfermedades parecían pesar sobre él, como si los años fueran de plomo y las enfermedades de piedra, y alguien los hubiera dejado caer bruscamente sobre sus fatigados hombros.

Lágrimas de alegría y de dolor asomaron a los ojos del joven; pues no pudo sino entristecerse al ver tan débil a su padre. ¡Qué grato resultaría ayudarle con su juventud y su fuerza! ¡Cuántos deseos de animarle con la dicha de su amor! Cuando un hijo acoge a su padre en su afectuoso corazón, logra rejuvenecerle mucho más que el fuego del caldero mágico de Medea. Y eso fue lo que decidió hacer Teseo. Apenas podía esperar a que le reconociera el rey Egeo, tan grande era su impaciencia por echarse en sus brazos.

Acercándose hasta los pies del trono, intentó pronunciar unas palabras que había estado preparando mientras subía las escaleras. Mas se vio embargado por una tierna

emoción que pareció desbordar su corazón e inundar su garganta. El pobre Teseo no sabía qué hacer ni qué decir mientras no pudiera abrir su corazón al rey. La astuta Medea adivinó lo que ocurría en la cabeza del joven. Y su maldad nunca fue tan terrible como en aquellos momentos (me echo a temblar solo de mencionarlo), pues estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para convertir el amor de Teseo en ruina y destrucción.

—¿Acaso no ves, majestad, la confusión que le embarga? —susurró al oído del rey—. Se siente tan culpable que parece incapaz de hablar y no hace más que temblar. ¡El muy miserable ha vivido demasiado tiempo! ¡Rápido! ¡Dale a beber el vino!

Pero el rey Egeo había estado observando atentamente al joven desconocido mientras este se acercaba al trono. Había algo en él, quizá en su frente despejada, o en la hermosa expresión de su boca, o en sus bellos y dulces ojos, que le produjo la vaga sensación de haberlo visto antes; era como si le hubiera tenido trotando sobre sus rodillas cuando era un niño, o le hubiera visto crecer hasta convertirse en un hombre vigoroso, mientras él envejecía. Medea, sin embargo, adivinó lo que el rey pensaba y decidió impedir que se abandonara a aquellos sentimientos tan naturales, que surgían de lo más profundo de su corazón y que le decían con toda claridad que aquel era su amado Teseo, el hijo de Etra, recién llegado a la ciudad para reclamar sus derechos. La hechicera volvió a susurrar unas palabras al oído del rey, obligándole, mediante un sortilegio, a ver la situación bajo un falso cariz.

Y, por esta razón, el rey decidió permitir que Teseo bebiera el vino envenenado.

—¡Bienvenido seas, joven! —exclamó—. Me enorgullece ofrecer hospitalidad a un muchacho tan valiente. Hazme el honor de beber de esta copa. Como puedes ver, rebosa un vino delicioso, que solo ofrezco a aquellos que lo merecen. ¡Nadie es más digno de probarlo que tú!

Y, diciendo esto, el rey Egeo cogió la copa dorada de la mesa para dársela. Sin embargo, quizá debido a su mala salud, o al dolor que le producía arrebatar la vida a aquel joven (por muy malvado que fuera), o al hecho de que su corazón era más sabio que su cabeza y se estremecía pensando en lo que iba a hacer, por todas estas razones, la mano del rey tembló hasta tal punto que gran parte del vino se derramó. Con el fin de fortalecer el ánimo del anciano y temiendo que desperdiciara tan preciado veneno, uno de los sobrinos le susurró:

—¿Tenéis, majestad, alguna duda sobre las intenciones del extranjero? ¡Mirad la espada con la que pensaba mataros! ¡Qué brillante y afilada! ¡Qué aspecto tan terrible! ¡Rápido! Dadle a probar el vino; todavía puede acabar con vuestra vida.

Al oír estas palabras, Egeo apartó todos los pensamientos y sentimientos que le embargaban, salvo la idea de que aquel hombre era culpable y en justicia debía morir. Sentado en su trono con la espalda bien erguida, levantó con mano firme la copa de vino y miró a Teseo con severo ceño, pues su espíritu era demasiado noble para

asesinar siquiera a un traidor enemigo con una falsa sonrisa en el rostro.

—¡Bebe! —ordenó, en el mismo tono severo con el que solía condenar a un criminal a ser decapitado—. Mereces recibir un vino así de mi propia mano.

Teseo extendió su brazo para coger la copa. Pero, antes de llegar a tocarla, el rey Egeo tembló de nuevo. Sus ojos se habían posado en la espada con empuñadura de oro que colgaba a un costado del joven. El monarca volvió a retirar la copa.

—¡Esa espada! —exclamó—. ¿Cómo ha llegado hasta ti?

—Pertenece a mi padre —replicó Teseo, con voz trémula—. Y estas son sus sandalias. Etra, mi querida madre, me contó su historia cuando era pequeño. Hace solamente un mes, logré levantar la enorme roca y coger la espada y las sandalias que se hallaban debajo de ella, con el fin de ir al encuentro de mi padre.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —gritó el rey Egeo, arrojando la copa mortal y descendiendo tambaleante del trono para caer en los brazos de Teseo—. Sí, tienes los ojos de Etra. ¡Eres mi hijo!

He olvidado ya lo que sucedió con los sobrinos del rey pero, cuando la malvada Medea vio cómo había cambiado la situación, salió rápidamente de la estancia y, dirigiéndose a su cámara privada, empezó a preparar un nuevo encantamiento. Poco tiempo después, oyó un fuerte siseo de serpientes en la ventana, y, ¡mirad!, allí estaba su fogoso carruaje con las cuatro enormes serpientes aladas, avanzando y retorciéndose en el aire, agitando sus colas por encima de las torres del palacio, preparadas para emprender un viaje celeste. Medea apenas necesitó tiempo para coger a su hijo y robar las joyas de la corona, además de los ropajes más hermosos del rey y todos los objetos de valor que pudo hallar; subió a su carruaje, fustigó a las serpientes y se elevó muy por encima de la ciudad.

El rey, al oír el silbido de las serpientes, se asomó rápidamente a la ventana y ordenó a la malvada hechicera que no regresara nunca. También los atenienses, que habían salido corriendo de su casa para contemplar aquel maravilloso espectáculo, gritaron de alegría ante la perspectiva de librarse de ella. Medea, a punto de explotar de rabia, siseó de un modo muy parecido a sus serpientes, aunque mucho más violento y malévolo; lanzando furiosas miradas entre las llamaradas del carruaje, agitó sus manos sobre la multitud, como si estuviese profiriendo un millón de maldiciones. Al hacer esto, se le cayeron alrededor de quinientos diamantes de gran valor, mil hermosas perlas, dos mil esmeraldas, rubíes, zafiros, ópalos y topacios, que había robado de la caja fuerte de su esposo. Y todas aquellas joyas fueron a parar como un pedrisco de múltiples colores en la cabeza de niños y adultos, que empezaron a recogerlas sin dilación para devolverlas al palacio. El rey Egeo les dijo, sin embargo, que se quedaran con ellas, y que si tuviera el doble también se las regalaría, tan grande era su alegría por haber encontrado a su hijo y haber perdido a Medea. Y, si hubierais visto las miradas de odio de esta mientras el carruaje de fuego

ascendía hacia el cielo, apenas os habría sorprendido ver el alborozo que mostraban tanto el rey como su pueblo ante la marcha de la hechicera.

Y el príncipe Teseo fue acogido con gran amor por su padre. El anciano rey nunca se cansaba de tenerlo sentado junto a él en su trono (que era suficientemente ancho para los dos), ni de oírle hablar de su querida madre, de su niñez, de todos sus infantiles esfuerzos por levantar la pesada roca. Sin embargo, el joven era demasiado aventurero y valiente para pasar el tiempo contando episodios de su infancia; solo anhelaba acometer heroicas hazañas, dignas de ser escritas para la posteridad. No llevaba mucho tiempo en Atenas cuando capturó y encadenó a un terrible toro enloquecido, al que paseó públicamente por la ciudad, maravillando y admirando al buen rey Egeo y a sus súbditos. Pocos días después, una increíble aventura convirtió todas sus anteriores proezas en un simple juego de niños. Y fue así como ocurrieron los hechos:

Una mañana, cuando se despertó, tuvo la sensación de haber soñado algo muy triste, que le seguía dando vueltas en la cabeza, incluso ahora que tenía los ojos bien abiertos. El aire parecía impregnado de tristes lamentos; si escuchaba con mayor atención, podía oír sollozos, gemidos y gritos de dolor, entremezclados con hondos suspiros, que provenían del palacio real, de las calles, de los templos y de cada una de las casas de la ciudad. Y aquel desconsuelo que brotaba de tantos corazones diferentes parecía haberse convertido en un único alarido de dolor, tan fuerte y profundo que le había despertado de su sueño. Vistiéndose todo lo rápido que pudo (y sin olvidar sus sandalias ni su espada de empuñadura dorada), corrió a preguntarle al rey Egeo qué significaba todo aquello.

—¡Ay, hijo mío! —suspiró este—. Se trata de un asunto muy penoso. Hoy es el día más triste del año, pues debemos echar a suertes qué muchachos y qué muchachas atenienses vamos a enviar al terrible Minotauro para que los devore.

—¡El Minotauro! —exclamó Teseo; y, como era un príncipe joven y valiente, llevó su mano a la empuñadura de la espada—. ¿Y qué clase de monstruo es? ¿Acaso no es posible acabar con él, aun a riesgo de la propia vida?

Pero el rey Egeo lo negó, moviendo tristemente su venerable cabeza, y, para convencerle de que no existía la menor esperanza, le contó toda la historia. Al parecer, en la isla de Creta habitaba un monstruo aterrador, al que todos conocían como el Minotauro. Tenía medio cuerpo de hombre y medio cuerpo de toro, y el conjunto era una criatura tan espantosa que el simple hecho de pensar en ella aún nos inspira repugnancia. Si no pudiera evitarse su existencia, esta debería transcurrir en alguna isla desierta, o en la oscuridad de alguna profunda caverna, donde nadie se viera atormentado por su presencia abominable. No obstante, el rey Minos, soberano de Creta, gastó una considerable fortuna en construir un lugar donde el Minotauro pudiera vivir, esmerándose en atender las necesidades del monstruo; y todo por el simple placer de hacer el mal. Unos años antes, había estallado una guerra entre la ciudad de Atenas y la isla de Creta, en la que los atenienses habían sido derrotados y obligados a implorar la paz. El precio que tuvieron que pagar por ella fue muy elevado: debían enviar una vez al año siete muchachos y siete muchachas para servir de alimento al monstruo favorito del rey Minos. Los atenienses llevaban tres años

soportando tan terrible desgracia; los sollozos, gemidos y gritos que ahora aquejaban a la ciudad reflejaban el dolor de un pueblo que se disponía a elegir catorce nuevas víctimas. Todos temían que se llevaran a sus hijos o a sus hijas, y los jóvenes temblaban de espanto ante la idea de terminar sus días entre las voraces fauces de aquel espantoso hombre bestia.

Pero, cuando Teseo conoció la historia, irguió su cuerpo hasta parecer más alto que nunca, al tiempo que su rostro expresaba una mezcla de indignación, desdén, audacia, ternura y compasión.

—Permite que el pueblo de Atenas eche a suertes la elección de solo seis muchachos —dijo a su padre—. Yo seré el séptimo. ¡Y que el Minotauro me devore, si es que puede!

—¡Hijo mío! —sollozó el rey Egeo—. ¿Por qué exponerte a tan cruel fin? Eres un príncipe de sangre real y tu destino está por encima del de los demás hombres.

—Precisamente por ser un príncipe, y el legítimo heredero de tu reino, deseo compartir la desgracia de este pueblo —respondió Teseo—. Y tú, padre mío, puesto que eres el rey y tendrás que responder ante el cielo del bienestar de tus súbditos, tienes que estar dispuesto a sacrificar lo que más amas, antes de permitir que los hijos de tus más humildes vasallos sufran el menor daño.

El anciano rey empezó a llorar y pidió a Teseo que no le abandonara en su vejez, justo cuando comenzaba a saborear la felicidad de tener un hijo tan bondadoso y valiente. Sin embargo, el joven, sabiendo que tenía razón, decidió llevar adelante su plan. Aseguró a su padre que no tenía la menor intención de ser devorado sin oponer resistencia, como si fuera una oveja, y que el Minotauro tendría que pelear muy duramente antes de engullírselo para cenar. Finalmente, comprendiendo que no podía hacer nada para evitarlo, el rey Egeo consintió en su partida. Por todo ello, prepararon una nave para el viaje y la aparejaron con velas de color negro. El joven príncipe, acompañado de seis muchachos y de siete hermosas muchachas, descendió hacia el puerto, dispuesto para embarcar, mientras una apenada muchedumbre les seguía hasta la orilla; y allí estaba también el viejo rey, apoyándose en el brazo de su hijo, como si llevara en su solitario corazón todo el dolor de la ciudad de Atenas.

Cuando Teseo se disponía a subir a la nave, el rey Egeo, cogiéndole de la mano, se despidió de él con estas palabras:

—Hijo mío, ya ves que las velas son negras; y no podrían ser de otro color, pues este es un viaje de dolor y desesperación. Soy un hombre demasiado enfermo y quizá haya muerto cuando la nave regrese. Pero, mientras viva, subiré todos los días hasta la cima de aquel acantilado para ser el primero en avistar tu nave en el horizonte. Mi querido Teseo, si tuvieras la suerte de escapar a las fauces del Minotauro, te ruego que destruyas esas lúgubres velas para izar otras tan brillantes como la luz del sol. Así, cuando las veamos en el horizonte, sabremos que regresáis victoriosos; y nunca

Atenas habrá recibido a nadie con mayor alborozo.

Teseo prometió obedecerle y, una vez a bordo, los marineros orientaron las oscuras velas hacia el viento, que soplaba débilmente desde la costa, y parecía provenir de los innumerables suspiros que los atenienses exhalaban en aquella triste ocasión. Mas poco a poco, al alejarse de tierra, empezó a soplar una fuerte brisa del noroeste que les empujó alegremente por encima de la blanca cresta de las olas, como si se hubieran embarcado en el viaje más placentero que quepa imaginar. Y, a pesar de que era todo muy doloroso, no creo que aquellos catorce jóvenes, libres de la vigilancia de sus mayores, pasaran todo el trayecto lamentando su desgracia. Sospecho que celebrarían más de un baile sobre la cubierta mecida por las olas, y habría abundantes risas y otras diversiones entre las víctimas, hasta el momento en que avistaron entre las lejanas nubes las elevadas montañas azules de Creta. Pues no hay duda de que aquella visión devolvió la seriedad a sus rostros.

Teseo, sin separarse de los marineros, contempló anhelante aquella tierra, como si esta no tuviera mayor consistencia que las nubes entre las que aparecían sus montañas. Una o dos veces, creyó ver el resplandor de algún objeto brillante que, en la lejanía, arrojaba un destello de luz sobre las olas.

—¿Has visto ese resplandor? —preguntó al capitán de la nave.

—Aún no, mi príncipe —respondió este—, pero sí lo he visto en otras ocasiones. Supongo que procede de Talos.

Al arreciar el viento, el capitán se vio obligado a ajustar nuevamente las velas, por lo que no pudo seguir contestando a las preguntas del joven. No obstante, mientras el barco navegaba a una velocidad cada vez mayor hacia las costas de Creta, Teseo quedó maravillado al divisar una gigantesca figura humana que parecía avanzar a grandes zancadas, con paso rítmico, por la orilla de la isla. Pasaba de un peñasco a otro, mientras el mar rugía embravecido, salpicando de espuma sus enormes pies. Y lo más sorprendente era que, cuando el sol iluminaba aquella colosal figura, esta parpadeaba y se llenaba de luz. También su inmenso rostro desprendía una especie de resplandor metálico y arrojaba al aire destellos de gran fulgor. Los pliegues de sus ropajes, en lugar de ondear al viento, caían pesadamente sobre sus extremidades, como si estuvieran tejidos con algún tipo de metal.

Cuanto más se acercaba la nave a la orilla, más curiosidad sentía Teseo por conocer quién era aquel gigante y si se trataba o no de un hombre de carne y hueso. Pues, a pesar de que caminaba y hacía otros movimientos propios de los seres vivos, había cierta brusquedad en su paso que, unida a su aspecto cobrizo, llevaba a sospechar al príncipe que no era un gigante real, sino tan solo un prodigioso artefacto mecánico. El enorme mazo de bronce que llevaba colgado al hombro volvía aún más terrorífica su figura.

—¿Qué es esa maravilla? —preguntó Teseo al capitán, que ahora sí tenía tiempo

para responderle.

—Es Talos, el hombre de bronce —le respondió este.

—¿Y es un gigante de verdad o una estatua de bronce? —inquirió el joven príncipe.

—Es algo que siempre me ha llenado de asombro —contestó nuevamente el capitán—. Hay quien afirma que Talos fue forjado para el rey Minos por el propio Vulcano, el más hábil artesano del metal. Pero ¿ha visto alguna vez el ojo humano una estatua de bronce que dé tres vueltas diarias a una isla, como hace ese gigante alrededor de Creta, y desafíe a todas las naves que se aproximan a sus costas? Y, por otra parte, ¿qué ser vivo podría recorrer sin descanso más de dos mil quinientos kilómetros en veinticuatro horas, como hace Talos, sin sentarse ni una sola vez a descansar? Es un verdadero enigma, se mire por donde se mire.

El barco continuó avanzando hacia la costa; y muy pronto llegó hasta Teseo el estruendo metálico de los esforzados pasos del gigante entre las rocas azotadas por el mar, que parecían a punto de romperse bajo su peso y desaparecer entre la espuma de las olas. Al acercarse al puerto, vieron al gigante detenerse y colocar las piernas en los dos promontorios que bordeaban la entrada; levantando su mazo a tal altura que las nubes ocultaron el extremo superior, se quedó inmóvil en aquella terrible postura, mientras los rayos del sol iluminaban su superficie metálica. Y todos imaginaron que, en breves instantes, soltaría con fuerza su inmenso garrote y, de un solo golpe, rompería en mil pedazos el barco, sin prestar la menor atención a las numerosas víctimas inocentes que perderían la vida; pues los gigantes no suelen ser demasiado compasivos y mucho menos si son una pieza de relojería fabricada en bronce. Sin embargo, justo en el momento en que Teseo y sus compañeros pensaban recibir el golpe, los labios de bronce del gigante se abrieron para preguntar:

—¿De dónde venís, forasteros?

Y, cuando dejó de oírse su sonora voz, continuó vibrando en el aire, como una de esas grandes campanas de iglesia.

—¡De Atenas! —gritó el capitán por respuesta.

—¿Con qué motivo? —tronó el hombre de bronce.

E hizo girar su mazo en lo alto con aspecto amenazador, como si estuviera a punto de descargar un terrible golpe en mitad de la nave solo porque unos años antes Atenas había estado en guerra contra Creta.

—Venimos a traer los siete jóvenes y las siete doncellas que tiene que devorar el Minotauro —replicó el capitán.

—¡Adelante! —exclamó el gigante de bronce.

Y el eco de aquella palabra retumbó en el cielo, mientras el pecho del gigante vibraba de nuevo. La nave se deslizó entre los dos altos peñascos y el gigante continuó su camino. En escasos segundos, el extraordinario centinela se hallaba ya a

una gran distancia, resplandeciendo en la lejanía, caminando a grandes zancadas alrededor de la isla de Creta; pues aquel era el trabajo al que estaba eternamente condenado.

En cuanto atracaron en el puerto, un destacamento de soldados del rey Minos se hizo cargo de los catorce jóvenes. Rodeados de aquellos guerreros armados, el príncipe Teseo y sus compañeros fueron llevados al palacio del rey y conducidos hasta su presencia. Pues bien, Minos era un monarca cruel y despiadado. Del mismo modo que el gigante que vigilaba Creta estaba hecho de bronce, el corazón de aquel rey parecía fabricado de un metal aún más duro, por lo que podrían haberle llamado el hombre de hierro. Se limitó a fruncir sus espesas cejas mientras contemplaba a las pobres víctimas atenienses. Ante tanta belleza e inocencia, cualquier otro hombre se habría sentido como en un lecho de espinos, y habría deseado por encima de todo devolver la felicidad a aquellos jóvenes, ordenándoles alejarse de allí, libres como el viento de verano. Sin embargo, el malvado Minos se limitaba a comprobar si estaban lo suficientemente rollizos para satisfacer el apetito del Minotauro. A mí me habría gustado que la única víctima hubiera sido él; no hay duda de que el monstruo habría encontrado su carne bien dura y correosa.

El rey Minos ordenó acercarse a su escabel, uno tras otro, a los pálidos y asustados jóvenes y a las llorosas muchachas, al tiempo que les golpeaba en las costillas con su cetro, con el único fin de comprobar si estaban demasiado delgados, e indicaba a sus guardias con un movimiento de cabeza que se los llevaran. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en Teseo, la serenidad y la valentía que reflejaba el rostro del joven llamaron poderosamente su atención.

—Joven —inquirió con voz grave—. ¿Acaso no tienes miedo al saber que vas a ser devorado por el terrible Minotauro?

—He ofrecido mi vida por una buena causa —respondió Teseo—. Así que me siento libre y contento al entregarla. Por el contrario, tú, rey Minos, ¿no sientes verdadero espanto al cometer año tras año el terrible delito de enviar a siete jóvenes inocentes y a otras tantas doncellas a ser devorados por un monstruo? ¿Acaso no tiemblas, malvado rey, al mirar dentro de tu corazón? Sentado en ese trono dorado y revestido de toda tu majestad, yo te acuso, rey Minos, de ser una criatura aún más horrible que el propio Minotauro.

—¡Ajá! ¿Es esa la opinión que tienes de mí? —gritó el rey con aquella risa cruel que le caracterizaba—. ¡Mañana, a la hora del desayuno, tendrás la oportunidad de juzgar quién de los dos es más terrible, el Minotauro o el rey! Lleváoslo de aquí, guardias; y que este descarado joven sea el primer bocado del Minotauro.

Cerca del trono del rey (aunque no haya tenido tiempo de contároslo hasta ahora) se encontraba su hija Ariadna. Era una joven muy hermosa y su tierno corazón la impulsaba a considerar a aquellos pobres prisioneros, condenados a una muerte tan

cruel, con sentimientos muy distintos a los de su despiadado padre. Y no podía sino llorar al ver cuánta felicidad humana iba a ser desperdiciada inútilmente entregando a aquellos atenienses, que se hallaban en la flor de la juventud, a las fauces de una monstruosa criatura que, sin duda, preferiría un hermoso buey o incluso un cerdo bien alimentado al más rollizo de aquellos muchachos. Al contemplar la gallarda figura de Teseo y la serenidad con que se enfrentaba a un peligro tan terrible, sintió aumentar la piedad que invadía su alma. Cuando los guardias se llevaron al joven, Ariadna corrió a postrarse a los pies del rey y le rogó que dejara en libertad a todos los cautivos, especialmente a Teseo.

—¡Tranquilízate, ridícula niña! —repuso el rey Minos—. Esto no es de tu incumbencia. Es un asunto de Estado que escapa a tu débil comprensión. Ve a regar las flores y deja de pensar en esos despreciables atenienses, pues tan cierto es que el Minotauro los devorará en su desayuno como que yo esta noche cenaré una perdiz.

Al decir estas palabras, el rey tenía un aspecto tan cruel como si estuviera dispuesto a devorar él en persona a Teseo y a los demás prisioneros, de no haber tenido a mano un Minotauro que le evitara semejante molestia. Como no deseaba oír ninguna otra palabra en su favor, ordenó que se llevaran a los prisioneros y los encerraran en una mazmorra. Una vez allí, el carcelero les aconsejó que se durmieran lo antes posible, pues el Minotauro tenía la costumbre de pedir el desayuno muy temprano. Las siete doncellas y los seis jóvenes no tardaron en dormirse entre sollozos; pero Teseo permaneció despierto. Era consciente de ser más sabio, más valiente y más fuerte que sus compañeros, por lo que se sentía responsable de sus vidas y necesitaba meditar si existía alguna posibilidad de salvarlos, incluso en una situación tan extrema como aquella. De modo que Teseo, con los ojos bien abiertos, se puso a recorrer de un lado a otro la lúgubre mazmorra donde los habían encerrado.

Justo antes de la medianoche, alguien abrió suavemente la puerta, y la dulce Ariadna apareció en el umbral con una antorcha en la mano.

—¿Estás despierto, príncipe Teseo? —susurró.

—Sí —respondió este—. Me queda tan poco tiempo de vida que no deseo desperdiciar ni un solo segundo durmiendo.

—Entonces, sígueme —añadió Ariadna—. Pero anda con gran sigilo.

Teseo no llegó a saber jamás qué había ocurrido con el carcelero y con los centinelas, pues Ariadna fue abriendo una a una todas las puertas, conduciéndole desde la oscura prisión hasta la hermosa luz de la luna.

—Teseo —dijo la joven—, ahora debes embarcar en vuestra nave y zarpar rumbo a Atenas.

—¡No! —repuso el príncipe—. Nunca abandonaré Creta sin haber matado antes al Minotauro y salvado a mis desgraciados compañeros; he de librar a Atenas de este cruel tributo.

—Sabía que esta iba a ser tu respuesta —afirmó Ariadna—. Ven conmigo, valiente Teseo. He aquí la espada que los soldados te arrebataron; la necesitarás. Lo único que ruego al cielo es que hagas buen uso de ella.

Ariadna le cogió de la mano y le guio hasta una oscura y sombría cueva, mientras la luna malgastaba su luz en la cima de los árboles, en lugar de iluminar el sendero por el que los jóvenes caminaban. Después de avanzar un buen rato a través de la oscuridad, llegaron a un inmenso muro de mármol, cubierto de plantas trepadoras, de un verdor que le daba a todo un aspecto extremadamente frondoso. El muro se elevaba a gran altura, imponente y misterioso, pero no parecía tener puertas ni ventanas. Teseo advirtió que no solo resultaba imposible de escalar, sino también de atravesar. Sin embargo, Ariadna puso uno de sus pequeños y delicados dedos en un bloque de mármol y, a pesar de su sólida apariencia, este cedió a su contacto, y entonces se abrió una entrada suficientemente ancha para permitirles el paso. Entraron cautelosamente en el interior y la piedra de mármol volvió a cerrarse a sus espaldas.

—He aquí el famoso laberinto que Dédalo construyó antes de fabricarse unas alas y abandonar nuestra isla volando como un pájaro. Era un hombre de gran ingenio, pero este es el más asombroso de todos sus inventos. Con alejarnos unos pasos apenas de la puerta de entrada, pasaríamos el resto de nuestra vida tratando de volver a encontrarla, sin conseguirlo jamás. El Minotauro se halla en el centro de este laberinto, y tú tienes que ir hasta allí a buscarlo.

—¿Y cómo podré dar con él —preguntó Teseo—, si dices que todo el mundo se pierde en los innumerables pasadizos?

No había terminado aún su frase cuando se empezó a oír un fuerte y desagradable bramido, muy similar al mugido de un toro salvaje, aunque también había algo en él que recordaba a una voz humana. Teseo creyó incluso percibir una torpe articulación, como si el monstruo intentara convertir sus roncós resoplidos en palabras. Pero todo se oía a una gran distancia, por lo que resultaba imposible diferenciar si se trataba del mugido de un toro o de la ronca voz de un hombre.

—¡Es el Minotauro! —susurró Ariadna, mientras cogía con una de sus manos el brazo de Teseo y llevaba al mismo tiempo la otra hasta su tembloroso corazón—. Sus gritos os guiarán a través del laberinto. Pero ¡espera! Coge un extremo de este hilo de seda; yo sujetaré el otro. De este modo, si obtienes la victoria, podrás encontrar el camino de vuelta. ¡Adiós, valiente Teseo!

El joven príncipe cogió el hilo de seda con su mano izquierda, mientras desenvainaba su espada de empuñadura dorada y se internaba audazmente en el inescrutable laberinto. Sería incapaz de explicaros cómo había sido construido, pues era lo más enrevesado e ingenioso que el mundo ha visto jamás. Nada puede haber más intrincado y complejo, si exceptuamos el cerebro de un hombre como Dédalo

(que fue quien lo concibió) o el corazón de un ser humano común y corriente (sin duda diez veces más misterioso que el laberinto de Creta). Aún no había dado Teseo ni cinco pasos cuando perdió de vista a Ariadna; cinco pasos más, y la cabeza empezó a darle vueltas. Pero continuó caminando y a veces se arrastraba para pasar por debajo de un arco de escasa altura o subía unos peldaños, mientras avanzaba por tortuosos pasadizos, con puertas que se abrían a su paso o se cerraban a sus espaldas; y llegó un momento en el que tuvo la impresión de que las paredes giraban, obligándole a dar incesantes vueltas, como si estuviera atrapado en un remolino. Y durante todo el tiempo, a través de aquellos caminos desiertos, oía el grito del Minotauro, unas veces muy cerca, otras muy lejos, tan salvaje, cruel y desagradable, tan próximo al mugido de un toro y, al mismo tiempo, tan parecido a un alarido humano (sin llegar a ser ninguno de los dos) que el valeroso corazón del príncipe empezó a sentir cada vez mayor furor; pues consideró un insulto a la luna y al cielo, así como a nuestra afectuosa y sencilla Madre Tierra, que una criatura tan espantosa tuviera la osadía de existir.

Mientras continuaba avanzando, las nubes cubrieron por completo la luna y el laberinto se oscureció, por lo que Teseo fue incapaz de distinguir el camino que seguía. Sin duda se habría sentido completamente perdido y sin la menor esperanza de volver a avanzar en línea recta de no haber sentido con frecuencia un pequeño tirón en el hilo de seda. Este le recordaba que la bondadosa Ariadna aún sujetaba el otro extremo, preocupada por su suerte, esperando su victoria, apoyándole con todo el corazón, como si estuviera a su lado. Puedo aseguraros que una inmensa corriente de cariño fluía a lo largo de aquel fino hilo de seda. Y Teseo seguía hacia delante, guiándose por el terrible bramido del Minotauro, que cada vez era más fuerte, y llegaba a alcanzar tanta intensidad que el joven creía estar a punto de chocar con él cada vez que daba un nuevo giro. Finalmente, en un espacio abierto, en el mismísimo centro del laberinto, divisó a la horrible criatura.

Y ¡qué monstruo tan espantoso! A pesar de que de toro solo tenía la cabeza, algo había en su figura que recordaba a ese animal, mientras se balanceaba ridículamente sobre sus patas traseras; pero, según cómo se mirara, también parecía un hombre, lo que resultaba aún más monstruoso. Y allí estaba aquel ser desgraciado, aislado del mundo, sin amigos ni compañeros, viviendo únicamente para hacer el mal, incapaz de comprender lo que era el cariño. No hay duda de que Teseo le odiaba, y se estremeció ante su visión, y sin embargo, a pesar de ello, sintió una profunda lástima por aquella criatura tan fea y despreciable. Pues no dejaba de dar grandes zancadas de un lado para otro, en un paroxismo de furor, profiriendo roncós mugidos, que parecían entremezclarse con palabras a medio formular. Después de escucharlo algún tiempo, Teseo comprendió que el Minotauro se repetía a sí mismo lo desgraciado que era, lo hambriento que estaba, el odio que sentía por el mundo y cómo le gustaría comerse

viva a toda la humanidad.

¡Ay! ¡Qué perversa criatura con cabeza de toro! Algún día comprenderéis, mis queridos pequeños (como lo hago yo ahora), que, cuando un ser humano deja penetrar el mal en su interior y permite que este se instale ahí, es en cierta medida un Minotauro, un enemigo de los demás hombres, alejado de toda buena compañía, al igual que aquel desgraciado monstruo.

¿Acaso Teseo estaba asustado? De ningún modo, queridos niños. ¿Cómo iba a tener miedo un héroe así? Ni aunque el Minotauro tuviera veinte cabezas de toro en lugar de una... Y, sin embargo, a pesar de lo valiente que era, imagino que su intrépido corazón cobraba nuevos ánimos cada vez que sentía el ligero tirón del hilo de seda que aún llevaba en su mano izquierda. Era como si Ariadna le transmitiera toda su fuerza y valor; y resulta extraño que Teseo viera así duplicadas esas cualidades en él, pues poco era lo que la joven podía añadir a su enorme bravura. Pero tenemos que decir, en honor a la verdad, que iba a necesitar todo ese coraje, pues en aquel mismo momento el Minotauro, al volver su cuerpo, vio al príncipe y bajó al instante sus terribles y afilados cuernos, como un toro salvaje cuando decide embestir a un enemigo. Al mismo tiempo, soltó un impresionante bramido, en el que pareció reconocerse algo que recordaba al lenguaje de los hombres, como si las palabras se rompieran al atravesar la garganta de aquella bestia furiosa.

Teseo apenas podía adivinar lo que el monstruo quería decir, guiándose más por sus gestos que por sus palabras; pues los cuernos del Minotauro eran más afilados que su ingenio y mucho más útiles para él que su lengua. Sin embargo, el joven creyó entender las siguientes palabras:

—¡Miserable ser humano! Atravesaré tus entrañas con mis cuernos y, después de arrojarte por los aires, te devoraré cuando caigas de nuevo.

—¡Vamos! ¡Inténtalo! —fueron las únicas palabras que Teseo se dignó contestar, pues era demasiado noble para atacar a su enemigo con palabras insolentes.

Y, en medio de un completo silencio, se libró la batalla más terrible que se haya visto bajo el sol o la luna. No sé lo que habría ocurrido si el Minotauro, en su primer ataque contra Teseo, no hubiera fallado por muy poco, rompiéndose uno de sus cuernos contra el muro de piedra. Cuando esto ocurrió, bramó con tanta intensidad que una parte del laberinto se derrumbó, con lo que los habitantes de Creta creyeron que había estallado una tormenta más fuerte de lo habitual. Sintiendo un agudo dolor, el Minotauro galopó alrededor del espacio abierto de un modo tan ridículo que Teseo, no entonces sino mucho tiempo después, se reía a gusto cada vez que recordaba aquella escena. Los contrincantes se enfrentaron con valentía, luchando, espada contra cuerno, un largo rato. Finalmente, el Minotauro se lanzó con gran ímpetu contra Teseo y, rozando su costado izquierdo con el afilado cuerno, lo derribó. Creyendo que le había atravesado el corazón, hizo una cabriola en el aire y abrió de

par en par su enorme boca de toro, dispuesto a arrancarle la cabeza de un bocado. Pero Teseo se había levantado de un salto, cogiendo desprevenido al monstruo; y, atacándole con todas sus fuerzas, le cortó la cabeza, que salió rodando por el suelo cada vez más lejos de su cuerpo humano, que súbitamente se desplomó.

¡La lucha había concluido! Y la luna empezó a brillar como si todos los problemas del mundo, toda la maldad y la fealdad que invaden la vida de los hombres, hubieran desaparecido para siempre. Teseo, apoyándose en su espada para recobrar el aliento, sintió un nuevo tirón en el hilo de seda; pues, mientras duró aquella terrible contienda, nunca había dejado de sujetarlo fuertemente con su mano izquierda. Deseoso de comunicar a Ariadna su victoria, se dejó guiar por el hilo y pronto se halló en la entrada del laberinto.

—¡Has matado al monstruo! —exclamó Ariadna juntando sus manos.

—Solo a ti debo mi victoria —respondió Teseo.

—Debemos ir rápidamente en busca de tus amigos —dijo Ariadna—, pues es necesario que embarquéis antes del amanecer. Si el día os sorprende todavía aquí, mi padre querrá vengar al Minotauro.

Para abreviar mi historia, os diré que despertaron a los pobres prisioneros y, como si de un feliz sueño se tratara, les contaron lo que Teseo acababa de hacer, apremiándoles para zarpar rumbo a Atenas antes de que saliera el sol. Precipitándose hacia la nave, todos empezaron a embarcar excepto el príncipe, que se quedó rezagado unos instantes mientras estrechaba una de las manos de Ariadna.

—Querida doncella —le susurró— tú también vendrás con nosotros. Eres demasiado dulce y amable para tener un padre de corazón tan duro como el rey Minos. Debes importarle tan poco como a una roca de granito una de esas pequeñas flores que crecen en sus grietas. En cambio, mi padre, el rey Egeo, y mi amada madre, Etra, así como todos los padres y las madres de Atenas, te amarán y honrarán como a su benefactora. Ven con nosotros, Ariadna; el rey Minos se enfurecerá terriblemente cuando sepa lo que has hecho.

Pues bien, hay gente muy mezquina que cuenta la historia de Teseo y de Ariadna diciendo que aquella honorable princesa, amparándose en la oscuridad de la noche, huyó con el joven extranjero al que había salvado la vida. También hay quien afirma que Teseo (que habría preferido la muerte antes que engañar a la criatura más humilde de la tierra) abandonó a Ariadna en una isla desierta, cuando la nave regresaba a Atenas. Sin embargo, si el noble Teseo hubiera escuchado todas esas mentiras, habría tratado a los que así les calumniaban como al mismísimo Minotauro. He aquí lo que Ariadna contestó al valiente príncipe de Atenas cuando este le rogó que les acompañara:

—No, Teseo —dijo, estrechando su mano antes de alejarse uno o dos pasos de él—. No puedo ir contigo. Mi padre es ya muy anciano y soy la única que le ama. A

pesar de lo duro que parece su corazón, sé que este se rompería si me perdiera. Al principio se pondrá furioso, pero no tardará en perdonarme, pues soy su única hija. Sé que acabará alegrándose de que ya no tengan que venir jóvenes atenienses para que los devore el Minotauro. Teseo, te he salvado la vida no solo por ti sino también por mi padre. ¡Adiós! ¡Que el cielo te bendiga!

Y sus palabras encerraban una gran verdad y fueron pronunciadas con tanta dulzura y dignidad que a Teseo le habría avergonzado seguir insistiendo. Solo le restó despedirse cariñosamente de Ariadna, subir a bordo y zarpar.

Poco tiempo después la blanca espuma parecía hervir en la proa, mientras el príncipe y sus compañeros salían del puerto, empujados por un fuerte viento de popa. Y sucedió que Talos, el gigante de bronce, que nunca dejaba de dar vueltas a Creta para vigilar sus costas, se acercaba en aquellos momentos a esa parte de la isla. Y todos pudieron verle, a pesar de la distancia que los separaba, por el brillante resplandor de los rayos de luna al caer sobre su pulida superficie. Sin embargo, como aquella colosal figura avanzaba de forma mecánica, sin poder aumentar ni disminuir la velocidad de sus enormes zancadas, llegó al puerto justo cuando los atenienses se hallaban fuera del alcance de su poderoso mazo. Aun así, colocó las piernas en un elevado promontorio, como era su costumbre, e intentó dar un buen golpe a la nave; pero lo único que consiguió fue perder el equilibrio y caer cuan largo era de bruces al mar, salpicando a gran altura, como un iceberg al girar sobre sí mismo. Y allí continúa todavía, y quien desee enriquecerse con ese bronce tendrá que bajar hasta el fondo del mar en una campana de aire y sacar a Talos a la superficie.

En el viaje de regreso, los catorce jóvenes se mostraron de excelente humor, como era de esperar. Pasaron la mayor parte del tiempo bailando, excepto cuando la nave se escoraba demasiado. En el momento preciso, avistaron las costas del Ática, que era de donde habían venido. Pero siento tener que decirles que fue entonces

cuando ocurrió una terrible desgracia. Es posible que vosotros recordéis algo que, lamentablemente, Teseo olvidó. Su padre, el rey Egeo, le había ordenado izar unas velas brillantes como el sol (en vez de las oscuras velas que llevaba la nave) si conseguía vencer al Minotauro y regresar victorioso. Sin embargo, en medio de su inmensa alegría, y de todos los juegos, bailes y diversiones, no se le pasó ni una sola vez por la cabeza si las velas eran negras, blancas o de todos los colores del arco iris, ya que había dejado en manos de la tripulación todas las maniobras. Así que la nave regresó a Atenas con la apariencia de un cuervo, con las mismas velas que llevaba al zarpar. Pero el pobre rey Egeo había subido a la cima del acantilado día tras día, a pesar de todos sus achaques, esperando el regreso del príncipe. Pues bien, tan pronto como divisó la fatal negrura de las velas, decidió que su amado hijo, de quien tan orgulloso se sentía, había sido devorado por el Minotauro. Y no pudo soportar la idea de seguir viviendo, de modo que, arrojando en primer lugar la corona y el cetro (que ahora no eran más que unos cachivaches inútiles para él), se arrojó de cabeza al mar, donde el pobre desgraciado se ahogó entre las olas que rompían al pie del acantilado.

Y esta noticia fue recibida con enorme pesar por el príncipe Teseo, quien, al desembarcar, se vio obligado a convertirse en el rey de todo aquel país. Un cambio así de brusco en el destino de un joven de su edad era más que suficiente para que se sintiera abrumado. Pero él hizo traer a su querida madre a Atenas y, siguiendo sus consejos en los asuntos de Estado, llegó a ser un excelente rey, sumamente amado por sus súbditos.

# Los pigmeos

Hace mucho tiempo, cuando el mundo todavía era un lugar lleno de prodigios, lo habitaron un gigante de carne y hueso llamado Anteo y más de un millón de curiosas y diminutas criaturas, que recibían el nombre de pigmeos. Siendo todos ellos hijos de la misma madre (nuestra bondadosa y anciana abuela Tierra), se consideraban hermanos y vivían en cariñosa armonía, muy lejos de aquí, en el corazón de la ardiente África. Los pigmeos eran tan pequeños, y existían tantos desiertos de arena y tantas elevadas montañas que los separaban del resto de la humanidad, que solo una vez cada cien años, como mucho, alguien podía atisbar su presencia. En cuanto al gigante, era de una estatura tan colosal que resultaba muy fácil de ver, aunque era mucho más seguro no acercarse demasiado.

Supongo que si algún pigmeo alcanzaba una altura de quince o diecisiete centímetros los demás le tenían por un hombre asombrosamente alto. Debe de haber sido muy hermoso poder contemplar sus pequeñas ciudades, con sus calles de medio metro de anchura, empedradas con minúsculos guijarros y rodeadas de diminutas viviendas del tamaño de una jaula de ardillas. El palacio real alcanzaba las majestuosas dimensiones de la casita de muñecas de Pimpinela, y se levantaba en el centro de una espaciosa plaza, que a duras penas cubriría la alfombra que tenemos al pie de la chimenea. Su templo más importante o catedral era tan alto como un escritorio y para ellos era un edificio sublime y maravilloso. Los pigmeos no utilizaban la piedra ni la madera en sus construcciones sino una mezcla de paja, plumas, cáscara de huevo y pequeños fragmentos de otros materiales, que los obreros fijaban hábilmente, como si fueran nidos de pájaro, con una arcilla endurecida en lugar de argamasa. Y, cuando el sol abrasador secaba sus muros, resultaban tan acogedoras y confortables que un pigmeo no podía desear nada más.

Los campos que rodeaban la ciudad habían sido convenientemente divididos en pequeñas parcelas, la mayor de las cuales tendría casi el mismo tamaño que uno de los macizos de flores de Arándano. Era allí donde los pigmeos acostumbraban a plantar trigo y otros cereales que, al crecer y madurar, proyectaban su sombra sobre aquel pueblo diminuto, de igual modo que los pinos, los robles, los nogales y los

castaños ensombrecen nuestro paso cuando caminamos por los senderos del bosque. En aquel tiempo de la cosecha, se veían obligados a cortar el grano con sus hachas, exactamente como lo hace un leñador al abrir un claro en el bosque. Y, cuando una espiga de trigo, con su cabeza repleta de grano, caía por puro azar sobre un desafortunado pigmeo, era muy probable que sucediera una verdadera desgracia; pues, si no quedaba aplastado bajo su peso, sin duda al menos sí sufriría un fuerte dolor de cabeza. ¡Oh, cielos! Si los padres y las madres eran así de diminutos, ¿cómo serían los niños y los recién nacidos? Una familia entera podría acostarse en un zapato o cabría dentro de un viejo guante, donde jugaría al escondite entre el pulgar y el resto de sus dedos. ¡Habríais podido esconder a un niño de un año debajo de un dedal!

Pues bien, esos graciosos pigmeos, tal como os he contado antes, vivían junto a un gigante al que querían como a un hermano y podríamos afirmar que este era más grande que diminutos ellos, si fuera posible comparar ambas peculiaridades. Su estatura era tan elevada que llevaba por bastón un pino de dos metros y medio de altura. Y puedo aseguraros que un pigmeo con buena vista necesitaba la ayuda de un telescopio para divisar su cabeza; y algunas veces, cuando había niebla, solo podían ver sus largas piernas, que parecían andar solas. Sin embargo, al mediodía, cuando el tiempo estaba despejado y el sol le iluminaba con sus rayos, el gigante Anteo era todo un espectáculo. Allí podía vérselo, un hombre como una montaña, contemplando a sus pequeños hermanos con su rostro sonriente, mientras dirigía un amistoso guiño a toda la nación pigmea con aquel extraordinario y único ojo, tan grande como la rueda de un carro, justo en el centro de su frente.

A los pigmeos les encantaba hablar con Anteo; y cincuenta veces al día, uno u otro alzaban la cabeza y gritaban a todo pulmón:

—¡Hola, hermano Anteo! ¿Cómo estás, muchacho?

Y, cuando aquella vocecilla lejana llegaba hasta sus oídos, el gigante respondía:

—Muy bien, hermano pigmeo, muchas gracias.

Y era tan atronadora su voz que, de no haber surgido de un lugar tan distante, habría derrumbado las paredes de su más sólido templo.

Era una feliz circunstancia que Anteo fuera amigo del pueblo pigmeo, pues había mucha más fuerza en su dedo meñique que en diez millones de aquellos minúsculos cuerpecillos. Si el gigante hubiera sido tan malvado con ellos como lo era con el resto del mundo, habría podido destrozarse de una sola patada la más grande de sus ciudades sin apenas percatarse de lo que hacía. Con el tornado de su aliento, podría haberse llevado por los aires los tejados de cien moradas, mandando a sus pobres habitantes a dar vueltas y vueltas por el aire. Podría haber pisado a una auténtica multitud, y no hay duda de que, al levantar su gigantesco pie, el espectáculo habría sido lastimoso. No obstante, al ser hijo de la Madre Tierra como ellos, los trataba con fraternal

cariño, amándolos con todo el amor que es posible sentir por unas criaturas tan menudas. Por su parte, los pigmeos querían al gigante con todo el afecto del que eran capaces sus diminutos corazones. Anteo siempre estaba dispuesto a correr en su ayuda; así, por ejemplo, si necesitaban viento para sus molinos, el gigante, con su simple respiración, hacía girar las aspas a una gran velocidad. Cuando el calor apretaba, Anteo se sentaba para proyectar su sombra sobre el reino, refrescando a todos los habitantes. A pesar de todo, era lo suficientemente sabio para dejarles manejar solos sus propios asuntos; a fin de cuentas, es lo mejor que pueden hacer los poderosos por los débiles.

En pocas palabras, tal como he explicado con anterioridad, Anteo quería a los pigmeos y estos querían a Anteo. Como la vida del gigante había sido tan larga como alto era su cuerpo, y la vida de un pigmeo apenas duraba un abrir y cerrar de ojos, aquella estrecha relación se había mantenido a lo largo de innumerables épocas y generaciones. Era una amistad que habían recogido las crónicas pigmeas y de la que hablaban sus más antiguas tradiciones. El más anciano y venerable de los pigmeos no recordaba época en la que su pueblo no hubiera contado con la amistad del gigante, ni siquiera en vida de su más remoto antepasado. Es cierto que en una ocasión (tal como conmemora un obelisco de un metro de altura erigido en el lugar de la catástrofe), Anteo se había sentado sobre unos cinco mil pigmeos, allí reunidos para contemplar un desfile militar. Pero aquel fue uno de esos desafortunados accidentes de los que nadie es culpable, por lo que las pequeñas criaturas no se lo tuvieron en cuenta, y se limitaron a pedir al gigante que pusiera más cuidado a la hora de elegir dónde se sentaba.

Resulta realmente gracioso imaginar a Anteo de pie entre los pigmeos, como si fuera la aguja de la catedral más alta jamás construida, mientras estos corrían al igual que hormigas entre sus pies. ¡Y pensar que, a pesar de su diferencia de tamaño, no

existía más que cariño y simpatía entre ellos! Siempre he creído que el gigante necesitaba mucho más a aquellos seres diminutos de lo que ellos le necesitaban a él. Pues, de no haber sido sus vecinos, amigos y compañeros, Anteo habría estado completamente solo en el mundo. Jamás había existido otro gigante como él. Ninguna criatura de su tamaño se le había acercado para dirigirle su estruendosa voz. Cuando asomaba la cabeza entre las nubes, estaba completamente solo. Así había sido a lo largo de cientos de años y continuaría siéndolo toda la eternidad. Y, si hubiera conocido a otro gigante, habría pensado que el mundo no era lo suficientemente grande para dos personajes tan descomunales y, en lugar de hacerse amigo suyo, habría luchado contra él hasta que uno de los dos hubiera caído derrotado. Sin embargo, con los pigmeos era el viejo gigante más alegre, dulce y divertido que jamás hubiera lavado su cara en una nube cargada de lluvia.

Sus diminutos amigos, como toda la gente menuda, tenían una gran opinión de sí mismos y solían adoptar un aire condescendiente con el gigante.

—¡Pobre criatura! —se decían unos a otros—. ¡Se aburre tanto sin compañía! No deberíamos protestar por tener que dedicarle un poco de nuestro precioso tiempo para entretenerlo. Ya sabemos que es mucho menos listo que nosotros; por esta razón, necesita que velemos por su felicidad y bienestar. Seamos amables con él. Si la Madre Tierra no hubiera sido tan generosa con nosotros, quizá habríamos podido ser gigantes como Anteo.

Cuando no tenían que trabajar, los pigmeos se divertían jugando con él. A menudo se echaba sobre el suelo y un pigmeo algo patiocorto necesitaba más de una hora para llegarle de la cabeza a los pies, como si el gigante fuera una larga cordillera. Anteo solía poner la enorme palma de su mano sobre la hierba y desafiaba al pigmeo más alto a trepar por ella y saltar de un dedo a otro. Y aquellos diminutos seres eran tan intrépidos que, como si fuera lo más natural del mundo, andaban a gatas entre los pliegues de sus ropajes. Cuando Anteo apoyaba su cabeza en la tierra, escalaban audazmente, asomándose a la gran caverna de su boca y, si el gigante cerraba súbitamente sus mandíbulas, como si fuera a engullir a cincuenta pigmeos a la vez, todos reían divertidos, pues se trataba de un simple juego. Os habría alegrado ver a los niños escondiéndose entre sus cabellos o columpiándose en su barba. Es imposible contaros todas las travesuras que hacían con su descomunal amigo. Pero la escena más singular era cuando se veía a un grupo de niños haciendo carreras en su frente, tratando de ser los primeros en rodear el enorme círculo de su único ojo. Otra de sus diversiones favoritas era caminar por encima de su nariz y saltar sobre el labio superior.

Debemos decir, en honor a la verdad, que a veces los pigmeos resultaban tan

molestos como un enjambre de mosquitos, pues les gustaba hacer demasiadas diabluras, y a menudo clavaban sus diminutas espadas y lanzas en la piel del pobre gigante, con el fin de comprobar lo gruesa y dura que era. Pero Anteo no se enfadaba nunca, aunque, de vez en cuando, si se encontraba adormilado, refunfuñaba un poco, lo que recordaba al lejano retumbar de una tormenta, y les pedía que dejaran de hacer tonterías. Sin embargo, lo más frecuente era verle contemplar sus diversiones y sus brincos, hasta que los pequeños lograban despertar del todo su inmenso, lento y torpe ingenio; entonces, soltaba una carcajada tan sonora que toda la nación pigmea se veía obligada a taparse los oídos para no quedarse sorda.

—¡Ja, ja, ja! —reía el gigante mientras sus montañosos costados se estremecían—. ¡Qué divertido es ser tan diminuto! Si no fuera Anteo, me encantaría ser un pigmeo y pasarlo tan bien como ellos.

A los pigmeos solo parecía inquietarles una cosa en el mundo: estaban continuamente en guerra contra las grullas y, tal como recordaba el viejo gigante, siempre había sido así. De vez en cuando, se producían violentos combates, que unas veces ganaban los diminutos hombrecillos y otras, las grullas. Según algunos historiadores, los pigmeos generalmente acudían a la batalla montados a lomos de cabras y carneros; sin embargo, aquellos animales eran demasiado grandes para tan minúsculas criaturas. Por esta razón, me siento inclinado a pensar que montaban a lomos de ardillas, conejos o ratas, aunque tal vez fueran erizos, pues sus afiladas púas resultarían mucho más peligrosas para el enemigo. Sea como fuere, tengo la certeza de que su aparición era todo un espectáculo, armados con espadas y lanzas, arcos y flechas, tocando sus diminutas trompetas, lanzando sus pequeños gritos de guerra. Nunca dejaban de darse ánimos unos a otros para seguir luchando con bravura, recordando que los ojos del mundo estaban puestos en ellos; aunque, si hemos de ser sinceros, el único espectador era Anteo, con aquel estúpido y gigantesco ojo en mitad de la frente.

Cuando los dos ejércitos se encontraban en el fragor de la batalla, las grullas avanzaban batiendo sus alas, mientras estiraban el pescuezo y atrapaban a varios pigmeos con su pico. Cada vez que esto ocurría, os aseguro que era terrible ver a aquellos hombrecillos pataleando con todas sus fuerzas, mientras caían por el aire y desaparecían en el largo y tortuoso gáznate del ave, que se los tragaba todavía vivos. Ya sabéis que un héroe debe estar siempre preparado para hacer frente a cualquier destino; y no hay duda de que alcanzar la gloria es un consuelo para él, aunque sea en el estómago de una grulla. Si Anteo observaba que sus pequeños aliados iban perdiendo la batalla, dejaba de reír y corría en su ayuda dando enormes zancadas, blandiendo su mazo en lo alto y gritando a las grullas, que se retiraban graznando todo lo rápido que podían. Entonces el ejército pigmeo regresaba victorioso al hogar, atribuyendo la victoria únicamente a su gran valor, a su destreza con las armas y a la hábil estrategia de quien fuese en aquel momento su capitán general. Y durante algún tiempo parecían celebrarse únicamente grandes desfiles, banquetes, brillantes luminarias y exposiciones de figuras de cera, que guardaban semejanza con los oficiales más heroicos.

En las mencionadas campañas militares, si un pigmeo lograba arrancar a una grulla una pluma de su cola, esta se convertía en un preciado trofeo que colocaba en su gorro; y en más de una ocasión, creedme, un pequeño pigmeo fue nombrado máximo dirigente de la nación por el simple hecho de haber regresado de la batalla con una de esas plumas en la cabeza.

Pero creo que ya os he contado suficientes cosas para demostrar lo valientes que eran aquellas diminutas criaturas y lo felices que habían vivido durante generaciones y generaciones con el descomunal gigante Anteo. Así que pasaré a relataros una batalla mucho más asombrosa que cualquiera de las que se libraron entre los pigmeos y las grullas.

Un día el poderoso Anteo se tendió cuan largo era entre sus pequeños amigos, con el enorme pino que le servía de bastón a su costado. El gigante parecía ocupar todo el país de los pigmeos, pues su cabeza se encontraba en un extremo del reino y sus pies sobrepasaban el otro. El gigante se acomodó lo mejor que pudo, mientras los pigmeos saltaban por todo su cuerpo, asomándose a la boca cavernosa o jugando entre los cabellos. Algunas veces se quedaba dormido, apenas unos minutos, y roncaba con la fuerza de un torbellino. Durante una de esas pequeñas cabezadas, un pigmeo logró trepar hasta su hombro y se dispuso a contemplar el extenso paisaje que se abría en el horizonte, como si estuviera en la cima de una colina. Fue entonces cuando divisó algo en la lejanía que le hizo restregarse aquellos puntitos diminutos y brillantes que le servían de ojos. Al principio, creyó que se trataba de una montaña, y se preguntó cómo habría podido surgir tan súbitamente de la tierra. Pero pronto comprobó que aquella montaña se movía. Y, a medida que se iba acercando, empezó a adquirir

forma humana, que, aunque menos gigantesca que la de Anteo, era realmente enorme en comparación con los pigmeos, pues su tamaño era bastante superior al de los hombres actuales.

Cuando el pigmeo estuvo seguro de que sus ojos no le engañaban, corrió tan veloz como le permitieron sus piernas hasta el oído del gigante y, asomándose a aquella gigantesca cavidad, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Hermano Anteo, levántate enseguida y coge tu bastón! ¡Por allí viene otro gigante dispuesto a pelear contigo!

—¡Qué tonterías dices, querido amigo! —gruñó Anteo—. ¿Acaso no ves que estoy durmiendo? No me levantaré por ningún gigante del mundo.

Sin embargo, el pigmeo volvió a mirar y se dio cuenta de que el desconocido caminaba directamente hacia la figura postrada de Anteo. Y, a medida que se aproximaba a ellos, resultaba más y más evidente que no se trataba de una montaña azulada, sino de un hombre inmensamente alto. Pronto estuvo tan cerca que despejó toda duda: ahí lo tenían, el sol iluminaba su yelmo dorado y el brillante peto de la coraza refulgía; llevaba una espada en el costado, una piel de león sobre la espalda y un mazo aún más grueso que el bastón de Anteo en el brazo derecho.

Para entonces, toda la nación pigmea había podido ver aquella nueva maravilla, de modo que empezaron a gritar al unísono, con el fin de que su chillido resultara audible.

—¡Arriba, Anteo! ¡Muévete, viejo perezoso! Se acerca otro gigante tan fuerte como tú con cara de pocos amigos.

—¡Bobadas! ¡Bobadas! —protestó el soñoliento gigante—. Terminaré mi siesta, venga quien venga.

El desconocido continuó acercándose y los pigmeos distinguieron con claridad que, si bien su estatura no era tan elevada como la de Anteo, parecía más ancho de hombros. ¡Y estos debían ser realmente asombrosos! Como ya os conté hace mucho tiempo, en una ocasión llegaron a sostener el cielo. Los pigmeos, como eran diez veces más vivaces que el majadero de su hermano, fueron incapaces de soportar la lentitud de sus movimientos y decidieron levantarlo como fuera. Así que continuaron gritando y llegaron incluso a pincharle con sus espadas.

—¡Levántate! ¡Levántate! ¡Levántate! —chillaban—. ¡Arriba esos huesos perezosos! El mazo de ese gigante es más grande que el tuyo, sus hombros son más anchos y parece más fuerte.

Anteo no podía soportar que alguien hablara de la existencia de otro mortal ni la mitad de poderoso que él. Por ello, se sintió sumamente molesto por este último comentario, que pareció herirle más profundamente que las espadas. Sentándose malhumorado y abriendo una enorme boca al bostezar, se restregó los ojos; luego volvió su estúpida cabezota hacia donde señalaban con impaciencia sus diminutos

amigos.

Tan pronto como sus ojos divisaron al desconocido, se puso en pie de un salto y, blandiendo el poderoso bastón que zumbaba en el aire, caminó dos o tres kilómetros para salirle al paso.

—¿Quién eres? —tronó el gigante—. ¿Y qué vienes a buscar en mis dominios?

Anteo poseía un extraño poder del que todavía no os he hablado, temiendo que, si os relataba de golpe tantas maravillas, no creeríais ni la mitad de ellas. Pero quiero que sepáis que, cada vez que este formidable gigante tocaba el suelo con la mano, con el pie o con cualquier parte de su cuerpo, veía aumentado su vigor. La tierra, como recordaréis, era su madre y sentía un profundo cariño por él, por ser casi el más corpulento de sus hijos. De ahí que inventara aquel ingenioso método para que la fuerza del gigante no disminuyera nunca. Algunos dicen que Anteo se volvía diez veces más poderoso cada vez que tocaba la tierra; aunque otros afirman que únicamente doblaba su vigor. ¡Tratad de imaginarlo! En uno de sus paseos, suponiendo que caminara quince kilómetros y que cada una de sus zancadas avanzara cien metros, calculad cuánto aumentaba su fuerza. Siempre que se tendía en el suelo para reposar un poco, incluso levantándose al instante, adquiriría la fuerza de diez gigantes de su tamaño. Era una suerte para el mundo que Anteo fuera de naturaleza indolente y prefiriera la tranquilidad a la acción, pues, si hubiera sido tan saltarín como los pigmeos y hubiese tocado la tierra tan a menudo como ellos, hace mucho tiempo que habría tenido la fuerza necesaria para bajar el cielo a la altura de las orejas de la gente. Pero era uno de esos torpes gigantes semejantes a montañas, no solo por su volumen, sino también por su aversión al movimiento.

Cualquier otro mortal, excepto aquel que acababa de entrar en sus dominios, se habría muerto de miedo al ver su feroz aspecto y oír su atronadora voz. Sin embargo, aquel extraño ni se inmutó. Levantó descaradamente su mazo, sin dejar de balancearlo con la mano y pareció medir a Anteo con la mirada, sin manifestar el menor asombro ante su estatura, como si hubiera visto innumerables gigantes en su vida y aquel no fuera el más grande de todos. En realidad, si el gigante hubiera sido del tamaño de los pigmeos (que miraban y escuchaban con gran atención lo que ocurría), el miedo de Hércules no habría sido menor.

—¿Quién eres? —rugió Anteo nuevamente—. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué has venido hasta aquí? Habla, vagabundo, o probaré la dureza de tu cráneo con mi bastón.

—Eres un gigante muy grosero —respondió el desconocido sin perder la calma—. Es probable que tenga que enseñarte un poco de educación antes de que nos despidamos. En cuanto a mi nombre, soy Hércules. Estoy atravesando tus dominios porque es el mejor camino para llegar al jardín de las Hespérides, donde debo coger tres manzanas de oro para el rey Euristeo.

—¡Miserable! ¡No permitiré que des un paso más! —vociferó Anteo lanzándole

una mirada aún más terrible; pues había oído hablar del poderoso Hércules y le tenía un profundo odio—. ¡Y tampoco regresarás a tu tierra!

—¿Y cómo vas a impedírmelo? —preguntó Hércules.

—Golpeándote con este pino —gritó el gigante, frunciendo el ceño hasta convertirse en el monstruo más feo de África—. Soy cinco veces más fuerte que tú y, en cuanto golpee la tierra con este pie, seré quinientas veces más poderoso. Sin embargo, me avergüenza matar a un enano tan insignificante y débil como tú, de modo que te convertiré en mi esclavo. Tira, por favor, tu mazo y las demás armas. Tengo la intención de hacerme un par de guantes con tu piel de león.

—Pues entonces, ¡ven! ¡A ver si eres capaz de quitármela de los hombros! —exclamó Hércules levantando su mazo.

El gigante, con una mueca de rabia, se dirigió hacia el extraño a grandes zancadas, como una gran torre, mientras veía incrementada diez veces su fuerza con cada paso que daba. Quiso propinar un terrible golpe a su enemigo con el pino que le servía de bastón, pero Hércules lo detuvo con su mazo y, como era más hábil que su rival, le devolvió un porrazo tan fuerte que aquella enorme mole semejante a una montaña se derrumbó en el suelo. Los pobres pigmeos (que jamás habían imaginado que existiera alguien tan fuerte como su hermano Anteo) quedaron consternados ante lo ocurrido. Sin embargo, nada más desplomarse, el gigante volvió a ponerse en pie de un salto, con una fuerza diez veces mayor; y su rostro reflejaba tanta ira que solo mirarle producía espanto. Intentó asestar un nuevo golpe a Hércules, pero la rabia le cegó hasta tal punto que nuevamente falló; y la pobre e inocente Madre Tierra fue la única que recibió el violento porrazo, y sus entrañas gimieron y temblaron. El pino se incrustó con tanta fuerza en la tierra que, mientras Anteo intentaba arrancarlo, Hércules le dio un brutal mazazo en los hombros; y el gigante rugió como si de sus inmensos pulmones hubieran escapado toda clase de intolerables sonidos en un único alarido, que voló por encima de valles y montañas y, según me han dicho, llegó a oírse en el otro extremo de los desiertos africanos.

Y la capital de los pigmeos quedó completamente destruida por los violentos temblores que originó la vibración del aire. Y, a pesar de que el estruendo no podía ser mayor, tres millones de pequeñas gargantas empezaron a gritar, imaginando que aumentaban al menos diez veces el bramido del gigante. Entretanto Anteo, sintiéndose más fuerte que nunca, volvió a ponerse en pie y, extrayendo el pino de la tierra, corrió furibundo hacia Hércules para asestarle otro estacazo.

—¡Esta vez no escaparás, granuja! —vociferó.

Pero una vez más, Hércules esquivó el fatal golpe con su mazo, deshaciendo el pino del gigante en mil pedazos, que cayeron sobre los pigmeos y causaron muchos más daños de los que yo hubiera deseado. Y, antes de que Anteo pudiera apartarse, Hércules le sacudió otro violento mazazo que le hizo caer nuevamente al suelo y

aumentar el enorme vigor que ya poseía. Y no encuentro palabras para describir la intensidad de su cólera. Solo os diré que su único ojo se había convertido en un círculo de incandescentes llamaradas. Al no disponer de más arma que sus puños (cada uno de ellos de mayor tamaño que un tonel de doscientos veinticinco litros), los cerró con fuerza, golpeó el uno contra el otro, y empezó a dar saltos furiosos, mientras balanceaba sus descomunales brazos como si, además de matar a Hércules, pretendiera aplastar el mundo entero.

—¡Vamos! —bramó el gigante—. ¡Deja que te dé un puñetazo en la oreja! ¡Seguro que no volverá a dolerte!

Pero Hércules, a pesar de ser lo suficientemente fuerte para sostener el cielo, empezó a darse cuenta de que nunca ganaría aquella lucha si se limitaba a derribar a Anteo; pues, cada vez que este tocaba el suelo, cobraba nuevas fuerzas gracias a la ayuda de la Madre Tierra. Por esta razón, el héroe arrojó el mazo con el que había librado tantas batallas y se dispuso a enfrentarse a su rival con las manos desnudas.

—¡Acércate! —gritó—. Puesto que he roto tu pino, mediremos nuestras fuerzas en un combate de lucha libre.

—¡Será un auténtico placer! —repuso Anteo, pues si había algo de lo que estaba orgulloso era de su destreza en este tipo de combate—. ¡Bellaco! ¡Te mandaré a un lugar del que no puedas regresar!

Y el gigante se lanzó al ataque, saltando y haciendo cabriolas, realmente enfurecido, mientras su fuerza aumentaba y aumentaba.

Sin embargo, debéis comprender que Hércules era mucho más sabio que el torpe gigante, y había estudiado el mejor modo de enfrentarse a aquel enorme monstruo nacido de la tierra con el fin de derrotarle, a pesar de la poderosa ayuda de su madre. Por ello, supo esperar el momento oportuno y, justo cuando el gigante se abalanzó sobre él, lo atrapó con ambas manos y, alzándolo en vilo, lo sujetó por encima de su cabeza.

Imaginaos la escena, mis queridos amiguitos. Debió de ser todo un espectáculo contemplar a aquella criatura monstruosa con la cabeza hacia abajo, pataleando en el aire, retorciendo su inmenso corpachón, al igual que un recién nacido.

Pero lo más asombroso fue que, tan pronto como Anteo estuvo alejado de la tierra, el vigor que esta le transmitía empezó a desvanecerse. Hércules pronto comprendió que su fastidioso enemigo era cada vez más débil, no solo porque pataleaba y luchaba con menor violencia, sino también porque el terrible estruendo de su voz se había convertido en un murmullo. Pues la verdad era que Anteo estaba condenado a perder tanto su fuerza como su aliento vital a menos que tocara la Madre Tierra una vez cada cinco minutos. Hércules había adivinado su secreto; y será mejor para nosotros recordarlo, por si algún día nos vemos obligados a luchar contra un rival como Anteo. Esas criaturas nacidas de la tierra solo resultan difíciles de vencer

en su propio medio, y se pueden manejar cómodamente si conseguimos elevarlas a una región más pura y noble. Y así lo demostró aquel pobre gigante, por el que no puedo evitar sentir una cierta lástima, a pesar de su forma de maltratar a los desconocidos que se acercaban a visitarlo.

Cuando apenas le quedaban fuerza y vida, Hércules lanzó su inmenso corpachón por los aires, y Anteo fue a caer a más de un kilómetro de distancia, y allí quedó tendido sin más vida que una montaña de arena. Era demasiado tarde para que la Madre Tierra corriera en su ayuda. No me extrañaría nada que sus pesados huesos continuaran aún allí, confundidos con los de un elefante de tamaño asombroso.

Sin embargo, ¡cómo se lamentaban los pobres pigmeos viendo a su gigantesco hermano tan cruelmente tratado! Pero, si Hércules oyó sus apenados gritos, hizo caso omiso de ellos, pues posiblemente imaginó que eran apenas los lastimosos gorjeos de aquellos pajarillos que habían abandonado sus nidos asustados por el estrépito del combate. Sus pensamientos habían estado tan concentrados en el gigante que jamás había dirigido su mirada hacia los pigmeos, y no creo que conociera la existencia de una pequeña nación tan curiosa como aquella. Después de haber recorrido un largo camino y agotado por la lucha, extendió la piel de león sobre el suelo y, tumbándose sobre ella, se quedó profundamente dormido.

Apenas vieron los pigmeos que Hércules se disponía a echar una siesta, empezaron a hacerse señales unos a otros, moviendo la cabeza y guiñando sus diminutos ojos. Y, cuando la respiración profunda y regular de Hércules les infundió la certeza de que se encontraba dormido, celebraron una multitudinaria reunión en un espacio de alrededor de dos metros y medio cuadrados. Uno de sus oradores más elocuentes (que además era un valiente guerrero, aunque no manejase ninguna arma tan bien como la lengua) se subió a una seta y, desde aquella elevada posición, se dirigió a la masa con estas palabras:

—¡Pigmeos! Hemos sido testigos de la terrible desgracia que acaba de ocurrir y hemos visto de qué forma ha sido insultada nuestra nación. Allí a lo lejos yace Anteo, nuestro muy amado amigo y hermano, asesinado dentro de nuestras fronteras por un malvado granuja que, aprovechándose de su inferioridad, se enfrentó a él en una lucha tan encarnizada (si lo que hemos visto puede llamarse así) como jamás soñaron contemplar hombres, gigantes o pigmeos. Y, para hacer aún mayor su afrenta, el muy bellaco se ha dormido tan tranquilo, como si no tuviera nada que temer de nuestra ira. ¡Compatriotas! Ha llegado el momento de decidir qué imagen de nuestro pueblo deseamos dar al mundo y cómo nos juzgará la historia si dejamos que todas estas ignominias queden sin venganza.

»Anteo era nuestro hermano, nacido de la misma madre, a quien debemos estos músculos y estos tendones, así como estos corazones llenos de valentía que tanto le enorgullecieron. Fue un fiel aliado, y cayó luchando tanto por los derechos de nuestra

patria como por su propia integridad. Nosotros, al igual que nuestros antepasados, hemos convivido amistosamente con él, y nos hemos tratado con respeto y amor, de hombre a hombre, durante generaciones y generaciones. Recordad con cuánta frecuencia todo nuestro pueblo ha descansado bajo su sombra y cómo nuestros pequeños jugaban al escondite entre los nudos de sus cabellos; tampoco olvidéis cómo caminaba entre nosotros, sin que sus poderosos pasos nos pisaran ni la punta del pie. Y nuestro amado hermano, ese tierno y afectuoso amigo, ese fiel y valiente aliado, ese virtuoso gigante, ese inocente y bondadoso Anteo, yace sin vida. ¡Muerto! ¡Impotente! ¡Mudo! ¡Una simple montaña de barro! Perdonad mis lágrimas... Pero también las veo en vuestros ojos. Si inundáramos el mundo con ellas, ¿acaso podría alguien culparnos?

»En pocas palabras, compatriotas, ¿dejaremos que este forastero malvado y traidor prosiga su camino incólume y victorioso hacia los confines de la tierra? ¿No vamos a obligarle a dejar sus huesos junto a los de nuestro hermano asesinado? Y de este modo, mientras el esqueleto de Anteo conmemore eternamente nuestro dolor, el de Hércules servirá de ejemplo ante los hombres de la terrible venganza de los pigmeos. Tengo la seguridad de que nuestra decisión servirá para reflejar el valor de este pueblo, y acrecentará la gloria que hemos heredado de nuestros antepasados y que hemos reivindicado con orgullo en nuestras batallas contra las grullas.

El orador fue aquí interrumpido por una explosión de incontenible entusiasmo; y cada uno de los pigmeos gritó enfervorizado, afirmando que el honor de la patria debía ser protegido por encima de todo. Él saludó inclinando la cabeza y, haciendo un gesto para pedir silencio, continuó la arenga pronunciando las siguientes admirables palabras:

—¡Compatriotas! Solo nos queda decidir si iniciamos la guerra como una nación, todos unidos contra el enemigo, o elegimos a uno de nuestros campeones, famoso por sus anteriores victorias, para que desafíe en singular combate al asesino de nuestro hermano Anteo. En este caso, aunque soy consciente de que existen pigmeos más altos que yo, me ofrezco voluntario para cumplir tan envidiable misión. Y creedme, queridos compatriotas, tanto si vivo como si muero, el honor de este gran país y la fama heredada de nuestros heroicos antepasados seguirán incólumes. Pues, mientras pueda empuñar esta espada que ahora desenvaino, jamás, jamás, jamás, permitiré que estos sean mancillados, aunque la mano ensangrentada que mató al gran Anteo me obligue a morder el polvo de la tierra que me dispongo a defender con la vida.

Y, diciendo estas palabras, el valiente pigmeo sacó su arma (cuya visión era terrorífica, pues era del tamaño de la hoja de una navaja), arrojando su vaina sobre las cabezas de la multitud. Su discurso fue seguido de un estallido de aplausos, como indudablemente merecían su patriotismo y su espíritu de sacrificio; y los vítores y aplausos se habrían prolongado mucho más, de no haberlos hecho casi inaudibles la

profunda respiración o, más vulgarmente, el profundo ronquido del agotado Hércules.

Finalmente, se tomó la decisión de que la nación pigmea entera contribuiría a la destrucción de Hércules. Pero no porque se pusiera en duda que aquel valiente paladín pudiera derrotarle con su espada, sino porque fue declarado enemigo público y todos querían compartir la gloria de su derrota. Asimismo, se celebró un debate para discutir si el honor de la patria no exigía enviar por delante un emisario, que, aproximándose al oído de Hércules, tocara la trompeta para desafiarle formalmente. Dos o tres de los pigmeos más sabios y venerables, que gozaban de gran experiencia en asuntos de Estado, afirmaron que la guerra ya había comenzado, por lo que estaban en todo su derecho de tomar al enemigo por sorpresa. Además, si Hércules despertaba y se ponía en pie, podría causarles innumerables daños antes de volver a ser derribado. Pues, como aquellos sabios consejeros observaron, el mazo del desconocido era realmente enorme y había caído cual rayo en el cráneo de Anteo. Por todo ello, los pigmeos decidieron dejar a un lado sus ridículos escrúpulos y atacar de inmediato a su rival.

Así pues, todos los hombres en edad de luchar cogieron sus armas y se dirigieron con valentía hacia Hércules, que continuaba profundamente dormido, sin imaginar la venganza que los pigmeos tramaban contra él. Un grupo de veinte mil arqueros marchaba a la cabeza del ejército, con sus diminutos arcos bien tensados y las flechas preparadas para el ataque. Un número semejante de guerreros debía trepar por el cuerpo de Hércules; unos tenían la orden de sacarle los ojos con sus palas, mientras que otros debían llevar gavillas de heno y desperdicios para taponarle la boca y los orificios nasales, a fin de que pereciera asfixiado. Pero estos últimos fueron incapaces de realizar la tarea que se les había encomendado, pues el aire que Hércules respiraba salía a través de sus orificios nasales con la misma violencia que un huracán y, tan pronto como se acercaban a él, los pigmeos salían volando por los aires. Por ello, se hizo necesario recurrir a otra táctica para poder continuar la guerra.

Tras celebrar un consejo, los capitanes ordenaron a sus tropas recoger palos, paja, hierbajos secos y todo lo que encontraran y pudiera servir de combustible, y los amontonaron alrededor de la cabeza de Hércules. Como el número de pigmeos empleados en esta tarea era tan elevado, pronto dispusieron de una gran cantidad de material inflamable que, una vez apilado, alcanzó una asombrosa altura; así, cuando los pigmeos subían a su cima, alcanzaban la altura del rostro del mismísimo Hércules. Entretanto, los guerreros se colocaron a tiro de arco, con orden de disparar apenas Hércules se moviera. Cuando todo estuvo preparado, acercaron una tea encendida al montículo, que no tardó en empezar a arder; y Hércules habría perecido asado de no haberse puesto en pie. Ya sabéis que un pigmeo, a pesar de su diminuto tamaño, puede incendiar el mundo entero con la misma facilidad que un gigante; por eso, sin duda era este el mejor método para enfrentarse a su enemigo, siempre que

consiguieran que no se moviera mientras iniciaban la conflagración.

Pero tan pronto como Hércules empezó a chamuscarse, se levantó de un salto con la cabellera en llamas.

—¿Qué ocurre? —gritó, aún aturdido por el sueño, mirando a su alrededor como si esperara ver a otro gigante.

En aquel mismo instante, los veinte mil arqueros dispararon sus flechas, que salieron zumbando como un enjambre de mosquitos alados, hasta toparse con el rostro de Hércules. Sin embargo, dudo que más de media docena lograran atravesar su piel, que era asombrosamente dura y correosa, como debe ser la piel de un héroe.

—¡Villano! —chillaron a coro todos los pigmeos—. Has matado al gigante Anteo, nuestro gran hermano y aliado. Te declaramos la guerra y morirás ahora mismo en nuestras manos.

Al escuchar tantas y tantas vocecillas estridentes, Hércules, tras apagar con asombro el fuego de sus cabellos, miró a uno y otro lado sin conseguir ver a nadie. Finalmente, sin embargo, mirando con gran atención entre sus pies, divisó la multitudinaria reunión de pigmeos. Se inclinó sobre ellos y, cogiendo entre el índice y el pulgar al más cercano, lo colocó en la palma de su mano izquierda, donde lo examinó guardando una prudente distancia. Y resultó ser el mismo pigmeo que se había dirigido a los demás desde lo alto de una seta, ofreciendo enfrentarse a Hércules en singular combate.

—¿Qué clase de criatura eres, pequeñajo? —gritó Hércules.

—Soy tu enemigo —respondió el valiente pigmeo con el chillido más fuerte que su voz le permitió—. Has matado al gigante Anteo, nuestro hermano por parte de madre, y el más fiel aliado de nuestra ilustre nación durante generaciones. Estamos decididos a acabar contigo y yo, por mi parte, te desafío a enfrentarte a nuestras fuerzas en este mismo instante.

A Hércules le hicieron tanta gracia las altisonantes palabras y los aguerridos gestos del pigmeo que prorrumpió en sonoras carcajadas, y a punto estuvo aquella pobre e insignificante criatura de caerse de la palma de su mano, por las convulsiones que ocasionó su ataque de risa.

—¡Juro por mi honor que creía haber visto todos los prodigios! —exclamó—. Hidras de nueve cabezas, ciervos con astas doradas, hombres de seis piernas, perros de tres cabezas, gigantes con hornos en sus estómagos, y quién sabe cuántas cosas más. Sin embargo, aquí, en la palma de mi mano, tengo algo que supera todas las maravillas. Tu cuerpo, amiguito, tiene el tamaño del dedo de un hombre. Así que dime, ¿cuánto mide tu alma?

—¡Tanto como la tuya! —repuso el pigmeo.

Hércules se conmovió ante la audacia de aquella minúscula criatura y no pudo evitar sentirse fraternalmente unido a él, como suele ocurrir entre los héroes.

—Admirado pueblo —gritó haciendo una reverencia ante los pigmeos—, ¡por nada del mundo desearía ofender a una nación tan valiente! Vuestro corazón es tan grande que me maravilla ver cómo cabe en ese diminuto cuerpo. Os pido la paz y, para que veáis que no miento, daré cinco pasos hacia delante y, al sexto, habré salido de vuestro reino. ¡Adiós a todos! Andaré con gran cuidado para no aplastar en un descuido a cincuenta de los vuestros. ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! Por primera vez, Hércules se reconoce vencido.

Algunos autores afirman que Hércules envolvió a todos los pigmeos en su piel de león y se los llevó a Grecia para que los hijos del rey Euristeo jugaran con ellos. Pero esto no es cierto. Pues los dejó a todos en su territorio, donde, según me han contado, aún continúan viviendo sus descendientes, construyendo diminutas casas, cultivando los campos, dando azotes en las nalgas a los niños, librando batallas contra las grullas, haciendo pequeños negocios y leyendo aquellas historias de los viejos tiempos. Y es muy posible que en alguna de ellas quede constancia de que hace muchos siglos, los valientes pigmeos vengaron la muerte del gigante Anteo, ahuyentando al poderoso Hércules.

## Los dientes del dragón

Cadmo, Fénix y Cílix, los tres hijos del rey Agenor, acompañados de su hermana pequeña Europa (una niña de extraordinaria belleza), estaban jugando a la orilla del mar en el reino de Fenicia. Caminando, caminando, se habían alejado del palacio donde vivían con sus padres y habían llegado a una verde pradera situada junto al mar, cuya superficie resplandecía a la luz del sol mientras las olas rompían suavemente en la playa. Los tres muchachos se divertían recogiendo flores y trenzando guirnaldas con las que adornaban los cabellos de la niña, que estaba sentada sobre la hierba. Y había tantos capullos y pétalos sobre ella que solo podía verse su alegre y sonrosada carita, que, como decía Cadmo, era la más hermosa de las flores.

Justo en aquel momento, apareció una magnífica mariposa revoloteando; y Cadmo, Fénix y Cílix se apresuraron a ir tras ella, gritando que no era sino una flor con alas. Europa, algo cansada de jugar todo el día, prefirió continuar sentada donde sus hermanos la habían dejado, y cerró los ojos. Durante algún tiempo escuchó el apacible murmullo de las olas, que parecían pedir silencio e invitarle a conciliar el sueño. Pero la hermosa niña apenas había tenido tiempo de adormecerse cuando oyó un fuerte ruido de pisadas sobre la hierba; y asomando su cabeza entre las flores, contempló a muy corta distancia un toro blanco como la nieve.

¿Y de dónde había salido? Europa y sus hermanos llevaban mucho tiempo jugando en aquella pradera, y jamás habían visto en las cercanías ganado ni ninguna otra criatura viva.

—¡Hermano Cadmo! —gimoteó la pequeña, poniéndose en pie de un salto entre las rosas y los lirios—. Fénix, Cílix, ¿dónde estáis? ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Venid a ahuyentar a este toro!

Pero sus hermanos estaban demasiado lejos y no la oían; pues el miedo parecía haberle arrebatado la voz y le impedía gritar con todas sus fuerzas. Así se quedó, pues, con la boca abierta, tan pálida como los blancos lirios que, entrelazados con otras flores, adornaban sus guirnaldas.

Sin embargo, fue lo inesperado de la aparición, y no el aspecto del toro, lo que

originó en ella tanta alarma. Al mirarlo con mayor detenimiento, empezó a darse cuenta de que era un hermoso animal, y creyó adivinar una expresión amable en su mirada. Y era tal la fragancia de su aliento (ya sabéis que este es siempre dulce en el ganado) como si los capullos de rosa o las más delicadas flores del trébol fueran su único alimento. Jamás se había visto un toro con una mirada tan brillante y tan tierna, y con unos cuernos de marfil tan suaves. Y jugueteaba, corriendo y saltando alrededor de la pequeña; y así, al ver su actitud mansa y afectuosa, Europa olvidó lo grande y fuerte que era, y empezó a pensar que se trataba de una criatura tan inocente como un corderillo.

Por ello, a pesar de lo asustada que estaba al principio, poco a poco fue perdiendo el miedo y acarició tímidamente la cabeza del animal con su blanca manita, al tiempo que se quitaba las guirnaldas del pelo para adornarle los cuernos de marfil y el cuello. Arrancó unas briznas de hierba y se las ofreció; y el toro las comió de su mano, no porque tuviera hambre, sino porque quería entablar amistad con aquella hermosa chiquilla, y le agradaba comer cualquier cosa que ella hubiese tocado. ¿Acaso ha existido alguna vez criatura más dulce, gentil y amable que aquel toro, y mejor compañero de juegos para una niña?

Cuando el animal vio que Europa ya no le tenía miedo (pues era tan inteligente que causa verdadero asombro pensar en ello), se alegró sobremanera y apenas pudo contener su regocijo. Empezó a brincar de aquí para allá, dando grandes saltos, con la misma facilidad con que un pájaro salta de rama en rama. Y es cierto que sus cabriolas eran tan ligeras como si volara, y sus pezuñas pisaban con tanta suavidad que apenas dejaban marcada la huella. Y era tan blanco que parecía una montaña de copos de nieve que el viento llevara de un lugar a otro. En una ocasión, galopó tan lejos de la pequeña que esta creyó que no volvería a verlo nunca más y empezó a gritarle con todas sus fuerzas que regresara.

—¡Vuelve, bella criatura! —exclamó—. Aquí tengo una deliciosa flor de trébol.

Y fue realmente hermoso ver la gratitud del toro, que, para mostrar su alegría, empezó a dar grandes saltos. Se acercó corriendo e inclinó su cabeza ante Europa, como si supiera que se trataba de la hija de un rey o reconociera una gran verdad: que toda niña es una reina para los demás. Y se arrodilló a los pies de la pequeña, subiendo y bajando la cabeza, mostrando tanta inteligencia que Europa comprendió lo que el animal quería comunicarle con la misma claridad que si lo hubiera expresado con palabras.

—Ven, querida niña —parecía querer decir—. Te llevaré a dar un paseo.

Cuando esta idea cruzó por su pensamiento, Europa retrocedió asustada. Pero pronto se dio cuenta de que no había el menor peligro en dar una pequeña vuelta sobre aquel dócil y afable animal, que le permitiría bajarse en cuanto se lo pidiera. ¡Qué cara de sorpresa pondrían sus hermanos cuando la vieran montando aquel

hermoso toro! ¡Cuánto se divertirían turnándose para galopar o subiéndose todos juntos sobre tan mansa criatura! Irían a gran velocidad por la pradera y sus risas podrían oírse hasta en el palacio del rey Agenor.

«Creo que voy a subirme», se dijo.

Y ¿por qué no? La pequeña miró a su alrededor y vislumbró en la lejanía a Cadmo, Fénix y Cílix persiguiendo a la mariposa. El medio más rápido de ir a buscarlos sería, sin duda, montar a lomos del toro blanco. Así pues, dio unos pasos hacia él; y fue tanta la dicha del toro al ver acercarse a la pequeña (pues era singularmente sociable) que esta no pudo sino olvidar todos sus recelos. Dando un salto (aquella pequeña princesa era tan ágil como una ardilla), se sentó encima del hermoso toro, agarrándose a ambos cuernos para evitar caerse.

—¡Tranquilo, torito, tranquilo! —exclamó bastante asustada de su temeridad—. ¡No galopes muy deprisa!

Cuando estuvo montada, el animal se elevó por los aires para luego descender como una pluma, y, así, Europa nunca supo si volaba o corría. El toro se dirigió a gran velocidad hacia sus tres hermanos, que acababan de cazar la preciada mariposa. Europa gritó entusiasmada, y Fénix, Cílix y Cadmo se quedaron boquiabiertos al contemplar el espectáculo de su hermana subida a lomos de un toro blanco; pues no sabían si asustarse o sentir envidia. El dulce e inocente animal (¿acaso alguien podría poner eso en duda?) hizo unas cabriolas alrededor de los niños, jugueteón como un gatito. Entretanto, la niña les miraba con gran regocijo, y su carita sonrosada reflejaba una gran dignidad. Cuando el toro dio la vuelta para iniciar otra carrera, Europa movió la mano en señal de despedida, y gritó adiós a sus hermanos, fingiendo emprender un largo viaje que la tendría alejada de su familia quién sabe cuánto tiempo.

—¡Adiós! —le respondieron al unísono Cadmo, Fénix y Cílix.

Sin embargo, a pesar de su alegre excitación, aún quedaba un resto de temor en el corazón de la pequeña. Tal vez por esta razón, la última mirada que dirigió a los tres muchachos estuvo cargada de inquietud; y ellos tuvieron el presentimiento de que su querida hermana les abandonaba para siempre. ¿Y qué creéis que hizo a continuación el toro blanco? Pues partió de allí, ligero como el viento, en dirección a la orilla del mar y, tras galopar por la arena a gran velocidad, se zambulló de un salto entre las olas, levantando una lluvia de blanca espuma que los empapó antes de volver a caer al agua.

¡Qué alarido de terror lanzó la pequeña! Los tres hermanos también gritaron y, tan rápido como les permitieron sus piernas, corrieron hacia la playa con Cadmo a la cabeza. Pero ¡era demasiado tarde! Cuando llegaron a la orilla, el traidor animal estaba ya a una gran distancia, en medio del inmenso mar azul, y solo su cabeza sobresalía por encima de las olas, mientras la pobre Europa extendía una mano hacia

sus queridos hermanos, sujetándose fuertemente con la otra a uno de los cuernos. Y allí estaban Cadmo, Fénix y Cílix, contemplando con los ojos inundados de lágrimas cómo se alejaba la pequeña, hasta que llegó un momento en el que no pudieron distinguir la nivea cabeza de toro de la blanca cresta de las olas, que parecían surgir de las profundidades del mar. Y el toro blanco desapareció para siempre llevándose con él a la hermosa niña.

Como podéis imaginar, fue realmente triste para los tres muchachos volver a palacio y contar a sus padres lo ocurrido. El rey Agenor, su padre, era el soberano de aquellas tierras; pero amaba a su hijita Europa por encima de todas las cosas, mucho más que a todo su reino o que a sus otros hijos. Por ello, cuando Cadmo y sus dos hermanos regresaron llorando, y le contaron que un toro blanco se había llevado a la niña nadando por el mar, el rey enloqueció de rabia y dolor. Y, a pesar de que estaba anocheciendo, les ordenó salir enseguida a buscarla.

—No volveréis a contemplar mi rostro —les gritó enfurecido— a menos que consigáis encontrar a la pequeña Europa; pues solo ella logrará alegrarme con sus sonrisas y con sus graciosos ademanes. ¡Alejaos de mi presencia! Únicamente cuando traigáis a vuestra hermana de la mano, seréis de nuevo admitidos en palacio.

Al pronunciar estas palabras, sus ojos despedían fuego (pues era un rey muy vehemente) y parecía tan furioso que los pobres muchachos no se atrevieron siquiera a pedir algo de cena. Y salieron sigilosamente del palacio, deteniéndose apenas unos instantes en la escalinata para decidir lo que debían hacer. Fue entonces cuando su madre, la reina Telefasa (que no había estado presente cuando contaron al rey la triste historia), corrió a decirles que ella también partiría en busca de su hija.

—¡No, madre, no! —exclamaron los niños—. La noche es oscura y quién sabe los peligros que nos esperan.

—¡Ay, mis queridos hijos! —respondió la pobre reina Telefasa, llorando amargamente—. Esa es otra de las razones por las que quiero acompañaros. Si también os perdiera a vosotros, ¿qué sería de mí?

—¡Dejad que os sirva de escolta! —gritó Taso, su compañero de juegos.

El muchacho era hijo de un marinero que vivía muy cerca de palacio y se había convertido en el mejor amigo de los jóvenes príncipes, pues se había criado con ellos y sentía un profundo amor por Europa; por eso estuvieron todos de acuerdo en que les ayudara. Cadmo, Fénix, Cílix y Taso rodearon a la reina Telefasa, cogidos de sus faldas, y le rogaron que se apoyara sobre sus hombros siempre que estuviese fatigada. Y así fue como bajaron todos las escaleras e iniciaron un viaje que resultaría mucho más largo de lo que nunca imaginaron. La última vez que vieron al rey Agenor, este desde la puerta, acompañado de un criado que llevaba una enorme antorcha, les gritó en medio de la oscuridad:

—¡Recordadlo bien! ¡Jamás volváis a subir estas escaleras sin la niña!

—¡Jamás! —respondió entre sollozos la reina Telefasa.

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás! —repitieron los tres hermanos y Taso.

Y cumplieron su palabra. Año tras año, el rey Agenor en la soledad de su hermoso palacio, esperó en vano su regreso, anhelando oír sus pisadas, la voz familiar de la reina, la alegre charla de Cadmo, Fénix, Cílix y Taso y el parloteo infantil de la pequeña Europa. Sin embargo, transcurrió tanto tiempo que, si finalmente hubieran regresado, el rey no habría reconocido la voz de Telefasa ni las risas de sus hijos, que tanto alboroto armaban cuando jugaban en palacio. Y ahora dejaremos al rey Agenor sentado en su trono y viajaremos con la reina Telefasa y sus cuatro jóvenes compañeros.

Siguieron adelante sin desfallecer jamás y recorrieron enormes distancias, atravesando ríos y montañas, y cruzando mares. En todas partes preguntaron si alguien tenía noticias de la pequeña Europa. Al oír sus palabras, los campesinos abandonaban por unos instantes sus labores y los miraban con asombro. Pues consideraban muy extraño ver a aquella mujer, ataviada como una reina (Telefasa, con las prisas, había olvidado quitarse su corona y sus elegantes ropajes), vagando por los campos acompañada de cuatro muchachos, cumpliendo tan singular misión. Pero nadie supo darles noticias de Europa; nadie había visto a una niña vestida de princesa montada sobre un toro blanco que galopaba tan ligero y veloz como el viento. No podría decirnos cuánto tiempo la reina Telefasa, Cadmo, Fénix y Cílix, sus tres hijos, y Taso, el compañero de juegos, anduvieron por caminos y senderos, atravesando los lugares más salvajes y recónditos de la tierra. Pero lo cierto es que, mucho antes de detenerse a descansar, sus ricas vestiduras se habían convertido en harapos. Sucios y andrajosos de tanto caminar, sus zapatos habrían acumulado el polvo de un sinfín de reinos de no haber sido por el agua de los muchos ríos que

vadearon. Cuando llevaban un año de peregrinaje, Telefasa se deshizo de la corona, afirmando que el roce le hería en la frente.

—Me ha dado demasiados dolores de cabeza —añadió la pobre reina— y no puede curar el sufrimiento de mi alma.

Y, en cuanto sus magníficos atavíos estuvieron hechos jirones, los cambiaron por la humilde ropa que llevaba la gente sencilla. Su aspecto se fue volviendo cada vez más desaliñado y montaraz, por lo que no sería de extrañar que los tomaran por una familia de gitanos, en lugar de por una reina, tres príncipes y un joven noble, que en otros tiempos habían habitado un palacio atendidos por un séquito de criados. Los muchachos crecieron hasta convertirse en cuatro esbeltos jóvenes de rostro bronceado. Y los cuatro se ciñeron una espada para defenderse de los peligros del camino. En época de cosecha, cuando los labradores que los acogían hospitalariamente en sus granjas necesitaban ayuda, ellos se la prestaban con agrado; y la reina Telefasa (cuyo único trabajo en palacio había sido trenzar hilos de seda e hilos de oro) iba tras ellos, atando gavillas. Si les ofrecían algún pago, lo rechazaban moviendo la cabeza, y solo preguntaban si tenían noticias de la pequeña Europa.

—Hay muchos toros en mis pastizales —les respondían los viejos granjeros—, pero nunca he oído hablar de uno así. ¡Tan blanco como la nieve y con una pequeña princesa en el lomo! ¡Ja, ja, ja! Les ruego que me disculpen, amigos; pero nunca se ha visto nada semejante por estas tierras.

Pero llegó un día en que Fénix se cansó de viajar de un lado para otro inútilmente y, al atravesar un hermoso y solitario paraje, se sentó en un rincón cubierto de musgo.

—No puedo continuar —afirmó el joven—. Estamos malgastando nuestra vida yendo sin rumbo fijo; y no tenemos siquiera un hogar donde cobijarnos al caer la noche. Nuestra hermana se perdió y nunca volveremos a encontrarla. Es probable que pereciera ahogada en el mar; y, si alcanzó alguna orilla, ha pasado tanto tiempo, que nunca nos reconoceríamos ni podríamos querernos como antes. Mi padre nos prohibió regresar a palacio. Yo me haré una cabaña con esos troncos y viviré aquí.

—Está bien, hijo mío —dijo Telefasa sumamente apenada—. Te has convertido en un hombre y debes hacer lo que creas más conveniente. Yo, por mi parte, seguiré buscando a mi pobre niña.

—¡Nosotros tres iremos contigo! —exclamaron Cadmo, Cílix y su fiel amigo Taso.

Pero, antes de partir, todos ayudaron a construir la morada de Fénix, que, una vez terminada, les admiró por su rústico encanto, con aquel tejado de ramas floridas. En su interior, había dos alegres habitaciones. Una de ellas tenía por lecho un mullido manto de musgo, y la otra estaba amueblada con uno o dos asientos toscamente fabricados con las retorcidas raíces de unos árboles. Y Telefasa y sus tres compañeros no pudieron evitar un suspiro al contemplar un hogar tan cómodo y acogedor; pues

ellos debían continuar errando por el mundo, en lugar de quedarse toda la vida en un paraje tan hermoso y ameno. Sin embargo, al despedirse, Fénix derramó abundantes lágrimas, pues es muy probable que lamentara separarse de aquellos a quienes quería.

Pero aquel era un magnífico rincón para vivir. Y no transcurrió mucho tiempo antes de que llegaran otras gentes sin hogar que decidieron construir sus chozas muy cerca de la vivienda de Fénix. Los años pasaron y el pequeño poblado se convirtió en una gran ciudad, en cuyo centro se elevaba un majestuoso palacio de mármol, donde habitaba Fénix, ataviado con un manto color púrpura y luciendo una corona de oro sobre su cabeza. Pues los habitantes de la nueva ciudad, al saber que por sus venas corría sangre azul, lo habían elegido su soberano. Y el primer decreto que el nuevo rey promulgó ordenaba que si llegaba al reino una doncella montada sobre un toro blanco como la nieve y afirmaba llamarse Europa, todos los súbditos debían atenderla con amabilidad y respeto, llevándola enseguida a su presencia. Lo cual nos muestra los remordimientos que aún sentía por haber abandonado la búsqueda de su muy amada hermana, instalándose cómodamente en aquel palacio, mientras su madre y sus hermanos seguían vagando por el mundo.

Y no podéis imaginaros con cuánta frecuencia Telefasa, Cadmo, Cílix y Taso recordaban, tras un día agotador, el bello lugar donde habían dejado a Fénix. Era realmente triste para aquellos vagabundos pensar que, en cuanto amaneciera, debían seguir caminando; pues en el fondo de su alma sabían que, muchos días después, no estarían más cerca del final de su peregrinaje. Estos pensamientos a veces les abrumaban de melancolía, y parecían atormentar especialmente a Cílix. Finalmente, una mañana, cuando se disponían a coger sus cayados para partir, Cílix se dirigió a ellos diciendo:

—Amada madre, mi buen hermano Cadmo y Taso, fiel amigo, siento como si viviéramos en un sueño. Nuestra existencia carece de sentido. Ha pasado tanto tiempo desde que el toro blanco se llevó a la pequeña Europa que apenas recuerdo su rostro y el tono de su voz e incluso empiezo a dudar de que algún día existiera tan hermosa niña. Mas, si es cierto que habitó entre nosotros, tengo el convencimiento de que perdió la vida hace muchos años, por lo que resulta inútil seguir malgastando nuestra felicidad buscándola. Además, si algún día la encontráramos, se habría convertido en una mujer y nos miraría como a extraños. Para seros sincero, he decidido establecerme en este lugar; os ruego, madre, hermano y amigo, que sigáis mi ejemplo.

—¡Yo no lo haré! —dijo Telefasa con firmeza, aunque la pobre reina estaba tan fatigada que apenas tenía fuerzas para andar—. ¡No, no lo haré! En el fondo de mi alma, la pequeña Europa es aún aquella chiquilla sonrosada que salió a coger flores hace mucho tiempo. No se ha convertido en una mujer ni me ha olvidado. De día y de noche, mientras vago por los caminos o me siento a descansar, oigo su voz infantil

llamándome: «¡Madre! ¡Madre!». Quedaos aquí si así lo deseáis, pero para mí no habrá reposo.

—Ni para mí —aseguró Cadmo—, mientras mi querida madre quiera seguir adelante.

Y también el fiel Taso estaba resuelto a acompañarles. Sin embargo, se quedaron unos días con Cílix y le ayudaron a construir su rústica vivienda, muy semejante a la que habían construido para Fénix.

Al despedirse, el joven estalló en sollozos y dijo a su madre que le parecía tan triste quedarse allí solo como continuar errando por el mundo. De modo que, si ella creía que terminarían encontrando a Europa, estaba dispuesto a dejar su nuevo hogar y continuar la búsqueda con ellos. Pero Telefasa le rogó que se quedara y fuera feliz si su corazón se lo permitía. Entonces, los caminantes se despidieron de Cílix y reanudaron su camino. Apenas habían desaparecido de su vista, cuando llegaron otras gentes que se alegraron enormemente al ver la cabaña del joven; y era un paraje tan hermoso y solitario que decidieron construir allí sus chozas. No transcurrió mucho tiempo antes de que se les uniera un gran número de colonos, y fundaran una nueva ciudad. En el centro podía divisarse un majestuoso palacio de mármol de varios colores, a cuyo balcón se asomaba todos los mediodías Cílix, ataviado con un largo manto color púrpura, y con una corona de alhajas en la cabeza; pues los demás habitantes, en cuanto conocieron la noticia de que era hijo de rey, le rogaron que se convirtiera en su soberano.

Y una de las primeras decisiones que tomó el rey Cílix fue enviar una expedición formada por un serio embajador y una escolta de intrépidos y valientes jóvenes, que debían visitar los principales reinos de la tierra, preguntando si habían visto pasar por allí a una joven doncella, galopando veloz como el viento sobre un toro blanco como la nieve. Pues no cabe duda de que Cílix siempre se culpó por haber abandonado la búsqueda de Europa.

Y no puedo sino entristecerme al pensar en Telefasa, Cadmo y el buen Taso, vagando por el mundo sin descanso. Los dos jóvenes hacían cuanto podían por ayudar a la pobre reina en los terrenos más escarpados, llevándola en sus leales brazos al cruzar los riachuelos y buscando siempre un lugar donde poder cobijarla al anochecer, aunque ellos se vieran obligados a dormir a la intemperie. Era doloroso oírles preguntar a todos aquellos con quienes se cruzaban si habían visto a la pequeña, tanto tiempo después de su desaparición. Y, a pesar de que fueron muchos los grises años que se interpusieron entre ellos (tantos que llegaron incluso a borrar de su memoria el rostro de la niña), jamás pasó por la cabeza de ninguno de aquellos tres leales viajeros abandonar la búsqueda.

Una mañana, sin embargo, el pobre Taso se torció un tobillo y fue incapaz de dar un paso más.

—Después de unos días de descanso —dijo pesaroso—, podré andar cojeando con la ayuda de un bastón. Pero eso no hará más que entorpecer vuestra búsqueda y quizá os impida encontrar a nuestra querida Europa, después de tantas penas y calamidades. Será mejor que sigáis adelante, amados compañeros, y yo os seguiré cuando pueda.

—Has sido un verdadero amigo, querido Taso —dijo la reina Telefasa besando su frente—. A pesar de no ser hijo mío ni hermano de la desaparecida Europa, has mostrado una mayor lealtad que Fénix o Cílix, a los que dejamos por el camino. Sin tu amorosa ayuda y la de mi hijo Cadmo, nunca habría logrado llegar hasta aquí. Ahora debes descansar, y que la paz sea contigo. Pues (y esta es la primera vez que lo admito) empiezo a preguntarme si realmente algún día encontraremos a mi amada hija en este mundo.

Y, diciendo estas palabras, la pobre reina lloraba con desconsuelo, pues es muy duro para una madre aceptar el hecho de que sus esperanzas empiezan a desvanecerse. A partir de aquel día, Cadmo advirtió que el espíritu de Telefasa no era tan animoso como antes y que sus fuerzas se debilitaban cada vez más.

Antes de continuar su viaje, Cadmo ayudó a su buen amigo a construir una cabaña; entretanto, Telefasa, demasiado enferma para servirles de ayuda, les aconsejaba sobre la mejor forma de amueblarla, a fin de que resultara lo más cómoda posible. Sin embargo, Taso no se limitó a pasar los días en su verde choza. Pues corrió la misma suerte que Fénix y Cílix: nada más despedirse de sus amigos, llegaron otros vagabundos que, al contemplar tan hermoso lugar, decidieron establecerse en los alrededores. Y unos años después, aquel solitario paraje se había convertido en una próspera ciudad, con un palacio de piedra roja en su centro, donde podía verse a Taso sentado en un trono mientras impartía justicia con un manto color púrpura sobre los hombros, empuñando un cetro y ciñendo una corona. Pues los demás habitantes le eligieron rey, no porque llevara sangre azul en sus venas (pues venía de una familia de marineros), sino porque era un hombre recto, bondadoso y valiente; y sería difícil hallar una persona mejor para regir sus destinos.

No obstante, tan pronto como solucionó todos los asuntos del reino, el rey Taso dejó a un lado el manto púrpura, la corona y el cetro, y rogó a los más nobles súbditos que impartieran justicia en su nombre. Y cogiendo el bastón de peregrino que durante tantos años le sirviera de apoyo, partió de nuevo, con la esperanza de encontrar algún rastro de la pequeña desaparecida, buscando las huellas de aquel toro blanco como la nieve. Después de una larga ausencia, regresó a su reino y se sentó extenuado en el trono. Sin embargo, hasta que llegó su última hora, el rey Taso fue fiel al recuerdo de Europa; y ordenó tener siempre preparado un baño bien caliente, una exquisita comida y una cama de inmaculadas sábanas, además de una chimenea encendida, por si se presentaba una doncella hambrienta y fatigada. Y, a pesar de que Europa jamás

apareció, el buen Taso recibió la bendición de muchos pobres viajeros, que pudieron disfrutar de los alimentos y del alojamiento que tan noble rey había preparado para la compañera de juegos de su infancia.

Telefasa y Cadmo continuaron su agotadora búsqueda, sin más compañía que la que ellos dos se procuraban. La reina se apoyaba con todo su peso en el brazo de su hijo y eran muy pocos los kilómetros que podía andar al día. Sin embargo, a pesar de su debilidad y de su fatiga, nada logró apartarla de su empeño. Y los ojos de todos los desconocidos a los que preguntaba por su hija se llenaban de lágrimas al oír su triste voz.

—¿Habéis visto a una niña... no, no, a una triste doncella, montando a lomos de un toro blanco como la nieve que galopa tan veloz como el viento?

—Jamás hemos visto maravilla semejante —contestaba la gente.

Y a menudo susurraban al oído de Cadmo:

—Esa mujer de aspecto triste y majestuoso, ¿acaso es tu madre? Pues no parece estar en su sano juicio; deberías llevarla a casa e instalarla confortablemente para que olvidara ese sueño que tanto la obsesiona.

—No se trata de un sueño —respondía el joven—. Es lo único real, todo lo demás son fantasías.

Pero un día Telefasa se mostró más fatigada de lo habitual y apoyó todo el peso de su cuerpo en el brazo de Cadmo, mientras caminaba más lentamente que nunca. Al llegar a un paraje solitario, explicó a su hijo que necesitaba tenderse en la hierba y descansar un buen rato.

—¡Descansar un buen rato, hijo mío! —repitió, mirando con ternura el semblante de Cadmo.

—Reposa todo lo que quieras, querida madre —repuso el joven.

Telefasa le rogó que se sentara a su lado sobre la hierba y cogió una de sus manos.

—Hijo mío —exclamó mirándole triste y amorosamente—, mi reposo será muy largo y no debes esperar a que llegue a su fin. ¿Acaso no comprendes mis palabras? En este lugar cavarás mi sepultura, pues es aquí donde mis agotados huesos encontrarán descanso. Mi peregrinaje ha terminado.

Cadmo rompió en sollozos y durante mucho tiempo se negó a creer que la muerte pudiera arrebatarse a su querida madre. Pero Telefasa le hizo comprender que era una suerte para ella abandonar aquella vida, pues, desde que desapareciera la pequeña Europa, no había conocido sino el dolor, la fatiga y las más crueles decepciones. El joven príncipe contuvo su dolor y escuchó con atención sus últimos deseos.

—Mi muy amado Cadmo —susurró Telefasa—, has sido el mejor de los hijos, cariñoso y leal hasta mis últimos momentos. ¿Quién habría soportado como tú todas mis enfermedades? Solo gracias a tus cuidados, no fui enterrada en un lejano lugar,

hace muchos, muchos años. Pero ya has hecho bastante. Deseo que abandones esta búsqueda sin esperanza. Cuando me hayas dado sepultura, dirígete a Delfos y pregunta al oráculo por tu futuro.

—¡Madre, madre! —sollozó Cadmo—. ¡Ojalá hubieras podido ver a tu hija antes de morir!

—Poco importa ahora —respondió Telefasa, y una sonrisa apareció en su rostro—. Me marchó a un mundo mejor y, antes o después, sé que encontraré en él a mi hija.

No quiero entristeceros, pequeños oyentes, con la muerte y el entierro de Telefasa; solo os diré que su sonrisa se volvió aún más luminosa, por lo que Cadmo tuvo la seguridad de que nada más llegar al otro mundo se había encontrado con Europa entre sus brazos. Y plantó unas flores junto a la tumba, para que embellecieran aquel apartado rincón cuando él estuviera lejos.

Habiendo cumplido con su deber, partió tomando el camino que llevaba al oráculo de Delfos, tal como Telefasa le había aconsejado. Y continuó preguntando a todos aquellos con los que se cruzaba si habían visto a Europa, pues, a decir verdad, estaba tan acostumbrado a hacerlo que las palabras parecían salir solas de sus labios (como a nosotros cuando hablamos del tiempo). Y obtuvo las más variadas respuestas. Unos le decían una cosa y otros, lo contrario. Un marinero le contó que en un lejano país había oído la historia de un toro blanco que llegó nadando a sus costas con una niña cubierta de flores; pero desconocía el paradero de la niña o del toro. Y Cadmo vio un brillo malicioso en su mirada, que le hizo sospechar que solo estaba de broma y que jamás había tenido la menor noticia.

El pobre Cadmo se dio cuenta de que era mucho más duro viajar solo que soportando la carga de su querida madre. Debéis comprender que el dolor que llevaba en su corazón le pesaba tanto que a veces creía imposible poder continuar. Pero sus piernas eran fuertes y ágiles, y estaban acostumbradas al ejercicio. Andaba velozmente, recordando al rey Agenor y a la reina Telefasa, a sus hermanos y al fiel Taso, a quienes había ido dejando por el camino, a lo largo de tan arduo peregrinaje, para no volver a encontrarlos jamás. Y, con la cabeza llena de tales pensamientos, llegó al pie de una gran montaña que, según le dijeron los habitantes de la región, se llamaba monte Parnaso, y en cuya ladera estaba el famoso oráculo de Delfos, su lugar de destino. En aquellos tiempos, lo consideraban el centro del mundo. El oráculo se hallaba situado dentro de una gran cavidad, sobre la que habían construido una tosca cabaña de troncos, que trajo a la memoria del joven príncipe las chozas que había ayudado a edificar a Fénix, a Cílix y, unos años más tarde, a Taso. Mucho tiempo después, cuando empezaron a llegar desde los confines de la tierra auténticas multitudes deseosas de consultar al oráculo, se erigió en aquel mismo lugar un inmenso templo de mármol. Pero en la época de Cadmo, como ya os he contado, solo

existía aquella rústica cabaña rodeada de frondosos arbustos, que crecían silvestres sobre la misteriosa cavidad en la ladera de la montaña.

Cuando el joven consiguió abrirse paso a través de la espesura y entrar dentro de la choza, trató en vano de encontrar aquel hueco tan profundo. Pero enseguida sintió una intensa corriente de aire frío que agitó los rizos que caían sobre sus mejillas. Separando la abundante maleza que escondía la cavidad, inclinó su cuerpo y habló con gran respeto, como si se dirigiera a algún personaje invisible que habitara en el interior de la montaña:

—Oráculo sagrado de Delfos —dijo—, ¿qué debo hacer ahora para encontrar a mi hermana?

Un profundo silencio siguió a sus palabras, pero pronto no tardó en oírse una especie de extraño suspiro y que brotaba de las profundidades de la tierra. Habéis de saber que este lugar estaba considerado como una fuente de verdad. Y solía responder a los que allí acudían con unas palabras perfectamente audibles, aunque tan misteriosas que habría sido preferible que no salieran del interior de la montaña. Pero Cadmo fue mucho más afortunado que la mayoría de los que se acercaban a Delfos para hallar la verdad. Poco a poco, el asombroso sonido empezó a cobrar significado. Repetía una y otra vez las mismas palabras, aunque se asemejaba tanto al suave murmullo de un soplo de aire que el joven se preguntó si no sería solo fruto de su imaginación.

—¡Abandona su búsqueda! ¡Abandona su búsqueda! ¡Abandona su búsqueda!

—¿Y qué debo hacer entonces? —inquirió el príncipe.

Pues el único objetivo de su existencia había sido encontrar a la pequeña Europa; desde el instante en que, siendo un niño, dejó de perseguir a una mariposa cerca del palacio de su padre, había dedicado todos sus esfuerzos a la búsqueda de la niña, cruzando tierras y mares. Por eso, ahora que debía abandonar, sentía que su vida no tenía el menor sentido.

Mas la ráfaga de viento pareció convertirse en una ronca voz.

—¡Sigue a la vaca! —decía—. ¡Sigue a la vaca! ¡Sigue a la vaca!

Cuando Cadmo no pudo soportar más estas palabras (porque era incapaz de comprender de qué vaca hablaba y por qué tenía que seguirla), el oráculo vaticinó:

—Allá donde se tienda la vaca extraviada, hallarás tu hogar.

Y antes de que Cadmo pudiera estar bien seguro de lo que acababa de oír, estas palabras se desvanecieron en el aire como un murmullo. Intentó hacer nuevas preguntas, pero estas quedaron sin respuesta; y lo único que podía oírse era el viento que parecía surgir de las entrañas de la cueva, llevando de un lado a otro las hojas marchitas.

«¿Será cierto que el oráculo ha pronunciado tan extrañas palabras? —pensó el joven—, ¿o se tratará de un sueño?».

Y se alejó de aquel lugar, tan confundido como antes de su llegada. Todo parecía darle igual, de modo que tomó el primer sendero que apareció ante sus ojos, y caminó lentamente hacia delante; pues habría sido ridículo apresurarse ahora que no tenía nada que hacer. Y, siempre que se cruzaba con alguien, la vieja pregunta acudía a sus labios:

—¿Has visto a una hermosa doncella, ataviada como la hija de un rey, a lomos de un toro blanco como la nieve que galopa veloz como el viento?

Sin embargo, recordando lo que le había vaticinado el oráculo, dejaba las palabras a medio pronunciar; por lo que no sería de extrañar que más de una persona pensara que aquel apuesto joven había perdido el juicio.

No sabría decirnos cuántos kilómetros recorrió (ni creo que él tampoco lo supiera) antes de encontrarse cerca de una vaca pinta, que rumiaba tendida a la vera del camino, y que no pareció advertir la presencia del joven hasta que estuvo casi a su lado. Entonces, poniéndose en pie con lentitud y levantando suavemente la cabeza, empezó a andar con parsimonia, deteniéndose con frecuencia a arrancar un bocado de hierba. Cadmo marchaba silbando tras ella, sin prestar la menor atención a sus movimientos, hasta que, de pronto, tuvo la corazonada de que aquel podía ser el animal que, según el oráculo, debía servirle de guía. Pero esta idea tan absurda le hizo sonreír. Era imposible que fuera aquella vaca, pues se comportaba como cualquier otro animal de su especie, con sus pausados andares. Parecía ignorar quién era Cadmo, y sin duda este le importaba mucho menos que una brizna de heno. Era evidente que solo le preocupaba encontrar el pasto más verde y tierno, y quizá estuviera volviendo al establo para que la ordeñaran.

—¡Vaca, vaca, vaca! —gritó Cadmo—. ¡Espera, vaca pinta! ¡Detente!

Quería acercarse y examinarla con más cuidado para asegurarse de que no le reconocía, comprobando, asimismo, si existía en ella alguna particularidad que la diferenciara de las demás vacas, cuya única función era llenar cubos y más cubos de leche y, a veces, volcarlos de una patada. Pero el animal siguió adelante, espantando las moscas con su cola, pasando por alto la presencia del joven. Si este andaba despacio, la vaca le imitaba, aprovechando la oportunidad para pastar un poco; por el contrario, si Cadmo aceleraba el paso, la vaca iba a mayor velocidad. En una ocasión, el joven príncipe intentó correr tras ella para atraparla, pero la vaca pinta levantó el rabo y se lanzó al galope, componiendo una estampa bastante grotesca (como todas las vacas cuando salen espantadas).

Cuando Cadmo vio que era imposible darle alcance, aminoró la marcha. Entonces la vaca reanudó su ritmo pausado y continuó su camino sin mirar atrás. En los lugares donde la hierba era más verde, se detenía a pastar; y, cada vez que divisaba un arroyo cristalino, se dirigía a él para apagar su sed, soltando grandes suspiros de satisfacción entre trago y trago. Y andaba y andaba con aquel paso tranquilo que tan bien se

acomodaba tanto a ella como al joven príncipe.

«Empiezo a creer que esta puede ser la vaca que me anunció el oráculo —pensó Cadmo—. Supongo que no tardará en echarse a descansar».

Pues no parecía lógico que aquel animal, fuera o no el vaticinado por los dioses, estuviera dispuesto a prolongar su paseo. Por ello, cada vez que llegaban a un lugar especialmente hermoso, una ladera por la que corría la brisa, un pequeño valle protegido de los vientos, un prado florido, la orilla de un apacible lago, la ribera de un riachuelo cristalino, el joven miraba impaciente por todas partes, para comprobar si era un buen lugar para establecerse. Pero, le gustara o no, la vaca jamás parecía tener deseos de descansar. Continuó avanzando con la misma parsimonia que si se dirigiera de regreso a su establo; y Cadmo esperaba ver aparecer en cualquier momento a una lechera con un cubo o a un vaquero corriendo para conducir de vuelta a la dehesa al animal extraviado. Mas no divisó ninguna lechera ni ningún vaquero; y el príncipe siguió tras ella hasta que a punto estuvo de caer al suelo extenuado.

—¿Acaso no piensas detenerte nunca, vaca pinta? —le gritó con desesperación.

Estaba resuelto a no perderla de vista; no tenía la menor intención de quedarse rezagado por muy largo que fuera el camino y por muy grande que fuera su fatiga. Sin duda había algo en aquel rumiante que parecía hechizar a la gente, pues todos los que se cruzaban con ellos sentían la necesidad de unirse a Cadmo. El joven príncipe contó a aquella buena gente sus aventuras: cómo había dejado al rey Agenor en su palacio, a Fénix en un lugar y a Cílix en otro, cómo se había despedido del buen Taso y cómo había enterrado a su amada madre, la reina Telefasa, bajo un hermoso manto de hierba florida; por ello, ahora se encontraba solo, sin hogar y sin amigos. Asimismo, recordó las palabras del oráculo, que le había ordenado dejarse guiar por una vaca y preguntó a aquellos desconocidos si, en su opinión, aquel podía ser el famoso animal.

—Lo cierto es que hay algo prodigioso en todo esto —respondió uno de sus nuevos compañeros—. Conozco bien las costumbres del ganado y nunca había visto una vaca que, por voluntad propia, recorriera tantos kilómetros sin detenerse a descansar. Si mis piernas no me fallan, iré tras ella, hasta que se tienda en la hierba.

—Yo también iré con vosotros —exclamó otro.

—Y yo —añadió un tercero—. No dejaría de seguirla aunque caminara cien kilómetros más.

Debéis saber que aquella vaca estaba encantada y atraía con su magia a los que se le acercaban. Y, a pesar de que todos creían ir voluntariamente tras ella, la realidad era que habían sucumbido a su embrujo. En cualquier caso, la vaca no parecía facilitarles las cosas, pues elegía los caminos más agrestes, y a veces se veían obligados a trepar por las rocas, a atravesar senderos cubiertos de fango, empapados hasta los huesos, exhaustos y terriblemente hambrientos. ¡Aquello sí que resultaba

agotador!

No obstante, continuaron avanzando con decisión mientras conversaban. Los forasteros tomaron gran cariño a Cadmo y decidieron no abandonarlo nunca. Le ayudarían a fundar una ciudad en el lugar donde la vaca se tendiera; y en el centro, edificarían un majestuoso palacio donde el joven viviría como su rey, con un trono, una corona, un cetro, un manto color púrpura y todo lo que un verdadero monarca precisara. Pues todo en él era real: por sus venas corría sangre azul, tenía el más bondadoso de los corazones y una gran inteligencia para gobernar.

Mientras planeaban la construcción de la nueva ciudad para entretenerse, un miembro del grupo miró casualmente a la vaca.

—¡Albricias! ¡Albricias! —gritó dando palmadas—. La vaca pinta parece estar a punto de tumbarse.

Todos volvieron sus ojos hacia ella; en efecto, se había detenido y miraba plácidamente a su alrededor, como suelen hacer las vacas antes de tenderse en la hierba. Y empezó a recostarse con parsimonia, doblando en primer lugar las patas delanteras y, seguidamente, las traseras. Cuando Cadmo y sus compañeros llegaron hasta ella, los miró con indiferencia sin dejar de rumiar; como si aquel fuera el lugar que había estado buscando y no hubiera nada extraño en aquel episodio.

—Aquí construiré mi hogar —afirmó Cadmo, admirando el paisaje.

Era una hermosa y fértil llanura con árboles centenarios, que arrojaban su fresca sombra sobre la pradera, y estaba rodeada de suaves colinas que la protegían del azote de los vientos. A escasa distancia, vieron un río que brillaba bajo la luz del sol. Y el pobre Cadmo supo que aquel sería su hogar. Y sintió una enorme alegría al saber que cuando amaneciera no tendría que calzarse las sandalias y seguir errando por el mundo. Pasarían los días y los años, y él continuaría en aquel hermoso paraje. Si hubiese podido tener con él a sus hermanos y a su fiel amigo Taso, si hubiera podido

cuidar allí a su querida madre, habría sido un hombre completamente feliz, a pesar de todas las penalidades vividas. Y un día cualquiera, Europa habría podido aparecer en el umbral de su casa, sonriendo a todos aquellos rostros familiares. Sin embargo, como no cabía la menor esperanza de recuperar a los amigos de su niñez o de volver a ver a su querida hermana, el príncipe decidió ser feliz con sus nuevos compañeros, que tanto afecto le mostraban desde que habían empezado a seguir juntos a la vaca encantada.

—Sí, queridos amigos —les dijo—. Nos estableceremos aquí. La vaca pinta nos proporcionará leche, cultivaremos los campos y llevaremos una vida sencilla y dichosa.

Sus compañeros asintieron con gran alegría, y decidieron buscar la forma de aplacar su hambre y su sed. No muy lejos, oyeron el rumor de un manantial que fluía entre los árboles de un pequeño bosque, por lo que se dirigieron allí en busca de agua fresca. Y dejaron a Cadmo tendido junto a la vaca pinta, pues, desde que había encontrado un lugar donde vivir, todo el cansancio acumulado desde que abandonara el palacio del rey Agenor parecía haberse abatido de golpe sobre él. Sin embargo, nada más quedarse solo, el joven oyó unos lamentos, gritos y alaridos que le sobresaltaron. Creyó oír el fragor de un terrible combate y, en medio de todo aquel estruendo, un espantoso silbido estuvo a punto de perforar sus oídos.

Incorporándose de un salto, corrió hacia los árboles, entre los que vio surgir la cabeza y los feroces ojos de un gigantesco dragón o serpiente, con las fauces más enormes jamás vistas en dragón alguno, con incontables hileras de dientes increíblemente afilados. Pero, antes de que Cadmo pudiera alcanzarlo, el despiadado reptil había dado muerte a sus pobres compañeros, y se encontraba muy atareado devorándolos, aunque cada hombre no era sino un pequeño bocado para aquel monstruo.

Parece ser que el manantial estaba embrujado y que el dragón tenía orden de vigilarlo, impidiendo que ningún mortal saciara en él su sed. Como los habitantes de la región tenían buen cuidado de no aparecer jamás por aquel lugar, hacía mucho tiempo (más de cien años) que el dragón estaba en ayunas; no es raro, pues, que su apetito fuera enorme. La verdad era que aquellos pobres hombres que acababa de zamparse no habían logrado quitarle el hambre; así pues, en cuanto vio que el príncipe se le acercaba lanzó otro abominable silbido y abrió sus gigantescas fauces hasta convertir su boca en una enorme caverna roja, en cuyo fondo aún podían contemplarse las piernas de su última víctima (pues casi no había tenido tiempo de tragársela). Pero Cadmo estaba tan furioso por la muerte de sus amigos que apenas concedió importancia al tamaño de las fauces del dragón o a sus innumerables y afilados dientes. Desenvainando la espada, se lanzó contra el monstruo y, sin pensarlo dos veces, se arrojó dentro de su cavernosa boca. La audacia del ataque cogió al

dragón por sorpresa; pues Cadmo había dado un salto tan formidable que se encontraba en el fondo de su garganta y la bestia era incapaz de triturarlo con sus terribles hileras de dientes. Así pues, aunque la lucha fue singularmente violenta, y el dragón rompió en pedazos todos los árboles del pequeño bosque con los latigazos de su cola, el príncipe logró clavar varias veces su espada en los órganos vitales del miserable reptil, que pronto se dio cuenta de que la vida se le escapaba. Todavía seguía luchando con fiereza cuando el valiente Cadmo le asestó un golpe mortal que puso fin a la batalla; y, deslizándose entre las fauces de la monstruosa criatura, el valiente joven regresó al exterior, donde contempló el temblor de aquel gigantesco cuerpo moribundo, al que quedaba tan poca vida que habría sido incapaz de hacerle daño a un niño.

Pero ¿acaso pensáis que Cadmo no sintió un intenso dolor al ver la triste suerte que habían corrido sus pobres compañeros tras haber perseguido juntos a la vaca pinta? Parecía como si estuviera condenado a perder a quienes más amaba, o a verlos morir ante sus ojos. Y, después de tantas penalidades, se encontraba en aquel lugar solitario, sin un solo amigo que le ayudara a construir su cabaña.

—¿Qué voy a hacer ahora? —gritó con desesperación—. Habría sido mucho mejor que me devorara el dragón como a mis desgraciados compañeros.

—Cadmo —dijo una extraña voz, que el joven no supo distinguir si venía del cielo, de las profundidades de la tierra o de su propio interior—. Cadmo, arranca los dientes del dragón y plántalos en la tierra.

Aquella era una orden realmente insólita; tampoco creo que resultara nada fácil arrancar aquellos colmillos profundamente enraizados en las fauces del dragón muerto. Pero Cadmo tiró de ellos con todas sus fuerzas y, después de aplastar la cabeza del monstruo con una enorme piedra, consiguió recoger una gran cantidad de piezas. Y ahora debía plantarlas. También aquello estaba lleno de dificultades, especialmente porque el joven había quedado extenuado tras matar al dragón y aplastarle la cabeza; además, lo único que tenía para cavar la tierra era su espada. Finalmente, sin embargo, logró arar un terreno suficientemente extenso y sembró aquella nueva semilla (aunque lo cierto es que tenía tantos dientes que tuvo que dejar la mitad para otro día).

Cadmo, casi sin aliento, se apoyó en su espada, preguntándose qué ocurriría a continuación. Y apenas habían transcurrido unos instantes, cuando apareció ante sus ojos una de las mayores maravillas del mundo.

El sol caía oblicuamente sobre los campos y la tierra mojada brillaba, así como el terreno que el joven acababa de plantar. Y de pronto, Cadmo creyó ver algo que resplandecía, primero en un rincón, luego en otro, hasta que pareció refulgir en más

de mil lugares al mismo tiempo. No tardó en darse cuenta de que lo que surgía de la tierra eran puntas y más puntas de lanza, que crecían como espigas y alcanzaban cada vez mayor altura. Momentos después, aparecieron un gran número de relucientes espadas, elevándose hacia el cielo. Más tarde, cientos de yelmos de bronce rompieron la corteza terrestre y brotaron de ella como una cosecha de gigantescas alubias. Y crecían a tanta velocidad que Cadmo no tardó en vislumbrar el fiero semblante de un guerrero bajo cada uno de ellos. Antes de que el príncipe pudiera salir de su asombro, vio una abundante cosecha de lo que parecían seres humanos, con yelmos y corazas, escudos, espadas y lanzas. Y todavía no habían terminado de surgir de la tierra y ya empezaban a blandir sus armas, golpeando unas contra otras, como si estuvieran convencidos de que, a pesar del poco tiempo que llevaban vivos, habían malgastado una parte de su existencia sin batallar. Cada uno de los dientes del dragón había engendrado a uno de estos hijos del mal y de la muerte.

Asimismo, hicieron su aparición un gran número de hombres con los clarines; y, con su primer aliento vital, llevaron los instrumentos de bronce a sus labios, dejando oír un ensordecedor estrépito. Y fue así como en aquel paraje, hasta entonces tranquilo y solitario, resonó el estruendo de las armas, el clarín de las trompetas incitando a la lucha y los furiosos gritos de los soldados. Y la cólera de estos era tan grande que Cadmo temió que pudieran convertir el mundo entero en un campo de batalla. ¡Qué afortunado sería aquel gran conquistador que encontrara en su camino tantos dientes de dragón para sembrar!

—Cadmo —exclamó de nuevo la extraña voz—. Arroja una piedra en medio de esos hombres armados.

El joven cogió un gran pedrusco y lo lanzó contra el terrible ejército, golpeando en la coraza a uno de sus feroces y gigantescos guerreros. Sin embargo, el soldado no pareció sorprenderse del ataque y, levantando su arma, asestó un violento porrazo a su vecino más próximo, derribándolo por tierra y rompiendo en dos su yelmo. Y todos empezaron a batirse con las espadas y a arrojar sus lanzas. La confusión fue cada vez mayor. Un hombre derribaba a su hermano, pero otro se encargaba de aniquilarle a él antes de que pudiera celebrar su victoria. Entretanto, los que tocaban los clarines hacían sonar cada vez con mayor estridencia sus instrumentos, y los soldados lanzaban su grito de guerra, cayendo a menudo muertos con él entre los labios. Era el espectáculo más extraño jamás contemplado, toda aquella ira y aquella violencia sin sentido; y sin embargo, después de todo, tampoco era más insensato ni más cruel que las innumerables batallas entabladas desde entonces, en las que los hombres acaban con la vida de sus hermanos por algo tan nimio como lo harían aquellos hijos de los dientes del dragón. Tampoco debemos olvidar que ellos habían nacido únicamente para luchar, mientras los demás mortales hemos venido al mundo para amarnos y ayudarnos los unos a los otros.

Aquella memorable batalla no llegó a su fin hasta que la tierra estuvo cubierta de cabezas cercenadas, con sus yelmos. De los millares de guerreros que habían iniciado la lucha, solo cinco permanecían en pie; y todos ellos corrieron hacia el centro del campo para seguir combatiendo con sus espadas, dirigiéndolas al corazón de sus enemigos con la misma fiereza que antes.

—Cadmó —se oyó decir a la misteriosa voz—. Obligarás a esos hombres a abandonar la lucha. Ellos te ayudarán a construir una ciudad.

Sin dudarle un solo instante, el joven príncipe dio un paso al frente y, esgrimido su espada con el aplomo de un rey y de un gran caudillo, les ordenó:

—¡Dejad vuestras armas!

Los cinco hijos supervivientes de los dientes del dragón le obedecieron en el acto y, después de dedicarle un respetuoso saludo militar, envainaron sus espadas. Y formaron en fila delante de Cadmó, mirándole como a su capitán y esperando sus órdenes.

Es muy probable que aquellos cinco hombres hubieran brotado de los colmillos más enormes del dragón, pues su fortaleza y valentía superaba con creces a las del resto del ejército. Podría decirse sin exagerar que eran auténticos gigantes, pues de lo contrario no habrían sobrevivido a una lucha tan cruenta. Sus ojos conservaban un brillo feroz y, cuando Cadmó estaba distraído, no dejaban de lanzarse terribles miradas de odio unos a otros. Era extraño observar cómo la tierra que les había engendrado aún seguía incrustada en sus corazas y ensuciaba sus rostros, al igual que una remolacha o una zanahoria recién salidas de la huerta. El joven príncipe no sabía si eran hombres o una insólita variedad de hortalizas, aunque llegó a la conclusión de que debía tratarse de seres humanos, pues mostraban gran apego a las trompetas y a las armas, y parecían siempre dispuestos a derramar más sangre.

Los guerreros esperaban impacientes sus palabras, y era evidente que lo único que deseaban era seguirle de un campo de batalla a otro. Pero Cadmó era mucho más juicioso que aquellas criaturas surgidas de la tierra, en cuyas entrañas latía la fiereza del dragón, y sabía que todo aquel vigor podía utilizarse con mejores fines.

—¡Venid conmigo! —les dijo—. Vuestra fuerza os servirá para ayudar a los demás. Con todas esas piedras levantaremos una gran ciudad.

Los cinco guerreros refunfuñaron un poco, murmurando que habían nacido para destruir ciudades, no para construirlas. Pero Cadmó pareció fulminarles con su mirada y les habló en tono autoritario, con el fin de que comprendieran que él era el único jefe y nunca debían desobedecer sus mandatos. Y trabajaron con tanta diligencia que en muy poco tiempo empezó a vislumbrarse una ciudad. Es cierto que al principio los hombres se mostraban bastante pendencieros y, de no haber sido por Cadmó, no hay duda de que habrían peleado como bestias salvajes; pues el joven príncipe, en cuanto percibía un brillo cruel en sus miradas, aplacaba la ira de la vieja

serpiente que aún anidaba en sus corazones. Y, con el tiempo, aquellos feroces soldados se acostumbraron al trabajo honrado y tuvieron suficiente inteligencia para comprender que era mucho mejor vivir en paz y ayudar a los demás que pasar la vida guerreando. ¡Ojalá toda la humanidad se volviera tan pacífica y sensata como aquellos cinco enemigos que surgieron cubiertos de tierra de los dientes de un dragón!

Y, una vez que la ciudad estuvo construida, cada uno de los hombres eligió su morada; y solo quedaba por edificar el palacio de Cadmo, pues habían decidido dejarlo para el final, a fin de que no faltaran en él los últimos avances de la arquitectura y resultara amplio, hermoso y lleno de majestad. Así pues, al concluir todas las demás obras, decidieron acostarse muy temprano, para levantarse al alba y tener tiempo de colocar los cimientos del palacio antes de que anocheciera. Pero cuando Cadmo llegó al lugar donde debían construirlo acompañado de sus cinco poderosos ayudantes, ¿qué creéis que contemplaron sus ojos?

Pues el más maravilloso palacio que jamás se haya visto en el mundo. Era de mármol y otras piedras de gran belleza, y sus torres se elevaban hasta desaparecer en las nubes. Tenía un hermoso pórtico a lo largo de la fachada, unas columnas

delicadamente talladas y todo cuanto convenía a la residencia de un poderoso rey. Había crecido con la misma rapidez que el ejército de los dientes del dragón, pero lo más asombroso era que nadie había plantado la semilla de tan magnífico edificio.

Cuando los cinco hombres contemplaron su cúpula resplandeciendo a la luz del nuevo día, gritaron con entusiasmo:

—¡Larga vida al rey Cadmo en su hermoso palacio!

Y el nuevo rey, con sus cinco fieles seguidores pisándole los talones, cargando las herramientas al hombro y marchando de uno en uno como si desfilaran (pues aún quedaba en ellos algo del antiguo soldado) subieron la escalinata del palacio. Deteniéndose en la entrada, contemplaron el espectáculo que ofrecían las majestuosas columnas alineadas de un extremo a otro del enorme vestíbulo. Y al fondo de aquella estancia, Cadmo vio aparecer una figura femenina de enorme belleza, ataviada con un manto real; y lucía una corona de diamantes sobre sus dorados bucles y el collar más maravilloso que jamás tuviera reina alguna. Su corazón pareció brincarle dentro del pecho. Pues imaginó que aquella mujer era su hermana Europa, hacía tanto tiempo desaparecida, que se dirigía a él para hacerle olvidar los largos años de peregrinaje desde que abandonara el palacio del rey Agenor, así como las lágrimas derramadas al separarse de Fénix, de Cílix y del buen Taso, y el intenso dolor que le embargó junto a la tumba de su madre (que le hizo ver el mundo como un lugar sombrío y tenebroso).

Sin embargo, al acercarse a la bella desconocida, se dio cuenta de que era la primera vez que veía su rostro, a pesar de que ya existía entre ellos una fuerte corriente de simpatía.

—No, Cadmo —exclamó la misma voz que se había dirigido a él en el campo de batalla—. No es tu querida hermana Europa, a quien buscaste fielmente cruzando el mundo entero. Es Harmonía, una hija del cielo; y ocupará en tu corazón el lugar de la hermana y del amigo, de los hermanos y de la madre.

Y el rey Cadmo habitó en aquel palacio con su nueva amiga Harmonía, rodeado de todos los lujos y de todas las comodidades, aunque habría sido igualmente feliz (o quizá incluso un poco más) en una humilde cabaña a la vera de un camino. Pocos años después, era frecuente ver un alegre grupo de niños que correteaban por el inmenso pórtico y por las escalinatas de mármol (aunque nunca supe cómo habían llegado hasta allí), e iban corriendo a recibir al buen rey cuando este encontraba tiempo para jugar con ellos. A Cadmo le llamaban padre y a la reina Harmonía, madre. Y los cinco viejos guerreros surgidos de los dientes del dragón tomaron gran cariño a aquellos pequeños diablillos, y nunca se cansaban de enseñarles a esquivar estacazos, a esgrimir espadas de madera y a desfilarse como soldados, imitando el son de las trompetas o armando un estruendo espantoso con el retumbar de sus diminutos tambores.

Pero el rey Cadmo, para evitar que la feroz naturaleza de los dientes del dragón tuviera demasiada influencia sobre los niños, acostumbraba a sacar tiempo de sus obligaciones reales para enseñarles el abecedario, que inventó en interés de los pequeños; aunque me temo que mucha gente menuda como vosotros no se lo agradezca tanto como debiera.

## El palacio de Circe

Sin duda, alguno de vosotros habrá oído hablar del astuto rey Ulises, de cómo abandonó su patria para acudir al asedio de Troya y de cómo, una vez conquistada y reducida a cenizas tan famosa ciudad, pasó diez largos años intentando regresar a su pequeño reino de Ítaca. Y sucedió que, en el curso de aquel fatigoso viaje, Ulises desembarcó en una isla fértil y hermosa, cuyo nombre desconocía. Pues poco tiempo antes de llegar a esa isla, una terrible tempestad o, para ser más exactos, una suma de violentas tempestades, había desviado sus naves a unas aguas desconocidas por las que nunca habían navegado ni él ni sus marineros. Esta desgracia se debió a la necia curiosidad de sus compañeros de a bordo, que, mientras Ulises dormía, habían desatado unas pesadas bolsas de cuero en las que creían que estaba escondido un valioso tesoro. Sin embargo, en cada una de aquellas voluminosas bolsas, el rey Eolo, soberano de los vientos, había encerrado una tempestad y, con el fin de asegurarle una feliz travesía de vuelta a Ítaca, se las había entregado a Ulises para que las custodiara. Cuando los hombres las desataron, salieron de ellas ráfagas de enorme violencia, semejantes al aire de una vejiga cuando esta revienta, tornando el mar blanco de espuma y dispersando las naves por todo el mar.

En cuanto Ulises logró ponerse a salvo, un peligro aún mayor se interpuso en su camino. Empujado por el fuerte viento, alcanzó la costa de un lugar que, como más tarde supo, recibía el nombre de Lestrigonia; y fue allí donde unos gigantescos monstruos devoraron a gran parte de sus compañeros y hundieron todas las naves, excepto aquella en la que él viajaba, arrojando enormes rocas desde los acantilados. Después de correr tantas aventuras, es fácil imaginar la alegría que sintió Ulises al fondear su zarandeado barco en una tranquila ensenada de la frondosa isla de la que ya os he hablado al comienzo de esta historia. Sin embargo, había tropezado con tantos gigantes, cíclopes de un solo ojo y variados monstruos terrestres y marinos que no podía evitar sentir algún temor, incluso en aquel ameno y aparentemente solitario lugar. Por esta razón, durante dos días, los pobres y agotados viajeros no salieron de la nave o exploraron con sigilo las rocas que bordeaban la costa; y, para subsistir, desenterraron mariscos en la orilla y buscaron pequeños riachuelos de agua dulce que

bajaran hacia el mar.

Pero, antes de terminar el segundo día, los hombres empezaron a cansarse de aquella vida; pues los seguidores de Ulises, y es importante que no lo olvidéis, eran terriblemente glotones, y no hacían sino refunfuñar cuando no podían comer cuantas veces al día lo desearan. Sus provisiones estaban a punto de agotarse, e incluso el marisco empezó a escasear; llegó así el momento de decidir si preferían morir de hambre o aventurarse a explorar el interior de la isla, donde quizá algún dragón de tres cabezas u otro espantoso monstruo tuvieran su guarida. En aquellos lejanos tiempos esas deformes criaturas eran muy abundantes, y nadie emprendía un viaje por tierra o por mar sin saber que corría el riesgo de ser devorado por alguna de ellas.

Pero el rey Ulises era un hombre audaz a la par que prudente. Así pues, en cuanto amaneció el tercer día, decidió averiguar dónde se hallaban, y qué posibilidades había de conseguir alimentos para sus hambrientos compañeros. Con una lanza en la mano, escaló hasta la cima del acantilado y empezó a otear los alrededores. A una gran distancia, en el centro de la isla, divisó las majestuosas torres de un palacio de mármol blanco, construido en medio de un frondoso bosque. Las gruesas ramas de los viejos árboles cubrían la fachada del edificio, ocultándolo casi por completo; pero Ulises comprendió que aquel era un edificio de extraordinaria belleza, con toda probabilidad la residencia de algún noble o príncipe importante. Lo que más le agradó, sin embargo, fue contemplar la gran humareda que salía por la chimenea; pues sin duda provenía de la cocina, donde imaginó que estarían preparando un maravilloso banquete para los habitantes del palacio, así como para todos los visitantes que se acercaran a sus puertas a la hora de la cena.

Ante tan grata perspectiva, decidió dirigirse a la entrada del palacio para comunicar a su dueño que, muy cerca de allí, había unos pobres náufragos que apenas habían logrado comer algo en los dos últimos días, con la excepción de unas pocas

ostras y almejas, por lo que estarían sumamente agradecidos de recibir alimento. Y el príncipe o noble de aquel palacio tendría que ser un miserable tacaño si no les invitaba, por lo menos, a comer las sobras de su mesa.

Cuando el rey Ulises, encantado con su idea, empezó a caminar en dirección al palacio, oyó una explosión de gorjeos y trinos en la rama de un árbol cercano. Unos instantes después, un pájaro voló hacia él, y pareció quedar suspendido en el aire, mientras las alas le rozaban casi el rostro. Era un hermoso y diminuto pajarillo de cuerpo y alas color púrpura, con las patas amarillas, un círculo de plumas doradas alrededor del cuello, y un penacho dorado en la cabeza, que recordaba a la corona de un rey en miniatura. Ulises intentó atraparlo, pero el pájaro se alejó aleteando, mientras continuaba piando en tono lastimero, como si quisiera contar una triste historia y, al no poder hablar el lenguaje de los hombres, expresara así su desesperación. Y, cuando Ulises quiso ahuyentarlo, se posó sobre la rama más cercana, revoloteaba a su alrededor, y cada vez que hacía ademán de continuar su camino, el pajarillo volvía a entonar aquel patético trino.

—¿Deseas contarme algo, pajarillo? —preguntó Ulises.

Y se dispuso a escucharle con atención; pues no solo en el asedio de Troya, sino también en muchos otros lugares, había visto ocurrir prodigios semejantes, y no le habría extrañado demasiado que aquella pequeña criatura emplumada rompiera a hablar con la misma claridad que él.

—¡Pío! —cantó el pajarillo—. ¡Pío, pío, pío! —repitió una y otra vez con aire melancólico. Y, cada vez que Ulises daba un paso al frente, batía inquietamente sus alas, intentando que retrocediera. Al ver tan extraño comportamiento, decidió que el pequeño pájaro le avisaba de algún peligro, y que este debía ser muy terrible, puesto que movía incluso a una avecilla como aquella a sentir compasión por un ser humano. Por todo ello, decidió regresar a la nave y contar a sus compañeros lo sucedido.

Esto pareció satisfacer al pájaro. Tan pronto como Ulises giró sobre sus talones, voló a la cima de un árbol y empezó a picotear insectos con su largo y afilado pico; pues debéis saber que pertenecía a la familia de los pájaros carpinteros, y debía ganarse la vida como cualquier ave de su especie. Sin embargo, al tiempo que picoteaba en la corteza del árbol, el pajarillo, recordando su pena, repetía sin cesar:

—¡Pío, pío, pío!

Mientras regresaba a la orilla del mar, Ulises tuvo la suerte de matar un enorme venado, clavándole su afilada lanza en el lomo. Colocándolo sobre sus hombros (pues era extraordinariamente fuerte), avanzó con dificultad hasta la nave, donde lo dejó a los pies de sus hambrientos compañeros. Como ya os he comentado antes, algunos de los camaradas del rey Ulises eran realmente glotones. Según he oído decir, la carne de cerdo era su alimento favorito, y habían engullido tales cantidades de ella a lo largo de su vida que gran parte de su propia sustancia parecía estar compuesta de tan

sucio animal; y no cabe duda de que su temperamento y disposición también guardaban una gran afinidad con este. Un plato de venado, sin embargo, resultaba una comida bastante aceptable para ellos, especialmente después de llevar tanto tiempo alimentándose de ostras y de almejas. Así pues, contemplando el ciervo muerto, palparon sus costillas como buenos expertos y, sin más pérdida de tiempo, encendieron con algunos leños un buen fuego para cocinarlo. Pasaron el resto del día celebrando un gran festín; y, si aquellos insaciables comilones se levantaron de la mesa al ponerse el sol, fue únicamente porque ya no les quedaban más bocados que arrancar a los huesos del pobre animal.

Al día siguiente, tenían tanto apetito como de costumbre. Miraron a Ulises, como si esperaran que este volviera a subir hasta el acantilado y regresara con otro grueso venado sobre sus hombros. Sin embargo, en lugar de echar a andar, Ulises reunió a toda la tripulación para decirles que estaban muy equivocados si creían que él iba a salir todos los días a matar un ciervo para su cena, y que debían idear otro modo de saciar su apetito.

—Pues bien —afirmó—, ayer, mientras estaba en lo alto del acantilado, descubrí que la isla está habitada. A una distancia considerable de la costa, hay un gran palacio de mármol, y de su chimenea sale una enorme humareda.

—¡Ajá! —exclamaron algunos de sus compañeros, haciendo un chasquido con la lengua—. Esa humareda debe venir de la cocina. Seguro que ayer estaban preparando una gran cena; seguro que la de hoy será igual de succulenta.

—Sin embargo —continuó diciendo el astuto Ulises—, debéis recordar, queridos amigos, todos los peligros que corrimos en la cueva de Polifemo, el cíclope de un solo ojo. ¿Acaso no se comió a dos de nuestros camaradas para cenar, a otros dos para desayunar y, nuevamente, a otros dos para cenar, en lugar de la leche que tomaba habitualmente? Es como si aún estuviera viendo a aquel espantoso monstruo, observándonos con su enorme ojo enrojecido en el centro de la frente, y eligiendo a los más rollizos. Y hace escasos días, ¿no caímos en las garras del rey de los lestrígonos y de sus súbditos, esos horribles gigantes que devoraron a más miembros de nuestra expedición de los que ahora quedamos vivos? Si nos acercamos a ese lejano palacio, tengo la seguridad de que terminaremos en la mesa del comedor; pues si vamos a sentarnos allí como invitados o a servir de alimento a sus dueños es algo que debemos considerar con el mayor cuidado.

—En cualquier caso —gruñó uno de los más hambrientos de la tripulación—, será mejor que morir de hambre; sobre todo sabiendo que nos cebarán bien antes de echarnos a la cazuela.

—Eso es cuestión de gustos —repuso el rey Ulises—, ni una buena dieta para engordar, ni la más exquisita de las recetas, me reconciliaría con la idea de que me coman. Así pues, propongo que nos dividamos en dos grupos y echemos a suertes

cuál de ellos acudirá al palacio para pedir ayuda. Si salimos airoso de nuestra empresa, tanto mejor. Pero, si sus habitantes demuestran ser tan poco hospitalarios como Polifemo o los lestrigones, solo habremos perecido la mitad, y el resto podrá escapar en nuestra nave.

Como nadie puso ninguna objeción a este plan, Ulises empezó a contar a todos los presentes, comprobando que, con él, había cuarenta y seis hombres. Entonces separó a veintidós de ellos, y les puso como jefe a Euríloco (que era uno de sus principales oficiales, y el que le seguía en astucia). El propio Ulises se puso a la cabeza del segundo grupo de veintidós hombres. Quitándose el yelmo, introdujo en él dos conchas, después de escribir «Dirigirse a palacio» en una de ellas y «Quedarse aquí» en la otra. Uno de los hombres lo sostuvo mientras Ulises y Euríloco hicieron la elección; y fue este último quien leyó las palabras «Dirigirse a palacio». Así se decidió que Ulises y sus veintidós hombres se quedaran cerca de la nave, mientras el otro grupo averiguaba qué recibimiento podían esperar en aquel misterioso palacio. Euríloco decidió partir enseguida con sus veintidós compañeros, que iniciaron la expedición embargados de una gran melancolía, dejando a sus compañeros casi tan apenados como ellos.

Tan pronto como alcanzaron la cima del acantilado, pudieron avistar las altas torres de mármol del palacio, elevándose hacia el cielo, blancas como la nieve, entre las frondosas sombras verdes de los árboles que las rodeaban. Al fondo del edificio, la chimenea despedía una intensa humareda, que ascendía y ascendía hasta encontrarse con la brisa, que la empujaba en dirección al mar, pasando entre las cabezas de los hambrientos marineros. Cuando se tiene un buen apetito, el olfato percibe con especial rapidez cualquier delicioso aroma arrastrado por el viento.

—¡Ese humo viene de la cocina! —gritó uno de ellos, levantando la nariz cuanto pudo y aspirando el aire con impaciencia—. Y tan seguro como que soy un vagabundo muerto de hambre, que huele a carne asada.

—¡A cerdo! ¡A cerdo asado! —añadió otro—. ¡Ay, qué delicioso lechoncito! Se me hace la boca agua.

—¡Démonos prisa! —exclamaron los demás—, o llegaremos demasiado tarde al banquete.

Apenas habían dado media docena de pasos desde la cima del acantilado cuando un hermoso pájaro se les acercó revoloteando. Se trataba de la misma avecilla de alas y cuerpo color púrpura, patas amarillas, cuello dorado y penacho semejante a una corona, cuyo comportamiento tanto había sorprendido a Ulises. Quedó suspendida en el aire sobre Euríloco, rozándole casi el rostro con las alas.

—¡Pío, pío, pío! —repitió.

Y era un canto tan lastimero que parecía como si a la pequeña criatura se le fuera a partir el corazón, tan fuerte era su deseo de contar aquel terrible secreto.

—Hermoso pajarillo —dijo Euríloco; pues era una persona cautelosa y se mostraba siempre atento a cualquier advertencia—, ¿quién te ha enviado aquí? ¿Qué deseas decirnos?

—¡Pío, pío, pío! —fue su desconsolada respuesta.

Entonces se alejó volando hacia la cima del acantilado, como si quisiera verles regresar por donde habían venido. Euríloco y algunos de sus hombres afirmaron que preferían volver a la nave, pues sospechaban que aquella avecilla les estaba avisando de los peligros que iban a encontrar en el misterioso palacio; y por el simple hecho de conocerlos el etéreo espíritu del pájaro se había impregnado de auténtica compasión humana. Pero los demás marineros, olfateando el humo que salía de la chimenea, empezaron a burlarse. El más brutal de todos, que tenía fama de ser el mayor glotón de la nave, dijo algo tan malvado y tan cruel que aún no alcanzo a comprender cómo su solo pensamiento no lo transformó en una bestia salvaje, pues no hay duda de que su naturaleza hacía mucho tiempo que había dejado de ser humana.

—Ese fastidioso e impertinente pájaro —afirmó— sería un exquisito aperitivo. ¡Qué delicioso bocado! ¡Cómo se desharía entre los dientes! Como se ponga a mi alcance, lo atraparé para llevárselo al cocinero de palacio y le diré que lo ensarte en una broqueta.

Nada más pronunciar estas palabras, el avecilla se alejó piando más dolorosamente que nunca.

—Ese pájaro —recalcó Euríloco— conoce mucho mejor que nosotros lo que nos espera en el palacio.

—¡Sigamos adelante! —gritaron sus compañeros—. ¡Pronto sabremos tanto como él!

Así pues, los hombres continuaron su camino a través de aquel hermoso bosque. De vez en cuando, vislumbraban el palacio de mármol, cuya belleza aumentaba a medida que se aproximaban a él. No tardaron en llegar a un ancho sendero, primorosamente cuidado, que avanzaba serpenteando, mientras el sol derramaba sus rayos entre los gigantescos árboles, llenando de trémulos puntos de luz los lugares más sombríos. El camino estaba bordeado de numerosas flores de exquisita fragancia, que los marineros no recordaban haber visto jamás. Eran tan hermosas y abundantes que, si crecían silvestres, aquel era el jardín más exuberante de la tierra y, si provenían de otro lugar, debía tratarse de las Islas Afortunadas, allá en la lejanía, junto a la dorada luz del crepúsculo.

—¡Qué pérdida de tiempo cultivar estas flores! —observó uno de los hombres (y repito sus palabras para que recordéis lo glotones que eran)—. Si yo fuera el dueño del palacio, ordenaría a mi jardinero que cultivara sabrosas especias para hacer un buen relleno para la carne asada o adobar un estofado.

—¡Bien dicho! —exclamaron sus compañeros—. Pero seguro que también hay un

huerto en la parte trasera.

Cuando llegaron a una fuente cristalina, se detuvieron a beber agua, a falta de algún licor que sin duda hubieran preferido. Al asomarse a ella, contemplaron sus rostros borrosamente reflejados, tan deformados por el movimiento del agua que cada uno de ellos parecía burlarse de sí mismo y de todos sus compañeros. Y eran unas imágenes tan ridículas que empezaron a reír a carcajadas, y por mucho que lo intentaran eran incapaces de recuperar la seriedad. Y, cuando, finalmente, lograron saciar su sed, sin duda estaban mucho más alegres que antes.

—Es como si supiera a vino de barril —afirmó uno de los marineros, relamiéndose los labios.

—¡Date prisa! —gritaron sus compañeros—. Encontraremos el tonel de vino en el palacio, y eso será mejor que cien fuentes cristalinas.

Entonces aceleraron el paso, dando brincos de alegría mientras pensaban en el succulento banquete al que iban a ser invitados. Pero Euríloco les dijo que tenía la sensación de estar caminando en sueños.

—Si realmente estoy despierto —continuó—, creo que estamos a punto de iniciar una aventura aún más extraña que la de la cueva de Polifemo, o la de los caníbales gigantes de Lestrigonia, o la del palacio del rey Eolo, siempre azotado por el viento, en aquella isla de murallas de bronce. Me embarga esta especie de ensueño siempre que va a ocurrir algo asombroso. Si queréis seguir mi consejo, será mejor que volvamos.

—No, no —respondieron sus camaradas, olfateando ya el aroma de una buena cena—. No regresaríamos a la nave aunque tuviéramos la certeza de que el rey de los lestrígonos, gigantesco como una montaña, estuviese sentado a la cabecera de la mesa, y el enorme Polifemo, el cíclope de un solo ojo, se hallara a sus pies.

El palacio apareció, por fin, ante sus ojos; y resultó ser verdaderamente grandioso, con elegantes pináculos en lo alto de sus torres. A pesar de que era mediodía, y de que el sol resplandecía en su fachada de mármol, la nivea blancura y el extraordinario estilo arquitectónico producían una sensación de irrealidad, semejante a la de las figuras de escarcha en el cristal de una ventana, o a los castillos que uno cree divisar entre las nubes, a la luz de la luna. Sin embargo, en aquel preciso instante una ráfaga de viento empujó el humo de la chimenea hacia los hombres de Ulises, que, en cuanto olieron su plato favorito, empezaron a pensar que todo eran pamplinas, excepto el palacio y el banquete que estaba a punto de servirse en él.

Así pues, apresuraron sus pasos hacia el portón; sin embargo, cuando aún estaban atravesando el césped de la entrada, una manada de leones, tigres y lobos salieron a su encuentro. Los marineros retrocedieron con espanto, creyendo que iban a morir despedazados entre las fauces de aquellas bestias salvajes. Pero cuál no sería su sorpresa y alegría cuando vieron que estas se limitaban a hacer cabriolas a su

alrededor, moviendo la cola e inclinando la cabeza para que los acariciaran, comportándose, en definitiva, de igual modo que los perros amaestrados cuando manifiestan gran felicidad al encontrarse con su amo o con los amigos de este. El león de mayor tamaño lamió el pie de Euríloco; y cada uno de los demás leones, lobos y tigres pareció escoger a uno de sus veintidós seguidores, dándoles tantas muestras de afecto como si los prefirieran a un hueso de vaca.

A pesar de ello, Euríloco creyó percibir algo feroz y salvaje en sus miradas; y no le habría sorprendido sentir los terribles zarpazos del león, o ver a los tigres abalanzarse sobre los hombres, o a los lobos arrojar a sus gargantas, después de tantas manifestaciones de cariño. Aquella mansedumbre parecía irreal, un simple capricho; pues su naturaleza salvaje era tan verdadera como sus dientes o sus garras.

No obstante, los hombres cruzaron el césped sanos y salvos, acompañados de las bestias salvajes, que no dejaban de saltar y jugar a su alrededor, sin hacerles el menor daño; pero, al subir la escalinata del palacio, pudo oírse un gruñido casi imperceptible que pareció surgir de la garganta de los lobos, como si lamentaran haber dejado pasar a aquellos desconocidos sin siquiera probar sus carnes.

Euríloco y sus seguidores avanzaron bajo un grandioso pórtico, y contemplaron el interior del palacio a través de la puerta de entrada, que alguien había dejado abierta. Lo primero que vieron fue un amplio vestíbulo con una fuente en el centro, de la que brotaba un alegre chorro de agua que volvía a caer en la taza de mármol, con un incesante chapoteo. Aquel surtidor parecía cambiar constantemente de forma; y aunque se distinguía con poca claridad, no era difícil para una imaginación despierta adivinar las imágenes que allí aparecían. A veces era un hombre con una larga túnica, y la espuma de la fuente recordaba a un tejido blanco; pero, de pronto, se convertía en león, o en tigre, o en lobo, o en asno, y a menudo parecía un cerdo, revolcándose en la taza de mármol como si estuviera en su pocilga. Desconozco si el fenómeno tenía un origen mágico o únicamente se debía a algún curioso mecanismo que daba a aquel surtidor tantas y tan variadas formas. Antes de que los forasteros pudieran contemplar con detalle el maravilloso espectáculo, oyeron un dulce y armonioso sonido que captó toda su atención. Una voz de mujer cantaba melodiosamente en otra estancia del palacio; y su canto se veía acompañado por el ruido de un telar, ante el que la imaginaron sentada, tejiendo un hermoso brocado, al tiempo que sus dulces notas trenzaban un rico paño de armonías.

Cuando la música cesó, los hombres oyeron un coro de voces femeninas conversando alegremente; y, de vez en cuando, estallaban en sonoras carcajadas, como suele ocurrir siempre que tres o cuatro jóvenes se reúnen para hacer sus labores.

—¡Qué canción más dulce! —exclamó uno de los viajeros.

—Así es —asintió Euríloco, moviendo la cabeza—. Pero era más hermoso el

canto de las sirenas, aquellas doncellas como pájaros que querían atraernos hacia las rocas, con el fin de que nuestras naves naufragaran y de que nuestros huesos yacieran para siempre en el fondo del mar.

—Escuchad las bellas voces de esas doncellas y el sonido del telar cuando la lanzadera pasa el hilo —dijo otro de los hombres—. ¡Cómo me recuerda al hogar! ¡Ay! Antes del asedio de Troya yo también oía su zumbido bajo mi techo acompañado de las risas de las mujeres. ¿Acaso no volveré a escuchar tan gratos sonidos? ¿No saborearé nuevamente aquellos deliciosos platos que mi amada esposa me servía?

—¡Tonterías! Aquí lo pasaremos mejor —afirmó un compañero—. ¡Con cuánta inocencia charlan esas mujeres sin sospechar siquiera nuestra presencia! Prestad atención a esa voz tan melodiosa. Resulta tan agradable y familiar, y al mismo tiempo es tan evidente su autoridad... Presentémonos enseguida. ¿Qué daño pueden hacer la dueña del palacio y sus damas de compañía a unos marineros y guerreros como nosotros?

—Recordad —dijo Euríloco— que fue una joven doncella quien engañó a tres de nuestros compañeros en el palacio del rey de los lestrígones, el cual se zampó a uno de ellos en un abrir y cerrar de ojos.

Ninguna de estas advertencias pareció impresionar a sus amigos, que se acercaron a una puerta corredera al fondo del vestíbulo y, abriéndola de par en par, entraron en la estancia contigua. Euríloco, entretanto, se escondió detrás de una columna. Sin embargo, antes de que la puerta se cerrara, vislumbró a una mujer de gran belleza que se levantaba del telar y acudía a recibir a los pobres y curtidos viajeros con una sonrisa hospitalaria, tendiéndoles la mano en señal de bienvenida. Había otras cuatro mujeres que unieron sus manos y empezaron a bailar alegremente, mientras hacían reverencias a los desconocidos. Y eran casi tan hermosas como su señora. Sin embargo, Euríloco creyó ver que una de ellas tenía el pelo color verde mar, que el ceñido corpiño de otra semejaba el tronco de un árbol, y que las dos últimas resultaban un tanto extrañas, aunque no fuera capaz de precisar la razón en tan corto espacio de tiempo.

Euríloco, en completa soledad tras la columna del vestíbulo, esperó hasta cansarse, escuchando atentamente cualquier cosa que se oyera. Pero no volvió a saber nada de sus compañeros, si bien es cierto que llegó a sus oídos un ir y venir de pasos en otros rincones del palacio, así como ruido de vajillas de oro y plata, que le hicieron imaginar una fastuosa fiesta en la sala de los banquetes. Sin embargo, de pronto, se produjo un tremendo griterío, seguido de una repentina desbandada, como si una multitud de pequeñas pezuñas corrieran por el suelo de mármol. Entretanto, los chillidos de la dueña del palacio y de sus cuatro doncellas expresaban burla e indignación. Euríloco fue incapaz de comprender lo sucedido, a menos que una piara

de cerdos hubiera irrumpido en el interior del palacio, atraída por el olor del banquete. Dirigiendo casualmente su mirada hacia la fuente, observó que no cambiaba de forma como antes; ya no parecía un hombre con una larga túnica, ni un león, ni un tigre, ni un lobo, ni un asno: tan solo un cerdo, revolcándose en la taza de mármol.

Ahora tenemos que dejar al prudente Euríloco esperando en el vestíbulo, y seguir a sus amigos hasta los lugares más secretos del palacio. Tan pronto como la hermosa dama los vio entrar, abandonó el telar, como os he contado, y se acercó sonriendo a ellos, tendiéndoles la mano. Cogió el brazo del hombre que iba en cabeza, y dio a todos la bienvenida.

—Hace mucho tiempo que os esperamos, queridos amigos —dijo—. Mis doncellas y yo os conocemos bien, aunque vosotros no parezcáis reconocernos. Mirad este tapiz y juzgad si vuestros rostros son familiares o no para nosotros.

Los viajeros examinaron la tela que la hermosa dama estaba tejiendo; y no pudieron sino maravillarse al contemplar sus figuras hábilmente representadas con hilos de distintos colores. Allí aparecían, casi como si fueran reales, todas sus aventuras más recientes. Una parte del tapiz mostraba a los hombres de Ulises en la cueva de Polifemo, donde le habían arrancado al cíclope aquel enorme ojo que tanto recordaba a la luna. Y, en otro lugar, se veía cómo desataban los sacos de cuero, dejando escapar a los vientos contrarios. También podía contemplarse su huida del gigantesco rey de los lestrígones, quien había atrapado a uno de ellos por la pierna. Finalmente, aparecían sentados en la desierta orilla de aquella isla, abatidos y hambrientos, mirando tristemente los huesos del ciervo que la noche anterior habían devorado. El tapiz aún no estaba terminado, pero sin duda, en cuanto aquella hermosa mujer volviera a sentarse en el telar, continuaría tejiendo sus andanzas.

—Ya veis —afirmó— que conozco todos vuestros infortunios; podéis tener la seguridad de que mi único deseo es que tengáis una estancia agradable en palacio. Por ello, honorables huéspedes, he dado la orden de que preparen un banquete. Aves, pescado, carne asada, deliciosos guisos bien sazonados para todos los gustos, están listos para vosotros. Si tenéis hambre, venid conmigo a la sala de los banquetes.

Ante esta amable invitación, los hambrientos marineros mostraron una gran alegría; y uno de ellos, hablando en nombre de todo el grupo, aseguró a su hospitalaria anfitriona que para ellos cualquier hora del día era buena para comer, siempre y cuando tuvieran un poco de carne para el puchero y un buen fuego para prepararla. Así pues, la hermosa dueña del palacio les indicó el camino; y las cuatro jóvenes doncellas (la primera con el pelo color verde mar, la segunda con un corpiño de corteza de árbol, la tercera salpicando gotas de agua con la punta de sus dedos, y la cuarta con alguna otra extraña peculiaridad que ya he olvidado) también les acompañaban, metiéndoles prisa, hasta que llegaron a un magnífico comedor. Este

había sido construido en forma ovalada, y la luz entraba a raudales por una hermosa cúpula de cristal. A lo largo de la pared, pudieron contar hasta veintidós tronos con doseles carmesíes y dorados, provistos de mullidos cojines con borlas doradas. Los viajeros fueron invitados a sentarse en ellos; y allí estaban, aquellos veintidós curtidos marineros, andrajosos y harapientos, cómodamente instalados en los veintidós tronos, adornados de forma tan majestuosa que el más orgulloso de los monarcas difícilmente habría podido gozar de mayor esplendor.

Tendríais que haber visto a los invitados asentir con la cabeza, guiñar un ojo, e inclinar el cuerpo hacia el trono vecino para manifestar con roncós susurros su enorme satisfacción.

—Nuestra maravillosa anfitriona nos ha convertido a todos en reyes —dijo uno de los hombres—. ¿No llega hasta vosotros el olor del festín? Apuesto a que va a ser digno de veintidós soberanos.

—Eso espero —repuso otro—. Nos servirán suculentos solomillos, costillas de cerdo, cuartos traseros, todo ello sin demasiados condimentos. Si no fuera porque tan bondadosa señora podría ofenderse, pediría un buen trozo de tocino frito de aperitivo.

¡Menudos glotones! Ya veis que no tenían remedio. Incluso sentados en aquellos

tronos reales, dignos y majestuosos, únicamente pensaban en saciar su voraz apetito, como vulgares cerdos o lobos; pues ciertamente se hallaban más cerca de estos viles animales que de unos reyes (aunque estos no siempre son tan dignos como debieran).

La hermosa señora dio dos palmadas; e inmediatamente veintidós sirvientes entraron en fila en la sala, llevando los platos más exquisitos, y aún tan humeantes que una nube de vapor empañó la cúpula de cristal. Un número igual de sirvientes trajeron grandes jarras de vino, de distinta variedad; y algunos burbujearon cuando los servían y gorgoteaban al bajar por la garganta, mientras otros eran tan sumamente claros que dejaban ver las figuras labradas en el fondo de las copas. Mientras los criados servían a los veintidós invitados de comer y de beber, la dueña del palacio y sus cuatro damas de compañía iban de un trono a otro, animándoles a seguir hasta quedar saciados, y diciéndoles que querían recompensarles por todos los días que llevaban sin probar bocado. No obstante, en cuanto los marineros dejaban de mirarlas (lo que ocurría a menudo, pues casi siempre estaban pendientes de fuentes y vasijas), la hermosa dama y sus jóvenes doncellas se hacían a un lado y rompían a reír. E incluso los criados, mientras se arrodillaban para ofrecer los platos, sonreían con desprecio, mientras los hombres de Ulises continuaban sirviéndose los manjares.

De vez en cuando, los viajeros parecían probar algo que no acababa de gustarles.

—Este plato tiene un extraño condimento —afirmó uno—. No puedo decir que me entusiasme. Pero lo mismo da...

—Empújalo con un buen trago de este vino —sugirió el compañero que tenía al lado—. Es ideal para acompañar una comida así. Aunque también tiene un sabor peculiar. Pero cuanto más lo bebo más me gusta.

A pesar de todas sus críticas al festín, la verdad es que estuvieron comiendo durante un tiempo prodigiosamente largo; y sin duda os habría avergonzado ver cuánto vino derramaban al beber y con qué avidez engullían las viandas. Es cierto que estaban sentados en tronos dorados, pero se comportaban como cerdos en una pocilga; y, si no hubiesen perdido por completo la cabeza, se habrían dado cuenta de que aquella era la opinión tanto de la hermosa anfitriona como de sus doncellas. Todavía me sonrojo cuando pienso en las montañas de carne y budín, y en las ingentes cantidades de vino que aquellos veintidós glotones comieron y bebieron. Olvidaron sus hogares, a sus mujeres y a sus hijos, al rey Ulises y todo lo que no fuera aquel banquete, que les habría gustado que no terminara nunca. Pero llegó un momento en que no pudieron comer más, pues estaban a punto de explotar.

—¡Soy incapaz de comer ese último pedazo de tocino! —exclamó uno de ellos.

—No me cabe ni un bocado más —aseguró su vecino, exhalando un suspiro—. ¡Qué lástima! ¡Y eso que sigo teniendo tanta hambre como siempre!

Para ser breves, os diré que todos dejaron de comer y se recostaron en los respaldos de sus tronos, con un aspecto tan necio que resultaba cómico

contemplanlos. Cuando la dueña del palacio observó aquella escena, empezó a reír a carcajadas. Y no solo siguieron su ejemplo las cuatro jóvenes doncellas, sino también los veintidós criados que llevaban las viandas y los veintidós coperos que servían el vino. Y, cuanto más fuerte se reían, más estúpidos e impotentes parecían los glotones viajeros. Entonces, la hermosa anfitriona se colocó en el centro de la sala, y extendiendo una varita mágica (que había llevado siempre en la mano, a pesar de que nadie lo había advertido), señaló uno a uno a todos los invitados. A pesar de la belleza de su rostro, y de la sonrisa que lo iluminaba, la dama tenía un aspecto tan malvado y tan ruin como la serpiente más espantosa que jamás hayan contemplado unos ojos humanos; y, aunque se hallaban algo adormecidos, los marineros empezaron a sospechar que habían caído en poder de una perversa hechicera.

—¡Desgraciados! —gritó—. Habéis abusado de la hospitalidad de una dama; y vuestro comportamiento en esta sala principesca ha sido el de una piara de cerdos en una pocilga. Solo la apariencia humana, de la que sois indignos, os separa de estas bestias, ¡me avergüenzo de parecerme a vosotros! Únicamente necesitaré un poco de magia para transformaros. ¡Adoptad la fisonomía de un cerdo, glotones! ¡Y marchaos al chiquero!

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, la hechicera agitó la varita mágica, dando una fuerte patada en el suelo. Cada uno de los hombres vio con espanto cómo en los mismos tronos dorados, donde un instante antes se sentaban sus compañeros, aparecían cómodamente instalados veintiún cerdos. Pero cuando, creyendo ser todavía humanos, quisieron gritar para expresar su asombro, lo único que salió de su garganta fue un extraño gruñido, que les hizo comprender que todos habían corrido la misma suerte. Resultaba tan absurdo ver a aquellos cerdos sentados en los mullidos cojines que ellos mismos empezaron a revolcarse por el suelo, como es costumbre entre los animales de esa especie. Trataron de quejarse y de pedir clemencia, pero solo consiguieron articular los chillidos y los gruñidos más espantosos que jamás surgieron de la garganta de un cerdo. Quisieron retorcer las manos con desesperación, pero esto no hizo sino aumentar su desaliento, pues se veían a sí mismos sentados sobre sus cuartos traseros, agitando ridículamente las patas delanteras en el aire. ¡Ay! ¡Cómo les colgaban las orejas! ¡Qué ojillos enrojecidos rodeados de grasa! ¡Qué largos hocicos, en lugar de sus narices griegas!

Y, a pesar de ser unos auténticos brutos, aún podían darse cuenta de lo ocurrido, y se horrorizaban de su nuevo aspecto. Intentando lamentar aquel triste destino, lanzaban unos chillidos tan violentos y estridentes como si un carnicero les atravesara la garganta con un enorme cuchillo o, cuando menos, como si alguien tirara con fuerza de sus ridículas colitas enroscadas.

—¡A la pocilga! —gritó la hechicera, dándoles rápidos golpes con su varita—. ¡Llevaos a estas bestias de aquí y dadles algunas bellotas para comer! —ordenó a sus

criados.

Abriendo de golpe la puerta de la sala, los cerdos corrieron hacia todas partes menos por donde debían ir (manifestando así su habitual perversidad), hasta que lograron conducirlos al patio trasero del palacio. Fue realmente un triste espectáculo (y espero que ninguno de vosotros sea tan cruel como para reírse de él) ver aquellas pobres criaturas olisqueando por aquí y allá, cogiendo una hoja de col o las raíces de un nabo, arrastrando el hocico por el barro. Además, en la pocilga se comportaron con mucha más indignidad que los cerdos de nacimiento; pues se mordían y gruñían unos a otros, metiendo las patas en el comedero, al tiempo que engullían con voracidad cualquier desperdicio. Y cuando no les quedó nada para comer, se amontonaron en la sucia paja, y se durmieron al instante. Si aún quedaba en ellos un resto de inteligencia humana, es muy posible que apenas les sirviera para preguntarse cuándo los iban a degollar o cuál sería la calidad de su tocino.

Entretanto, como os he contado antes, Euríloco había estado esperando y esperando y esperando en el vestíbulo, sin poder comprender lo que les había sucedido a sus amigos. Finalmente, cuando oyó el alboroto organizado por los cerdos, y vio la figura de uno de esos animales en la fuente, decidió regresar a la nave para contarle al astuto Ulises los extraños sucesos. Así pues, bajó las escaleras todo lo deprisa que pudo, y corrió hasta la costa sin detenerse siquiera un instante para recobrar el aliento.

—¿Por qué vuelves solo? —inquirió el rey Ulises en cuanto lo vio—. ¿Dónde están tus veintidós compañeros?

Al oír estas preguntas, Euríloco rompió a llorar.

—¡Ay! —sollozó—. Mucho me temo que nunca volveremos a verlos.

Entonces procedió a contar a Ulises todo cuanto sabía, y su sospecha de que la hermosa dama era una malvada hechicera, y el palacio de mármol, a pesar de su majestad, una tenebrosa cueva. Era incapaz de imaginar dónde podían estar sus compañeros, a menos que los hubieran arrojado a los cerdos para que los devoraran vivos. Tras oír su relato, los hombres que se habían quedado en la nave sintieron un gran temor. Pero Ulises no tardó ni un segundo en ceñirse la espada, colgar el arco y la aljaba en su hombro, y empuñar una lanza. Cuando los hombres vieron a su astuto jefe preparándose para la lucha, quisieron saber dónde se dirigía, al tiempo que le suplicaban que no los abandonara.

—Eres nuestro rey —gritaron—; y, además, el hombre más astuto del mundo. Solo tu sabiduría y tu valor pueden librarnos de este peligro. Si te vas al palacio encantado, sufrirás el mismo destino que nuestros pobres compañeros, y jamás podremos regresar a nuestra amada Ítaca.

—Puesto que soy el rey —contestó Ulises—, y el más sabio de todos vosotros, tengo el deber de averiguar lo que les ha sucedido a mis hombres, y si existe alguna

posibilidad de rescatarlos. Esperadme aquí hasta mañana. Si no regreso, debéis izar las velas y zarpar, e intentar encontrar el camino de vuelta a nuestra patria. Me siento responsable de la suerte que corran esos pobres marineros, que siempre estuvieron a mi lado en la batalla. ¡Hemos sobrevivido juntos a tantas tempestades! ¡Prefiero morir a volver sin ellos!

De haberse atrevido, los hombres le habrían detenido a la fuerza. Pero el rey Ulises se limitó a fruncir severamente el ceño, amenazándoles con su lanza. Al verle tan decidido a partir, se sentaron en la arena, sumamente desconsolados, mientras esperaban su retorno.

Nada más alejarse unos pasos del borde del acantilado, Ulises vio el pajarillo color púrpura revoloteando hacia él.

—¡Pío, pío, pío! —repitió, como si estuviera tratando por todos los medios de detenerle.

—¿Qué quieres decirme, pajarillo? —preguntó Ulises—. Vas ataviado como un rey, de oro y púrpura, y llevas una corona dorada sobre la cabeza. ¿Acaso tienes tantas ganas de hablar conmigo porque yo también soy rey? Si conoces el lenguaje de los hombres, dime, ¿qué quieres que haga?

—¡Pío! —se limitó a responder, dolorosamente—. ¡Pío, pío, pío!

No hay duda de que su corazón albergaba una gran pena; y era realmente triste ver cómo ni siquiera tenía el consuelo de poder expresarla. Pero Ulises no disponía de tiempo para averiguar aquel misterio, de modo que aceleró su paso. Mientras caminaba por la senda del bosque, encontró a un joven de aspecto enérgico e inteligente, vestido de forma muy singular. Llevaba una capa corta y una especie de sombrero provisto de un par de alas; y su paso era tan ligero como si también tuviera alas en los pies. A fin de andar con mayor celeridad (pues siempre estaba viajando de un lugar a otro), el joven se apoyaba en un bastón alado, en el que se enroscaban y retorcían dos serpientes. Creo que ya he dicho lo suficiente para que adivinéis que se trataba de Azogue; y Ulises (que hacía mucho tiempo que lo conocía y había aprendido muchas cosas de él) lo reconoció al instante.

—¿Dónde te diriges con tanta prisa, astuto Ulises? —preguntó el mensajero de los dioses—. ¿Acaso no sabes que esta es una isla encantada? La malvada hechicera Circe, hermana del rey Eetes, habita en aquel palacio de mármol que puede vislumbrarse entre los árboles. Con sus conjuros transforma a los seres humanos en el animal, bestia salvaje o ave de corral al que más se parecen.

—Y aquel pajarillo que vino a mi encuentro al borde del acantilado —dijo Ulises— ¿fue alguna vez un ser humano?

—Sí —respondió Azogue—. En otros tiempos fue un buen rey llamado Pico, que quizá se enorgullecía demasiado de su manto color púrpura, de su corona y de la cadena de oro que rodeaba su cuello; por ello fue obligado a convertirse en un ave de

llamativo plumaje. Los leones, los lobos y los tigres que correrán a tu encuentro cuando llegues al palacio, fueron hombres de gran crueldad, cuya naturaleza guardaba un enorme parecido con las bestias salvajes en las que se han visto justamente transformados.

—¿Y mis pobres compañeros? —inquirió Ulises—. ¿Ha empleado Circe sus poderes mágicos con ellos?

—Ya sabes lo glotones que eran —contestó Azogue; y no pudo evitar reírse de lo sucedido, pues era un personaje bastante travieso—. No te sorprenderá por tanto saber que los ha convertido en cerdos. Si Circe no hubiera hecho cosas mucho más terribles, apenas podríamos culparla por ello.

—¿Y hay algo que yo pueda hacer? —quiso saber Ulises.

—Necesitarás de toda tu astucia y de un poquito de la mía —dijo Azogue—; de lo contrario, es muy posible que tu real y sagaz persona acabe convertida en zorro. Pero sigue mis consejos y todo terminará bien.

Mientras hablaba, el dios pareció buscar algo; y pronto se agachó para coger del suelo una pequeña florecilla blanca como la nieve, cuya fragancia empezó a oler. Y Ulises tuvo la certeza de que había florecido justo en el instante en que Azogue la rozara con sus dedos.

—Coge esta flor, rey de Ítaca —dijo—. Protégela como a tus propios ojos, pues es extremadamente rara y valiosa, y podrías recorrer el mundo entero sin encontrar otra semejante. Consévala siempre en la mano, y huélela con frecuencia cuando estés dentro del palacio, sobre todo si hablas con la hechicera. Recuerda que debes aspirar profundamente su fragancia si te ofrece algún manjar o te invita a beber un trago de vino en su copa. Sigue mis advertencias, y su magia no logrará convertirte en zorro.

Azogue continuó explicándole cómo debía comportarse, y le rogó que fuera prudente y valeroso. Asimismo, le aseguró que, a pesar del enorme poder de Circe, tenía muchas probabilidades de salir sano y salvo de su palacio encantado. Después de escucharle con atención, Ulises dio las gracias a su buen amigo y continuó su camino. No había dado siquiera tres pasos cuando, recordando algo que había olvidado preguntar, se dio nuevamente la vuelta. Pero no logró ver a nadie allí donde unos momentos antes estaba Azogue; pues las alas de su sombrero y de sus sandalias, con la ayuda del bastón mágico, le habían llevado muy lejos en unos instantes. Cuando Ulises llegó a la entrada del palacio, los leones y demás bestias salvajes acudieron dando saltos a su encuentro, buscando sus caricias y tratando de lamer sus pies. Él les amenazó con la enorme lanza, ordenándoles con dureza que se alejaran; pues sabía que en otros tiempos habían sido hombres ávidos de sangre y que, en el fondo de su malvado corazón, habrían preferido arrancarle todos y cada uno de sus miembros. Las bestias gruñeron con enfado, y observaron a distancia cómo subía las

escaleras del palacio.

Al entrar, vio la fuente mágica en el centro del vestíbulo. El surtidor de agua había cobrado la forma del hombre de la larga túnica, y pareció darle la bienvenida con sus gestos. Asimismo, oyó el ruido de la lanzadera en el telar, la dulce melodía que entonaba la hermosa dueña del palacio, y las encantadoras voces de sus cuatro jóvenes doncellas conversando alegremente. Pero Ulises no perdió el tiempo escuchando sus carcajadas o su bella canción. Apoyó la lanza contra una de las columnas del vestíbulo y, preparando la espada para desenvainarla, abrió de par en par las puertas de la estancia contigua. En cuanto la hermosa dama vio su majestuosa figura en el umbral, abandonó el telar y se acercó a él con ambas manos extendidas, mientras una alegre sonrisa iluminaba su rostro.

—¡Bienvenido, valiente extranjero! —exclamó—. Te estábamos esperando.

La nereida del cabello verde mar le hizo una respetuosa reverencia; y lo mismo hicieron sus hermanas, la que llevaba el corpiño de corteza de roble, la que salpicaba gotas de rocío con la punta de sus dedos, y la que tenía otra singularidad que ya he olvidado. Y Circe (pues ese era el nombre de la hechicera), que creía que iba a poder engañar al astuto Ulises, se dirigió nuevamente a él con estas palabras:

—Debes saber que también he ofrecido mi hospitalidad a tus compañeros, a los que he tratado con la dignidad que merecen. Si así lo deseas, después de comer y beber algo, puedes ir con ellos a los elegantes aposentos donde descansan. ¡Mira! Mis doncellas y yo hemos bordado sus figuras en este tapiz.

Y señaló la hermosa tela que se hallaban tejiendo. Sin duda Circe y las cuatro ninfas habían trabajado con enorme diligencia desde la llegada de los marineros a palacio, pues el tapiz era mucho más rico en imágenes que cuando ellos lo habían visto. Y Ulises vio a sus veintidós amigos sentados en unos mullidos tronos con dosel, comiendo con voracidad y bebiendo grandes cantidades de vino. El trabajo de las mujeres se había detenido en esta escena, ya que la hechicera era demasiado astuta para permitir que nuestro héroe adivinara lo que sus poderes mágicos habían hecho con los glotones viajeros.

—En cuanto a ti, valiente señor —dijo Circe—, a juzgar por la nobleza de tu porte, no hay duda de que eres un rey. Dígnate seguirme y serás tratado de acuerdo a tu rango.

Ulises la siguió a la enorme sala donde sus veintidós camaradas habían celebrado el banquete que tantas desgracias les había acarreado. Pero siempre llevaba en su mano la pequeña florecilla blanca, y no dejaba de olerla con disimulo cuando la hechicera hablaba. Justo antes de cruzar el umbral, aspiró a fondo su fragancia. En lugar de los veintidós tronos que había antes colocados a lo largo de la pared, Ulises observó un único trono en el centro de la estancia. Sin duda era el asiento más suntuoso jamás conocido, de oro macizo, ricamente adornado de piedras preciosas,

con un cojín que parecía haber sido confeccionado con innumerables pétalos de rosa, y un dosel brillante y luminoso; pues Circe sabía convertir la luz del sol en un deslumbrante tejido. La hechicera cogió a Ulises de la mano, invitándole a sentarse en aquel majestuoso trono, y, dando unas palmadas, llamó al mayordomo real.

—Trae la copa de los reyes —le ordenó—. Y llénala con aquel delicioso vino que tanto gustó a mi hermano, el rey Eetes, la última vez que me visitó acompañado de su hermosa hija Medea. ¡Qué niña tan bondadosa y afable! Si estuviera aquí, le encantaría verme ofrecer ese vino a mi honorable huésped.

Mientras el mayordomo real salía a buscar el vino, Ulises no despegó de la nariz la florecilla blanca.

—¿Es un vino saludable? —preguntó.

Al oír estas palabras, las cuatro doncellas no pudieron evitar sonreír con disimulo, por lo que Circe las miró airada.

—Es el vino más saludable que pueda salir de una cepa —se apresuró a contestar—; pues, en vez de ocultar la verdadera naturaleza de un hombre, como otros licores, muestra su verdadero carácter, presentándolo ante los demás tal como es.

Al mayordomo real no había nada que le agradara más que ver a la gente convertida en cerdo o en cualquier otro tipo de bestia; de modo que no tardó en regresar con la copa real llena de un líquido burbujeante, que brillaba como el oro, salpicando los bordes de resplandeciente espuma. Sin embargo, a pesar de su delicioso aspecto, aquella era la pócima más terrible que la hechicera sabía preparar. Pues, por cada gota de zumo de uva, había añadido dos gotas de la más pura maldad, que hacían mucho más delicioso el sabor del brebaje. El simple olor de las burbujas era suficiente para transformar la barba de un hombre en las cerdas de un marrano, o para que unas garras de león brotaran de sus dedos o una cola de zorro de su trasero.

—Bebe, noble huésped —le rogó Circe sonriendo y ofreciéndole la copa—. Un buen trago aliviará tus penas.

El rey Ulises cogió el hermoso cáliz con la mano derecha, mientras con la izquierda acercaba la florecilla blanca a su nariz, aspirando con tanta intensidad que los pulmones quedaron impregnados de su fragancia. Se bebió de golpe toda la copa, mirando impassible el rostro de la hechicera.

—¡Miserable! —le increpó Circe, golpeándole con su varita mágica—. ¿Cómo te atreves a conservar tu aspecto humano? Adopta la forma de la bestia que más se asemeje a ti. Si es un cerdo, corre a reunirse con tus compañeros en la pocilga; si es un león, un lobo o un tigre, ve a aullar con las bestias salvajes en la entrada del palacio; si es un zorro, demuestra tu habilidad para robar gallinas. Has bebido mi vino y no puedes continuar siendo un hombre.

Pero la florecilla blanca tenía tanto poder que, en lugar de revolcarse por el suelo convertido en cerdo, o de adoptar cualquier otra forma animal, Ulises siguió en pie más apuesto y majestuoso que nunca. Y, dando un manotazo a la copa mágica, la arrojó hasta el fondo de la sala. Entonces, desenvainó la espada, agarró a la hechicera por sus hermosos bucles, e hizo ademán de cortarle la cabeza de un solo tajo.

—Malvada Circe —gritó con una voz que producía espanto—, esta espada pondrá fin a todos tus conjuros. Estás a punto de morir, vil hechicera; y dejarás de hacer el mal, pues no permitiré que continúes tentando a los seres humanos para que caigan en sus peores vicios.

La expresión del rostro y el tono de Ulises eran tan terribles, y el filo de su espada brillaba con tanta intensidad, que Circe a punto estuvo de morir de miedo. El mayordomo real salió precipitadamente del comedor, llevándose consigo la copa dorada; y la hechicera y las cuatro jóvenes doncellas cayeron de rodillas, juntando las manos y suplicando clemencia.

—¡Perdóname! —suplicó Circe—. ¡Perdóname, astuto rey Ulises! Ahora sé que eres aquel contra el que Azogue me previno, el más prudente y sabio de los mortales. No existe ningún embrujo capaz de derrotarte. Si me perdonas la vida, me convertiré en tu esclava y serás el dueño de mi palacio.

Las cuatro ninfas, entretanto, lloriqueaban lastimosamente; la nereida de cabellos verde mar derramaba abundantes lágrimas saladas, y la ninfa del arroyo lloraba con tanta amargura que parecía a punto de desvanecerse en el aire, mientras gotas y más gotas de rocío manaban de la punta de sus dedos. Pero Ulises solo se mostró dispuesto a conceder su perdón si Circe juraba solemnemente volver a convertir en hombres a sus compañeros, así como a todas aquellas bestias o aves que él le señalara.

—Únicamente respetaré tu vida si cumples estas condiciones —aseguró.

Con aquella espada pendiendo sobre su cabeza, la hechicera habría estado

dispuesta a hacer nada más que el bien toda la vida (de igual modo que hasta entonces solo había hecho nada más que el mal), por mucho que lo detestara. Así pues, se apresuró a conducir a Ulises hasta la puerta trasera, y le mostró la pocilga de palacio. Había unos cincuenta cerdos allí reunidos, en su mayoría puercos de nacimiento y educación; y os aseguro que era casi imposible discernir cuáles de ellos acababan de perder su aspecto humano. Si queremos ser sinceros, los hombres de Ulises parecían disfrutar especialmente de su nueva condición, y, obedeciendo a su verdadera naturaleza, se revolcaban en la parte más embarrada de la pocilga, y cometían más excesos que sus compañeros de la piara. Pues, cuando los hombres se convierten en bestias, el poco ingenio que les queda les vuelve diez veces más brutales.

Los marineros, sin embargo, aún no habían olvidado por completo su anterior postura erecta al caminar. Cuando Ulises se acercó a la pocilga, veintidós cerdos enormes se separaron del grupo y corrieron hacia él, armando un griterío tan terrible que se vio obligado a taparse los oídos con ambas manos. Pero los cerdos no parecían saber lo que realmente querían, si tenían hambre o estaban deprimidos por alguna otra razón. Y resultaba muy curioso observarles en medio de su desasosiego, metiendo sus narices en el barro, buscando algo que comer. La ninfa con el corpiño de corteza de árbol (la hamadriada de un roble) les arrojó un puñado de bellotas; y las veintidós bestias se abalanzaron sobre ellas, como si no hubieran siquiera probado un vaso de leche agria en doce meses.

—No hay duda de que se trata de mis hombres —dijo Ulises—. Reconozco su naturaleza. Casi no merece la pena devolverles el aspecto humano. Sin embargo, será mejor hacerlo para que su mal ejemplo no pervierta a los demás cerdos. Que recobren su forma original, dama Circe, si tienes suficiente poder para ello. Imagino que será mucho más difícil de lo que fue convertirlos en cerdos.

Circe volvió a agitar su varita, al tiempo que pronunciaba unas palabras mágicas que parecieron llamar la atención de los compañeros de Ulises, pues levantaron sus largas orejas para escucharla. Fue prodigioso observar cómo sus hocicos se acortaban, y cómo sus bocas (que posiblemente lamentaban no poder continuar engullendo a todas horas) se empequeñecían, y cómo empezaban a ponerse en pie sobre las patas traseras, y cómo se rascaban la nariz con las delanteras. Al principio, no habría sido fácil decidir si eran cerdos o eran hombres, pero, poco a poco, quienes los contemplaban llegaron a la conclusión de que parecían más bien seres humanos. Y finalmente Ulises consiguió ver a sus veintidós compañeros con el mismo aspecto que tenían al abandonar la nave.

No debéis imaginar, sin embargo, que el elemento porcino de su naturaleza desapareciera por completo; pues cuando este penetra en el carácter de una persona, es casi imposible eliminarlo. Y así lo demostró la traviesa hamadriada, que arrojó

otro puñado de bellotas ante los veintidós viajeros que acababan de recuperar su aspecto humano; y estos se abalanzaron sobre ellas, y las devoraron con bestial avidez, hasta que, recordando quiénes eran, volvieron a ponerse en pie, con una expresión más necia de lo habitual en su rostro.

—¡Gracias, noble Ulises! —gritaron—. Has logrado que dejemos de ser torpes bestias y recuperemos nuestra condición humana.

—No os molestéis en darme las gracias —dijo el astuto rey—. Me temo que no he hecho gran cosa por vosotros.

Si queremos ser sinceros, tenemos que admitir que había en su tono un deje sospechoso que recordaba a un gruñido, y, durante mucho tiempo, hablaron con voz bronca y manifestaron una fuerte tendencia a chillar como cochinos.

—Dependerá de vuestro futuro comportamiento volver o no a una pocilga —añadió Ulises.

—¡Pío, pío, pío! —pudo oírse en la rama más cercana.

Era el pajarillo color púrpura, que llevaba mucho observándoles, esperando que Ulises recordara todos sus esfuerzos por apartarle del peligro. Ulises ordenó a Circe que convirtiera aquella bondadosa avecilla en rey, y le devolviera el mismo aspecto que tenía antes de sufrir tan terrible sortilegio. Nada más pronunciar las palabras mágicas, y antes de que el pájaro pudiera decir «pío», el rey Pico bajó de un salto de aquella rama, con tanta majestad como el más digno de los soberanos, ataviado con un largo manto color púrpura y unas vistosas calzas amarillas, con una cadena de oro espléndidamente labrada alrededor de su cuello, y una corona también de oro en la cabeza. Intercambió con el rey Ulises los saludos propios de su elevado rango. Y, a partir de entonces, el rey Pico dejó de enorgullecerse vanidosamente de su corona y de sus galas reales, portándose como un simple servidor de sus súbditos, a los que debía hacer mejores y más felices.

En cuanto a los leones, a los tigres y a los lobos (a pesar de que, si se lo hubiera ordenado nuestro héroe, Circe les habría devuelto su forma humana), Ulises consideró más prudente que continuaran con su feroz aspecto, pues de ese modo quedaría de manifiesto su cruel naturaleza, y no podrían engañar a nadie con sus disfraces de hombre, fingiendo sentimientos compasivos, mientras su corazón estaba tan sediento de sangre como el de las peores bestias salvajes. Así pues, los dejó aullar a gusto y nunca volvió a sentir inquietud por ellos. Y, cuando todo quedó resuelto, ordenó llamar a sus demás compañeros, a los que había dejado en la orilla del mar. En cuanto estos llegaron, con el prudente Euríloco a la cabeza, se instalaron cómodamente en el palacio de Circe, con el fin de descansar de tan largo y fatigoso viaje.

## Las semillas de la granada

La madre Ceres sentía un enorme cariño por su hija Proserpina, y muy rara vez la dejaba salir sola al campo. Pero, justo cuando mi historia comienza, la buena señora estaba muy ocupada, pues debía encargarse del trigo y del maíz, y también del centeno y la cebada, y, para no extenderme demasiado, de todos los cultivos en el mundo entero; y, como la temporada se había retrasado especialmente, era importante que las cosechas maduraran con más celeridad que otros años. De modo que se colocó el turbante de amapolas (se distinguía por adornarse siempre con esas flores), se montó en su carruaje tirado por un par de dragones alados, y se dispuso a emprender camino inmediatamente.

—Querida madre —exclamó Proserpina—, me sentiré muy sola mientras estés lejos. ¿No me dejarías bajar corriendo hasta la orilla y preguntar a las ninfas marinas si quieren salir de entre las olas y jugar conmigo?

—Sí, hija mía —contestó la madre Ceres—. Las ninfas son criaturas muy bondadosas, y nunca te harán el menor daño. Pero debes tener cuidado de no alejarte de ellas, ni andar sola por los campos. Lejos del cuidado de su madre, las niñas pueden llegar a hacer muchas tonterías y verse metidas en graves apuros.

La niña prometió ser tan prudente como una persona mayor; y, cuando los dragones alados arrastraron el carruaje y este desapareció de su vista, ya estaba en la orilla llamando a las ninfas para que salieran a jugar con ella. Conocían estas la voz de Proserpina y no tardaron en asomar su reluciente rostro y sus cabellos color verde mar por encima de las aguas, en cuyo fondo se encontraba su morada. Traían con ellas una gran cantidad de hermosas conchas; y, sentándose en la arena húmeda, allí donde rompía la espuma de las olas, se entretuvieron en hacer un collar, que colocaron alrededor del cuello de Proserpina. Para mostrar su gratitud, la niña les suplicó que la acompañaran durante un corto trecho por los campos, pues quería coger muchas flores para hacer una guirnalda a cada una de sus compañeras de juego.

—¡Oh, no, querida Proserpina! —exclamaron las ninfas—; no nos atrevemos a ir contigo a tierra seca. Corremos el peligro de desmayarnos si no respiramos la brisa del mar. ¿No has visto el cuidado que ponemos en dejar que la espuma de las olas

caiga sobre nosotras, para estar siempre mojadas? Si no fuera así, pareceríamos un puñado de algas arrancadas del fondo del mar y puestas a secar al sol.

—No sabéis cuánto me apena —afirmó Proserpina—. Pero, por favor, esperadme aquí; correré a llenar mi delantal de flores y habré vuelto antes de que las olas os hayan salpicado más de diez veces. Mi deseo es hacer para vosotras unas guirnaldas tan hermosas como este collar de conchas de colores.

—Te esperaremos, entonces —respondieron las ninfas marinas—. Pero, mientras regresas, iremos a descansar a un banco de suaves esponjas que hay en el fondo. El aire es hoy demasiado seco para nosotras. Asomaremos de vez en cuando la cabeza por encima del agua para ver si ya estás aquí.

La joven Proserpina se dirigió corriendo hacia un lugar donde, el día anterior, había visto muchas flores. Pero estas ya estaban empezando a marchitarse y, como su intención era regalar a sus amigas las más lozanas y hermosas, siguió alejándose más y más por los campos, hasta que encontró algunas que la hicieron gritar de alegría. Jamás había visto unas flores tan primorosas: violetas espléndidas y olorosas, delicadas rosas de vivos colores, magníficos jacintos, aromáticas clavelinas y muchas, muchas otras variedades, algunas de las cuales parecían tener nuevas formas

y colores. Dos o tres veces, además, creyó ver una mata de preciosos capullos brotando de la tierra justo delante de sus propios ojos, como si quisieran tentarla a dar unos pasos más. Y Proserpina no tardó en llenar su delantal, del que caían pétalos y más pétalos de gran belleza. Y, cuando estaba a punto de regresar con las ninfas para sentarse a la orilla del mar y trenzar guirnaldas, ¿qué es lo que creéis que vio un poco más lejos? Pues un enorme arbusto cuajado de flores, sin duda las más maravillosas del mundo.

—¡Oh, qué hermosura! —exclamó Proserpina.

Pero, nada más pronunciar esas palabras, la niña pensó: «¡Qué raro no haber visto antes esas flores! Si acabo de mirar precisamente allí».

Cuanto más se acercaba a aquel arbusto florido, más bonito le parecía; y sin embargo, al llegar junto a él, a pesar de que su hermosura era tanta que no podría describirse con palabras, no supo si realmente le gustaba o no. Tenía más de cien flores de brillante colorido, todas diferentes, aunque no dejaban de parecerse, como si fueran hermanas. Mas había un profundo brillo en sus hojas y en sus pétalos que llevó a pensar seriamente a Proserpina que podía ser un arbusto venenoso. A decir verdad, por muy extraño que parezca, estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo.

«¡Qué estúpida soy! —pensó, haciéndose la valiente—. No hay duda de que es la más bella mata de flores que haya podido salir de la tierra. La arrancaré con raíces para plantarla en el jardín de mi madre».

Sujetando el delantal lleno de flores con la mano izquierda, Proserpina agarró el arbusto, y tiró y tiró, pero este ni se movió del suelo. ¡Qué raíces tan profundas tenía! Y tiró y tiró nuevamente con todas sus fuerzas, y observó que la tierra empezaba a resquebrajarse alrededor del tronco. Sin embargo, al intentarlo otra vez, creyó oír un ruido sordo justo debajo de sus pies. ¿Acaso aquellas raíces se extendían hasta alguna caverna encantada? Riéndose de las tonterías que se le ocurrían, decidió hacer un último esfuerzo para arrancar aquel arbusto de la tierra. Y Proserpina se tambaleó mientras sujetaba triunfalmente el tronco, contemplando el profundo boquete que habían abierto sus raíces en el suelo.

Para su gran asombro, el agujero empezó a hacerse cada vez más ancho y profundo; parecía no tener fondo. Y, durante todo aquel tiempo, un extraño ruido surgía de las profundidades, cada vez más fuerte y cercano: recordaba a los cascos de los caballos y al traqueteo de un carruaje. Demasiado asustada para salir corriendo, se esforzó por adivinar lo que había en aquel hueco; y pronto vislumbró un tiro con cuatro caballos negros, que resoplaban mientras ascendían a través de las entrañas de la tierra, arrastrando un espléndido carruaje dorado. Y no tardaron en saltar fuera de aquel agujero sin fondo, sacudiendo sus oscuras crines, agitando sus negras colas y haciendo elegantes cabriolas, muy cerca del lugar donde se encontraba Proserpina. En

el carruaje se adivinaba la silueta de un desconocido, ricamente ataviado, con una reluciente corona de diamantes en la cabeza. Tenía un aspecto refinado y era bastante guapo, aunque parecía malhumorado y descontento; pues no dejaba de frotarse los ojos, al tiempo que les daba sombra con su mano, como si no estuviera acostumbrado a la luz del sol, y esta le desagradara.

En cuanto divisó a la asustada Proserpina, le hizo señas para que se acercara.

—No tengas miedo, querida niña —dijo con su sonrisa más alegre—. ¡Ven! ¿No te gustaría dar un paseo conmigo en este precioso carruaje?

Pero Proserpina estaba tan asustada que lo único que quería era estar fuera de su alcance. Y no era para menos, pues el extraño no parecía especialmente bondadoso, a pesar de su sonrisa. El tono de su voz era profundo y sombrío, y se asemejaba bastante al estruendo de un terremoto. Y, como suele ocurrir cuando los niños se ven apurados, la primera idea de Proserpina fue llamar a su madre.

—¡Madre, madre Ceres! —gritó, toda temblorosa—. Ven pronto y sálvame.

Pero su voz era demasiado débil para que esta la oyera. Además, lo más probable es que madre Ceres estuviera a mil kilómetros de distancia, haciendo crecer el maíz en algún país lejano. Y ni siquiera habría podido serle útil a su pobre hija, aunque la hubiera escuchado; pues, en cuanto Proserpina empezó a llorar, el desconocido se bajó de un salto, cogió a la niña en sus brazos, subió de nuevo al carruaje y, sacudiendo las riendas con fuerza, ordenó a voz en grito a los caballos negros que partieran al instante. Y la velocidad a la que estos galopaban era tan asombrosa que más parecían volar por el aire que correr en tierra firme. En un momento, Proserpina perdió de vista el apacible valle de Enna, donde siempre había vivido. Y muy pronto la cima del monte Etna se volvió tan azul con la distancia que fue casi imposible distinguirla del humo que salía a borbotones de su cráter. Pero la niña seguía chillando mientras sembraba de flores el camino. Y su potente grito fue quedando detrás del carruaje; y muchas madres, al escucharlo, salían corriendo para ver si les había ocurrido alguna desgracia a sus hijos. Pero la madre Ceres estaba muy lejos, y jamás llegó a sus oídos.

Mientras avanzaban a todo galope, el desconocido hizo cuanto pudo por tranquilizarla.

—¿Por qué estás tan asustada, preciosa niña? —decía, tratando de suavizar su ronca voz—. Te prometo que no sufrirás ningún daño. Pero ¿qué veo? ¿Has cogido flores? Espera a que lleguemos a mi palacio y te regalaré un jardín lleno de flores mucho más hermosas, fabricadas con perlas, diamantes y rubíes. ¿No sabes quién soy? Me llaman Plutón; y soy el rey de los diamantes y demás piedras preciosas. Cada átomo de oro y plata que se esconde bajo la tierra me pertenece, por no hablar del cobre y del hierro, y de las minas de carbón, que me abastecen de carburante. ¿Ves esta espléndida corona que llevo en la cabeza? Te la dejo, para que juegues con

ella. Ya verás, cuando salgamos de este sol insoportable, podremos ser buenos amigos, y te aseguro que me encontrarás más simpático de lo que crees.

—¡Déjame ir a casa! —le rogó Proserpina—. ¡Déjame ir a casa!

—Pero mi casa es mucho mejor que la de tu madre —contestó el rey Plutón—. Es un palacio, todo cubierto de oro, con ventanas de cristal; y, como por allí apenas entra la luz del sol, los aposentos están iluminados con lámparas de diamantes. Seguro que nunca has visto nada ni la mitad de fantástico que mi trono. Si así lo deseas, te dejaré sentarte en él y ser mi pequeña reina, y yo me sentaré en el escabel.

—¡No me interesan ni los palacios de oro ni los tronos! —exclamaba entre sollozos Proserpina—. ¡Oh, mi madre, mi madre! ¡Llévame con mi madre!

Sin embargo, el rey Plutón, como se denominaba a sí mismo, lo único que hacía era gritar a los corceles, azuzándolos para que corrieran aún más veloces.

—Intenta no ser tan ridícula, Proserpina —dijo en un tono más bien hosco y malhumorado—. Te ofrezco mi palacio y mi corona, así como todas las riquezas que existen bajo tierra, y me tratas como si te estuviera causando algún mal. Lo único que necesita mi palacio es una encantadora joven que suba y baje corriendo las escaleras, y alegre las estancias con su hermosa sonrisa. Eso es lo único que debes hacer para el rey Plutón.

—¡Jamás! —contestó Proserpina, mirándole con su expresión más triste—. Jamás volveré a sonreír hasta que me dejes en la puerta de mi casa.

Pero era como si se lo hubiera contado al viento que silbaba tras ellos, porque Plutón seguía azuzando a sus caballos, que corrían más veloces que nunca. Proserpina no cesaba de llorar, y lo hacía tan fuerte que su pobre voz parecía a punto de quebrarse para siempre; y, cuando apenas salía de su garganta un murmullo casi inaudible, se le ocurrió mirar hacia un inmenso campo de espigas que se ondulaban con el viento. ¿Y a quién diríais que vio? Pues nada menos que a la madre Ceres, haciendo crecer el trigo, y demasiado ocupada para advertir el paso del carruaje de oro. La niña juntó las pocas fuerzas que aún le quedaban y lanzó un último grito, pero, antes de que Ceres tuviera tiempo de volver la cabeza, se perdió de vista.

El rey Plutón había tomado un camino que cada vez era más tenebroso. Estaba bordeado de rocas y precipicios, entre los que traqueteaban las ruedas del carruaje, retumbando como el más ensordecedor de los truenos. Los árboles y arbustos que crecían en las grietas de las rocas tenían un pobre y triste verdor; y, aunque apenas era mediodía, el aire se oscureció y la luz se tornó gris y mortecina. Los corceles negros habían galopado tan deprisa que pronto dejaron atrás los límites del sol. Sin embargo, a medida que aumentaba la penumbra, el semblante de Plutón iba adquiriendo cierto aire de satisfacción. Al fin y al cabo, no tenía tan mal aspecto, sobre todo cuando dejó de hacer aquellas horribles muecas con las que intentaba esbozar una sonrisa. Proserpina trató de ver su rostro en medio de las tinieblas, esperando que no fuera tan

malvado como había pensado en un principio.

—¡Ah, esta penumbra es verdaderamente refrescante! —exclamó el rey Plutón—, especialmente después de haber sido atormentado por la impertinente luz del sol. ¡Cuánto más agradable es el brillo de una lámpara o de una antorcha, sobre todo si se reflejan en los diamantes! Va a ser todo un espectáculo, cuando llegemos a mi palacio.

—¿Está muy lejos? —preguntó Proserpina—. ¿Me llevarás a casa cuando lo haya visto?

—Ya hablaremos de eso más tarde —contestó Plutón—. Ahora estamos entrando en mis dominios. ¿Ves esa enorme puerta de entrada que hay delante de nosotros? Cuando la crucemos, habremos llegado a casa. Y allí, en el umbral, se encuentra mi fiel mastín. ¡Cerberos! ¡Cerberos! ¡Acércate, mi buen perro!

Diciendo esto, Plutón sujetó las riendas y detuvo el carruaje entre las altas y macizas columnas de la puerta de entrada. El mastín se puso en pie, alzándose sobre las patas traseras, con el fin de situar las delanteras sobre la rueda del carruaje. Pero ¡madre mía! ¡Qué perro más extraño! Era un monstruo horrible, enorme y de aspecto salvaje, con tres cabezas independientes, cada una de ellas más fiera que las otras dos; pero, a pesar de su ferocidad, el rey Plutón las acarició una por una. Parecía sentir tanto cariño por el perro de tres cabezas como si se tratara de un perrillo de aguas, con sedosas orejas y pelo rizado. Era evidente que también Cerbero se alegraba de volver a ver a su dueño, y expresaba su cariño, como hacen otros perros, moviendo el rabo a gran velocidad. Pero los ojos de Proserpina, al fijarse en aquel enérgico movimiento, observaron que se trataba de un dragón vivo y coleando, con ojos muy fieros y colmillos venenosos. Y mientras Cerbero con sus tres cabezas seguía haciéndole fiestas y cucamonas al rey Plutón, el dragón-cola continuaba moviéndose en contra de su voluntad, con pinta de estar sumamente enfadado y malhumorado.

—¿Me va a morder el perro? —preguntó Proserpina, acercándose más al rey Plutón—. ¡Qué criatura tan fea!

—Oh, no, no tengas miedo —repuso su acompañante—. Nunca hace daño a las personas, a no ser que traten de entrar en mis dominios sin haber sido llamados o quieran escapar en contra de mi voluntad. ¡Abajo, Cerbero! Ahora, linda Proserpina, vamos a entrar.

El carruaje siguió avanzando y el rey Plutón pareció sentirse muy complacido al encontrarse de nuevo en su reino. Enseñó a la pequeña las ricas vetas de oro que se veían entre las rocas, y señaló diversos lugares donde un simple golpe de piqueta podría desprender por lo menos un quintal de diamantes. Asimismo, a lo largo del camino, contemplaron resplandecientes piedras preciosas, que habrían sido de un valor incalculable sobre la tierra, pero que allí eran tan poco apreciadas que ningún

mendigo se habría agachado a recogerlas. No lejos de la puerta de entrada, llegaron a un puente, que parecía de hierro. Plutón detuvo el carruaje y pidió a Proserpina que echara un vistazo al río que fluía lentamente por debajo. Jamás en su vida había visto una corriente tan aletargada, tan negra y aparentemente tan turbia; sus aguas no reflejaban la imagen de lo que había en sus orillas, y se movían tan perezosamente como si hubieran olvidado hacia qué lado debían discurrir, y hubieran preferido quedarse estancadas a decidirse a avanzar en un sentido u otro.

—Es el río Leteo —observó el rey Plutón—. ¿Verdad que es un río muy agradable?

—A mí me parece muy lúgubre —contestó Proserpina.

—Pues a mí, sin embargo, me gusta —exclamó Plutón, que estaba siempre dispuesto a llevar la contraria a todo el mundo—. En cualquier caso, su agua es de una calidad excelente; un simple trago hace olvidar a los seres humanos las preocupaciones y penas que les atormentan. Solo un sorbito, querida Proserpina, y dejarás de sentir pena por tu madre; no quedará el menor rastro de ella en tu memoria que te impida ser feliz en mi palacio. En cuanto lleguemos, ordenaré que te traigan un poco en una copa de oro.

—¡Oh, no, no, no! —gritó Proserpina, echándose a llorar de nuevo—. Preferiría mil veces ser desgraciada recordando a mi madre que ser feliz olvidándola. ¡Esa madre tan buena! Nunca, nunca la olvidaré.

—Eso ya lo veremos —exclamó Plutón—. No sabes cuánto nos vamos a divertir en mi palacio. Solo estamos en la puerta. Esas columnas son de oro macizo, te lo aseguro.

Apeándose del carruaje, cogió en brazos a Proserpina y subió con ella por una gran escalinata que llevaba al salón más importante de palacio. Estaba espléndidamente iluminado por medio de un juego de piedras preciosas de todos los colores, que parecían arder como otras tantas lámparas, aunque con un resplandor cien veces más intenso, dando luminosidad a la espaciosa estancia. Y, sin embargo, había algo tenebroso en aquella luz encantada. La verdad es que en aquel salón no había ni un solo objeto que pudiera considerarse agradable, excepto la pequeña Proserpina, una criatura encantadora, que llevaba en la mano una de las flores que había cogido mientras paseaba por el campo (quizá la única que no se le había caído del delantal). En mi humilde opinión, el rey Plutón nunca había sido feliz en su palacio, y ese era el verdadero motivo por el que había raptado a Proserpina; pues necesitaba amar a alguien, y no quería seguir engañando más tiempo a su pobre corazón con aquella agotadora magnificencia que le rodeaba. Y, aunque afirmaba detestar el sol del mundo superior, la presencia de la niña, aunque algo ensombrecida por sus lágrimas, era como si uno de sus rayos, algo débil y desvaído, se hubiera abierto camino hacia el palacio encantado.

Plutón reunió entonces a sus servidores, y ordenó que prepararan sin pérdida de tiempo el más suculento de los banquetes, sin olvidarse (y eso era lo más importante) de poner una copa dorada con agua del Leteo junto al plato de Proserpina.

—No pienso beber nada —dijo Proserpina—. Y tampoco probaré bocado, aunque me retengas toda la vida en tu palacio.

—Sentiría mucho que no lo hicieras —replicó el rey Plutón, acariciando su mejilla; y es que realmente deseaba ser amable, a pesar de no saber muy bien cómo hacerlo—. Me parece que eres una niña muy mimada, pequeña Proserpina. Sin embargo, cuando veas la mesa llena de deliciosas viandas, se te abrirá enseguida el apetito.

Entonces mandó llamar al cocinero jefe y le dio instrucciones muy precisas para que preparara todo tipo de exquisitos manjares (de los que suelen gustar a los jóvenes) para Proserpina. En todo aquello escondía una secreta intención, pues es necesario que sepáis que cuando a una persona la han llevado a la fuerza a un país encantado, si prueba allí algún alimento, jamás consigue volver a su hogar ni ver de nuevo a sus amigos. Ahora bien, si el rey Plutón hubiera sido lo suficientemente astuto para ofrecer a Proserpina un poco de fruta, pan o leche (que era lo que la niña estaba acostumbrada a comer), es muy probable que ella pronto se hubiera sentido tentada de probarlo. Pero dejó el asunto en manos de su cocinero, que, como casi todos los amantes de los fogones, consideraba que solo merece la pena alimentarse de ricos pasteles, o carne muy condimentada, o tartas muy dulces y elaboradas, exactamente lo que la madre Ceres nunca daba a Proserpina, y que, en lugar de abrirle el apetito, lo único que consiguieron fue quitárselo por completo.

Pero mi historia debe abandonar los dominios del rey Plutón y asomarse al mundo exterior, para ver qué ha sido de la madre Ceres desde que se vio privada de su hija. Recordaréis que la vimos por última vez medio escondida entre las espigas mecidas por el viento, mientras los cuatro corceles negros pasaban a toda velocidad, arrastrando el carruaje de oro en el que su muy amada Proserpina había sido raptada. Supongo que tampoco habréis olvidado el profundo alarido que dio Proserpina cuando el carruaje se perdió de vista.

De todos los lamentos de la niña, este último grito fue el único que llegó a los oídos de la madre Ceres. Había confundido el ruido de las ruedas del carruaje con el retumbar de un trueno, imaginando que se acercaba un fuerte aguacero, que la ayudaría a hacer crecer el maíz. Sin embargo, al oír el chillido de Proserpina, se sobresaltó y miró a un lado y otro, pues, aunque no sabía muy bien de dónde provenía, tenía el convencimiento de que se trataba de la voz de su hija. Parecía de todos modos tan inexplicable que la niña se hubiera desviado hasta tan lejanas tierras y mares (que ni ella misma hubiera sido capaz de atravesar sin la ayuda de sus dragones alados) que la buena madre Ceres intentó tranquilizarse pensando que sería

la hija de otra madre, y no su querida Proserpina, la que había lanzado aquel lastimoso grito. Aun así, se inquietó sobremanera, y no pudo dejar de sentir los peores temores, como es natural que ocurra en el corazón de todas las madres cuando tienen que separarse de sus queridos hijos sin dejarlos al cuidado de una tía soltera u otra persona de confianza. Por eso decidió abandonar enseguida el campo en el que había estado tan ocupada; y, al dejar el trabajo a medio hacer, el maíz apareció al día siguiente como si necesitara más sol y más lluvia, y como si alguna plaga hubiera atacado sus raíces y secado sus mazorcas.

Los dos dragones debían de tener unas alas más que ligeras, pues en menos de una hora la madre Ceres se apeó a la puerta de su casa, y la encontró vacía. Sabiendo a ciencia cierta que a la niña le gustaban los juegos a la orilla del mar, se dirigió allí a toda prisa; y enseguida divisó los rostros mojados de las ninfas, pobrecillas, asomándose por encima de las olas. Las simpáticas criaturas llevaban en el banco de esponjas todo aquel tiempo, sacando de vez en cuando la cabeza por encima del agua (cada medio minuto o algo así), para comprobar si su compañera de juegos regresaba. Cuando vieron acercarse a la madre Ceres, se sentaron en la cresta de una ola, que las llevó hasta la orilla, depositándolas suavemente a sus pies.

—¿Dónde está Proserpina? —gritó Ceres—. ¿Dónde está mi niña? Decidme, traviesas ninfas, ¿acaso la habéis empujado al fondo del mar?

—¡Oh, no, querida madre Ceres! —exclamaron las inocentes nereidas, echando hacia atrás sus verdes rizos y mirándola a los ojos—. Jamás haríamos algo así. Es cierto que Proserpina ha jugado con nosotras; pero hace ya mucho tiempo que nos dejó, pues tenía ganas de ir a una pradera cercana y coger algunas flores para hacer una guirnalda. Eso ocurrió muy temprano, y no la hemos vuelto a ver desde entonces.

Antes de que las ninfas terminaran de contarle lo sucedido, la madre Ceres empezó a recorrer toda la comarca indagando lo que podía haber ocurrido. Pero nadie le supo dar la menor pista para averiguar qué había pasado con Proserpina; es cierto que un pescador había reconocido las huellas de sus pequeños pies en la arena, cuando volvía a casa por la playa con su cesta; un campesino la había visto cogiendo flores; varias personas habían oído el traqueteo de las ruedas del carruaje y lejanos truenos; y una anciana señora había oído un grito mientras cogía verbena y otras hierbas, pero pensó que era algún niño haciendo tonterías, y ni se molestó en alzar la cabeza.

¡Qué gente más estúpida! Tardaron tanto en explicarle lo poco que sabían que, antes de que la madre Ceres comprendiera que tenía que buscar a su hija en otros lugares, anocheció por completo. Así es que encendió una antorcha y emprendió la marcha, dispuesta a no volver sin haber encontrado a Proserpina.

Y era tal su prisa y su estado de angustia que se olvidó completamente del carro y de los dragones alados; aunque tal vez pensara que podía seguir mejor la pista

andando. En cualquier caso, así fue como empezó su penoso viaje, siempre con una antorcha en la mano, y observando cuidadosamente todo lo que encontraba a su paso. Y, cuando aún no se había alejado demasiado, halló una de las maravillosas flores del arbusto que con tanto esfuerzo Proserpina había conseguido arrancar.

«¡Ajá! —pensó la madre Ceres, examinándola con la antorcha—. Hay algo malo en esta flor. No ha brotado de la tierra con mi ayuda, ni ha crecido ella sola. Seguro que es cosa de magia, así que debe de ser venenosa; quizá haya envenenado a mi pobre hija».

Pero guardó la flor venenosa en su pecho, sin saber si encontraría alguna vez otro recuerdo de Proserpina.

A lo largo de la noche, Ceres llamó a la puerta de todas las casas y granjas, y despertó a los fatigados labradores para preguntarles si habían visto a su niña; y ellos, boquiabiertos y medio dormidos en el umbral, sintiendo mucha lástima de ella, le suplicaron que se quedara a descansar. Llamó a los palacios con tal ímpetu que los criados se apresuraron a abrir las puertas, pensando que se trataba de algún rey o reina, que exigiría una cena succulenta o un lujoso aposento donde alojarse. Y, al ver tan solo a una triste y ansiosa mujer, con una antorcha en la mano y unas amapolas marchitas en su cabeza, le hablaban con rudeza y a veces, incluso, la amenazaban con echarle los perros. Pero nadie había visto a Proserpina, ni podía darle pista alguna para que supiera por dónde empezar a buscar. Así pasó la noche; y siguió buscando y buscando, sin sentarse a descansar ni detenerse a comer, y sin acordarse siquiera de apagar la antorcha, a pesar de que la primera aurora y la brillante luz de la mañana hacían que la llama roja se viera muy pálida y delgada. Pero yo me pregunto de qué estaría hecha aquella antorcha; pues ardía muy tenuemente durante el día, y por la noche era tan brillante como siempre, y no se apagó jamás ni con la lluvia ni con el

viento, a lo largo de los agotadores días y noches que pasó Ceres buscando a Proserpina.

No solo iba pidiendo noticias de su hija a los seres humanos. Encontró en los bosques y en las riberas a numerosas criaturas de distinta naturaleza, que en aquellos viejos tiempos frecuentaban los sitios tranquilos y solitarios; y siempre eran sumamente amables con las personas que entendían su lengua y sus costumbres, como era el caso de la madre Ceres. Alguna vez, por ejemplo, había golpeado con su dedo el nudoso tronco de un majestuoso roble; e inmediatamente su rugosa corteza se había abierto, y había aparecido una hermosa doncella, que supuestamente era la hamadriada del roble, y que vivía en su interior, compartiendo su larga vida y regocijándose cuando sus verdes hojas jugueteaban con la brisa. Pero ninguna de aquellas doncellas había visto a Proserpina. Y, un poco más lejos, Ceres quizá se acercara a un fresco manantial, que brotaba de una oquedad entre redondos guijarros, y moviera el agua con las manos. Y queridos niños, escuchad atentamente, pues del lecho de piedras y arena, e impulsada por el propio surtidor de la fuente, quizá apareciera una joven doncella con el pelo chorreando, y mirara a la madre Ceres con medio cuerpo fuera del agua, formando pequeñas olas con su continuo vaivén. Pero, al preguntarle si la niña se había detenido a beber en aquel lugar, la náyade, con ojos llorosos (pues estas ninfas tienen lágrimas de sobra para todas las penas del mundo), respondería: «¡No!», con una voz parecida a un susurro, semejante al murmullo de la corriente.

También tuvo encuentros con faunos, que parecían campesinos quemados por el sol, en todo menos en las orejas, que eran peludas, los pequeños cuernos en la frente y las patas traseras de cabra, con las que brincaban alegremente en bosques y praderas. Eran criaturas muy juguetonas, pero se ponían todo lo tristes que su risueña naturaleza les permitía cuando Ceres les preguntaba por su hija y no podían darle razón de su paradero. Y alguna vez se acercó a algún grupo de groseros sátiros con cara de mono y cola de caballo, que estaban por lo general bailando y armando mucho alboroto, con gritos y carcajadas muy estridentes. Al detenerse y preguntar por su hija, empezaban a reír con gran descaro, y se divertían burlándose de la congoja de la solitaria mujer. ¡Qué desagradables eran aquellos horrendos sátiros! Y en una ocasión, mientras atravesaba un pastizal apartado, encontró a un personaje llamado Pan, sentado al pie de un gran peñasco, y haciendo música con una flauta de pastor. También él tenía cuernos, orejas peludas y pies de cabra; sin embargo, puesto al corriente de la situación, contestó a la madre Ceres con toda la cortesía que conocía, y la invitó a tomar un poco de leche con miel en un cuenco de madera. Sin embargo, igual que las demás criaturas, tampoco pudo darle noticias de Proserpina.

Así anduvo vagando nueve largos días y noches, sin encontrar el menor rastro de su hija, exceptuando alguna flor marchita en uno u otro rincón; y la madre Ceres las

recogía y guardaba en su pecho, pues imaginaba que habían caído de las manos de su pobre niña. De día avanzaba bajo el ardiente sol, y por la noche, la llama de la antorcha se hacía más intensa e iluminaba el camino, permitiéndole proseguir la búsqueda sin sentarse jamás a descansar.

Al llegar el décimo día, descubrió casualmente la boca de una caverna, que (a pesar de que era mediodía y la luz brillaba en todas partes) parecía sumida en la más negra penumbra. No tardó en advertir que había una antorcha encendida en su interior. Su llama parpadeaba y luchaba contra la oscuridad, pero era tan vacilante que no podía iluminar más que a medias aquella tenebrosa cueva. Como Ceres estaba decidida a buscar por todos los rincones, se asomó a la entrada de la cueva y la iluminó mejor, adelantando su propia antorcha. Creyó así vislumbrar una figura femenina, sentada sobre un gran montón de hojas secas que el viento había arrastrado hasta la cueva. La mujer (si realmente eso es lo que era) carecía de la belleza que suelen tener otros miembros de su sexo, ya que su cabeza, según me cuentan, era de forma parecida a la de un perro y, como adorno, llevaba un tocado de serpientes. Pero la madre Ceres, en cuanto la vio, comprendió que era una extraña criatura, que disfrutaba sintiéndose desgraciada y nunca dirigía la palabra a ningún otro ser que no fuera tan triste e infortunado como a ella le gustaba.

«Creo que ahora soy lo bastante desgraciada para hablar con esa lánguida Hécate —pensó la pobre Ceres—. Y seguiría siéndolo aunque ella se sintiera diez veces más triste de lo que nunca se ha sentido».

Así que entró en la cueva y se sentó en el colchón de hojas secas al lado de la mujer con cabeza de perro. Desde la pérdida de Proserpina, no había encontrado en el mundo otra compañía.

—¡Oh, Hécate! —dijo—, si alguna vez pierdes a una hija, comprenderás lo que es sentir dolor de verdad. Dime, por lo que más quieras, ¿has visto a mi pobre niña pasar por la entrada de tu cueva?

—No, madre Ceres —contestó Hécate, con voz cascada y suspirando cada vez que pronunciaba un par de palabras—, no la he visto asomarse por aquí. Pero has de saber que mis oídos son tan singulares que todos los gritos de angustia y terror del mundo entero encuentran su camino hacia ellos; y hace nueve días, sintiéndome por cierto muy desgraciada, en mi cueva, oí la voz de una niña chillando como si fuera presa de gran angustia. Puedes estar segura de que a esa criatura le ha ocurrido algo terrible. Por lo que puedo barruntar, un dragón o algún otro monstruo cruel se la ha llevado.

—Es como si me mataras al decir esas palabras —se lamentó Ceres, sintiéndose desfallecer—. ¿De dónde venía el grito y qué rumbo pareció tomar?

—Pasó muy deprisa —respondió Hécate—, y al mismo tiempo se oyó un gran estrépito hacia el este. No puedo decirte nada más, solo que, en mi opinión, jamás

volverás a ver a tu hija. Tendrías que quedarte a vivir en esta caverna, donde seremos las dos mujeres más desdichadas del mundo.

—Todavía no, sombría Hécate —replicó Ceres—. Primero ven con tu antorcha y ayúdame a buscar a mi hija perdida. Y, cuando no haya la menor esperanza de encontrarla (si ese aciago día tuviera que llegar), si me dejas un sitio para echarme en el suelo, sobre esas hojas secas o en la dura piedra, te enseñaré lo que es la auténtica infelicidad. Sin embargo, hasta que no sepa que Proserpina ha desaparecido de la faz de la tierra, no me permitiré ni un instante de dolor.

A la triste y lúgubre Hécate no le gustó la idea de pasearse por el mundo exterior y a plena luz del sol. Pero tuvo la certeza de que la pena de la desconsolada Ceres las envolvería en una oscura penumbra y que eso impediría al sol llegar hasta ellas con tanta claridad, lo cual le permitiría seguir disfrutando de su amargura como si se quedara en la cueva. Así pues, finalmente consintió en acompañarla; y las dos salieron con sus antorchas, aunque era pleno día y el sol brillaba con intensidad. La luz de las antorchas formaba una nube oscura, y las personas que se cruzaban con ellas no podían distinguir bien sus figuras; y, desde luego, si era a Hécate a quien vislumbraban, con su tocado de serpientes en la cabeza, sin duda pensarían que lo más prudente era salir corriendo, sin esperar a echar un segundo vistazo.

Mientras la pareja caminaba sin consuelo, Ceres tuvo una idea.

—Hay una persona —exclamó— que con toda seguridad ha visto a mi pobre niña y podrá contarme lo sucedido. ¿Por qué no me habré acordado antes de él? Se trata de Febo.

—¿Quién? —inquirió Hécate—. ¿El joven que se pasa la vida sentado al sol? Oh, no pienses en él. Es un muchacho alegre, ligero y frívolo, que solo piensa en sonreír. Y, además, hay tanta luminosidad a su alrededor que cegará mis pobres ojos, casi

exhaustos de tanto llorar.

—Me has prometido ser mi compañera —dijo Ceres—. Ven, vamos rápido, o el sol se habrá escondido, llevándose a Febo con él.

Así es que se fueron a buscar a Febo, suspirando lastimosamente, aunque, a decir verdad, era Hécate quien más se lamentaba; porque hay que recordar que su felicidad consistía en sentirse muy desgraciada, y hacía todo lo posible por lograrlo. Después de un largo viaje, llegaron al punto más soleado del mundo. Allí advirtieron la presencia de un hermoso joven, con cabellos largos y rizados, que parecían hechos de rayos de sol; sus ropajes eran tan ligeros como nubes de verano, y la expresión de su rostro tan alegre que Hécate se vio obligada a taparse los ojos con las manos, murmurando que habría sido preferible que el joven llevara encima un velo negro. Febo (que era la persona que buscaban) llevaba una lira en las manos y hacía vibrar sus cuerdas con una música de enorme dulzura, al tiempo que entonaba una delicada canción que había compuesto recientemente. Pues, además de otras muchas virtudes, era famoso por ser un poeta admirable.

Cuando Ceres y su tétrica compañera se acercaron a él, el joven sonrió tan amigablemente que hasta las serpientes emitieron un molesto silbido, y Hécate deseó muy sinceramente volver a su cueva. Ceres se encontraba tan absorta en su pena que le daba exactamente lo mismo que sonriera o frunciera el ceño.

—¡Febo! —exclamó—. Estoy en un gran apuro, y he venido a pedirte ayuda. ¿Podrías decirme qué ha ocurrido con mi hija Proserpina?

—¡Proserpina! ¡Proserpina! ¿Era ese su nombre? —contestó Febo, esforzándose en recordar; porque discurrían por su cabeza tantas ideas agradables que siempre olvidaba lo sucedido el día anterior—. ¡Ah, sí! Una niña encantadora, por supuesto. Me alegra informarte, mi querida señora, de que la he visto no hace muchos días. Puedes estar tranquila. Está a salvo, y en buenas manos.

—¿Dónde se encuentra mi querida niña? —preguntó Ceres, juntando las manos y echándose a sus pies.

—Bueno —dijo Febo, mientras seguía tocando la lira, como si quisiera poner música a sus palabras—, mientras la pequeña estaba cogiendo flores (y la verdad es que tiene un gusto exquisito para elegir las), fue raptada por el rey Plutón y conducida a sus dominios. No he estado nunca en esa parte del universo, pero me han contado que el palacio real es realmente magnífico, pues ha sido construido con los materiales más espléndidos y costosos. Oro, diamantes, perlas y toda clase de piedras preciosas serán los juguetes habituales de tu hija. Te recomiendo, mi querida señora, que no te inquietes. El sentido de la belleza que tiene Proserpina será convenientemente satisfecho y, aunque el sol no llegue hasta allí, llevará una vida de lo más envidiable.

—¡No, por favor! ¡No pronuncies esa palabra! —exclamó Ceres, indignada—. Dime, ¿qué hay allí que pueda hacer feliz a mi hija? ¿Qué son todos esos esplendores

de los que me hablas, sin cariño? Quiero que vuelva a mi lado. Febo, ¿no vendrías conmigo a pedir al malvado Plutón que me devuelva a mi hija?

—Espero que puedas disculparme —replicó Febo, haciendo una elegante reverencia—. Te deseo el mayor de los éxitos, y lamento que mis propios asuntos me tengan tan ocupado, pero me es imposible atenderte. Además, mis relaciones con el rey Plutón no son demasiado buenas. Para serte sincero, su mastín de tres cabezas nunca me dejaría pasar; ya sabes que me veo obligado a llevar conmigo un haz de rayos de sol, y estos, como sabes, están prohibidos en el reino de Plutón.

—¡Ay, Febo! —dijo Ceres, dando un amargo sentido a sus palabras—, tienes un arpa en lugar de un alma. Adiós.

—¿No quieres quedarte un momento y oír la bonita y conmovedora historia de Proserpina en improvisados versos? —le preguntó el joven.

Ceres dijo que no con la cabeza y se apresuró a partir con Hécate. Y Febo (que, como os he contado, era un poeta exquisito) empezó en el acto a componer una oda basada en la pena que sentía aquella pobre madre; y, si tuviéramos que juzgar su sensibilidad por esa hermosa obra, diríamos que su alma rebosaba una gran ternura. Pero, cuando el poeta cae en el hábito de usar las fibras sensibles del corazón para hacer cuerdas a su lira, puede tañer cuanto quiera sin sentir él mismo la menor pena. Así pues, aunque Febo entonaba una melodía muy triste, estaba tan contento como los rayos de sol entre los que transcurría su vida.

La pobre madre Ceres estaba ahora al tanto de lo que le había ocurrido a su hija, pero no era ni una pizca más feliz que antes. Su caso, por el contrario, parecía más desesperado que nunca. Mientras Proserpina estuviera en la superficie de la tierra, podría haber esperanzas de rescatarla. Pero la pobre niña se hallaba encerrada tras las verjas de hierro del rey de las minas, en cuyo umbral se encontraba Cerbero, el perro de tres cabezas, y no parecía posible que pudiera escapar. La siniestra Hécate, que disfrutaba viendo el lado más pesimista de las cosas, le dijo a Ceres que lo mejor sería que volviera con ella a la caverna, y así podría pasar lo que le quedaba de vida sintiéndose mísera y desdichada. Ceres contestó que le parecía muy bien que Hécate regresara, pero que ella seguiría errando por la tierra en busca de la entrada a los dominios del rey Plutón. Y Hécate le tomó la palabra y volvió a toda prisa a su amada cueva, asustando a un montón de niños que se tropezaron con su cara de perro.

¡Pobre madre Ceres! Da pena pensar en ella, en su penoso camino, completamente sola, con la antorcha que nunca se apagaba, y cuya llama parecía el símbolo de la congoja y de la esperanza que ardían juntas en su corazón.

Tanto sufría que en poco tiempo se transformó en una anciana, y la abandonó para siempre su aspecto juvenil. Ni le importaba su vestimenta, ni se acordó de tirar las amapolas ya marchitas con las que había adornado su cabeza la misma mañana en que Proserpina desapareció. Vagaba por el mundo tan desgredada y andrajosa que la

gente creía que había perdido el juicio, y nunca llegaron a imaginar que se trataba de la madre Ceres, responsable de todas las semillas que plantaban los labradores. Pero aquellos días lo cierto es que no se preocupaba de siembras ni de cosechas, dejando que fueran los agricultores los que se ocuparan de ellas, y que los cultivos maduraran o florecieran a su antojo. En aquellos días no había nada que llamara la atención de Ceres, excepto cuando veía a unos niños jugando, o recogiendo flores en los bordes del camino. Entonces, en efecto, se quedaba contemplándolos con lágrimas en los ojos. Los pequeños también parecían compadecerse de su dolor, y la rodeaban, y la miraban preocupados; y Ceres, dándoles a cada uno de ellos un beso, los acompañaba a casa y aconsejaba a sus madres que no los perdieran nunca de vista.

—Porque, si los dejáis solos —decía—, puede ocurrirnos lo que a mí, que el desalmado rey Plutón les coja cariño y en un abrir y cerrar de ojos los suba a su carruaje y se los lleve.

Cierto día, en su peregrinaje en busca de la entrada al reino de Plutón, llegó al palacio del rey Céleo, que reinaba en Eleusis. Subió por una escalinata y, al entrar, encontró a toda la familia real muy alarmada por el hijo de la reina. Al parecer, el pequeño estaba enfermo (supongo que serían los dientes), pues no quería comer y gemía sin cesar. La reina, cuyo nombre era Metanira, estaba impaciente por encontrar una nodriza; y, cuando vio a una mujer con aspecto de matrona subiendo las escaleras del palacio, decidió que era exactamente la persona que necesitaba. Así es que corrió hasta la puerta con el pobre niño llorando desconsoladamente en sus brazos, y suplicó a Ceres que se ocupara de él, o, por lo menos, le recomendara qué debía hacer con aquella criatura.

—¿Me confiarías al niño? —preguntó Ceres.

—Sí, y de todo corazón —repuso la reina—, siempre que dediques todo tu tiempo a él. Es fácil adivinar que has sido madre.

—Es cierto —afirmó Ceres—. Hace tiempo tuve una hija. Bien, seré la nodriza de este pobre niño enfermo. Pero te aviso de que no quiero que te entrometas en su crianza. Yo juzgaré lo que es conveniente para él. Si no cumples esta promesa, el niño sufrirá las consecuencias de tu insensatez.

Después besó a la criatura, que sonrió y se acurrucó en su regazo.

Así fue como la madre Ceres depositó su antorcha en un rincón (donde nunca dejó de arder) y se instaló en el palacio del rey Céleo como nodriza del pequeño Demofonte. Lo cuidó como si fuera su propio hijo, y no permitió al rey o a la reina decidir si lo bañaban en agua caliente o fría, qué debía comer, a qué hora iba a salir a tomar el aire o cuándo tenía que irse a la cama. Casi no me creeríais si os contara lo rápidamente que el pequeño príncipe dejó de estar indispuerto y se convirtió en un niño gordito, sonrosado y fuerte, y cómo tuvo dos hermosas filas de dientes, blancos como el marfil, mucho antes que cualquier otro niño. En lugar de ser el diablillo más

pálido, escuchimizado y endeble del mundo (como su madre lo describía, cuando Ceres lo tomó a su cuidado), era ahora un niño robusto que no dejaba de hacer gorgoritos, de reírse y de ir alegremente de un lado para otro. Todas las buenas mujeres de la comarca acudieron a palacio y, echándose las manos a la cabeza, contemplaron asombradas la belleza y la lozanía de su querido principito. Y su sorpresa fue aún mayor, pues nunca le habían visto probar bocado alguno; ni siquiera una taza de leche.

—Por favor, nodriza —preguntaba la reina—, ¿cómo has hecho medrar a mi niño de ese modo?

—Yo fui madre una vez —contestaba siempre Ceres— y, habiendo criado a mi hija, sé lo que otros niños necesitan.

Pero la reina Metanira, como era natural, sentía una gran curiosidad por lo que hacía exactamente con su hijo, y una noche se escondió en la habitación donde Ceres y el pequeño acostumbraban a dormir. La chimenea estaba encendida, y en ella ardían los restos de unos gruesos leños, ya convertidos en rescoldos y carbón al rojo vivo, aunque con llamas que chisporroteaban iluminando las paredes de un cálido tono rojizo. Ceres estaba delante del fuego con el niño en su regazo, y la luz de las brasas hacía bailar su sombra en el techo. Desvistió al pequeño príncipe y lo roció con un fragante perfume que extrajo de un recipiente. Atizó después los rescoldos y los empujó hasta el fondo del hogar, haciendo un hueco justo en su centro. Finalmente, mientras el niño seguía con sus balbuceos y daba palmadas con sus manos regordetas, sonriendo a su nodriza (exactamente como vosotros podéis haber visto a vuestro hermanito o hermanita antes de entrar en un baño bien caliente), Ceres lo depositó, desnudo como estaba, entre las ascuas encendidas. Entonces recogió las cenizas y se las echó por encima, y luego tranquilamente se dio la vuelta.

Podéis imaginar, si sois capaces, el grito de espanto que dio la reina Metanira, pensando que su querido hijo iba a ser convertido en carbonilla. Salió rápidamente de su escondite, y abalanzándose sobre la chimenea, apartó los rescoldos y sacó al pobre Demofonte del lecho de carbones encendidos. El pequeño lanzó un grito lastimero, como hacen los bebés cuando se les saca bruscamente de un profundo sueño. Pero, para gran asombro y alegría, la reina no pudo apreciar en su cuerpo la menor quemadura. Así pues, se volvió hacia Ceres, rogándole que le aclarara aquel misterio.

—Insensata mujer —contestó Ceres—, ¿acaso no prometiste confiarme al príncipe? No puedes imaginar el perjuicio que le has ocasionado. Si lo hubieras dejado a mi cuidado, habría crecido como un niño de estirpe celestial, con un vigor y una inteligencia sobrenaturales, y habría vivido para siempre. ¿Acaso crees que una criatura humana pueda alcanzar la inmortalidad sin ser templada en el más intenso de los fuegos? Has arruinado el destino de tu propio hijo. Pues, aunque crecerá fuerte y sano, y será un héroe en su día, sin embargo, por culpa de tu locura, se hará viejo y

finalmente morirá, como los hijos de otras mujeres. La frágil ternura de su madre le ha robado su inmortalidad. ¡Adiós!

Y diciendo estas palabras, besó al pequeño Demofonte, suspirando al ver que lo había perdido, y partió sin hacer caso a Metanira, que le imploraba que se quedara y cubriera al niño con ascuas siempre que le pareciera bien. ¡Pobre niño! Jamás volvió a dormir arropado por aquel suave calorcito.

Mientras habitó en el palacio del rey, la madre Ceres había estado tan atareada cuidando al joven príncipe que pareció hallar cierto consuelo al dolor que le embargaba por la pérdida de su amada Proserpina. Sin embargo, al no tener ya nada en que ocuparse, volvió a ella el antiguo desasosiego. Finalmente, llevada por la desesperación, tomó una decisión terrible: no permitiría que creciera ningún grano, tallo o brizna de hierba, ni una patata, ni un nabo, ni ningún otro vegetal para hombres o animales, hasta que su hija le fuera devuelta. Incluso prohibió que las flores brotaran, pues no deseaba que nadie pudiera alegrarse con su hermosura.

Ni una sola punta de espárrago se atrevió a asomar de la tierra sin el permiso de Ceres; de modo que ya podéis imaginar lo desastroso que resultó todo aquello para nuestro planeta. Los labradores araban y plantaban como siempre, pero los ricos y fértiles surcos estaban yermos, tan secos como desiertos de arena. Los pastos se veían tan pardos en el dulce mes de junio como lo estaban en el gélido noviembre. Los amplios sembrados de los ricos y las pequeñas huertas y bancales de los labradores estaban igualmente arruinados. Los macizos de flores que cuidaban las niñas no tenían más que tallos secos. Los mayores movían su blanca cabeza, y afirmaban que la tierra había envejecido como ellos y ya no era capaz de alegrar su rostro con la cálida sonrisa del verano. Era patético ver a las pobres y hambrientas vacas y ovejas detrás de Ceres, mugiendo y balando, como si su instinto les indicara que podían recibir ayuda de ella; y todo el mundo que estaba al corriente de sus poderes le suplicaba que tuviera compasión de la raza humana, y, en todo caso, dejara crecer la hierba. Pero la madre Ceres, a pesar de su naturaleza bondadosa, se mostraba inexorable.

—¡Jamás! —exclamaba—. Si la tierra quiere alguna vez recuperar su verdor, tendrá primero que crecer a lo largo del camino que Proserpina tome para regresar a mi lado.

Finalmente, como no parecía haber otro remedio, nuestro amigo Azogue fue enviado urgentemente a visitar al rey Plutón, con la esperanza de que este reparara el daño que había ocasionado, y pusiera las cosas de nuevo en orden devolviendo a la niña. Azogue no tardó en llegar hasta la puerta de entrada y, saltando por encima del mastín de tres cabezas, se presentó en el palacio. Los sirvientes le conocían por su rostro y por su extraña vestimenta; pues ya habían visto por allí en otros tiempos su corta capa, el sombrero y las sandalias aladas y el bastón con dos serpientes

enroscadas. El mensajero de los dioses pidió que le llevaran inmediatamente ante la presencia del rey; y Plutón, que oyó su voz desde lo alto de la escalera, y que disfrutaba con su alegre conversación, le llamó para que subiera. Y, mientras ellos resuelven sus asuntos, ha llegado el momento de averiguar qué había pasado con Proserpina desde que la vimos por última vez.

La niña había declarado, como recordaréis, que no probaría ni un solo bocado mientras la obligaran a permanecer en el palacio del rey Plutón. Cómo consiguió cumplir su palabra y conservarse al mismo tiempo rellenita y sonrosada es algo que no puedo explicar; pero algunas jóvenes, según me han contado, tienen la facultad de vivir del aire, y supongo que eso es lo que debió ocurrir con Proserpina. En cualquier caso, hacía seis meses que había abandonado la faz de la tierra y los sirvientes aseguraban que ni un solo bocado había pasado entre sus dientes. Esta actitud era más que encomiable, puesto que el rey Plutón la había tentado día tras día con toda clase de frutas confitadas, dulces y manjares variados, que tanto suelen gustar a los jóvenes. Pero su buena madre la había advertido a menudo de lo nocivas que eran esas comidas para la salud; por eso, aunque no hubiera existido otra razón, jamás las habría probado.

La verdad es que en todo aquel tiempo, como era una niña alegre y vivaz, Proserpina no se había sentido tan desdichada como podríamos pensar. El inmenso palacio tenía mil aposentos, y estaba lleno de maravillosos objetos. Es cierto que había una constante penumbra, que parecía esconderse entre las innumerables columnas, deslizándose por delante de la niña cuando deambulaba entre ellas o pisándole los talones con gran sigilo. Todo el fulgor de las piedras preciosas, que brillaban con luz propia, no valía lo que el resplandor natural de un rayo de sol; ni las gemas multicolores más relucientes, que tenía Proserpina como juguetes, podían rivalizar con la sencilla belleza de las flores que ella solía recoger. Sin embargo, cuando la niña andaba por aquellos aposentos y salones dorados, parecía llevar consigo el sol y la naturaleza, como si fuera esparciendo a su alrededor flores bañadas en rocío. Con su llegada, el palacio dejó de ser la residencia de majestuoso artificio y sombría magnificencia que había sido antes. Todos los habitantes eran conscientes de ello, y el rey Plutón más que ningún otro.

—Mi pequeña Proserpina —solía decir—, desearía gustarte un poco más. Las personas melancólicas y sombrías tenemos a menudo un corazón tan tierno, aunque no lo manifestemos, como los seres de carácter más risueño. Si quisieras quedarte a mi lado por tu propia voluntad, me harías enormemente feliz. Sería mucho mejor que poseer cien palacios como este.

—¡Ah! —exclamaba Proserpina—. Tendrías que haber intentado hacerte amigo mío antes de raptarme. Lo mejor que puedes hacer ahora es dejarme marchar. Así podré recordarte y pensar que eras todo lo amable conmigo que tu naturaleza te lo permitía. Quizá también, un día de estos, podría volver y hacerte una visita.

—No, no —decía Plutón, con una triste sonrisa—. Sé que no puedo fiarme. Te gusta demasiado vivir a la luz del día y coger flores. ¡Qué aficiones tan inútiles y pueriles! Estas piedras preciosas que he ordenado traer para ti, y que exceden en valor a las de mi propia corona, ¿acaso no son más hermosas que una violeta?

—No tienen ni la mitad de su belleza —respondía Proserpina, quitándole a Plutón las gemas que llevaba en las manos y arrojándolas al otro extremo del salón—. ¡Oh, mis dulces violetas!, ¿es que no volveré a veros jamás?

Y se deshacía en llanto. Pero las lágrimas de los jóvenes tienen poca sal y acritud, y no inflaman tanto los ojos como las de las personas mayores; así es que no debe

extrañarnos que, unos instantes después, Proserpina se entretuviera jugando en el salón, casi tan contenta como cuando lo hacía en la cresta de la ola con las cuatro ninfas marinas. El rey Plutón la contemplaba, y deseaba con toda su alma ser un niño como ella. Y la pequeña Proserpina, al darse la vuelta y ver a aquel poderoso rey en medio de su espléndida sala, con aquel aire tan distinguido, triste y solitario, sentía remordimientos de conciencia. Y un día se le acercó corriendo y, por primera vez en toda su vida, colocó una de sus suaves y pequeñas manos sobre él.

—Te quiero un poco —susurró, mirándole a los ojos.

—¿De verdad, mi querida niña? —exclamó Plutón, inclinando su sombrío rostro para besarla; pero Proserpina se echó hacia atrás, alejándose de él, pues sus rasgos no solo eran nobles, sino también muy oscuros y siniestros—. Bueno, la verdad es que no me lo merezco, después de tenerte prisionera tantos meses, y, además, sin probar bocado. Pero ¿no estás terriblemente hambrienta? ¿Puedo traerte algo para comer?

Tras estas palabras, el rey de las minas escondía un astuto propósito; porque, como recordaréis, si Proserpina probaba algún alimento en sus dominios, nunca más volvería a ser libre para abandonarlos.

—No, por supuesto que no —se apresuró a responder Proserpina—. Tu cocinero jefe está siempre asando, tostando, extendiendo la masa con el rodillo e inventando un plato tras otro, que imagina que serán de mi agrado. Pero ese pobre hombrecillo tan rechoncho podría ahorrarse el trabajo. No tengo apetito, y solo comería una rebanada de pan hecha por mi madre, o alguna fruta de su jardín.

Cuando Plutón oyó esto, empezó a darse cuenta de que se había equivocado de método para tentar a Proserpina. Los exquisitos platos preparados por el cocinero no eran ni la mitad de deliciosos, en la acertada opinión de la niña, que la sencilla comida a la que su madre Ceres la había acostumbrado. Extrañado por haber tardado tanto en comprenderlo, el rey envió a uno de sus más fieles servidores con una gran cesta a recoger las más jugosas peras, los más sabrosos melocotones y las mejores ciruelas que pudiera encontrar en el mundo superior. Pero esto ocurrió cuando Ceres había prohibido que los vegetales y las frutas crecieran, y, tras buscar por toda la tierra, el criado de Plutón apenas encontró una sola granada, tan reseca que no merecía la pena comerse. No obstante, como no había otra cosa, la llevó al palacio y, colocándola en una magnífica bandeja de oro, se la ofreció a Proserpina. Y dio la casualidad de que cuando el criado entraba con la granada por la puerta trasera del palacio, nuestro amigo Azogue subía por la escalera principal, con la misión de rescatar a Proserpina.

En cuanto Proserpina vio la granada, mandó al servidor que se la llevara.

—No la pienso probar —aseguró—. Aunque estuviera muy hambrienta, jamás comería una granada tan ridícula y seca como esa.

—Es la única que hay en el mundo —insistió el sirviente.

Y, depositando sobre la mesa la bandeja de oro con el fruto reseco, abandonó el cuarto. Cuando se quedó sola, Proserpina no pudo evitar acercarse un poco y mirar aquel espécimen con impaciencia; porque, a decir verdad, al ver algo que entraba dentro de sus gustos, notó que el apetito, que la había abandonado durante seis meses, le volvía de repente. Era ciertamente una granada con un aspecto deplorable, y parecía no tener más jugo que el de una concha de ostra. Pero no había elección posible en el palacio de Plutón. Era la primera fruta que había visto allí, y seguramente sería la última; y, si no se la comía inmediatamente, aún se arrugaría más, y habría que tirarla.

«Por lo menos, la oleré», pensó Proserpina.

Cogió la granada y se la acercó a la nariz pero, por alguna extraña razón, al hallarse tan cerca de la boca, la fruta encontró su camino para entrar en aquella pequeña y rosada cueva. ¡Ay de mí! Pero ¿qué estoy haciendo? Y antes de que Proserpina se diera cuenta, sus dientes la habían mordido por su cuenta y riesgo. Justo en aquel momento, se abrió la puerta del apartamento y entró el rey Plutón, seguido por Azogue, que había estado apremiándole para que dejara en libertad a su prisionera. Cuando los oyó entrar, Proserpina se sacó la granada de la boca. Pero Azogue (que tenía ojos de lince y el ingenio más sutil del mundo) se dio cuenta de que la niña estaba un poco confusa; y, viendo la bandeja vacía, sospechó que estaba mordisqueando alguna cosa a escondidas. En cuanto al honrado Plutón, nunca adivinó el secreto.

—Mi pequeña Proserpina —dijo el rey, tomando asiento y acercando cariñosamente a la niña a sus rodillas—, aquí está Azogue, que me cuenta los grandes infortunios que han recaído sobre inocentes personas por haberte retenido en mis dominios. A decir verdad, ya había reflexionado sobre el hecho injustificable de tenerte separada de tu bondadosa madre. Pero, por otra parte, mi querida niña, debes comprender que este enorme palacio tiende a ser bastante tenebroso (aunque las piedras preciosas sean muy resplandecientes), y mi naturaleza no es precisamente jovial; por ello, era natural que buscara la compañía de una criatura más alegre que yo. Creí que ibas a jugar con mi corona y que me elegirías, ¡ah, te ríes, pícara Proserpina!, sí, a mí, un ser tan lúgubre, como compañero de juegos. Era una absurda esperanza.

—Tampoco era tan absurda —susurró Proserpina—. A veces me he divertido mucho contigo.

—Gracias —exclamó el rey Plutón, más bien secamente—. Puedo ver con bastante claridad que consideras mi palacio una oscura prisión, y a mí, el guardián con un corazón de hierro. Y todo ello sería cierto si te retuviera aquí por más tiempo, mi pobre niña, cuando hace seis meses que no pruebas bocado. Te concedo la libertad. Ve con Azogue. Corre a casa de tu querida madre.

Y en ese momento, aunque os parezca increíble, Proserpina no pudo despedirse del rey Plutón sin sentir remordimientos, y también cierto pesar por no haberle contado lo de la granada. Incluso llegó a verter una o dos lágrimas, pensando lo solo y triste que le iba a parecer su inmenso palacio, con aquel desagradable resplandor de luz artificial, después de que ella, el pequeño rayo de sol natural, que Plutón había robado porque significaba tanto para él, se hubiera marchado. No sé cuántas cosas amables habría sido capaz de decir al desconsolado rey de las minas si Azogue no le hubiera metido tanta prisa.

—Vamos, rápido —le susurró al oído—, o su majestad puede cambiar su soberana opinión. Y ten cuidado, sobre todo, de no hablarle de lo que venía en la bandeja dorada.

En unos instantes, cruzaron la gran puerta de entrada (dejando al perro de tres cabezas ladrando, gruñendo y aullando por partida triple tras ellos) y salieron a la superficie de la tierra. Era maravilloso ver, a medida que Proserpina avanzaba, cómo el camino reverdecía a su paso. Allí donde ponía su bendito pie, surgía al instante una flor bañada de rocío. Las violetas brotaban a lo largo del camino. La hierba y los granos empezaron a crecer y a engordar con una fuerza y una exuberancia diez veces mayor, como si quisieran compensar los tristes meses en los que la tierra había sido estéril. Y el hambriento ganado empezó a pastar inmediatamente después de su largo ayuno, y comió sin parar todo el día, y se levantó a medianoche para seguir haciéndolo.

Pero puedo aseguraros que fue un período muy trabajoso para los labradores, pues el verano se les echaba encima a toda velocidad. Tampoco debo olvidar contaros que los pájaros de todo el mundo empezaron a saltar de un árbol a otro, posándose sobre las ramas floridas, y sus trinos y sus gorjeos alcanzaron un prodigioso éxtasis de alegría.

La madre Ceres había regresado a su desierta casa y esperaba desconsolada en el umbral, con la antorcha encendida en la mano. Llevaba unos instantes mirando la llama distraídamente cuando, de repente, esta vaciló y se apagó.

«¿Qué querrá decir esto? —pensó—. Era una antorcha encantada, y tenía que haber seguido ardiendo hasta que mi niña hubiera vuelto».

Y, alzando la cabeza, se sorprendió al ver un repentino verdor que avanzaba por los pardos y secos campos, como vosotros habréis podido observar cuando, al salir el sol de la mañana, una luz dorada va cubriendo el paisaje con destellos luminosos.

—¿Me está desobedeciendo la tierra? —exclamó indignada—. ¿Pretende acaso ser fértil, cuando yo le he ordenado que sea estéril hasta que Proserpina vuelva a mis brazos?

—Pues abre tus brazos, querida madre —gritó una voz familiar—, y recibe en ellos a tu pequeña hija.

Y la niña llegó corriendo, y se abalanzó sobre el regazo de su madre. Es imposible describir la inmensa alegría que las embargó. El dolor causado por su separación les había hecho derramar muchas lágrimas; y ahora vertían muchas más, pues su dicha no podía expresarse de otra manera.

Cuando sus corazones se serenaron un poco, la madre Ceres miró ansiosamente a Proserpina.

—Hija mía —preguntó—, ¿comiste algo en el palacio del rey Plutón?

—Queridísima madre —repuso Proserpina—, te contaré toda la verdad. Hasta esta misma mañana ni un solo bocado había entrado en mi boca; pero hoy me trajeron una granada (tan seca que no tenía más que algunas semillas y la piel) y, desfallecida de hambre, caí en la tentación de darle un mordisco. En cuanto la probé, entraron el rey Plutón y Azogue. Aún no había tragado ningún trozo, pero me temo, querida madre, y espero que esto no me perjudique, que seis semillas de la granada se quedaron dentro de mi boca.

—¡Ay, mi desdichada niña! ¡Ay, miserable de mí! —exclamó la madre Ceres—. Por cada una de las seis semillas, tendrás que pasar un mes al año en el palacio de Plutón. Solo te han devuelto a medias a tu madre. Serán seis meses conmigo y seis con el malvado Rey de las Sombras.

—No juzgues tan duramente al rey Plutón —dijo Proserpina, besando a su madre—. Tiene algunas buenas cualidades; no me importa vivir seis meses en su palacio, si me deja pasar los otros seis contigo. No cabe duda de que se portó muy mal al raptarme; pero, como él dice, era realmente triste estar tan solo en aquel lúgubre e inmenso palacio. Además, su humor ha mejorado mucho después de tener a una niña corriendo escaleras arriba y abajo. Me alegra saber que puedo hacerle tan feliz; y, si lo vemos así, querida madre, tenemos que dar las gracias por no tener que pasar todo el año con él.

## El vellocino de oro

Cuando Jasón, hijo del destronado rey de Iolco, no era más que un niño, le enviaron lejos de sus padres para que le educara uno de los maestros más singulares de los que se haya tenido noticia. Aquel sabio maestro era uno de esos hombres o cuadrúpedos que reciben el nombre de centauros. Habitaba en una caverna, y tenía el cuerpo y las patas de un caballo blanco, y la cabeza y los hombros de un ser humano. Se llamaba Quirón; y, a pesar de su extraña apariencia, era un maestro excelente. Varios de sus discípulos harían honor a su nombre, al convertirse años después en figuras legendarias. Uno de ellos fue el famoso Hércules, y también lo fueron Aquiles, Filoctetes y Esculapio, que alcanzaría gran fama como médico. El buen Quirón enseñó a sus discípulos a tocar el arpa y a curar enfermedades, así como a manejar el escudo y la espada, además de muchas otras cosas que los niños de aquellos tiempos solían aprender, en lugar de ortografía y aritmética.

Tengo la sospecha de que el maestro Quirón no era demasiado diferente de las demás personas pero, siendo un anciano bondadoso y alegre, tenía la costumbre de hacerse pasar por un caballo, moviéndose a cuatro patas por la sala de estudio, y dejando que los niños se montaran en su espalda. Y así, cuando sus discípulos envejecieron, solían contar a sus nietecillos los buenos tiempos que habían vivido en aquella escuela, mientras les hacían trotar sobre sus rodillas; y estos creyeron que un centauro, medio hombre y medio caballo, había enseñado a leer y a escribir a sus abuelos. Ya sabéis que los niños pequeños no entienden demasiado bien lo que se les cuenta, y a menudo conciben las ideas más absurdas.

Sea como fuere, siempre se ha dado por sentado (y seguirá siendo así mientras el mundo gire) que Quirón, con su cabeza de maestro de escuela, tenía las patas y el cuerpo de un caballo. Imaginaos a aquel anciano tan serio entrando ruidosamente en la clase, dando violentas patadas al suelo con sus pezuñas, pisoteando quizá los pies de algún niño, señalando con su cola la pizarra, y saliendo de vez en cuando al jardín para dar un buen bocado a la hierba. Y me pregunto qué le cobraría el herrero por un juego completo de herraduras...

Jasón vivió, pues, en la cueva de aquel Quirón de cuatro patas desde que tenía

escasos meses hasta que se convirtió en un hombre. Y llegó a ser un músico notable, un experto en el manejo de las armas, y un gran conocedor de las hierbas medicinales y otras cosas relacionadas con el arte de curar; pero sin duda su principal cualidad fue la de ser un magnífico jinete, pues, a la hora de enseñar a los jóvenes a montar a caballo, el buen Quirón no tenía rival. Finalmente, cuando Jasón se percató de que era un joven alto y fornido, decidió salir al mundo en busca de aventuras, sin pedir consejo a su viejo maestro, ni comunicarle su decisión. Huelga decir que aquello no fue nada sensato; y espero que ninguno de vosotros, mis queridos oyentes, decida jamás seguir su ejemplo.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que era un príncipe de sangre real, y que a su padre, el rey Esón, le había usurpado el trono un tal Pelias, que no habría dudado en matar también a Jasón, si no le hubieran escondido en la cueva del centauro. Por ello, al alcanzar la fortaleza de un hombre, decidió arreglar todo aquel asunto, y castigar al malvado Pelias por haber tratado tan injustamente a su padre.

Y con esta intención, empuñó una lanza en cada mano y, cubriéndose los hombros con una piel de leopardo para protegerse de la lluvia, emprendió el anhelado viaje; y el viento mecía sus rizos dorados. La parte de su atuendo que más le enorgullecía eran las sandalias, que habían pertenecido a su padre. Estaban exquisitamente bordadas, y se ataban a los pies con cordones de oro. Pero su forma de vestir era realmente singular, y las mujeres y los niños corrían a asomarse a puertas y ventanas cuando le veían llegar, pues deseaban saber dónde se dirigía aquel hermoso joven, con su piel de leopardo y sus sandalias de cordones dorados; y todos se preguntaban qué heroicas hazañas estaría a punto de emprender, con una lanza en cada mano.

No podría decir cuántos kilómetros había recorrido cuando llegó a un turbulento río, que cruzaba el sendero tumultuosamente mientras la blanca espuma se agitaba entre sus negros remolinos. A pesar de no ser un río muy caudaloso en las estaciones más secas del año, las lluvias torrenciales y el deshielo de las laderas del monte Olimpo habían hecho crecer exageradamente su nivel; y el rumor de sus aguas era tan intenso, y parecía tan enfurecido, que Jasón, a pesar de todo su valor, consideró más prudente detenerse en la orilla. El cauce del torrente estaba repleto de escabrosas y afiladas rocas, alguna de las cuales sobresalía por encima del agua. Y Jasón pudo ver un árbol arrastrado por la corriente, que se quedaba enganchado entre dos rocas, y los cadáveres de varias ovejas y de una vaca que pasaban flotando a gran velocidad.

Para ser breve, la crecida había ocasionado enormes daños. Era evidente que el río era demasiado profundo para poderse vadear, y estaba demasiado revuelto para cruzarse a nado; tampoco se veía puente alguno y, de haber existido una barca, las rocas se habrían encargado de romperla instantáneamente en mil pedazos.

—¡Observad a ese pobre muchacho! —dijo una voz cascada muy cerca de Jasón

—. Seguramente no ha tenido una buena educación, pues no sabe cómo cruzar un pequeño riachuelo como este. ¿O tendrá miedo de mojarse esas hermosas sandalias de cordones dorados? Es una lástima que su maestro cuadrúpedo no esté aquí para llevarle sano y salvo sobre su lomo a la otra orilla.

Jasón miró con asombro a su alrededor, pues no sabía que hubiera nadie en las cercanías. Sin embargo, no tardó en ver a su lado a una anciana con un manto andrajoso sobre la cabeza, que se apoyaba en un bastón con el puño labrado en forma de cuclillo. Debía de ser realmente vieja, pues estaba llena de arrugas y parecía muy débil. Pero había algo extraño en sus ojos, tan oscuros como los de un buey y sumamente grandes y hermosos, y el joven fue incapaz de apartar su mirada de ellos. La anciana llevaba una granada en la mano, aunque había terminado ya la temporada de esta fruta.

—¿A dónde te diriges, Jasón? —preguntó entonces.

Era evidente que sabía su nombre; y aquellos enormes ojos parecían conocer tanto el pasado como el futuro. Mientras el muchacho la contemplaba, apareció un pavo real, que se colocó al lado de la anciana.

—Voy a Iolco —respondió el joven—, para pedirle al rey Pelias que abandone el trono de mi padre y me deje reinar en su lugar.

—Si eso es lo único que tienes que hacer —afirmó la anciana con voz cascada—, no es necesario que te apures. Llévame a cuestras, buen muchacho, y ayúdame a cruzar el río. Yo y mi pavo real también tenemos algo que hacer en la otra orilla.

—Buena mujer —repuso Jasón—, tus asuntos no pueden ser tan importantes como destronar a un rey. Además, como ya puedes ver, las aguas están demasiado revueltas; si tuviera la mala suerte de tropezar, la corriente nos arrastraría a los dos con mucha más facilidad que a aquel árbol arrancado de raíz que se ve allá a lo lejos. Me alegraría poder prestarte auxilio, pero dudo tener suficiente fuerza para atravesar el río, llevándote a hombros.

—Entonces tampoco creo que puedas expulsar de su trono al rey Pelias —le contestó con desprecio—. Jasón, si no eres capaz de socorrer a una pobre anciana necesitada, jamás deberías sentarte en un trono. Pues ¿para qué sirven los reyes sino para ayudar a los más débiles y afligidos? Pero haz lo que quieras. Si no me llevas a hombros, intentaré cruzar el río sola, con mis viejas piernas.

Y, diciendo estas palabras, la anciana tanteó con su bastón el fondo del río, buscando el lugar más seguro para dar el primer paso. Y Jasón se avergonzó de no haberle prestado ayuda. Sintió que, si a aquella débil criatura le ocurría algún percance mientras luchaba contra la corriente, jamás podría perdonárselo. El buen Quirón, fuese o no medio caballo, le había enseñado que el mejor uso que podía hacer de su fuerza era socorrer a los indefensos; asimismo le había aconsejado que tratara a las mujeres jóvenes como a hermanas, y a las ancianas como a una madre.

Recordando aquellos consejos, el hermoso y robusto joven se arrodilló, rogando a la buena mujer que se subiera a sus espaldas.

—No creo que sea nada seguro cruzar —señaló—. Pero, como tus asuntos son tan apremiantes, trataré de llevarte hasta la otra orilla. Si la corriente te arrastra, correré la misma suerte.

—Eso sería un gran consuelo para los dos —exclamó la anciana—. Pero no temas, alcanzaremos sanos y salvos la otra orilla.

Y rodeó con sus brazos el cuello del joven, que levantándola del suelo, se adentró audazmente en aquel torbellino de espuma, y empezó, tambaleante, a alejarse de la ribera.

Entretanto, el pavo real fue a posarse sobre el hombro de la anciana. Las dos lanzas que llevaba Jasón en sus manos le impidieron tropezar, ayudándole a encontrar el mejor camino entre las rocas ocultas; pero lo cierto es que a cada instante creía estar a punto de caer, y se veía arrastrado por la corriente, como aquellos árboles que iban a la deriva, y aquellos cadáveres de ovejas y vacas que flotaban por todas partes. El gélido torrente descendía por la escarpada ladera del Olimpo, rugiendo y tronando como si odiara profundamente a Jasón, o tuviera el firme propósito de arrebatarse el peso que llevaba sobre sus hombros. A mitad de trayecto, el árbol arrancado de raíz (que ya os he mencionado), separándose de las rocas que le impedían seguir su camino, se precipitó contra el joven con sus innumerables ramas, semejantes a los cien brazos del gigante Briareo. Pero pasó velozmente por su lado, sin siquiera rozarle. Poco después, sin embargo, se le enganchó un pie en una hendidura que había entre dos piedras y, al intentar sacarlo, perdió una de sus sandalias de cordones dorados.

Cuando esto ocurrió, el joven príncipe no pudo evitar manifestar su irritación.

—¿Qué te ocurre, Jasón? —inquirió la anciana.

—Algo que me disgusta enormemente —replicó el joven—. He perdido una de mis sandalias entre las rocas. ¡Menuda pinta tendré al presentarme ante la corte del rey Pelias con un pie descalzo!

—No te lo tomes tan a pecho —exclamó alegremente su compañera—. Haber perdido esa sandalia solo te traerá suerte. Me satisface saber que eres sin lugar a dudas la persona de la que ha estado hablando el oráculo de la Encina.

En aquellos momentos, Jasón no tenía tiempo para preguntar lo que había dicho el oráculo de la Encina; pero la seguridad con que la anciana pronunció aquellas palabras no hizo sino animarle. Y lo cierto es que, desde que llevaba a aquella desconocida a hombros, se sentía más fuerte y poderoso que nunca. En lugar de hallarse extenuado, su fuerza parecía aumentar a medida que avanzaba; y, luchando contra la corriente, logró alcanzar la otra orilla, pisó tierra firme, y depositó a la anciana y a su pavo real sanos y salvos sobre la hierba. Y fue entonces cuando

contempló con desconsuelo su pie descalzo, en el que solo quedaba un resto del cordón dorado colgando del tobillo.

—No pasará mucho tiempo antes de que consigas un par de sandalias más hermosas —afirmó la anciana, mirándole amablemente con sus bellos ojos oscuros—. Cuando el rey Pelias descubra tu pie descalzo, te prometo que su rostro palidecerá. Ahí está el camino que debes tomar. Sigue adelante, buen Jasón, y que mi bendición te acompañe. Y, cuando te sientes en tu trono, recuerda a aquella pobre anciana a la que ayudaste a cruzar el río.

Y, con estas palabras, se alejó cojeando, mientras le sonreía por encima del hombro.

Quizá fuera el brillo de sus hermosos ojos oscuros, que parecían iluminar todo lo que les rodeaba, pero el joven creyó ver algo noble y majestuoso en su figura y, a pesar de cojear como si padeciera reuma, andaba con la gracia y dignidad de una reina. El pavo real, que se había bajado de su hombro, la seguía contoneándose con fastuosa pompa, al tiempo que desplegaba su magnífica cola para que Jasón la admirara.

Cuando la anciana y el pavo real desaparecieron de su vista, el joven reanudó su viaje. Tras recorrer una larga distancia, llegó a una ciudad al pie de una montaña, no muy lejos de la costa. En las afueras, encontró a una gran muchedumbre, no solo de hombres y mujeres, sino también de niños, vestidos con sus mejores galas, y disfrutando de un día de fiesta. La multitud se hizo más numerosa al acercarse a la orilla del mar; y por encima de las cabezas, Jasón divisó una humareda que se elevaba en el cielo azul. Preguntó a uno de aquellos hombres dónde estaba y por qué había tantas personas reunidas.

—Este es el reino de Iolco —le contestó—, y somos los súbditos del rey Pelias. Nuestro monarca nos ha convocado para que veamos cómo sacrifica un toro negro a Neptuno, quien según dicen es su padre. Allá a lo lejos, donde se ve aquella espiral de humo, se encuentra el altar.

Y mientras respondía a sus preguntas, no cesaba de mirar a Jasón con curiosidad; pues su vestimenta era muy diferente de la de los habitantes de Iolco, y era sin duda muy extraño, en aquellas tierras, ver a aquel joven con una piel de leopardo sobre los hombros y una lanza en cada mano. Asimismo, Jasón se dio cuenta de que aquel hombre observaba detenidamente sus pies, uno de los cuales, como bien recordaréis, estaba descalzo, mientras el otro llevaba la sandalia de cordones dorados de su padre.

—¡Miradle! ¡Miradle! —exclamó dirigiéndose a sus vecinos—. ¿Lo veis? ¡Solo calza una sandalia!

Al oír esto, la muchedumbre empezó a mirar a Jasón; y todos mostraban gran asombro ante su aspecto. Sin embargo, lo que más pareció llamar la atención fueron sus pies. Y el joven les oía murmurar:

—¡Una sandalia! ¡Una sandalia! ¡El hombre con una sandalia! ¡Al fin ha llegado! ¿De dónde procederá? ¿Qué pensará hacer? ¿Y qué le dirá el rey?

El pobre Jasón, avergonzado, decidió que los habitantes de aquel país eran bastante mal educados, pues no le pareció bien que hablaran con tanto descaro de su aspecto desaliñado. Desconozco si se abrió paso entre aquella multitud voluntariamente o le hicieron avanzar a empujones, pero, en cualquier caso, no tardó en hallarse en el altar donde el rey Pelias sacrificaba un toro negro. El murmullo de sorpresa de la muchedumbre, al contemplar el pie descalzo de Jasón, se intensificó hasta tal punto que la ceremonia se interrumpió. El rey, sosteniendo en alto el enorme cuchillo con el que se disponía a degollar al toro, se volvió con furia y clavó su mirada en el joven príncipe. El pueblo había retrocedido, y Jasón se encontró delante del altar, completamente solo con el enojado rey Pelias.

—¿Quién eres? —gritó el rey, frunciendo el entrecejo—. ¿Cómo osas armar este alboroto mientras sacrifico un toro negro a mi padre Neptuno?

—No es culpa mía —repuso Jasón—. Majestad debes saber que son tus súbditos quienes han organizado este tumulto al ver mi pie descalzo.

Cuando el joven pronunció estas palabras, la mirada del rey pareció clavarse en su sandalia.

—¡Ajá! —refunfuñó—. ¡He aquí al muchacho del pie descalzo! ¿Qué podría yo hacer con él?

Y agarró con más fuerza el cuchillo, como si pensara matar a Jasón en lugar de al toro. Todos aquellos que se encontraban cerca oyeron sus palabras con claridad; y lo que empezó como un susurro terminó convirtiéndose en un clamor.

—¡Ha llegado el hombre de la sandalia! ¡La profecía se cumplirá!

Pues debéis saber que, muchos años antes, el oráculo de la Encina de Dodona había vaticinado que el rey Pelias sería destronado por un hombre con un pie descalzo. Por esta razón, el monarca había dado estrictas órdenes de que nadie compareciera ante su presencia, a menos que llevara bien atadas sus sandalias; y había un oficial en palacio con la única misión de examinar los pies de la gente, y proporcionar nuevo calzado, a expensas del erario real, si encontraba cualquier señal de deterioro. En todo su reinado, Pelias jamás se había sentido tan nervioso y asustado como al contemplar el pie descalzo de Jasón. Sin embargo, al ser un hombre de naturaleza osada y de duro corazón, no tardó en recuperar su sangre fría, y empezó a buscar la forma más sencilla de deshacerse de aquel peligroso desconocido.

—Joven extranjero —dijo, con el tono más suave que podáis imaginar, a fin de coger desprevenido a nuestro héroe—. ¡Bienvenido a mi reino! A juzgar por tus ropajes, has recorrido una larga distancia, pues en estas tierras no acostumbramos a cubrirnos con una piel de leopardo. ¿Podrías decirme cómo te llamas y dónde fuisteis educado?

—Mi nombre es Jasón —replicó el joven príncipe—. Desde mi más tierna infancia, habité en la caverna de Quirón el centauro. Él fue mi maestro, y me enseñó música, equitación, y no solo cómo curar heridas, sino también cómo infligirlas con mis armas.

—He oído hablar de Quirón, el maestro —contestó el rey—. Y sé que su cabeza está llena de sabiduría, a pesar de encontrarse sobre un cuerpo de caballo. Es un gran placer para mí tener a uno de sus discípulos en esta corte. Sin embargo, con el fin de comprobar cuánto has aprendido de tan excelente maestro, ¿me permites que te haga una sola pregunta?

—Jamás he pretendido ser muy sabio —afirmó Jasón—. Pero pregúntame lo que desees y responderé lo mejor que pueda.

Pues bien, el rey Pelias deseaba astutamente tender al joven una trampa, obligándole a decir algo que sin duda causaría su ruina. Por ello, con una malvada sonrisa en los labios, pronunció las siguientes palabras:

—¿Qué harías, valiente Jasón, si conocieras la existencia de un hombre destinado a ocasionar tu perdición y tu muerte? ¿Y si este cayera en tu poder?

Pero, cuando el joven percibió un brillo de crueldad en sus ojos, tuvo el convencimiento de que el monarca había adivinado el motivo de su llegada, y deseaba utilizar cualquier respuesta en su contra. No obstante, sentía un profundo desprecio por la mentira y, como era un príncipe honorable y virtuoso, decidió expresar únicamente la verdad. Puesto que el rey había elegido hacerle esa pregunta, y Jasón había prometido contestarle, solo podía responder lo que haría si tuviera al peor de sus enemigos enfrente.

De modo que, después de meditarlo unos momentos, exclamó con voz fuerte y segura:

—¡Lo enviaría en busca del vellocino de oro!

Debéis saber que dicha empresa era la más difícil y arriesgada del mundo. En primer lugar, había que emprender un largo viaje y cruzar los mares más desconocidos. Apenas existía la menor esperanza de que un joven que emprendiera este viaje lograra conseguir el vellocino de oro, y regresara con vida para narrar los peligros a los que se había enfrentado. Los ojos del rey resplandecieron de alegría al oír su respuesta.

—¡Bien dicho! —gritó—. ¡Cuánta sabiduría muestras, hombre de la sandalia! Márchate de aquí y, aun a riesgo de tu propia vida, tráeme el vellocino de oro.

—Así lo haré —repuso Jasón sin perder la calma—. Y si fracaso, puedes estar seguro de que no volveré a molestarte con mi presencia. Pero, si consigo regresar victorioso a Iolco, abandonarás enseguida tu trono y me entregarás el cetro y la corona.

—¡Está bien! —aseguró el rey Pelias con un gesto de burla—. Pero, entretanto,

deja que siga cuidando de ellos.

Al alejarse del monarca, Jasón decidió dirigirse en primer lugar a Dodona, y preguntar al oráculo de la Encina el mejor camino a seguir. Aquel maravilloso árbol estaba en medio de un bosque milenario. Su majestuoso tronco se elevaba a trescientos metros del suelo, y proyectaba una inmensa y tupida sombra sobre más de un acre de tierra. En esa sombra y mirando las entrelazadas ramas de verdes hojas y el corazón misterioso del viejo árbol, el joven príncipe empezó a hablarle, como si se dirigiera a una persona oculta entre su espesura.

—¿Qué debo hacer para conseguir el vellocino de oro? —inquirió.

Sus palabras fueron seguidas de un profundo silencio, no solo a la sombra del oráculo de la Encina, sino en todo aquel bosque solitario. Un poco más tarde, sin embargo, las hojas de la gigantesca encina empezaron a agitarse y a susurrar, como si una suave brisa las meciera; entretanto, los demás árboles habían enmudecido.

El susurro fue haciéndose cada vez más intenso, hasta convertirse en el rugido de un vendaval. Y el joven tuvo la sensación de que empezaba a distinguir unas palabras, aunque sin duda confusas, pues era como si un sinfín de lenguas parlotearan al mismo tiempo (ya que cada hoja parecía hablar con voz propia). Pero el ruido aumentó en amplitud y profundidad, como si fuera un tornado, que convirtió en una sola voz los miles y miles de pequeños susurros que cada una de las verdes hojas producía al agitarse. Y en aquel momento, a pesar de que continuaba oyéndose un viento huracanado entre las ramas, una profunda voz, que hablaba con toda la claridad que uno podría esperar de un árbol, exclamó:

—Ve a visitar a Argos, y ordénale construir una galera de cincuenta remos.

Y la voz pareció desvanecerse poco a poco entre el rumor de las hojas, hasta que dejó de oírse del todo. Y Jasón se preguntó si aquellas palabras las habría oído

realmente o serían solo fruto de su imaginación. Pero cuando preguntó a los habitantes de Iolco por un hombre llamado Argos, estos le respondieron que vivía en aquella ciudad y era un hábil constructor de navíos. Esto le mostró que la Encina tenía cierta inteligencia; pues de otro modo, ¿cómo habría podido conocer su existencia? Nada más oír su petición, Argos aceptó construir una enorme galera, que precisaría cincuenta vigorosos remeros, a pesar de que hasta entonces jamás se había visto en el mundo una nave tan grande. Así pues, el maestro carpintero, sus oficiales y sus aprendices empezaron a trabajar. Y, durante mucho tiempo, estuvieron sumamente atareados, cortando la madera y armando gran estrépito con sus martillos, hasta que el nuevo barco, que recibió el nombre de Argo, estuvo listo para ser botado. Y, puesto que el oráculo de la Encina le había aconsejado con tanto acierto, Jasón creyó conveniente visitarlo una vez más. Así pues, regresó al bosque y, debajo del tronco gigantesco y rugoso, le preguntó qué debía hacer a continuación.

Pero aquella vez las hojas no temblaron. Y, unos instantes después, Jasón se percató de que solo una de las grandes ramas empezaba a susurrar, como si fuera la única mecida por el viento.

—¡Corta esta rama! —pareció responder—. ¡Corta esta rama! ¡Corta esta rama! Y conviértela en el mascarón de proa de tu nave.

Obedeciendo las órdenes de tan extraña voz, Jasón cortó la rama con su espada. Y pidió a un escultor de la región que tallara el mascarón de proa. Se trataba de un artesano bastante habilidoso, que se había encargado anteriormente de algunas obras parecidas, con figuras que pretendían ser femeninas, muy semejantes a las que actualmente vemos en el bauprés de las naves, con esos grandes ojos fijos, que jamás pestañean cuando la espuma los salpica. Sin embargo, aquel escultor tuvo la extraña sensación de que un poder invisible guiaba su mano, infundiéndole una destreza mucho mayor de la que habitualmente tenía; asimismo, sus herramientas tallaban una imagen que él jamás habría soñado esculpir. Cuando la obra estuvo terminada, resultó ser la figura de una hermosa mujer, con un yelmo en la cabeza, y unos largos bucles cayendo sobre los hombros. En la mano izquierda llevaba un escudo, en cuyo centro aparecía representada la cabeza de la Medusa con sus rizos de serpientes. Y su brazo derecho parecía señalar el horizonte. El rostro de aquella maravillosa estatua, sin llegar a ser amenazador, reflejaba tanta gravedad que es muy posible que lo encontrarais algo severo; y parecía a punto de abrir los labios y pronunciar unas palabras de enorme sabiduría.

Jasón estaba encantado con la figura, y no dejó descansar al artesano hasta que no estuvo terminada; entonces sus hombres la instalaron en la proa de la nave, exactamente en el mismo lugar donde, desde aquellos tiempos hasta nuestros días, se colocan los mascarones de proa.

—Y ahora volveré a visitar al oráculo de la Encina —exclamó, contemplando el

semblante digno y apacible de la estatua.

—No es necesario que lo hagas, Jasón —dijo una voz, que, a pesar de su suavidad, le recordó al gigantesco árbol de Dodona—. Cada vez que necesites un buen consejo, acude a mí.

Jasón estaba mirando el rostro de la estatua cuando se oyeron estas palabras. Pero no podía dar crédito a sus oídos ni a sus ojos. Los labios de madera se habían abierto, y parecía evidente que de ellos había surgido la misteriosa voz. Recuperándose de su asombro, el joven príncipe recordó que el mascarón de proa había sido tallado en la rama del oráculo de la Encina, por lo que resultaba natural que pudiera hablar, y no había nada sorprendente en ello; habría sido mucho más extraño que careciera de dicha facultad. Y se creyó realmente afortunado de poder llevar consigo aquella rama llena de sabiduría, pues sin duda estaba a punto de emprender un largo y peligroso viaje.

—Dime, maravillosa imagen —exclamó Jasón—, puesto que has heredado la sabiduría del oráculo de Dodona, del cual eres hija, ¿dónde encontraré cincuenta audaces jóvenes dispuestos a acompañarme en mi galera? Necesitaré brazos fornidos para remar, y corazones valerosos para enfrentarse a los peligros; de otro modo, jamás conseguiremos el vellocino de oro.

—¡Reúne a todos los héroes de Grecia! —replicó la figura de madera.

Y, teniendo en cuenta la dificultad de la empresa que estaba a punto de emprender, ¿acaso podía haber un consejo más sabio que aquel que recibió del mascarón de proa? Inmediatamente, envió mensajeros a todas las ciudades, notificando a los habitantes de Grecia que el príncipe Jasón, hijo del rey Esón, se disponía a partir en busca del vellocino de oro, y que precisaba la ayuda de los cuarenta y nueve jóvenes más fuertes y valientes del país, para que remaran en su nave y compartieran sus peligros. Y él sería el número cincuenta.

Al difundirse esta noticia, los más intrépidos aventureros empezaron a movilizarse. Algunos ya se habían enfrentado a gigantes, y habían acabado con la vida de terribles dragones; y los más jóvenes e inexpertos, que aún no habían tenido tanta suerte, se avergonzaban de no haber tenido la oportunidad de cabalgar a lomos de una serpiente voladora, o de clavar sus lanzas en la Quimera, o, por lo menos, de introducir su brazo derecho hasta el fondo de la garganta de un monstruoso león. Era evidente que tenían muchas posibilidades de vivir las más emocionantes aventuras antes de encontrar el vellocino de oro. Tan pronto como pulieron su escudo y su yelmo, y se ciñeron su leal espada, acudieron en masa a Iolco, y subieron a bordo de la nueva galera. Saludando a Jasón, le aseguraron que estaban dispuestos a morir por tan noble causa, y que remarían hasta los confines de la tierra, e incluso más lejos, si así lo deseaba. Quirón, el pedagogo cuadrúpedo, también había educado a muchos de aquellos audaces aventureros, que conocían el valor de Jasón desde la infancia. El

poderoso Hércules, cuyos hombros llegarían a sostener el cielo años después, era uno de ellos; y también estaban los gemelos Cástor y Pólux, a quienes nunca nadie osó llamar gallinas, a pesar de haber nacido del cascarón de un huevo; y Teseo, famoso por haber dado muerte al Minotauro; y Linceo, con su maravillosa vista de linco, que era capaz de atravesar con su mirada una piedra de molino, o de divisar el centro de la tierra, descubriendo los tesoros que allí se agolpaban; y Orfeo, el más consumado de los arpistas, que cantaba y tañía la lira con tanta dulzura que las bestias más salvajes se erguían sobre las patas traseras y brincaban al son de su música. Y, cuando las melodías eran más conmovedoras, incluso las rocas parecían bailar, y aquellas enormes moles recubiertas de musgo se separaban de la tierra. En una ocasión, los árboles de un pequeño bosque desenterraron sus raíces y, saludándose unos a otros, interpretaron una danza campesina.

Uno de los remeros era una hermosa joven llamada Atalanta, que había sido criada en las montañas por una osa. Y tenía un paso tan ligero que podía andar saltando de la espumosa cresta de una ola a la espumosa cresta de otra, sin apenas mojarse la suela de sus sandalias. Había crecido de forma salvaje, y hablaba constantemente de los derechos de las mujeres; y es innegable que prefería cazar o ir a la guerra que quedarse tejiendo. Sin embargo, en mi opinión, los dos hombres más extraordinarios de tan famosa compañía eran los dos hijos del Viento Norte (jóvenes etéreos y bastante fanfarrones), pues tenían alas en los hombros y, cuando el viento estaba en calma, hinchaban los carrillos y soplaban, levantando una brisa casi tan fresca como la de su padre. Tampoco olvidaré a los profetas y hechiceros, puesto que había varios entre la tripulación, y podían predecir lo que ocurriría al día siguiente, o cien años después, aunque generalmente no eran demasiado conscientes de lo que sucedía en el momento.

Jasón confió a Tifis el timón de la nave, porque era astrónomo y conocía el manejo del compás. Linceo, gracias a su asombrosa vista, ocupó el puesto de vigía de proa; y, aunque era capaz de avistar lo que ocurría a un día de navegación, normalmente era incapaz de ver lo que tenía ante sus narices. Si el mar era suficientemente profundo, Linceo les hablaba de las rocas o de los bancos de arena que allí se encontraban; y a veces gritaba a sus compañeros que estaban navegando sobre increíbles tesoros hundidos (que, por el simple hecho de contemplarlos, la verdad es que no le enriquecían). Pero, para ser sinceros, casi nadie creía en sus palabras.

Cuando los argonautas, como fueron denominados los cincuenta intrépidos jóvenes, habían hecho todos los preparativos para el viaje, surgió un imprevisto que estuvo a punto de desbaratar sus planes. Hay que tener en cuenta que el navío era tan largo y ancho y pesaba tanto, que la fuerza de los cincuenta hombres no era suficiente para empujarlo hasta el agua. Supongo que Hércules era demasiado joven y todavía

no había alcanzado la fortaleza ni la estatura que le caracterizarían, pues, de lo contrario, él solo lo habría puesto a flote, con la misma facilidad con que un niño pone su barquito en un pequeño estanque. Sin embargo, ahí tenemos a esos cincuenta héroes, empujando con todas sus fuerzas, con el rostro congestionado, sin lograr que el Argo se mueva siquiera un centímetro. Finalmente, se sentaron exhaustos a la orilla del mar; y, desconsolados, pensaron que tendrían que abandonar la nave, que se pudriría allí mismo, y cruzar el mar a nado o perder para siempre el vellocino de oro.

De pronto, Jasón recordó el milagroso mascarón de proa de la galera.

—¡Oh, hija del oráculo de la Encina! —gritó—. ¿Cómo podríamos llevar la nave hasta el agua?

—¡Sentaos! —respondió la figura (que sabía desde el principio lo que debían hacer, y solo esperaba que se lo preguntaran)—. ¡Sentaos! Coged vuestros remos y dejad que Orfeo toque el arpa.

Los cincuenta héroes subieron enseguida a bordo y, cogiendo los remos, los alzaron hacia el cielo, mientras los dedos de Orfeo (a quien le gustaba mucho más tocar su música que remar) tañían su arpa. Al sonar la primera nota, notaron que el navío se movía. Orfeo siguió tocando con entusiasmo, y la galera se deslizó hacia el mar, hundiendo tan profundamente su proa que el mascarón bebió de las olas con sus maravillosos labios, antes de elevarse de nuevo y flotar como un cisne. Los cincuenta hombres empezaron a remar, y la blanca espuma pareció hervir en la proa, mientras Orfeo interpretaba una melodía tan alegre que la nave empezó a seguir su compás, saltando y bailando por encima de las olas. Y así fue como la nave de los argonautas zarpó victoriosa del puerto, entre los vítores y aplausos de todos, excepto del malvado y viejo rey Pelias, que contempló con el ceño fruncido su partida desde lo alto de un promontorio, deseando con todas sus fuerzas expulsar aquella tormenta de cólera que había estallado en su corazón y hundir la gigantesca nave con su tripulación. Después de navegar algo más de cincuenta millas, Linceo miró casualmente hacia la costa con sus penetrantes ojos, y dijo que aún veía al malvado rey, encaramado en lo alto del promontorio, con un aspecto tan tenebroso que semejaba un oscuro nubarrón en el horizonte.

A fin de pasar el tiempo más agradablemente durante la travesía, los héroes empezaron a hablar del vellocino de oro. Según decían, había pertenecido, en un principio, a un carnero de Beocia, que había cruzado tierras y mares hasta llegar a la Cólquide, llevando a lomos a dos niños, cuya vida corría un grave peligro. Uno de los pequeños, Helle, cayó al mar y pereció ahogado; pero el otro (un pequeño llamado Frixo) alcanzó sano y salvo la orilla gracias al leal carnero, que, en cuanto salió del agua, se tendió exhausto en la arena y murió. Para conmemorar aquella buena acción, y como prueba de su fidelidad y buen corazón, la piel del pobre animal se transformó milagrosamente en oro, convirtiéndose en uno de los objetos más hermosos jamás

conocidos. Y lo colgaron de un árbol en un pequeño bosque sagrado, donde se encuentra desde tiempo inmemorial, siendo la envidia de los soberanos más poderosos, que no poseían nada tan maravilloso en sus palacios.

Si tuviera que contaros todas las aventuras de los argonautas, estaría aquí hasta el anochecer, y es muy posible que necesitara incluso más tiempo. Les ocurrieron sucesos realmente prodigiosos, como bien podéis juzgar por lo que ya os he relatado. En una isla fueron recibidos de forma hospitalaria por el rey Cícico, su soberano, quien celebró una fiesta en su honor y les trató como a hermanos. Los argonautas se percataron, sin embargo, de que aquel buen monarca parecía deprimido y preocupado. Al preguntarle qué le ocurría, el rey Cícico contestó que tanto él como sus súbditos eran hostigados e incomodados por los habitantes de una montaña cercana, que habían decidido declararles la guerra, matando a su pueblo y causando verdaderos estragos. Y mientras les contaba todo esto, Cícico señaló la montaña y preguntó a Jasón y a sus compañeros si divisaban algo.

—Veo unos objetos enormes, majestad —respondió Jasón—; pero están tan lejos que no puedo distinguirlos con claridad. Para ser sincero, resultan tan peculiares que no me extrañaría que se tratara de simples nubes, que hubieran adoptado formas humanas por simple casualidad.

—Pues yo los veo con total nitidez —afirmó Linceo, cuyos ojos, como bien sabéis, parecían telescopios—. Son un grupo de gigantes enormes, con seis brazos, y todos ellos llevan un mazo, una espada, y un arma diferente en cada mano.

—Tienes una vista excelente —dijo el rey Cícico—. En efecto, son gigantes de seis brazos. ¡Ojalá nos dejaran vivir en paz!

Al día siguiente, cuando los argonautas se disponían a zarpar, los terribles gigantes bajaron de la montaña, agitando sus brazos con un aspecto realmente amenazador.

Cada uno de aquellos monstruos era capaz de librar por sí solo una batalla, pues con sus diferentes brazos podía al mismo tiempo lanzar enormes pedruscos, blandir el mazo, empuñar la espada, arrojar una lanza, tensar el arco y disparar sus flechas. Pero, afortunadamente, a pesar de ser tan enormes y de tener tantos brazos, lo cierto es que solo tenían un corazón, que no era ni más grande ni más valeroso que el de una persona ordinaria. Además, aunque hubieran tenido cien brazos como Briareo, los intrépidos argonautas habrían luchado hasta derrotarlos. Jasón y sus valientes amigos se dirigieron a su encuentro, mataron a un gran número de ellos y ahuyentaron al resto, de tal modo que, si los gigantes hubieran tenido seis piernas en lugar de seis brazos, habrían podido ponerse a salvo en menos tiempo.

Y corrieron otra extraña aventura al llegar a Tracia, donde encontraron a un pobre rey ciego llamado Fineo, que había sido abandonado por sus súbditos y habitaba solo en la más extrema de las pobrezas. Cuando Jasón le preguntó si podían hacer algo por

él, Fineo le respondió que vivía atormentado por tres grandes criaturas aladas, conocidas como las arpías, que tenían rostro de mujer y alas, cuerpos y garras de buitre. Aquellas desalmadas acostumbraban a arrebatarle la comida, molestándole sin descanso. Al oír estas palabras, los argonautas organizaron un espléndido banquete a la orilla del mar, pues sabían que, en cuanto llegara hasta las arpías el olor de las viandas, su voracidad las empujaría a robarlas. Y eso fue lo que ocurrió; apenas habían terminado de colocar el banquete sobre la mesa, cuando las odiosas mujeres buitre se acercaron volando, cogieron los alimentos con sus garras, y huyeron a toda prisa. Pero los dos hijos del Viento Norte desenvainaron sus espadas, desplegaron sus alas y empezaron a perseguir a las tres ladronas, a las que dieron finalmente alcance entre unas islas, después de haberlas perseguido cientos de kilómetros. Los dos jóvenes alados (que tenían tan mal carácter como su padre) atemorizaron hasta tal punto a las arpías con sus espadas que estas juraron solemnemente no volver a molestar al rey Fineo.

Entonces los argonautas se hicieron nuevamente a la mar y corrieron innumerables aventuras; y puedo aseguraros que cualquiera de ellas sería digna de un relato. En una ocasión, arribaron a una isla y, mientras descansaban sobre la hierba, se vieron sorprendidos por el ataque de lo que parecía una verdadera lluvia de flechas con puntas de acero. Unas se incrustaron en la tierra y otras golpearon sus escudos, aunque también algunas se clavaron en sus carnes. Los cincuenta héroes, poniéndose en pie de un salto, empezaron a buscar el lugar donde se ocultaba el enemigo; pero no hallaron ni un rincón en toda la isla donde pudiera esconderse un solo arquero. Pero las flechas siguieron cayendo sobre ellos; y sucedió que, al levantar la vista hacia el cielo, avistaron una enorme bandada de pájaros, volando en las alturas, que disparaban sus plumas contra los argonautas. Y aquellas eran las temibles flechas con punta de acero que tanto les habían importunado. Era imposible oponer la menor resistencia a aquel ataque; y con toda seguridad los cincuenta heroicos argonautas habrían perecido o sufrido graves heridas a manos de aquellos pajarracos, sin llegar a ver jamás el vellocino de oro, si Jasón no se hubiera acordado de pedir consejo a su mascarón de proa.

Con este fin, corrió hacia la nave tan rápidamente como le permitieron sus piernas.

—¡Oh, hija del oráculo de Dodona! —gritó casi sin aliento—. Necesitamos más que nunca tu sabiduría. Nos ataca una bandada de pájaros que nos disparan sus plumas con puntas de acero. ¿Qué podemos hacer para ahuyentarlos y escapar así a tan grave peligro?

—¡Organizad un gran estruendo con los escudos! —contestó la figura de madera.

Al oír tan excelente consejo, Jasón regresó rápidamente con sus compañeros (bastante más desesperados que cuando lucharon contra los gigantes de seis brazos),

y les ordenó que golpearan los escudos de bronce con sus espadas. Los cincuenta héroes le obedecieron en el acto, aporreándolos con todas sus fuerzas, y organizaron tal estrépito que los pájaros no tardaron en alejarse; y, a pesar de que habían perdido la mitad de su plumaje, enseguida alcanzaron las nubes y volaron a gran altura, como si fueran una bandada de gansos salvajes. Orfeo celebró la victoria tocando un himno triunfal con su arpa, y cantó con voz tan melodiosa que Jasón se vio obligado a rogarle que se callara; pues no debían olvidar que los pájaros de plumas de acero habían huido del desagradable estruendo, y no sería de extrañar que aquella bella música lograra atraerlos de nuevo.

En aquella isla, vieron también acercarse un día una pequeña nave, en la que viajaban dos jóvenes de porte principesco y gran hermosura (tal como los príncipes solían ser en aquellos tiempos). Eran los hijos del mismísimo Prixo, aquel que siendo niño fue llevado a la Cólquide a lomos del carnero que terminaría convirtiéndose en el vellocino de oro. Prixo había contraído matrimonio con la hija del rey de aquellas tierras, por lo que sus dos hijos habían crecido allí. Y los dos muchachos solían jugar en los alrededores de aquel pequeño bosque, en cuyo centro se encontraba el famoso vellocino de oro. En aquellos momentos se dirigían a Grecia, con la esperanza de recuperar el reino que le había sido tan injustamente arrebatado a su padre.

Cuando los dos príncipes conocieron el destino de los argonautas, se ofrecieron a volver a la Cólquide para servirles de guía, a pesar de que dudaban del éxito de tan ambiciosa empresa. Según les contaron, el vellocino de oro estaba vigilado por un terrible dragón, que devoraba de un solo bocado a todo aquel que se aventurara a acercarse.

—Encontraréis otros obstáculos en vuestro camino —continuaron los dos jóvenes—. Pero ¿acaso ese no os parece suficiente? Valeroso Jasón, regresa antes de que sea demasiado tarde. Sentiríamos un profundo dolor si tú y tus cuarenta y nueve bravos compañeros fuerais engullidos en cincuenta bocados por ese abominable dragón.

—Mis jóvenes amigos —respondió nuestro héroe sin perder la calma—. No es de extrañar que penséis que es un monstruo tan terrible. Desde vuestra más tierna infancia os han inculcado un profundo temor a él, por lo que es natural que sintáis el mismo espanto al oír su nombre que los niños ante los fantasmas y los duendes. Sin embargo, en mi opinión, el dragón no es más que una gran serpiente, y creo que tengo más posibilidades de cortarle la cabeza y despellejarle que de ser devorado por él de un solo bocado. En cualquier caso, aunque mis hombres decidan regresar, jamás volveré a ver Grecia, si no es con el vellocino de oro.

—¡Ninguno de nosotros te abandonará! —gritaron sus cuarenta y nueve compañeros—. Subamos ahora mismo a bordo de la galera y, si terminamos sirviendo de desayuno al dragón, ¡que le aproveche!

Y Orfeo (que tenía la costumbre de convertir en música cualquier situación)

empezó a tocar maravillosamente el arpa, y a cantar con su hermosa voz, y todos sintieron que no había nada más admirable en este mundo que luchar contra un dragón y nada más honroso que ser engullido de un bocado, en el peor de los casos.

Guiados por aquellos dos príncipes que tan bien conocían el rumbo, los argonautas navegaron velozmente hacia la Cólquide. Cuando el rey Eetes se enteró de su llegada, ordenó llevar inmediatamente a Jasón ante su presencia. Era un monarca severo y cruel; y, a pesar de que fingió ser amable y hospitalario, Jasón tuvo el presentimiento de que era tan malvado como el rey Pelias, aquel que había deshonrado a su padre.

—¡Bienvenido a mi reino, valeroso Jasón! —dijo Eetes—. Y, dime, ¿es este un viaje de placer o te diriges a descubrir nuevas islas? ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Gran señor —contestó Jasón, haciéndole una reverencia, pues Quirón le había enseñado a comportarse con propiedad, estuviera ante un rey o ante un mendigo—, he llegado a tus tierras para rogarte que me permitas cumplir una importante misión. El rey Pelias, que ocupa el trono de mi padre (al cual no tiene más derecho que a este que vuestra majestad ahora ocupa), se ha comprometido a entregarme su corona y su cetro si consigo regresar con el vellocino de oro. Como bien sabes, este se encuentra en la Cólquide, por lo que vengo a suplicaros humildemente que me permitas apoderarme de él.

Muy a su pesar, el rostro del rey se contrajo de rabia; pues lo que más apreciaba en este mundo era el vellocino de oro, e incluso se sospechaba que había hecho algo increíblemente perverso para convertirse en su dueño. Por esta razón, al oír que el intrépido príncipe y cuarenta y nueve de los jóvenes guerreros más valerosos de Grecia habían llegado a la Cólquide, con el único fin de quitarle su más valioso tesoro, se puso del peor humor imaginable.

—¿Acaso sabes cuáles son las condiciones que debes cumplir antes de tomar posesión del vellocino de oro? —preguntó a Jasón, mirándole severamente.

—He oído decir —replicó el joven— que un dragón vigila tan preciado tesoro, y que cualquiera que se acerque corre el peligro de ser engullido por él.

—Así es —afirmó el rey, esbozando una siniestra sonrisa—. Tus palabras encierran una gran verdad, Jasón. Sin embargo, existen otros peligros incluso mayores, antes de que puedas tener el privilegio de que te devore el dragón. En primer lugar, tendrás que amansar a los dos toros con patas y pulmones de bronce que Vulcano, el maravilloso herrero, hizo para mí. Tienen un horno en cada uno de sus estómagos, y arrojan tanto fuego por sus narices y bocas, que nadie ha podido jamás acercarse a ellos sin morir carbonizado al instante. ¿Qué piensas de todo esto, bravo Jasón?

—Es un peligro al que debo enfrentarme —respondió el joven sin perder la

compostura—, puesto que es un obstáculo en mi camino.

—Después de amansar a los feroces toros —continuó el rey Eetes, que se había propuesto atemorizar a Jasón, de ser esto posible—, tendrás que ponerles un arado y labrar la tierra sagrada del bosquecillo de Marte. Y sembrarás allí alguno de los dientes del dragón con los que Cadmo obtuvo aquella cosecha de hombres armados. Desde luego los hijos de los dientes del dragón son una pandilla de bandidos indisciplinados, y, a menos que sepas cómo tratarlos, te atacarán con sus espadas. Tú y tus cuarenta y nueve argonautas seríais incapaces de vencer al terrible ejército que surgirá de la tierra.

—Hace mucho tiempo que mi maestro Quirón me contó la historia de Cadmo —contestó el joven—. Quizá pueda dominar a los pendencieros hijos de los dientes del dragón, al igual que tan valiente príncipe.

—¡Ojalá el dragón acabe con él! —murmuró entre dientes el rey Eetes—. Y de paso, con su maestro Quirón, el pedante cuadrúpedo. ¡Qué joven tan temerario y presuntuoso! Será divertido ver lo que hacen con él mis toros. Bueno, príncipe Jasón —continuó diciendo con toda la cortesía de la que era capaz—, será mejor que disfrutes de un día de descanso; puesto que insistes, mañana pondrás a prueba tu habilidad con el arado.

Mientras el rey hablaba con Jasón, una hermosa joven, desde detrás del trono, no apartaba la vista del desconocido, y escuchaba con atención todas sus palabras; cuando Jasón se retiró de la presencia real, no dudó en seguirlo fuera de la estancia.

—Soy la hija del rey —le dijo—, y me llamo Medea. Mis conocimientos son muy superiores a los de otras princesas, y puedo obrar prodigios que ellas temerían incluso imaginar. Si confías en mí, te mostraré cómo amansar a los fieros toros, cómo sembrar los dientes del dragón y cómo conseguir el vellochino de oro.

—Hermosa princesa —se apresuró a contestar el príncipe—, si en verdad me prestas ese servicio, te estaré eternamente agradecido.

Y, al contemplar a Medea, reconoció un rostro de asombrosa inteligencia. Era una de esas personas cuyos ojos están llenos de misterio, por la profundidad de su mirada. Si Jasón hubiera sido capaz de sentir miedo, el peor de sus temores habría sido tener a aquella joven princesa como enemiga; pues, a pesar de su hermosura, podía convertirse en un instante en un monstruo tan terrible como el dragón que vigilaba el vellochino de oro.

—Princesa —exclamó—, pareces realmente sabia y poderosa. Pero ¿cómo podrás ayudarme? ¿Acaso eres una hechicera?

—Sí, príncipe Jasón —respondió sonriendo—. ¡Acabas de dar en el clavo! ¡Soy una hechicera! Circe, la hermana de mi padre, me enseñó todos sus encantamientos. Y podría decirte, si así lo deseara, quién era aquella anciana del pavo real, la granada y el bastón con el puño tallado en forma de cuclillo, a la que ayudaste a cruzar el río;

y contarte quién te habló a través de los labios de tu mascarón de proa. Como ves, conozco algunos de tus secretos, y eres muy afortunado, porque me siento inclinada a favorecerte; de lo contrario, jamás conseguirías librarte de ser devorado por el dragón.

—No me preocuparía tanto ese horrible monstruo si supiera qué debo hacer con los dos toros de patas de bronce y pulmones de fuego —afirmó el joven.

—Tendrás que ser tan valiente como creo que eres —dijo Medea—. Tu propio corazón te enseñará que solo existe un modo de lidiar con un toro bravo. Ya lo averiguarás cuando estés en peligro. En cuanto a su aliento de fuego, aquí tienes este unguento mágico que he preparado, y que impedirá que mueras achicharrado. Asimismo, te aliviará en caso de sufrir alguna pequeña quemadura.

Puso en sus manos una cajita dorada, y le indicó cómo debía poner aquel perfumado bálsamo, rogándole que volviera a verla a medianoche.

—Si eres valiente —añadió—, amansarás a los toros de bronce antes de que llegue el nuevo día.

El joven le aseguró que podía confiar en su valor. Y corrió junto a sus compañeros, a quienes relató la conversación con Medea, advirtiéndoles de que estuvieran preparados por si necesitaba su ayuda.

A la hora acordada, fue a ver la hermosa princesa en la escalinata de mármol del palacio real. Ella le entregó una cesta con los dientes del dragón, tal y como los había arrancado Cadmo de las mandíbulas del monstruo hacía mucho tiempo. Entonces, Medea condujo a Jasón a través de las silenciosas calles de la ciudad, hasta llegar a las dehesas reales, donde se guardaban los toros de patas de bronce. Era una noche estrellada, y un claro resplandor iluminaba el este, allí donde la luna estaba a punto de salir. Al entrar en la dehesa, la princesa se detuvo.

—¡Mira cómo reposan en aquel lejano rincón! —exclamó—. Será divertido ver su reacción cuando reparen en tu presencia. No hay nada que complazca más a mi padre y a sus cortesanos que ver a un forastero tratando de colocarles la yunta, a fin de conseguir el vellocino de oro. Cada vez que esto ocurre, se celebra un día de fiesta en la Cólquide. Y la verdad es que a mí también me encanta. En un abrir y cerrar de ojos, su aliento de fuego convierte al joven en carbonilla.

—¿Estás segura, hermosa Medea —quiso saber Jasón—, completamente segura, de que el unguento de la cajita dorada es un buen remedio contra esas terribles quemaduras?

—Si lo pones en duda, si no confías en mí —dijo la princesa, mirándole fijamente a la cara bajo la pálida luz de las estrellas—, sería mejor que jamás hubieras nacido, y que no dieras ni un paso más hacia los toros.

Pero el joven tenía verdadero empeño en conseguir el vellocino de oro; y dudo mucho de que estuviera dispuesto a regresar a su país sin él, aunque tuviera la certeza de verse convertido en incandescentes ascuas o en blancas cenizas, en cuanto echara a andar. Por ello, soltando la mano de Medea, avanzó valerosamente hacia el lugar que le había señalado. A cierta distancia, observó cuatro chorros de humeante vapor, que aparecían y desaparecían en el aire tras proyectar su débil luz en medio de la oscuridad. Como podéis imaginar, era el aliento que exhalaban las cuatro fosas nasales de los toros de bronce, al tiempo que rumiaban tranquilamente sobre la hierba.

Cuando Jasón dio dos o tres pasos, los cuatro chorros humeantes parecieron aumentar su intensidad; pues los dos toros de bronce habían oído sus pasos, y levantaban sus llameantes hocicos para olfatear el aire. El príncipe continuó avanzando y, por el modo en que surgía el rojo vapor, comprendió que las criaturas acababan de ponerse en pie. Y pudo ver el brillo de las chispas, así como las intensas llamaradas. Al dar un paso más, los fuertes bramidos de los toros retumbaron en la dehesa, y su terrible aliento de fuego iluminó los pastos con su destello. El valeroso Jasón siguió adelante; y repentinamente, como un relámpago, aquellos terribles animales se abalanzaron sobre él, mugiendo enfurecidos, arrojando gigantescas llamaradas blancas; y fue tan grande el resplandor como si hubiera llegado un nuevo día. Y Jasón vio a las dos espantosas criaturas galopando hacia él, mientras sus pezuñas de bronce golpeaban con estrépito la tierra, y su aliento calcinaba la hierba. Y el calor era tan intenso que el árbol seco bajo el que se encontraba el joven príncipe se incendió como una antorcha. Sin embargo, gracias a la pomada mágica de Medea, las llamaradas rodearon el cuerpo del joven príncipe sin ocasionarle la menor herida, como si fuera de amianto.

Al ver que no se había convertido en cenizas, respiró tranquilo, y esperó con

nuevos bríos el ataque de los toros de bronce. Cuando estos se disponían a lanzarlo por los aires, Jasón cogió a uno de ellos por un cuerno, y al otro por el rabo, sujetándolos con tanta fuerza como si sus manos fueran dos vigorosos clavos de hierro; no cabe duda de que sus brazos eran increíblemente poderosos. Aquellos toros estaban hechizados y Jasón había logrado romper el maleficio de su ardiente ferocidad gracias a la audacia con que se había enfrentado a ellos. Y desde entonces, es costumbre entre los hombres valerosos «agarrar el toro por los cuernos» (aunque también podría decirse por el rabo) siempre que los asalta algún peligro, lo que significa que la mejor forma de vencer la adversidad es enfrentarse a ella con valentía.

Y Jasón unció a los dos toros y los enganchó sin dificultad al arado, que llevaba oxidándose en un rincón desde tiempo inmemorial, pues en todos aquellos años nadie había sido capaz de labrar aquellas tierras. Es muy probable que el viejo y bondadoso Quirón hubiera enseñado a Jasón la mejor forma de abrir un surco, y no habría sido de extrañar que él personalmente hubiese tirado del arado. En cualquier caso, nuestro héroe lo hizo con habilidad y, nada más anochecer, terminó de arar aquella enorme extensión de tierra negra, en la que ahora debía plantar los dientes del dragón; y el joven los sembró a voleo, allanando el terreno con una grada. Una vez concluida la tarea, se alejó, preguntándose qué ocurriría a continuación.

—¿Habrà que esperar mucho tiempo para la recolección? —preguntó a Medea, que acababa de llegar.

—Tarde o temprano, ten la seguridad de que crecerán —respondió la princesa—. Cuando se plantan los dientes de un dragón, siempre nace una cosecha de guerreros.

La luna había llegado a su cenit, y sus luminosos rayos caían sobre el campo recién arado. Un granjero habría dicho que pasarían semanas antes de que aparecieran los primeros brotes, y meses antes de que el dorado grano estuviera maduro. Sin embargo, poco después, príncipe y princesa vieron brillar innumerables gotas de rocío en toda aquella extensión de tierra. Y estas empezaron a crecer y a crecer, hasta que resultó evidente que se trataba de aceradas puntas de lanza. Asimismo, Jasón vio el fulgor de un sinfín de yelmos de bronce, bajo los cuales, a medida que iban surgiendo de la tierra, aparecían los oscuros rostros barbudos de los guerreros, que luchaban con todas sus fuerzas por librarse de la tierra que los aprisionaba. La primera mirada que lanzaron al mundo fue de ira y de desprecio. Y no tardaron en verse sus brillantes corazas; y en su mano derecha empuñaban una espada o una lanza, y en su mano izquierda, un escudo. Aquella singular cosecha de guerreros, impacientes porque querían acabar de nacer de la tierra, peleó con furia contra las raíces que la sujetaban. Allí donde había caído un diente de dragón, aparecía un soldado preparado para el combate. Y levantaron gran estruendo con sus espadas, y se miraron ferozmente unos a otros; pues, a pesar de haber llegado a este hermoso

mundo bajo la suave luz de la luna, no podían sentir más que hostilidad y rabia, y no deseaban sino descuartizar a sus congéneres (como si esto fuese lo único que se les ocurriera para agradecer el regalo de su propia existencia). Sin duda ha habido muchos ejércitos tan feroces como aquel que acababa de brotar de los dientes del dragón; pero ninguno de ellos fue menos culpable que este, pues no debemos olvidar que esos terribles guerreros jamás tuvieron a una mujer por madre. ¡Cuánto se habría alegrado un gran capitán que ambicionara conquistar el mundo, como Alejandro o Napoleón, de recoger una cosecha de soldados poderosamente armados con la misma facilidad que Jasón!

Durante algún tiempo, los guerreros siguieron blandiendo sus armas y golpeando los escudos con sus espadas, mientras la impaciencia por iniciar la lucha corroía sus entrañas.

—¡Al enemigo! —gritaron al unísono—. ¡A la carga! ¡Victoria o muerte! ¡Ánimo, valientes camaradas! ¡Vencer o morir!

Y continuaron lanzando gritos de guerra, como cualquier soldado en el campo de batalla; y puedo aseguraros que aquellos hijos de los dientes del dragón conocían cientos de ellos, y parecían tenerlos siempre en la punta de la lengua. Finalmente, la vanguardia reparó en Jasón, quien, al ver el fulgor de tantas armas a la luz de la luna, había desenvainado su espada. Y los terribles guerreros creyeron que se trataba de un enemigo.

—¡Protejamos el vellocino de oro! —vociferaron, mientras corrían hacia él con las espadas en alto y las lanzas preparadas para el ataque.

Jasón sabía que no podía enfrentarse solo a aquel batallón sediento de sangre pero, como no tenía otra opción, se mostró dispuesto a morir con valentía, como si también él hubiera nacido de los dientes de un dragón.

Medea, sin embargo, le ordenó coger una gran piedra del suelo.

—¡Arrójala inmediatamente entre ellos! —le gritó—. Es el único modo de salvarte.

Los hombres armados se encontraban tan cerca que Jasón podía distinguir con claridad el fuego que desprendían sus coléricos ojos. La piedra golpeó contra el yelmo de un inmenso guerrero, que corría hacia él con su espada en alto, y fue a rebotar contra el escudo de uno de sus compañeros, antes de desviarse hacia un gigantesco soldado de rabioso semblante, a quien asestó un buen porrazo justo entre las cejas. Cada uno de los tres hombres creyó que la pedrada provenía de su vecino más próximo, por lo que, en lugar de correr hacia Jasón en busca de venganza, empezaron a pelear unos con otros. El caos entre el ejército fue cada vez mayor; y unos instantes después luchaban ferozmente, clavándose las espadas, cortándose brazos, cabezas y piernas, y realizando tales proezas que Jasón no pudo sino admirarse. Y estalló en sonoras carcajadas al contemplar a aquellos poderosos

hombres destrozándose por una ofensa que solo él había perpetrado. En un espacio de tiempo increíblemente corto (casi igual al que habían necesitado para salir de la tierra), apenas quedó uno de aquellos feroces héroes con vida. Como podéis imaginar, se trataba del más fuerte e intrépido de todos, aunque, después de tan cruenta batalla, casi no le quedaran fuerzas para blandir su espada ensangrentada.

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Gloria eterna! —vociferó enardecido, antes de caer muerto entre los cadáveres de sus hermanos.

Y ese fue el fin del ejército que había brotado de los dientes del dragón. Aquella feroz batalla fue la única alegría que tan vehementes guerreros conocieron en su paso por este mundo.

—¡Dejemos que duerman en el lecho del honor! —exclamó Medea, con una maliciosa sonrisa—. El mundo siempre estará lleno de necios dispuestos a luchar y a morir sin saber por qué, imaginando que la posteridad se tomará la molestia de coronar de laureles sus maltrechos y oxidados yelmos. ¿Acaso has podido reprimir una sonrisa al ver el engreimiento del último guerrero justo antes de morir?

—No hables así, princesa Medea —respondió Jasón con gravedad—. Todo esto me ha apenado profundamente. Para serte sincero, después de lo que acabo de presenciar, la conquista del vellocino de oro ya no me parece tan importante.

—No pensarás lo mismo cuando amanezca —afirmó la joven—. Es cierto que el vellocino de oro no es tan valioso como pensabas; pero te aseguro que no existe nada más prodigioso. Y, ahora, partamos de aquí. Lo cierto es que has salido victorioso de tus dos primeras pruebas. Mañana podrás contárselo al rey Eetes.

Siguiendo con agrado el consejo de Medea, Jasón se presentó de madrugada en el palacio del rey Eetes. Conducido ante la presencia del soberano, se inclinó al pie del trono, haciendo una profunda reverencia.

—Pareces agotado, príncipe Jasón —observó el monarca—. Tienes aspecto de haber pasado la noche en vela. Espero que hayas reconsiderado la cuestión con un poco más de calma, y hayas decidido que no merece la pena achicharrarse tratando de amansar a mis toros con pulmones de bronce.

—Me complace comunicarte, majestad —replicó el joven—, que ya he amansado y colocado la yunta a tus toros, y que ya he esparcido y sembrado en la tierra los dientes del dragón; y he visto brotar de ellos un ejército de guerreros armados, que no han tardado mucho tiempo en exterminarse entre sí. Te ruego que ahora me permitas enfrentarme al dragón, con el fin de descolgar del árbol el vellocino de oro, y poder regresar así junto al rey Pelias con mis cuarenta y nueve compañeros.

El rey Eetes frunció el ceño y pareció sumamente contrariado; pues debía respetar su promesa real, y dejar que Jasón se llevara el vellocino de oro, si su audacia y habilidad se lo permitían. Y, como el joven había sido tan afortunado con los toros de bronce y con los dientes del dragón, el malvado soberano temía que también lograra derrotar al dragón. Por todo ello, a pesar de que habría disfrutado enormemente viendo a Jasón devorado de un bocado, tomó la decisión (y fue algo realmente perverso por su parte) de evitar a toda costa que aquel joven pudiera llevarse el vellocino de oro.

—Jamás lo habrías conseguido —exclamó— si mi ingrata hija Medea no te hubiera ayudado con su magia. De haber actuado con honradez, en estos momentos no serías sino un montón de carbonilla o de cenizas blancas. Te prohíbo terminantemente acercarte al vellocino de oro y, si desobedeces mis órdenes, no

dudaré en condenarte a muerte. Hablando con claridad, nunca dejaré que poses tu mirada en una sola de sus brillantes guedejas.

Jasón se retiró entristecido y furioso. No se le ocurrió nada mejor que reunir a sus cuarenta y nueve valerosos argonautas, dirigirse enseguida con ellos al bosquecillo de Marte, acabar con el dragón, tomar posesión del vellocino de oro, embarcarse en la nave Argo y zarpar a toda vela rumbo a Iolco. Es cierto que el éxito de su empresa dependía del hecho dudoso de que aquellos cincuenta héroes no fueran devorados de cincuenta bocados por el terrible dragón. Sin embargo, cuando Jasón bajaba a toda prisa la escalinata de palacio, oyó la voz de la princesa Medea rogándole que volviera. Y el brillo de sus ojos reflejaba tanta inteligencia y astucia que el joven sintió como si una serpiente estuviera a punto de surgir de ellos; y, a pesar de todo lo que le había ayudado la noche anterior, Jasón se preguntó cuánto tiempo tardaría en traicionarle.

Pues debéis saber que nunca se puede confiar en una hechicera.

—¿Qué te ha comunicado el rey Eetes, mi real y honorable padre? —preguntó Medea con una ligera sonrisa—. ¿Te entregará el vellocino de oro sin obligarte a correr nuevos peligros?

—Todo lo contrario —repuso Jasón—. Está muy enojado conmigo porque he amansado los toros de bronce y he sembrado los dientes del dragón. Me prohíbe continuar con mi empresa, y se niega a entregarme el vellocino de oro, mate o no al feroz dragón.

—Así es, Jasón —añadió la princesa—. Pero hay más cosas que debes saber. Si no zarpáis antes del amanecer, el rey prenderá fuego a tu galera de cincuenta remos, y os matará a todos. Pero ¡ten valor! Si mi magia resulta lo suficientemente poderosa, obtendrás el vellocino de oro. Espérame aquí mismo una hora antes de la medianoche.

A la hora acordada, podríais haber visto nuevamente al príncipe Jasón y a la princesa Medea caminando sigilosamente por las calles de la Cólquide, en dirección al pequeño bosque sagrado en cuyo centro colgaba de un árbol el vellocino de oro. Mientras cruzaban la dehesa, los toros de bronce se acercaron mugiendo a Jasón, moviendo la cabeza y levantando el hocico, como si buscaran que los acariciara una mano amiga. Una vez amansada su fiel naturaleza, los dos hornos de sus estómagos parecían haberse extinguido, lo que les permitía pastar y rumiar con mucha más tranquilidad que antes. Pues debía resultar sumamente molesto para aquellos pobres animales ver cómo el fuego que salía de sus narices calcinaba el verde pasto antes de que pudieran darle siquiera un bocado. Cómo lograron seguir con vida, es algo que no acierto a comprender. Y sin embargo ahora, en lugar de arrojar llamaradas de fuego y chorros de vapor sulfuroso, exhalaban el aliento más dulce que un toro pudiera soñar.

Después de acariciar cariñosamente a los toros, Jasón se dejó guiar por Medea hasta el bosquecillo de Marte, donde los gigantescos robles que allí crecían desde tiempo inmemorial proyectaban una espesa sombra que los rayos de la luna no lograban traspasar. Solo en algún que otro lugar una tenue luz caía sobre la tierra sembrada de hojarasca. La brisa mecía las ramas, permitiendo a Jasón vislumbrar el cielo, para que no olvidara en medio de aquella oscuridad que este existía. Finalmente, cuando se habían adentrado en la parte más oscura del bosque, Medea apretó con fuerza la mano de Jasón.

—¡Mira allí! —murmuró—. ¿Lo ves?

Entre los árboles centenarios surgía un destello muy diferente al de la luz de la luna, que recordaba al dorado resplandor del sol poniente. Procedía de un objeto que parecía suspendido a la altura de la cabeza de un hombre, un poco más allá, en el interior del bosque.

—¿Qué es eso? —quiso saber Jasón.

—Has venido desde muy lejos a buscarlo —exclamó Medea—. ¿Acaso no reconoces el premio a todos tus desvelos y fatigas? ¡Es el vellocino de oro!

Jasón siguió adelante y se detuvo a contemplarlo. ¡Qué hermoso parecía! ¡Cómo resplandecía en medio de la oscuridad aquel valioso trofeo que tantos héroes habían

codiciado! El joven príncipe no pudo sino recordar cuántos hombres habían perecido al ir en su búsqueda, ya fuera por los peligros del viaje o por el aliento de fuego de los toros.

—¡Qué maravilloso fulgor! —gritó Jasón extasiado—. ¡Parece haber sido bañado en el más rico oro del crepúsculo! Apresurémonos, Medea. No hay nada que desee más que tenerlo entre mis brazos.

—¡Espera! —dijo la joven, reteniéndole—. ¿Acaso has olvidado quién lo vigila?

A decir verdad, la alegría de contemplar el objeto de sus deseos había borrado de su cabeza el recuerdo del dragón. Pero no tardó en suceder algo que volvió a traer a su memoria los peligros que debía encontrar en su camino. Un antílope, que probablemente confundió aquel amarillo resplandor con la salida del sol, apareció saltando alegremente entre los árboles, y se dirigió hacia el vellocino de oro. De pronto, se oyó un espeluznante silbido y vieron aparecer la gigantesca cabeza y la mitad del cuerpo cubierto de escamas del dragón (enroscado en el tronco de aquel árbol), que apresó entre sus fauces al pobre animal y se lo tragó de un bocado.

Después de esta proeza, la abominable criatura percibió la presencia de algún otro ser vivo en las cercanías (que sin duda creyó que terminaría sirviéndole de postre). Por esta razón, comenzó a olisquear entre los árboles, husmeando por todas partes, estirando asombrosamente su largo cuello, acercándose al roble donde Jasón y la princesa se escondían. Era realmente pavoroso contemplar aquella cabeza agitándose y retorciéndose en el aire a tan corta distancia. El tamaño de aquellas enormes fauces era casi tan grande como la entrada del palacio real.

—Bueno, Jasón —susurró Medea (pues era realmente malvada, como todas las hechiceras, y deseaba asustar al valeroso Jasón)—. ¿Qué posibilidades crees tener ahora de conseguir el vellocino de oro?

El joven respondió desenvainando su espada y dando un paso al frente.

—¡Espera, insensato! —gritó la princesa asiéndole del brazo—. ¿Acaso no ves que estás perdido si no me tienes como ángel de la guarda? En esta cajita dorada tengo una pócima mágica que será mucho más efectiva que tu espada.

Es probable que el dragón oyera sus voces; pues su oscura cabeza de bífida lengua apareció silbando entre los robles, y se precipitó hacia ellos a grandes saltos. Medea arrojó con fuerza la pócima de la cajita dorada en sus fauces. El monstruo, con un terrible suspiro y retorciéndose con fiereza, se elevó por los aires, alcanzando con su cola la copa del árbol más alto; y cayó a tierra cuan largo era, quedando allí tendido, completamente inmóvil.

—No es más que un somnífero —explicó la hechicera—. Estas malvadas criaturas pueden ser de gran utilidad, por lo que prefiero que sigan con vida. ¡Rápido! ¡Coge el preciado trofeo y huyamos de aquí! ¡Acabas de conseguir el vellocino de oro!

Jasón descolgó el vellocino del árbol y corrió a través del pequeño bosque, mientras el resplandor de su valioso tesoro iluminaba el oscuro camino. A escasa distancia, vio a la anciana que había cruzado el río sobre sus espaldas, acompañada por el pavo real. La anciana batió palmas en señal de alegría y, rogándole que se apresurara, desapareció entre las sombras de los árboles. Divisando a los dos hijos alados del Viento Norte (que se divertían volando a gran altura bajo la luz de la luna), el joven príncipe les ordenó que comunicaran a los demás argonautas que debían embarcar al instante. Pero Linceo, con su prodigiosa vista, ya le había visto venir con el vellocino de oro (a pesar de que los separaban varios muros de piedra, una colina y las negras sombras del bosquecillo de Marte), por lo que aconsejó a todos los héroes que ocuparan su puesto en los bancos de la galera, con los remos levantados, listos para iniciar la huida.

Al acercarse a la nave, Jasón oyó decir al mascarón de proa:

—Date prisa, príncipe Jasón. Date prisa, si quieres salvar la vida.

Y no pudo sino advertir cierta inquietud en aquella voz siempre tan dulce y serena.

Y, dando un gran salto, se reunió con sus compañeros. Al contemplar el radiante esplendor del vellocino de oro, los cuarenta y nueve argonautas lanzaron un grito de triunfo; y Orfeo, tocando el arpa, entonó una canción para celebrar tan importante victoria. Y la nave pareció volar de regreso a su hogar, ¡como si tuviera alas para navegar al son de tan prodigiosa música!